

El exilio español del

39

en México

Mediaciones entre mundos,
disciplinas y saberes

Antolín Sánchez Cuervo
Guillermo Zermeño Padilla
Editores

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL EXILIO ESPAÑOL DEL 39 EN MÉXICO.
MEDIACIONES ENTRE MUNDOS,
DISCIPLINAS Y SABERES

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

EL EXILIO ESPAÑOL DEL 39 EN MÉXICO.
MEDIACIONES ENTRE MUNDOS,
DISCIPLINAS Y SABERES

Antolín Sánchez Cuervo
Guillermo Zermeño Padilla

editores



EL COLEGIO DE MÉXICO

325.210972

E9637

El exilio español del 39 en México : mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes / Antolín Sánchez Cuervo, Guillermo Zermeño Padilla, compiladores -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2014.

260 p. ; 22 cm.

ISBN 978-607-462-703-9

1. Exiliados -- México -- Vida intelectual -- Siglo xx. 2. Exiliados -- España -- Vida intelectual -- Siglo xx. 3. Autores del exilio -- México -- Historia -- Siglo xx. 4. Autores del exilio -- México -- Vida intelectual -- Siglo xx. 5. Autores del exilio -- España -- Vida intelectual -- Siglo xx. 6. Escritos de exiliados españoles -- México. 7. Refugiados políticos -- México -- Historia -- Siglo xx. I. Sánchez Cuervo, Antolín, comp. II. Zermeño Padilla, Guillermo, 1947-, comp.

Primera edición, 2014

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-703-9

Impreso en México

ÍNDICE

Presentación	9
<i>Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla</i>	
Puentes de papel: Eduardo Nicol en la revista <i>Filosofía y Letras</i>	17
<i>Aurelia Valero Pie</i>	
La revista <i>Ciencia</i> , un espacio de mediación para el exilio científico español	43
<i>Ana Romero de Pablos</i>	
Atlante en el exilio: actores y etapas de una editorial republicana hispano-americana	63
<i>Leoncio López-Ocón</i>	
Martin Heidegger, traducido por José Gaos, en <i>El arco y la lira</i> de Octavio Paz	101
<i>Anthony Stanton</i>	
Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor	117
<i>Andrés Lira</i>	
Edición de crónicas de Indias y hermenéutica historiográfica como empresa vital: Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia	143
<i>Fermín del Pino-Díaz</i>	
Rafael Altamira o el final de una utopía modernista	177
<i>Guillermo Zermeño Padilla</i>	
Epígonos de una modernidad exiliada: Gaos, Nicol, Xirau, Zambrano	211
<i>Antolín Sánchez Cuervo</i>	
Del exilio a la diáspora. A propósito de Max Aub y María Zambrano	233
<i>Manuel-Reyes Mate Rupérez</i>	

PRESENTACIÓN

El presente libro es el resultado principal del proyecto de investigación El exilio español de 1939 en México y el debate en torno a la modernidad iberoamericana. Antecedentes, planteamientos y realizaciones prácticas, en el que a lo largo de un año, entre 2011 y 2012, participaron cinco investigadores de El Colegio de México y otros cinco del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CCHS-CSIC), ubicado en Madrid. Por parte de El Colegio de México lo hicieron Aurelia Valero (Centro de Estudios Históricos, CEH), Guillermo Zermeño (CEH), Andrés Lira (CEH), Anthony Stanton (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios) y Francisco Gil Villegas (Centro de Estudios Internacionales). Por parte del CCHS-CSIC lo hicieron Ana Romero de Pablos (Instituto de Filosofía, IFS), Reyes Mate (IFS), Antolín Sánchez Cuervo (IFS), Leoncio López-Ocón (Instituto de Historia) y Fermín del Pino Díaz (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología)

Dicho proyecto fue posible gracias a la firma de un convenio de colaboración entre ambas instituciones y una de sus exigencias fue la interdisciplinariedad, precisamente uno de los rasgos más distintivos del libro en cuestión. A lo largo de sus páginas se entrecruzan miradas procedentes de la historiografía, la historia literaria, la ciencia, la antropología y la filosofía, las cuales se fueron contrastando durante dos seminarios celebrados en El Colegio de México en octubre de 2011 y en el CCHS-CSIC en marzo de 2012. ¿Qué pueden aportar?

No cabe duda de que el exilio español republicano de 1939 se ha convertido en un tema de referencia en numerosos ámbitos y disciplinas, y que posee una gran actualidad. Cada vez son más los estudiosos del tema, entre los que ya se pueden distinguir varias generaciones. Algunos ya están de regreso habiendo dejado obras importantes y otros apenas empiezan o están de camino, pero los resultados son cada vez más cuantiosos y la bibliografía disponible cada vez más ingente. Ya se trate de ediciones críticas de libros o de materiales inéditos, de aproximaciones panorámicas o de estudios mo-

nográficos, de volúmenes colectivos o de ensayos, el exilio en cuestión tiene una notoria actualidad. Justo ahora acaba de cumplirse el 75 aniversario, el cual no ha hecho sino estimular el interés y acentuar el magnetismo de este capítulo imprescindible de la historia de los exilios del siglo xx.

En México, esa actualidad es ya añeja y tiene una larga historia, por razones obvias. En España, la historia ha sido muy diferente y mucho más atormentada, por razones igual de obvias. En el caso del país receptor, desde el primer momento dicho exilio tuvo una presencia significativa en muchos ámbitos de la cultura, realizando además importantes contribuciones a la misma. En el caso del país de origen, no hubo presencia sino una larguísima ausencia cuyas consecuencias aún pueden apreciarse al día de hoy. Las miradas sobre este exilio no pueden ser por tanto las mismas en una orilla y en la otra. Las perspectivas y los prejuicios desde los que se despliegan, sus maneras de visualizar, escrutar y comprenderlo, e incluso los afectos que las acompañan, no pueden ser iguales y hasta pueden llegar a contraponerse en muchos sentidos y aspectos. Y sin embargo, tampoco pueden dejar de ser cómplices entre sí ni de encontrarse en medio de una compleja historia común, que ambas miradas quieren recorrer y entender, aprender de ella y trasmitirla.

Una historia de la memoria y la historiografía del exilio republicano español del 39 en México, tal y como éstas se han desenvuelto en una y otra orilla sería sin duda muy esclarecedora y está aún por hacerse. Obviamente, éste no es el lugar ni el momento para detenerse en esta cuestión, pero ha venido a cuento a propósito del perfil mexicano-español del presente libro. En él se recogen aportaciones de una y otra procedencia, con el ánimo de suscitar un cruce fecundo de miradas. Precisamente el exilio como mediación es el principal hilo conductor de este libro. Mediación entre dos mundos, aparentemente simple, que a medida que se ramifica y complica nos va descubriendo un laberinto complejo, lleno de sincronías y complicidades, pero también de contradicciones y adversidades, por el que circulan multitud de actores tanto individuales como colectivos e institucionales, abriendo espacios y registros muy diversos, y llevando consigo, cada uno de ellos, una particular historia que se entrecruza con las demás. Un concepto de reciente cuño como el de *histoire croisée* podría venir muy a cuento.

Todo ello convierte este laberinto en una especie de universo de la mediación, nunca caprichoso ni autocomplaciente, sino urgido por una experiencia de barbarie y por la necesidad de ofrecer respuestas a la crisis de una modernidad cuyos cimientos, contenidos y expectativas se han puesto

gravemente en cuestión durante el periodo de entreguerras. Mediación, por tanto, en la legibilidad de una racionalidad cuya luz se había ido apagado hasta llegar a la más completa oscuridad, como habían constatado ya, y en algunos casos seguían haciendo, muchos de sus críticos, desde Nietzsche y Weber hasta Adorno y Arendt pasando por Heidegger y Sartre, entre otros. Esta situación inédita, que no era una mera circunstancia sino mucho más que eso, obligará a pensar el mundo de otra manera y a buscar nuevos caminos para entender lo que ha quedado del hombre moderno y de sus proyectos emancipadores, para replantear las posibilidades del humanismo, en caso de que aún tuviera razones de ser. En definitiva, se trataba de penetrar en la oscuridad en busca de una chispa que pudiera encender alguna luz.

Este replanteamiento no fue, ni mucho menos, asunto exclusivo de filósofos, sino que dio sentido a un amplio conjunto de disciplinas y saberes, con sus respectivas realizaciones prácticas, a menudo de carácter interdisciplinar. Buscar esa chispa implicaba también pensar de nuevo la ciencia o la historia, resignificar el pasado, explorar nuevas formas de expresión y renovar viejos proyectos institucionales; o crear otros nuevos que permitieran transmitir, divulgar y canalizar este saber renovado y renovador, haciendo valer para ello el espacio académico y docente.

Ligeros de equipaje pero con estas inquietudes a cuestas, muchos intelectuales del exilio encontraron en México medios, cauces y recursos para expresarlas y compartirlas, para desarrollarlas y reflexionar sobre ellas, adaptándolas a un escenario nuevo que de una manera u otra habría de alterarlas. Un buen número de los autores que se dan cita en las páginas de este libro habían sido activos partícipes de la cultura reformista y modernizadora que se había ido abriendo paso en su país de origen, aun a pesar de tantos obstáculos, durante las décadas anteriores. Ya fuera en la estela generacional del 14 o del 27, ya fuera bajo la referencia del institucionismo con todas sus ramificaciones, o de las llamadas escuelas de Madrid y Barcelona, y siempre ligados por una lealtad insobornable a la legalidad republicana, muchos intelectuales del exilio llegaron a México con una interpretación de la modernidad en la cabeza, pero también con la guerra en el cuerpo. Es decir, se había formado en una lectura del mundo, la razón y el hombre modernos, y especialmente de sus expresiones hispánicas, que la experiencia de la guerra—vivida no solamente como un episodio nacional, castizo o cainita, sino también como el comienzo de la mayor destrucción que Europa ha perpetrado jamás sobre sí misma—obligaba ahora a rehacer desde sus mismas bases. Eso es precisamente lo que acometerán en el exilio y lo que el presen-

te volumen quiere exponer a través de algunos episodios, itinerarios, panorámicas y debates concretos, procurando evitar en todo momento posibles idealizaciones o ingenuidades. Señalemos, por cierto, algunas de ellas.

El exilio intelectual que ahora nos ocupa no fue sencillamente la aventura de un colectivo heroico (aun cuando a no pocos de sus integrantes no les viniera nada grande este apelativo) que al llegar a México encontraron todo dispuesto para retomar sin más el pulso de sus tareas y contribuir magníficamente al desarrollo de la cultura en México. Se trató más bien de una tragedia colectiva en la que la supervivencia fue a menudo la primera preocupación, y en la que la inserción en la sociedad mexicana fue enormemente complicada por muy diversos motivos, a pesar de la excepcional y bien conocida política de asilo del gobierno de Cárdenas, cuyos antecedentes se remontaban a los mismos años de la guerra en España. Asimismo, la “influencia” que este exilio alcanzó en México, obviamente indudable, no se realizó mediante un proceso unidireccional sin más, sino que en todo momento se vio condicionada y alterada por las circunstancias de posibilidad de su propia recepción, tanto intelectuales como sociales, políticas, económicas, ideológicas y de todo tipo. Pocas experiencias como los exilios dejan al descubierto la debilidad de una metáfora tan recurrida como la gadameriana “fusión de horizontes”, la cual difícilmente podría dar cuenta de las dimensiones conflictivas de estas experiencias; en nuestro caso, de los múltiples pliegues, contrapuntos, incomunicaciones, equívocos, asimetrías y otras incidencias que la “influencia” en cuestión registró, al tiempo que se reinventaba a sí misma sobre el trasfondo, además, de las relaciones culturales hispano-mexicanas que ya se habían ido desarrollando en las décadas anteriores a la guerra.

Pero, aun teniendo en cuenta esta dificultad, hay que advertir también que esa “influencia” no puede equipararse a una especie de carrera de obstáculos. El exilio no fue, sin más, una línea de transmisión entre la ciencia europea y una supuesta periferia latinoamericana, aun cuando contribuyera sin duda a la divulgación de todo un elenco de autores, escuelas y tendencias intelectuales de la Europa contemporánea, ya fuera a través de la traducción o del magisterio. Y no fue así porque es precisamente el camino que media entre uno y otro punto, tan intrincado y difícil, a veces tan intransitable, como el de cualquier exilio de gran magnitud, lo que define los términos de la “influencia” en cuestión desde su mismo origen. Ese camino se fue labrando día a día, a veces con grandes dosis de incertidumbre y sin un rumbo fijo, precisamente porque lo que había que transmitir no eran tanto las certezas de una razón científica en quiebra por el efecto de su propia

violencia, como el compromiso angustioso de rescatarla de su ruina dándole un nuevo sentido crítico y reconduciendo sus posibilidades a la altura de tiempos oscuros; algo que, por lo demás, sólo podía cumplirse en interlocución e interacción permanentes con los receptores del exilio, ya fueran individuales o colectivos, simbólicos o institucionales. “Fusión”, por tanto, pero también “deconstrucción” de horizontes: con el exilio se crean nuevos lazos y se recrean los ya existentes, otros se rompen o están a punto de hacerlo, se desmitifican prejuicios y se construyen otros, o se yuxtaponen entre sí. En definitiva, se teje una trama narrativa compleja con identidades alteradas y sujetos en tránsito, cuyas voces unas veces se imponen y otras se ahogan. El exilio es el relato de un fracaso que quiere ser fecundo. No cabe duda de que, mejor o peor, en este caso sí lo fue, y de que esa fecundidad debió mucho a lo fértil y generosa de la tierra en que fue a caer.

De todo ello quiere hablar este libro, asumiendo la enormidad del universo que se despliega en torno a estas cuestiones. Puente, mediación, hermenéutica, traducción, modernidad y, por supuesto, exilio, son algunos de los términos clave que podrían identificar esta plural aproximación a la “influencia” del exilio intelectual español del 39 en un México que por entonces vivía momentos efervescentes en muchos sentidos. “Influencia” cuyos rasgos más generales hemos procurado perfilar en esta breve reflexión preliminar, entendiéndola por tanto en términos de una mediación entre saberes y experiencias, horizontes y disciplinas, necesidades e interpretaciones. Mediación *en y para* la legibilidad de una razón moderna en crisis, o, sencillamente, para su traducción actual, ya fuera en sentido literal si tenemos en cuenta la importante labor del exilio en este ámbito, ya fuera en sentido metafórico si nos fijamos más bien en los múltiples aspectos reflexivos de esa legibilidad.

Ese universo mediador, plasmado en este conjunto de aproximaciones desde la historia intelectual, se canalizó a través de numerosas iniciativas editoriales, como muestran muchos de los trabajos contenidos en este volumen. Ése fue el caso de revistas como *Filosofía y Letras y Diánoia*, de las que se ocupa Aurelia Valero Pie a propósito del protagonismo que desempeñó en ellas el filósofo Eduardo Nicol. “Puentes de papel: Eduardo Nicol en la revista *Filosofía y Letras*”, nos ofrece también una panorámica de otras revistas contemporáneas del exilio filosófico, además de un perfil, poco conocido, de los primeros años en México del filósofo catalán, marcados por las dificultades para ganarse un lugar dentro del panorama académico e intelectual que por entonces se estaba configurando. También fue el caso de la revista *Ciencia*, fundada por Ignacio y Cándido Bolívar, Francisco Giral y

otros científicos del exilio con el bagaje que traían de la Junta para Ampliación de Estudios, y que con el paso del tiempo se convertiría en una publicación de referencia en el ámbito iberoamericano, destacando, por ejemplo, la colaboración de la exiliada judía en México Marietta Blau. De todo ello da buena cuenta la aportación de Ana Romero de Pablos, “La revista *Ciencia*, un espacio de mediación para el exilio científico español”, sobre el trasfondo de la tabla periódica de los elementos como gran metáfora de la modernidad. Y fue también el caso de un proyecto de gran envergadura como la editorial Atlante, en la que se centra la contribución de Leoncio López-Ocón, “Atlante en el exilio: actores y etapas de una editorial republicana hispano-americana”. En ella se recorren las diversas etapas de esta editorial, desde su concepción como un soporte de la cultura republicana en el exilio y siguiendo su evolución hacia una mayor orientación mexicana, hasta derivar hacia el proyecto de la nueva editorial Grijalbo.

La traducción, entendida como un proceso reflexivo y premeditado, no fue nada ajeno a estos tres ejemplos, pero adquirió unas dimensiones hermenéuticas singularmente complejas en otros tantos ejemplos que también se abordan en este libro. En “Martin Heidegger, traducido por José Gaos, en *El arco y la lira* de Octavio Paz”, Anthony Stanton plantea lo que él mismo denomina un triángulo epistemológico entre Alemania, España y México, que al mismo tiempo es una exploración de los primeros momentos de la recepción del pensador alemán en México y una puesta en valor de la obra ensayística —y filosófica— de Paz. Por su parte, Andrés Lira rescata la personalidad intelectual y la importante obra de traducción de un autor del exilio escasamente conocido. “Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor” recorre sus itinerarios y sus trabajos en Santo Domingo primero, México después, siempre ligados al Fondo de Cultura Económica y a los proyectos editoriales de Daniel Cosío Villegas, a los que se dedicó en la década de los cuarenta, para ocuparse después de tareas diplomáticas. Asimismo, “Edición de crónicas de Indias y hermenéutica historiográfica como empresa vital: Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia”, aportación de Fermín del Pino-Díaz, se centra sobre todo en las ediciones del padre Acosta, a propósito de las cuales revisa el célebre debate entre historiadores que tuvo lugar en El Colegio de México en aquellos años cuarenta y plantea una reflexión sobre la relación entre la antropología y la historiografía.

Pero el exilio supuso no sólo una mediación entre espacios, sino también entre tiempos. La pluralidad e incluso contradicción que se despliega en la confluencia de historias y memorias diversas, está de hecho presente

de alguna manera en todas estas aportaciones. Pero lo está quizá con un especial énfasis en la contribución de Guillermo Zermeño, “Rafael Altamira o el final de una utopía modernista”, en que se abordan aspectos menos explorados de esta figura, por así decirlo, crepuscular del exilio, cuya última etapa en México puso en evidencia la tensión propia de un relevo generacional que recogía sus aportaciones de raíz decimonónica a la historiografía, a la vez que imprimía en ellas nuevos y decisivos giros conceptuales y metodológicos. Por su parte, Antolín Sánchez Cuervo, en “Epígonos de una modernidad exiliada: Gaos, Nicol, Xirau, Zambrano”, señala las reflexiones y los relatos que, con diferentes enfoques, estos autores construyeron acerca de las posibilidades críticas de un pensamiento en español bajo la experiencia del exilio y sobre el trasfondo de la ruina europea. Finalmente, el ensayo de Reyes Mate, “Del exilio a la diáspora. A propósito de Max Aub y María Zambrano”, con el que se cierra el presente libro, pone al descubierto lo que podría ser el reverso de estas mediaciones: el exilio como una experiencia de desarraigo radical, que no obstante puede ser el germen de una nueva concepción de la ciudadanía, liberada de las restricciones impuestas por el Estado-nación y capaz de asumir una universalidad sin exclusiones. La semántica de la diáspora, como se desenvuelve en un judío como Aub y en una exiliada emblemática como Zambrano, dan pie a estas reflexiones finales.

Con estos nueve trabajos, este libro quiere hacer una modesta aportación desde la historia intelectual a la más que amplia bibliografía ya existente sobre el exilio republicano español del 39 en México. Pero quiere ser, sobre todo, una invitación a transitar por un laberinto que, pese a tener ya muchos caminos trazados, puede sorprendernos en cada uno de sus rincones por su complejidad inagotable e inabarcable.

Finalmente, queremos agradecer al presidente de El Colegio de México, Javier Garcíadiego Dantán, y a su coordinador general académico, Jean-François Prud’homme, así como al entonces director del CCHS-CSIC, Eduardo Manzano Moreno, y entonces vicedirectora, Pura Fernández, el apoyo que en todo momento prestaron a este pequeño proyecto. Particularmente encomiable en muchos de sus momentos fue, por cierto, el apoyo de Aurelia Valero Pie en las tareas de coordinación. Damos también las gracias a la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México y a los dictaminadores que han evaluado minuciosamente el manuscrito del libro que ahora presentamos.

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO
GUILLERMO ZERMEÑO PADILLA

PUENTES DE PAPEL:
EDUARDO NICOL EN LA REVISTA *FILOSOFÍA Y LETRAS**

Aurelia Valero Pie
El Colegio de México

La vida intelectual es como un campo de batalla, en donde día con día se juegan nuestros conceptos y definiciones. Así lo comprobó el desembarco en México de un pequeño pero significativo grupo de filósofos españoles, arrojados a estas costas a raíz de la inminente o ya efectiva derrota republicana. El medio que los recibió no volvió a ser el mismo, como lo demuestra la historiografía que ha rastreado su estela y evaluado sus aportaciones.¹ Un hecho elemental, pero con frecuencia soslayado, quizás contribuya a esclarecer el sacudimiento que supuso su llegada, a saber, que aunque reducido en número, ese contingente consiguió duplicar las filas del gremio en el transcurso de unos cuantos meses. De acompañar el dato duro con una visión cualitativa, atenta a la sólida formación que ostentaban los recién llegados, es posible entonces comprender por qué las consecuencias se manifestaron en escalas distintas, pero complementarias. Mientras que en un plano amplio ese grupo constituyó un refuerzo crucial para la profesionalización de la disciplina en nuestro país durante las décadas siguientes, en otro más estrecho también impuso la necesidad de desenvolverse en una arena crecientemente competitiva y saturada. Apenas admira, por lo tanto, que en los años inmediatos a su desembarco afloraran ambiciosos proyectos editoriales y nuevos organismos académicos, junto con un alud de polémicas y de enfrentamientos. Todos esos movimientos sugieren que el campo filosófico había iniciado un profundo pro-

* Agradezco a los autores que participan en este volumen, así como a los miembros del taller de Historiografía que coordinan Daniel Inclán, Alfredo Nava y Martín Olmedo en la Universidad Nacional Autónoma de México, por sus comentarios a una versión previa de este trabajo.

¹ Véase, entre otros muchos ejemplos, F. Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina*.

ceso de transformación, desencadenado a raíz de un fuerte —y saludable— desbalance.²

De los mecanismos empleados para extender y reconfigurar el medio da cuenta la participación de Eduardo Nicol en dos momentos significativos de ese desarrollo. El primero corresponde a sus labores como secretario de la revista *Filosofía y Letras*, fundada en 1941 por iniciativa de Eduardo García Máynez. El objetivo que guiaba la empresa consistía en crear un órgano estrictamente académico que contribuyera a difundir las investigaciones y actividades que conducían los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como dar a conocer las novedades que desde el ámbito internacional se realizaban en aquellas ramas del conocimiento. El segundo momento, expuesto a modo de colofón, se encuentra vinculado con la creación de *Diánoia*, anuario de filosofía que comenzó a circular, bajo la dirección de Eduardo Nicol, en enero de 1955. Al lado de una colección editorial que acompañaba y compartía el nombre del proyecto, la revista se presentó a la vez como causa y efecto de la “madurez filosófica” alcanzada en años recientes.³ A ello se debe que ambas publicaciones, aun sin suce-

² Estas páginas se inspiran en la llamada *conflict sociology*, corriente que se distingue por subrayar “aquellos aspectos y dimensiones de la vida social que generan enfrentamientos, combates o competición para obtener bienes escasos, sean éstos materiales o simbólicos”, S. Giner, “Prólogo a la edición española”, p. xix. Erigir el conflicto en eje interpretativo tiene como propósito, desde luego, no tanto negar la pluralidad de vínculos que coexisten en toda comunidad —en particular aquellos que se sitúan bajo el signo de la convergencia—, cuanto aprovechar los momentos de inflexión en que unos y otras se vuelven más visibles. Amén de revelar ciertos mecanismos que estructuran el mundo intelectual, este tipo de abordaje posee la virtud de mostrar que los modelos de conocimiento y los criterios de validez que imperan en un momento dado están ligados a los cambios que se suceden en el medio, junto con sus realineaciones, juegos de oposiciones y redes de alianzas. Ello explica que los autores, concebidos como agentes, ocupen el primer plano de estudio, sin que esto signifique que se trate de una visión puramente “externalista”, como se le ha reprochado. Ciertamente lo es, pero no de manera absoluta ni obligada, puesto que el contenido del discurso puede formar parte de los componentes sujetos a análisis. Con todo, la particularidad de esta perspectiva reside en destacar no sólo que las ideas surgen a partir de un repertorio a la vez flexible y acotado por las discusiones del día, sino que en parte se definen por su carácter pragmático. A esa propiedad o dimensión de la palabra se debe que ésta constituya un recurso de gran potencialidad para buscar un mejor posicionamiento en el campo. Entre las obras contemporáneas que favorecen este enfoque, destaca R. Collins, *Sociología de las filosofías*.

³ “*Diánoia* empieza su diálogo”, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, II, 6, 15 de febrero de 1955.

derse estrictamente en la línea del tiempo, pertenezcan a dos ciclos concomitantes: el camino de Nicol hacia su consolidación como figura de referencia en el medio filosófico y la creciente especialización en dicho dominio del saber. Desde esta perspectiva, una y otra forman parte de los esfuerzos emprendidos en México por conformar comunidades de especialistas, por armarse de instrumentos capaces de homologar con los países considerados “avanzados” y por validar el derecho a participar en la modernidad intelectual occidental.

Sin demérito de tan elevados propósitos, resulta menester advertir que los medios impresos no son transmisores neutros de información. Cada una a su manera, esta clase de publicaciones se regula a partir de criterios editoriales, mismos que establecen, a su vez, los parámetros de validez y de invalidez, de valor y de insignificancia del tipo de discurso que promueve entre sus cubiertas. En ese sentido, toda revista representa un órgano prescriptivo que, además de divulgar ciertos contenidos, busca estructurar el campo intelectual en que se inscribe. Dicho en otros términos, en ellas se vehicula un lenguaje performativo, en donde la palabra escrita pretende incidir en el medio y, por lo tanto, constituye igualmente una forma de acción.⁴ De ahí que, aunado a otros factores, como el interés de los artículos y el acceso a recursos materiales, su éxito dependa en gran medida de aquello que comúnmente se denomina “prestigio”, es decir, la habilidad para dotarse de un capital simbólico, validar cierto liderazgo y erigirse en voz autorizada ante el público al que está dirigida. A esa serie de elementos responde que las revistas representen un conducto privilegiado para estudiar cómo se conforma y desarrolla un campo intelectual en un momento específico, con sus redes, núcleos, circuitos y antagonistas. También explica que se les identifique como un “recurso organizativo” de base, categoría que designa el conjunto de herramientas que permite posicionarse, establecer vínculos e imponer tópicos o perspectivas.⁵ Un enfoque sociológico como el planteado hace posible comprender esta clase de foros desde su lugar de enunciación y a los actores que en ellos participan como enunciantes dentro de un entramado discursivo complejo. Las revistas se instituyen así como comunicaciones, a la par individuales y colectivas, que sólo adquieren un sentido pleno al estudiarse como elementos dentro de un sistema social.

⁴ El sentido y funcionamiento del lenguaje “performativo” constituye la propuesta central de John L. Austin en *How to do things with words*.

⁵ F. Dosse, *La marcha de las ideas*, p. 51; P. Bourdieu, *Campo de poder y campo intelectual*.

FINES EXPRESOS

El número inaugural de *Filosofía y Letras* apareció en librerías en los primeros meses de 1941. Quienes se hicieron de algún ejemplar quizás apreciaron la austeridad de su cubierta —una cartulina blanca ornada con letras azules— y la sobriedad de sus contenidos, tan extrema que incluso prescindía de cualquier texto introductorio o siquiera indicativo de sus fines y propuestas. Sin embargo, un vistazo al índice y a la portada basta para comprobar que esa significativa ausencia constituía una discreta toma de posición, por la que de modo implícito se reivindicaba una pretendida neutralidad ideológica. No podía ser de otra forma en relación con una revista que se presentaba como órgano de la Facultad homónima y por ende limitada, al menos por principio, a reflejar la vida y el pensamiento que bullía entre sus muros. ¿Qué mejor vía para asentar una vocación netamente académica e institucional que prescindir de programas y dejar que el conocimiento hablara por sí mismo? Así se entiende que la línea editorial se redujera a dividir esas páginas en función de las disciplinas que se impartían en Mascarones —filosofía, letras, e historia y antropología— y a restringir la lista de colaboradores a miembros reconocidos de la comunidad universitaria, tanto al interior del país como allende las fronteras.⁶ El conjunto se completaba con una sección de reseñas, con un apartado de noticias referentes a las actividades desarrolladas durante el último trimestre y con un folleto impreso aparte en el que se daba constancia de las publicaciones recibidas.

Si bien escritos a la luz, con frecuencia halagadora, de los logros alcanzados, un par de testimonios retrospectivos confirman el sentido y tareas que se prestaba a la revista. Eduardo García Máynez, director de la misma desde su fundación y durante largos años, relató en uno de ellos que el proyecto surgió en 1940 como parte de las iniciativas promovidas para “multiplicar los recursos favorables al desarrollo filosófico: publicaciones, con-

⁶ Aunado a la adscripción institucional de los autores, el contacto personal con los editores de la revista parece encontrarse en el origen de numerosos artículos. Así lo sugiere la correlación entre algún viaje a México y la posterior participación de tal o cual colaborador extranjero en el marco de esas páginas. Por otra parte y dada la pluralidad de enfoques, métodos y temáticas ahí representados, resulta prácticamente imposible distinguir una orientación editorial unitaria, como no fuera excluir los comentarios de ocasión y las alusiones a la coyuntura. Es posible suponer que en la voluntad de sus traerse a las contingencias del tiempo y del espacio se expresara el significado atribuido al conocimiento científico y, por ende, “universal”.

ferencias, bibliotecas especializadas, orientación sostenida”.⁷ La meta bien valía el esfuerzo, puesto que, añadió, “este será el terreno propicio para que, con el florecimiento de las vocaciones, advenga el florecimiento de la Filosofía en México”.⁸ A alcanzar esos fines conspiró el establecimiento del Centro de Estudios Filosóficos, organismo creado en el seno de la Universidad Nacional con el propósito de organizar mesas de debate y un repertorio de publicaciones, tanto de libros clásicos como contemporáneos. El éxito de la empresa favoreció que a lo largo de los años su sede fungiera como un marco para el diálogo y el intercambio de ideas. De esa manera, a la vez que se instituían prácticas de cultivo más exigentes y nuevas formas de socialización disciplinaria, también se ponía a disposición de los participantes un foro con pretensiones científicas para cruzar con norma sus armas discursivas. No fue todo. De forma simultánea o paralela, el Centro decidió dar vida a un par de publicaciones periódicas: el *Boletín Bibliográfico*, de efímera existencia, y *Filosofía y Letras*, revista trimestral que perduró hasta bien entrada la década de 1950.⁹ Para el instigador de ambas iniciativas —el propio García Máynez—, tanto el Centro como este medio de difusión concurrían para cumplir con un triple objetivo, a saber,

que la gente de México inclinada a la Filosofía tuviera un panorama al corriente de lo que en esta materia sucede en el mundo; que los jóvenes en trance de resolver el negocio de su vocación pudiesen ser llamados a la Filosofía por la lectura de los estudios, comentarios e informaciones publicados en este órgano universitario de fácil alcance; que la República contara con un sitio para investigar y discutir los asuntos de la Filosofía, sin discriminación de doctrinas.¹⁰

A tono con el espíritu de reforma que primaba en las altas esferas universitarias y del gobierno, la idea consistía en convertir *Filosofía y Letras* en

⁷ A. Yáñez, “Etopeya e ideas de Eduardo García Máynez”, p. 360. El objetivo de conformar una biblioteca especializada en filosofía en gran medida se alcanzó a partir de 1944, merced al apoyo y recursos de la Fundación Rockefeller, que también por ese entonces inició un programa de becas dirigido a estudiantes sobresalientes. Véase la carta de William Berrien, funcionario de la Fundación, a Rodolfo Brito Foucher, rector de la Universidad Nacional, fechada el 15 de marzo de 1944, en AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 155, ff. 14248-14251. Los vínculos con los Estados Unidos y el acuerdo de “buena vecindad” se expresaban y hallaban un terreno propicio en el campo educativo.

⁸ A. Yáñez, “Etopeya e ideas de Eduardo García Máynez”, p. 360.

⁹ E. García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”.

¹⁰ A. Yáñez, “Etopeya e ideas de Eduardo García Máynez”, pp. 357-358.

un vehículo de modernización educativa.¹¹ Informar acerca de los materiales y las discusiones del día no constituía sino el primer paso a seguir. El mayor radicaba en transformar la filosofía en una disciplina, en el doble sentido del término: 1] como una rama del saber bien identificada, definida en función de sus métodos y objetos;¹² 2] como el conjunto de prácticas y hábitos que, por obra del sometimiento y la repetición, terminan por uniformarse y depositarse en los estratos mismos de la experiencia. La unión de esas dos acepciones explica que el cambio anticipado se anunciara como profundo y perdurable, contribuyendo de este modo a un proyecto de regeneración nacional. No fue otra cosa lo que sugirió Eduardo Nicol, secretario de la revista a varios meses de fundada, al sostener que

en México, como en España, no se tiene el sentido institucional de la obra, cuyos elementos son la continuidad, la tradición, la colaboración de muchos a un mismo fin. Por su carácter mismo, estas dos instituciones universitarias [*Filosofía y Letras*, y el Centro de Estudios Filosóficos] favorecen este sentido de la obra y lo fomentan.¹³

Crear una revista de aspiraciones científicas aparecía como un camino para alcanzar lo que en la época se denominó “normalización” de la enseñanza. Por ese término se entendía el establecimiento de ciertas prácticas de trabajo, concebido como colectivo e impersonal, así como la producción de un tipo particular de saber, susceptible de originar resultados concretos

¹¹ Desde 1941, en efecto, comenzó a discutirse la posibilidad de modificar el artículo tercero constitucional, en que todavía se prescribía la “educación socialista”. Interpretado en retrospectiva como el anuncio de la reforma que se verificaría cuatro años más tarde, el decreto presidencial de 1942 estipulaba ya una reorganización completa del sistema educativo, en todos sus niveles. G. Guevara Niebla, *La educación socialista*. Sobra decir que la Universidad Nacional no se mantuvo en ningún momento ajena a las olas del cambio. Una prueba radica en el establecimiento del profesorado de carrera, aprobado en los últimos meses de 1943, revisado y puesto en vigor dos años más tarde, y que abrió las puertas a la profesionalización de su cuerpo docente. I. Carrillo Prieto *et al.*, *Compilación de Legislación Universitaria*. Que la tendencia hacia la especialización formara parte de las preocupaciones del día aparece en las similitudes de enfoque entre *Filosofía y Letras* y la revista *Ciencia*, aparecida en los primeros meses de 1940. Sobre esta última publicación, véase el ensayo de Ana Romero, en este mismo volumen.

¹² Acerca de la inestabilidad del término y de su objeto, véase F. Hartog, “El destino dual de las disciplinas clásicas”.

¹³ Informes para el libro de Julián Amo, *ca.* 1945, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 152, f. 14336.

y de someterse, si no a una verificación empírica, al menos al intercambio y a la reflexión en común. Se trataba, en suma, de adaptar las disciplinas hoy llamadas “humanas” a los criterios que regían en la ciencia, tanto en su vertiente teórica como en la experimental. *Filosofía y Letras* fungiría como una especie de laboratorio, en donde poco a poco se iría gestando una comunidad de especialistas capaces de producir un saber riguroso, seguro y acumulable. Una vez alcanzada esa meta, sería posible dialogar con quienes se habían adelantado a recorrer aquellos mismos senderos y ya no como meros escuchas, sino como auténticos interlocutores.

Pese a confluir con las tendencias que imperaban en el mundo académico internacional, resulta sin duda singular el momento elegido para poner en movimiento aquellas páginas, ideadas como motor del conocimiento puro y, por lo tanto, tan ajenas a las circunstancias inmediatas. Como es sabido, en el centro de la coyuntura se encontraba la segunda Guerra Mundial, interpretada como un combate a muerte por decidir el rumbo del planeta. Mientras que el común de los lectores mantenía la mirada fija en Europa, sometida al progresivo avance de las fuerzas totalitarias, *Filosofía y Letras* se daba el lujo de exhibir artículos de estética, acerca de poesía francesa o sobre antiguas excavaciones en Jericó.¹⁴ Ante el aspecto aséptico y lejano de esos contenidos, apenas sorprende que más de un abonado decidiera traspasar su suscripción a *Cuadernos Americanos*, cuyos primeros ejemplares comenzaron a circular en enero de 1942.¹⁵ ¿Cómo competir con una revista de vocación “humanista y militante”, sobre todo si se considera que las mismas plumas que vertían actuales y a veces polémicas reflexiones para Jesús Silva Herzog, ponían sus disquisiciones eruditas a disposición de Eduardo García Máynez?¹⁶

¹⁴ S. Ramos, “Notas de estética” (1, enero-marzo de 1941); E. Noulet, “El hermetismo en la poesía francesa moderna” (1, enero-marzo de 1941); F.R. Lachmann, “Excavaciones de Jericó y Cartas de Lachis: la Biblia como fuente histórica” (4, octubre-diciembre de 1941).

¹⁵ Al menos tal fue el caso de Filmer Northrop, profesor de la Universidad de Yale, y esto sin importar que sus propios artículos ocuparan un lugar destacado en la revista que de esta forma relegaba. Carta de Filmer Northrop a Eduardo Nicol, fechada el 3 de junio de 1945, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 156, f. 14296.

¹⁶ Las dificultades que se alzaban para difundir obras de índole más técnica eran tales que, en la presentación de la Colección de Textos Clásicos de Filosofía, editada por el propio Centro de Estudios Filosóficos, la revista advertía que su propósito consistía en “poner al alcance de los estudiosos, en ediciones pulcras y económicas, las fuentes más vivas de la filosofía [...], *eludiendo*, en esta labor de iniciación verdadera, *toda pesadumbre*

Reducir su lugar en el mercado no fue el único ni el principal problema que impuso *Cuadernos Americanos* al todavía precario órgano de la Facultad. Al decir de Eduardo Nicol, el mayor había sido de orden moral, puesto que suponía justificar la existencia de un impreso de carácter apolítico en tiempos críticos como los que entonces se vivían. No es, pues, casual que desvanecer cualquier sospecha de desinterés constituyera el objetivo central de un balance fechado en septiembre de 1945, al celebrarse el quinto aniversario de emprendida esa labor intelectual. Que su estilo académico “no era resultado de un desprecio ni de una indiferencia respecto de la tragedia humana que hemos presenciado” figuraba entre sus postulados de base. Pero lejos de expresar dureza o insensibilidad, conservar “la serenidad y elevación de tono” representaba, según dijo, la mejor defensa de la cultura y sus valores. En efecto, explicó,

no correspondía a una publicación de la índole de la nuestra intervenir de lleno en los episodios de la tragedia, ni siquiera para esclarecer sus motivos, para señalar principios ni proponer soluciones en el plano de la teoría. En cambio —añadió enseguida—, sí era misión suya, como un gesto de afirmación del espíritu ante tantas negaciones, destrucciones y desorientaciones, seguir por el camino de la labor universitaria.¹⁷

Junto con un alegato patentemente exculpatario, Nicol proponía en esas líneas una utopía distinta a las que por ese entonces prosperaban: aquélla en que el ensimismamiento equivalía al compromiso y en que la valentía se disfrazaba de abstracción. No era poco lo que con esto se alcanzaba: sin alterar la línea editorial o los focos de interés, el secretario transformaba la revista en salvaguarda de la dignidad humana y en un baluarte contra el irracionalismo y la barbarie. Su discreto pero abnegado aporte al esfuerzo antifascista quedaba así reivindicado.

Si *Filosofía y Letras* igualaba en arrojo a su principal concurrente en el mercado cultural, no menos lo hacía en términos de otra consigna que *Cuadernos* había reactualizado y erigido en igualmente imperativa: la que se sitúa

erudita”. Anuncio inserto en *Filosofía y Letras*, 6, abril-junio de 1942. Las cursivas son mías. Sobre la revista que dirigía Jesús Silva Herzog, véase P. Pilatowsky, “*Cuadernos Americanos*, 1942”, en donde, además de examinar los orígenes de esa publicación, ofrece sugerentes propuestas metodológicas para abordar este tipo de impresos. Ese estudio encuentra un excelente complemento en L. Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”.

¹⁷ E. Nicol, “Cinco años de *Filosofía y Letras*”, p. 142.

bajo el signo del “americanismo”. Según se dijo y repitió hasta el hastío en la prensa cultural, había buenas razones para pensar que el conflicto en Europa, mucho más que señalar el quiebre de una frágil entente, marcaba el final de una era. La catástrofe no sólo arremetía contra construcciones de tipo material, sino que arrastraba consigo al conjunto de valores e ideales ilustrados que desde finales del siglo xvii había irradiado desde el Viejo Continente. En vista de la situación, al Nuevo correspondía velar para que las luces no se extinguieran del todo y, ¿por qué no?, también tomar el puesto, entonces vacante, en tanto guía espiritual del mundo.¹⁸ Con mayor aplomo y no sin cierto pragmatismo, Nicol se hizo eco de aquellas profecías redentoras, al recordar que

la ventura que ha tenido América de verse libre de los trastornos más inmediatos de la guerra, que han paralizado totalmente la labor intelectual en otras partes del mundo, ha permitido llevar adelante, en la medida de nuestras posibilidades actuales, esta obra de cooperación entre México y las otras naciones americanas.¹⁹

En cierto sentido, sus palabras sugerían que la incesante actividad en los mundos académico y editorial demostraba que a América correspondía recoger la estafeta cultural que había perdido Europa. Cada número de la

¹⁸ Las páginas de *Cuadernos Americanos* proporcionan un índice ilustrativo de aquellos presagios tan favorables para esta región del mundo. Entre 1942 y 1945, por lo menos, aparecieron algunos artículos de José Medina Echavarría, Alfonso Reyes, Joaquín Xirau y Leopoldo Zea, entre otros, en los que se hacía referencia a un tal “*homo hispanicus*”, se especulaba sobre el lugar que correspondería a América en la nueva configuración global y se discurría acerca de su “promesa de destino”, su carácter utópico y la relación entre hispanohablantes y anglosajones. Véase J. Medina Echavarría, “Cuerpo de destino” (I, 1, enero-febrero de 1942, pp. 39-42), A. Reyes, “América y los *Cuadernos Americanos*” (II, 2, marzo-abril de 1942, pp. 7-10) y, del mismo autor, “Posición de América” (VIII, 2, marzo-abril de 1943, pp. 7-23); J. Xirau, “Humanismo español (Ensayo de interpretación histórica)” (I, 1, enero-febrero de 1942, pp. 132-154); J.E. Iturriaga y J. Larrea, “Hacia una definición de América. Dos cartas”, (VI, 6, noviembre-diciembre de 1942, pp. 7-33); L. Zea, “Las dos Américas” (XVI, 2, marzo-abril de 1944, pp. 7-20). Tan certero parecía ese cambio de relevos que los delegados de la Segunda Conferencia Americana de Comisiones de Cooperación Intelectual, entre quienes se contaban Eduardo García Máñez, Samuel Ramos y Antonio Castro Leal, declararon que “corresponde a América velar por el patrimonio común de la cultura amenazada y asegurar la continuidad de la obra espiritual colectiva”. En “La Conferencia de La Habana” (I, 1, enero-febrero de 1942, p. 48).

¹⁹ E. Nicol, “Cinco años de *Filosofía y Letras*”, p. 143.

revista corroboraba cómo la balanza se inclinaba poco a poco hacia el oeste. Pero si *Filosofía y Letras* se había beneficiado de aquellos reajustes y desarrollos, mediante su labor de difusión también los promovía, al obtener colaboraciones provenientes de muy variadas latitudes regionales. No hacía falta, por ende, acudir a las proclamas, cuando en los hechos la revista concurría a forjar la unidad continental.

Parecieran o no convincentes a ojos de sus contemporáneos, los argumentos de Nicol revelan las dificultades y reticencias a superar para favorecer la recepción de un órgano de fines académicos. La necesidad de atribuirse ideales ajenos a su postura editorial —como la toma de posición ante el acontecer mundial, la militancia política y la voluntad de incidir en el presente— descubre, además, el tipo de mecanismos empleados en la lucha por la legitimidad. La victoria del universalismo y sus valores —en el sentido que se plasmaba en la revista— dependía de la destreza para modificar los criterios y las convenciones vigentes, en primer lugar, aquellos que regían el concepto de “cultura” y la función del “intelectual”. En ajustar uno y otra al modelo de la ciencia radicaba el mayor desafío de *Filosofía y Letras*, que lenta, paulatina y muy modestamente contribuía a imponer un nuevo paradigma del saber y cultivo filosóficos.

REDES Y TRAMAS

Para entender la novedad que encerraba el planteamiento, resulta menester contrastar la recién creada revista con aquellas otras que por ese entonces circulaban en los confines de la ciudad letrada. Entre las que se abrían a temáticas afines, destaca en primer término *Letras de México*, la publicación cultural con mayor tiraje de la época. Tan codiciado puesto en la lista de ventas se debía a que su fundador y responsable, Octavio G. Barreda, había logrado reunir inteligencia, curiosidad y “amigos poderosos cuyo interés en el arte y las letras capitalizaba en sus iniciativas”.²⁰ Aunado a la apertura con que sus páginas acogieron a nuevos y antiguos talentos, esas maniobras le valieron que a lo largo de una década se le considerara como el más vivo reflejo de la vida intelectual en el país.²¹ Un tanto más especializada parecía

²⁰ G. Sheridan, “Octavio Paz”.

²¹ Sobre la amplia difusión de que gozó esta revista durante la década de 1940 y su lugar en el panorama cultural, véase M.L. Franco Bagnouls, *Letras de México*.

Luminar, revista creada por iniciativa del periodista Pedro Gringoire con el propósito de “servir de laboratorio para la investigación de las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo”. A ello respondía que su programa editorial incluyera números monográficos sobre temas de actualidad, invitando a reconocidos expertos en la materia que dictara el día con día. Pese a ciertas semejanzas y confluencias, es de señalar que el director procuraba subrayar que ninguno de los contenidos exhibidos cumplía “un fin meramente académico”, sino que pretendían coadyuvar a “una época tan necesitada, cual la nuestra, de orientación dinámica”.²²

Una inquietud análoga impulsaba a los editores de *Ábside*, publicación que auspiciaba el Seminario Conciliar con el propósito de difundir el pensamiento cristiano “para bien de muchos estudiosos de recta intención y grave desorientación”.²³ Esos designios hallaban un cauce propicio en aleccionadores ensayos, unos más doctos que otros, así como en el acto de excluir a todo escritor sospechoso de malvivir en territorios ajenos a la fe.²⁴ Todavía más combativa era la *Gaceta Filosófica de los Neokantianos de México*, fundada en 1937 y distribuida desde entonces en forma gratuita. De lograr hacerse con algún ejemplar —tarea nada fácil—, el lector curioso encontrará traducciones relativas a la corriente que así se promovía, comentarios, índices bibliográficos y abundantes escritos de Guillermo Héctor Rodríguez quien, en su calidad de polemista, editor en jefe y líder del movimiento, se permitía redactar casi todos los artículos de fondo. A ese perfil francamente sectario y en muchos sentidos panfletario responde que, aun cuando durante largo tiempo constituyó “la úni-

²² P. Gringoire, “Presentación”. Las cursivas son mías. Esas líneas corresponden al número monográfico que en 1943 la revista *Luminar* dedicó al existencialismo, que de esta forma se sumaba a otros dos aparecidos con anterioridad: el primero sobre Henri Bergson (II, 4, 1938) y el segundo sobre el “personismo” (IV, 2, 1940).

²³ Carta de Alfonso Junco a José Sánchez Villaseñor, fechada el 5 de abril de 1939, AHPM, VI *ad vitam*, c. 35, exp. (AV) Sánchez Villaseñor, S.J.P. José. Además de sus labores como escritor y poeta religioso, Alfonso Junco fue durante largos años un cercano colaborador de *Ábside*, a cuya cabeza se encontró tras la muerte de los hermanos Méndez Plancarte, fundadores y directores de la revista.

²⁴ En ese sentido, resulta sintomático que la revista, tras dar la bienvenida a José Gaos mediante una calurosa reseña de las primeras conferencias que en octubre de 1938 dictó en el país (M. de la Cueva, “El Dr. Gaos”), olvidara volverlo a mencionar, sin duda al hacerse evidente el carácter arreligioso de su doctrina. En contraste, el padre José Manuel Gallegos Rocafull encontró entre esas páginas una favorable y prolongada recepción a sus ideas.

ca especialista que se publica entre nosotros”, tampoco se le atribuyera excesiva seriedad.²⁵

Aunque a este recuento podrían agregarse varios títulos, con sus respectivas y obligadas descripciones, los mencionados bastan para indicar algunos aspectos significativos del contexto que vio surgir *Filosofía y Letras*. El primero consiste en señalar que, ya fuera que prestara sus columnas a una amplia gama de prosistas o que la animara un indisimulado espíritu de partido, ninguna publicación análoga se regía en rigor por criterios académicos. Quien conozca la pluralidad de doctrinas que entonces coexistían habrá igualmente observado que hasta 1940 sólo el neotomismo y el neokantismo disponían de ese tipo de instrumentos discursivos. Esto significa que quienes se oponían o mantenían ajenos a las corrientes hegemónicas veían sus ideas reducidas a la prensa cultural, con las limitaciones temáticas, de enfoque y de espacio que ese hecho suponía. Dadas las particularidades del medio receptor, no hace falta gran perspicacia para advertir que el desembarco de un pequeño grupo de filósofos republicanos, en su mayoría asociados con la figura y el pensamiento de José Ortega y Gasset, logró subvertir la correlación de fuerzas y el orden en las proporciones. Filósofos mexicanos antes aislados, como José Romano Muñoz, relativamente marginados, como Adolfo Menéndez Samará, o incluso denostados, como había sido el caso de Samuel Ramos, hallaron en los recién llegados un apoyo inesperado.²⁶ Aunque la rivalidad y el desacuerdo no les eran en modo alguno ajenos, los vínculos laborales, de discipulado, de amistad y de solidaridad en el exilio lograron unir a personalidades tan disímiles como José Gaos, Joaquín Xirau, Luis Recaséns Siches, Juan Roura Parella, Joaquín

²⁵ A. Menéndez Samará, “En torno del neokantismo”. Pese a situarse en una red antagonista, es de destacar que, según Juan Hernández Luna, al carácter “raqúitico, tanto por lo que va a su presentación como a su contenido”, respondía que *La Gaceta* fuera “una publicación silenciosa e inadvertida”. J. Hernández Luna, “Instituciones filosóficas del México actual”, pp. 302-303. Sobre este movimiento y sus particularidades locales, también es posible consultar D.M. Granja Castro, *El neokantismo en México*.

²⁶ Desde esa perspectiva, resulta sintomático que, en contraste con las severas críticas que Samuel Ramos recibió por parte de la prensa local, José Gaos le dedicara un elogioso artículo —uno de los primeros que escribió a su llegada al país— en el que interpretaba su más conocida obra en términos de la filosofía orteguiana. J. Gaos, “*El perfil del Hombre y la Cultura en México*”. Sobre la recepción de ese libro desde 1934, año de su primera edición, es posible consultar J. Hernández Luna, “Biografía de Samuel Ramos”. La ruptura de Menéndez Samará con la filosofía crítica está documentada en “Neokantismo y anti-neokantismo”.

Álvarez Pastor y Rubén Landa.²⁷ Junto con el de Roberto Mantilla Molina, compañero de estudios de Eduardo García Máynez, tales son los nombres que figuran en la gesta inaugural de *Filosofía y Letras*.²⁸ De ahí que su puesta en marcha certifique el nacimiento de una nueva red intelectual que de esa forma se dotaba de un valioso recurso para organizarse, consolidarse como grupo y validar su lugar en el medio.

Producto de afinidades, confluencias y necesidades resentidas en un círculo de filósofos, la revista se hubiera sin duda concentrado en temas exclusivos a ese gremio si las circunstancias lo hubieran permitido. Contra ese designio se alzaba el reducido número de sus cultivadores, tan exiguo que las rondas de estudiantes no alcanzaban siquiera la decena. A ello se debe que García Máynez afirmara, décadas más tarde, que “habría sido muy difícil, en aquel tiempo, crear una revista consagrada exclusivamente a la difusión de trabajos filosóficos”.²⁹ La decisión de integrar las distintas disciplinas que convivían en Mascarones respondía, por lo tanto, a la exigencia de ampliar las filas de la profesión y de formar un público adecuado. A la espera de que el tiempo y el esfuerzo colectivo produjeran un mayor espesor gremial y la masa crítica requerida, había buenas razones para erigir la revista en órgano de la Facultad que le prestaba nombre. La principal residía en justificar que la Universidad Nacional sufragara la totalidad de los gastos y, desde luego, absorbiera las más que previsibles pérdidas financieras. Únicamente teniendo en cuenta que el destino de *Filosofía y Letras* no dependía de criterios

²⁷ En el caso de los refugiados españoles, es posible suponer que José Gaos y Joaquín Xirau fungieron como núcleos de enlace entre sus compatriotas. Así lo sugieren los vínculos previos al exilio mexicano: mientras que el primero entabló relación con Luis Recaséns Siches en el marco de las tertulias sabatinas que organizaba José Ortega y Gasset, su amistad con Joaquín Álvarez Pastor se remontaba a finales de la década de 1920, con las oposiciones a institutos de Segunda Enseñanza. El discipulado y el interés por la pedagogía era, por su parte, el lazo que al parecer unía a Joaquín Xirau, a Juan Roura Parella y a Rubén Landa. Es de señalar, por último, que pese a que la rivalidad entre ellos fue en su momento legendaria, Gaos y Xirau se habían conocido en el concurso de oposición a una cátedra de filosofía en la Universidad de Madrid, en donde el primero actuaba como candidato y el segundo como miembro del tribunal. Por obra del destierro, algunos vínculos forjados en España se reconstituyeron en suelo americano en la forma de redes intelectuales.

²⁸ E. García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, p. 240. Un ligero indicio de las disputas y rivalidades que con toda probabilidad también se daban cita en el seno de aquella nueva red intelectual, radica en que Adolfo Menéndez Samará, pese a figurar en el núcleo fundador, nunca publicó en la revista.

²⁹ E. García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, p. 241.

económicos se entiende que sobreviviera ante las estrecheces del mercado y que perdurara más allá de los años de 1940. Sobra decir que el privilegio que esto suponía no pasó desapercibido a quienes se situaron a la cabeza del proyecto. Lejos de ello, Nicol reconocía que mantener la línea editorial sólo era posible por verse “libre de los compromisos comerciales a que se hallan sometidas las publicaciones no universitarias de esta misma índole”. Por si fuera poco, el interés de la rectoría por fomentar el canje y abastecer las bibliotecas había favorecido una cierta liberalidad al momento de distribuir la revista, con lo cual los trabajos ahí insertos y “la personalidad de los autores mismos”, obtenían una difusión “más amplia de la que alcanzan los libros”.³⁰

Hubo otras ventajas inherentes al carácter institucional que se prestó a la revista. Una de ellas consistió en abrir el círculo de sus colaboradores, consolidando, en consecuencia, el núcleo fundador de la revista. A la vez causa y efecto de que el proyecto prosperara es la rapidez con que trimestre a trimestre se fueron sumando nuevos nombres, entre quienes destacaban personalidades como Juan David García Bacca, Alfonso Reyes, Edmundo O’Gorman, Julio Jiménez Rueda, Ramón Iglesia, Agustín Millares, Antonio Caso, Francisco Giner de los Ríos y muchos otros más. La dificultad para conservar un equilibrio entre las diferentes secciones muestra, sin embargo, que el grupo de filósofos no consiguió apuntalar del todo los puentes con otras profesiones. Esos tropiezos se manifestaron en que García Máynez, en más de una ocasión, enviara encarecidos SOS a Nicol, instándole a recabar artículos en historia y en letras con la mayor urgencia.³¹ En el polo opuesto, los ensayos de inspiración filosófica llegaban con regularidad y abundancia. De ello se encargaba en parte José Gaos, quien, para beneficio de sus alumnos y, por extensión, del suyo propio, procuró que la revista reprodujera el flujo generacional que manaba de sus aulas. A juzgar por la puntualidad casi biológica con que se suceden los nombres de Leopoldo Zea, Juan Hernández Luna, Bernabé Navarro y Emilio Uranga, entre otros, es de suponer que del seminario a esas páginas sólo había un paso que franquear.³²

Las ausencias resultan tan reveladoras como las presencias. Por ejemplo, con excepción de Oswaldo Robles, quien año con año enviaba algún escrito de tinte confesional, destaca la casi total omisión de artículos relati-

³⁰ E. Nicol, “Cinco años de *Filosofía y Letras*”, p. 142.

³¹ El intercambio epistolar que concierne estos episodios se encuentra en AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, ff. 14166, 14167 y 14174.

³² Sobre el papel que la revista *Filosofía y Letras* desempeñó en la consolidación de algunos alumnos de Gaos, véase A. Santos, “El Grupo Filosófico Hiperión”.

vos a las corrientes neotomista y neokantiana, movimientos que disfrutaron de un gran peso en la vida universitaria en la década de 1940. En ese sentido, es de recordar que el propio Robles ocupó un lugar desmesurado en la Facultad, al grado de convertirse, durante la rectoría de Rodulfo Brito Foucher, en “dueño y señor de la Sección [de Filosofía] y hasta de más”.³³ No menos significativo parece que los autoproclamados herederos de Immanuel Kant se hicieran acompañar por ese entonces de numerosos seguidores que aclamaban sus intervenciones con “estruendosos aplausos, voces, sonrisas y risas”. Esto se debía, precisó Eusebio Castro, a que “el neokantismo de Rodríguez y de Larroyo había despertado y fomentado, no sólo interés colegial filosófico, sino también el interés de grupo y de política administrativa, docente, en la Facultad, en la Escuela Normal, en la Preparatoria, en la Secretaría de Educación...”³⁴

Siendo tales las correlaciones efectivas, apenas sorprende que, de modo implícito, Eduardo Nicol escribiera unas cuantas palabras de descargo por el reducido espacio que ocupaban neotomistas y neokantianos en *Filosofía y Letras*.³⁵ Con ellas aclaraba que la revista constituía un foro abierto para “cuantos se mantuvieran *austeramente* dedicados al servicio de la Filosofía, de las Letras y la Historia”.³⁶ Resulta evidente que no era tal el adverbio que correspondía a las actividades de las corrientes excluidas. Una prueba del carácter combativo que las presidía reside en que ambas se habían armado de sendos grupos de choque, lo cual tal vez explique los sucesivos atentados que aquella publicación padeció en su primera época. Al menos así lo registró García Máynez en carta a Nicol, al lamentar que se hubiera aprovechado su estancia en Cuba para retrasar el número correspondiente al mes de abril de 1943. A lo cual el corresponsal comentaba: “veo con pesar que

³³ Carta de José Gaos a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 155, f. 15116. Un desplegado estudiantil denunciaba que el grupo que dirigía Robles también se había apoderado de la Universidad Militar Latinoamericana y del Departamento de Intercambio Escolar de la Universidad. AHUNAM, *Escuela Nacional de Altos Estudios*, ramo Dirección, serie Alumnos, peticiones y constancias, c. 39, exp. 794, f. 1.

³⁴ E. Castro, *Vida y trama filosófica en la UNAM*, p. 109. Sobre el apoyo oficial que recibieron y su presencia en los medios de enseñanza, véase D.M. Granja, *El neokantismo en México*, pp. 176-183.

³⁵ Es de recordar, por lo demás, que la corriente marxista, pese a contar con un número significativo de simpatizantes y portavoces, no se hallaba representada en la Universidad Nacional desde que en 1933 se verificara su expulsión y esto sin obstar que ninguna restricción legal impidiera su cultivo en cátedra.

³⁶ E. Nicol, “Cinco años de *Filosofía y Letras*”, p. 143. Las cursivas son mías.

ha consistido en un nuevo, digamos, sabotaje de la revista”.³⁷ Contra esas prácticas de asalto ellos mismos opusieron la frialdad de la técnica y la seriedad del cultivo filosófico que, utilizadas con fines partidistas, se revelan como un arma discursiva de inmenso calibre. Una y otra permitían, en efecto, no sólo justificar la omisión de los rivales, sino asociar su propia red de colaboradores con los valores e ideales de la ciencia.

Aparece así que, en esa batalla por los espacios de atención, los editores contaban con mejores recursos y estrategias. Una de las más eficaces consistió en utilizar *Filosofía y Letras* para ejercer una silenciosa lógica excluyente y de esa forma expulsar a los rivales del reino de las representaciones.³⁸ La clave se encontraba en explotar un supuesto inherente a su estatuto como órgano de la Facultad, a saber, que entre sus cubiertas se ofrecía una imagen objetiva y total de la comunidad que convivía en Mascarones. La consecuencia era evidente: quien no apareciera retratado en la escena, tampoco pertenecía. Las luchas y rivalidades que subterráneamente van moldeando y transformando el campo intelectual se daban cita en los márgenes de la revista, tanto en sus oficinas como espacios en blanco. Pese a que su porvenir no era ajeno a quienes se ostentaban como figuras señeras de la Facultad, Fernando Salmerón dejó un claro testimonio del triunfo alcanzado por la red intelectual organizada en torno a Eduardo García Máynez. Al recordar, a casi medio siglo de distancia, el desarrollo de esa revista, Salmerón afirmó que “lo menos que cabría decir de *Filosofía y Letras* es que, en sus 17 años de vida, constituyó la publicación más representativa de la actividad filosófica de México”.³⁹ Ocupar un lugar atípico, incluso estafalario, en los anales de la historia fue el destino asignado a quienes prefirieron no participar en aquel proyecto editorial.

ACTORES

En *Psicología de las situaciones vitales*, publicada en 1941, escribió Eduardo Nicol:

³⁷ Carta de Eduardo Nicol a Eduardo García Máynez, fechada el 28 de julio 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 14167. Sobre los grupos de choque en la UNAM, véase H. Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo y consolidación*.

³⁸ Algunas reflexiones sobre cómo los agentes contribuyen a construir la visión del mundo social y, por ende, contribuyen a construir el mundo social aparecen en P. Bourdieu, “¿Cómo se hace una clase social?”.

³⁹ F. Salmerón, “Las publicaciones filosóficas”, p. 171.

Imaginemos la situación del hombre que abandona su país y debe elegir otro en que radicarse de nuevo. Esta es una situación común en nuestros días. Se vive la situación con una serie de constricciones que limitan por todos lados nuestra posibilidad de decidir. Pero, en tanto que la opción es posible, deliberamos sobre algo que en parte es conocido y en parte desconocido. Sabemos que toda circunstancia condiciona nuestra vida, pero no podemos prever de qué modo nuestra vida va a quedar condicionada por su nueva circunstancia. Si lo desconocido nos amedrenta, no es aquí tanto por desconocido o imprevisto, cuanto por la posibilidad cierta de error que lo desconocido envuelve [...] Los errores, como decimos, se pagan caros. La conciencia del error es también situación límite. El saber que en nuestra vida podemos evitar el error es una situación fundamental.⁴⁰

Como un periodo de prueba y error fue también como transcurrieron sus primeros años de exilio, inmerso en una “situación vital” de incertidumbre y precariedad. Uno de esos experimentos iniciales dio comienzo en marzo de 1942, cuando Nicol se incorporó al comité editorial de *Filosofía y Letras* que por ese entonces celebraba doce meses de existencia.⁴¹ En su calidad de secretario, sus funciones incluían solicitar colaboraciones, ocuparse de la correspondencia, gestionar los canjes, corregir pruebas de imprenta y vigilar la distribución efectiva, es decir, prácticamente todas las labores que requiere una empresa semejante. En vista del cúmulo de responsabilidades asumidas, no sin cierta sorpresa se descubre que durante largo tiempo desempeñó ese cargo a título honorario. Cuando no sin cierto forcejeo se le asignó por fin un estipendio, la cantidad sólo ascendía a 200 pesos mensuales, esto es, una tercera parte de lo que en la época se consideraba necesario para vivir “con un mínimo de decoro”.⁴² A ello habría que añadir que su nombre, salvo en los artículos por él firmados, nunca figuró en la revista, por lo que el reconocimiento social que obtenía por sus esfuerzos resultaba casi insignificante.

⁴⁰ E. Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*.

⁴¹ Carta de Eduardo Nicol a Francisco Romero, fechada el 11 abril 1942, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 152, f. 14081.

⁴² Carta de José Gaos a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en J.C. Torchia Estrada, “Correspondencia José Gaos-Francisco Romero”. Seiscientos pesos era, en efecto, el monto considerado como “una base decorosa de vida en México” y, por consiguiente, a esa cifra ascendía el salario de los profesores adscritos a La Casa de España. Comunicación de Eduardo Villaseñor a Eduardo Hay, citado en C.E. Lida *et al.*, *La Casa de España*, p. 102.

Según quedó registrado en su correspondencia, Nicol aceptó participar en esas desfavorables condiciones laborales para mostrar el acierto que regía su recibimiento en el país.

Fuera de la cátedra —afirmó hacia 1945— (y dado que la índole de mis escritos parecía tan remota a esta circunstancia nacional), he tratado de justificar [mi actuación en México] aportando mi cooperación, casi anónima, a la revista *Filosofía y Letras* y al Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad.⁴³

Si bien muchos de sus compañeros de viaje resintieron una necesidad análoga, es de suponer que la suya era tanto más imperiosa cuanto que, al momento del desembarco, apenas contaba con algunas cartas credenciales susceptibles de ostentar. Un breve recuento de los tropiezos previos al exilio mexicano podría contribuir a comprender la magnitud de su infortunio. El primer dato a retener es que, aun cuando se contaba entre los alumnos destacados de su generación, el pronunciamiento militar impidió que obtuviera el grado de doctor o que diera a la imprenta algún escrito emanado de su pluma. A ello se sumaba el hecho de que sus cargos como profesor de Segunda Enseñanza y como director del Instituto Salmerón no derivaban de un concurso por oposición. Es muy probable que nada de esto hubiera repercutido en su destino americano, de no ser porque la Guerra Civil le valió no pocas suspicacias y malquerencias. Las intrigas que entonces se hicieron presentes consiguieron que se le destituyera como secretario general de la Fundación Bernat Metge y se le cesara del sistema de enseñanza. Por si esto no bastara, la irracionalidad inherente a los conflictos bélicos quiso que se le acusara de espionaje y se le sometiera a juicio por delito de traición.⁴⁴ De dar fe a sus palabras, hasta América lo persiguió la desventura. Ésta se hallaba encarnada en las figuras de José Gaos y de Joaquín Xirau, quienes se encargaron de cubrirlo con malas referencias y de cerrarle las puertas de la antigua Casa de España.⁴⁵ Nicol tenía, por lo tanto, numerosos obstáculos por superar.

⁴³ Informes para el libro de Julián Amo, *ca.* 1945, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 152, f. 14336.

⁴⁴ Retomo estos datos de la carta de Eduardo Nicol a Joaquim Carreras i Artau, fechada el 1 de abril de 1957, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. s/n, ff. 15365-15368. Una anotación al margen indica que nunca llegó a enviar esta misiva.

⁴⁵ Así lo registró Nicol en una carta a José Gaos, al reprocharle que el mal trato recibido se remontaba a los primeros días del exilio, “desde su glacial recibimiento, cuando llegué a México, desde el informe que dio al Colegio de México y que, junto con el de

Un avance importante en ese trayecto fue la defensa de su tesis doctoral, “Psicología de las situaciones vitales”, misma que se convirtió, algunos meses más tarde, en el primer libro que apareció con su nombre. Si bien nunca le satisfizo del todo, debido a la premura que acompañó la escritura, se trató, según dijo, de

una forma de ganar tiempo: el tiempo perdido. De hecho, todos estos años han sido para mí una especie de “carrera contra el reloj”, como dicen los ciclistas. Gaos, García Bacca, Recaséns Siches, Xirau [...], Medina Echavarría, [y] hasta, Roura Parella [...], todos eran bastante mayores que yo. He tenido que hacer un esfuerzo considerable para reducir y anular este “hándicap”. Era cuestión de empollar y de escribir.⁴⁶

Es muy probable que la urgencia de aportar pruebas de valía se encuentre en el origen de su colaboración con la revista *Filosofía y Letras*, sin recibir prácticamente reconocimiento o salario algunos. Amén de hacerse cargo de sus circunstancias, transformando la necesidad en virtud, Nicol no desaprovechó la oportunidad que se le dispensaba, por limitada que fuera. A lo largo de los cinco años en que fungió como secretario, la revista le brindó un foro inmejorable para divulgar conceptos centrales de su teoría psicológica, para exponer algunas disquisiciones sobre el artista y para arremeter en contra del historicismo y a favor de la filosofía como comunidad científica. Y si

Xirau, tantas dificultades me ocasionó; hasta el hecho, trivial pero significativo, de no obsequiarme sus publicaciones de los últimos años”. Carta de Eduardo Nicol a José Gaos, fechada el 13 de marzo de 1951, *AJG*, fondo 1, c. 58, ff. 11291-11292. Es de destacar, no obstante, que los limitados recursos de La Casa de España determinaran que muy pronto se agotaran los lugares en la nómina, a la que sólo accedieron veinte especialistas elegidos entre lo más granado de la emigración española. En vista de su complicada trayectoria, es muy probable que, cualesquiera que fuesen los informes difundidos, Nicol no contara en esa época con méritos suficientes para conquistar una plaza en aquella institución. Por lo demás, a nadie extrañará descubrir que las diferencias en el recibimiento que correspondió a los distintos grupos de asilados derivara en rivalidades y suspicacias. Así al menos lo registró Pedro Salinas, al relatar en los inicios del exilio que “la España emigrada está dividida en dos grandes bandos políticos: negrinistas y prietistas, que se tiran a matar. Y los intelectuales en otros dos bandos: los de la Casa de España, que son los privilegiados, y los últimos, que ya no tienen cabida allí por estar completo el cupo”. Carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada el 26 de septiembre de 1939, en P. Salinas y J. Guillén, *Correspondencia*, pp. 204-205.

⁴⁶ Carta de Eduardo Nicol a Joan Petit, fechada el 31 de agosto de 1947, *AHUNAM*, *Eduardo Nicol*, c. 24, exp. 160, f. 14736.

con motivo de sus publicaciones hacía alarde de su posición como “hombre de mundo”, dedicando sus artículos ora a Jacques Maritain, ora a Francisco Romero, es justo reconocer que su frágil situación en el medio intelectual lo obligaba a explotar al máximo los escasos recursos de que disponía.⁴⁷

Igualmente ventajosa resultaba la posibilidad de ir estableciendo vínculos, tanto con filósofos locales como con algunas figuras connotadas del mundo académico internacional. Proponer el canje de la revista por alguna otra editada en el extranjero o solicitar colaboraciones para cierto número sirvieron para iniciar un intercambio epistolar con diversas personalidades, algunas de primer orden como Ernst Cassirer, Federico de Onís y Wolfgang Köhler, otras ya olvidadas, como Filmer Northrop, Felix Kaufmann y Alfred Stern, y muchas otras más de diverso calibre.⁴⁸ Así, mientras que *Filosofía y Letras* se abría paso hacia Buenos Aires, Cuba, Venezuela o Nueva York, otro tanto sucedía con los escritos de Nicol, quien no olvidaba acompañar sus misivas con algún artículo o libro de su propia autoría. A costa de infringir el orden de las convenciones y modales corrientes, incluso se permitía adjuntar copias de alguna calurosa reseña que le estaba dedicada. Tal era, sin embargo, el riesgo que estuvo dispuesto a correr en el esfuerzo por conquistar un lugar en el medio. Inversamente, la publicación también se benefició de las buenas relaciones que el secretario, excelente corresponsal, supo cultivar a lo largo de esos años. Por no mencionar sino un ejemplo, el primer anuncio pagado que apareció en la revista correspondía a su homóloga *Philosophy and Phenomenological Research*, misma que, desde la Universidad de Buffalo, dirigía su colega y amigo Marvin Farber.

La participación de Eduardo Nicol en *Filosofía y Letras* se encuentra ligada a los ciclos por los que un escritor consolida su anclaje profesional y acrecienta su prestigio. De ahí que si su ingreso corresponde a una situación de precariedad económica y laboral, su salida, en el transcurso de 1946, coincide con momentos en que su vida se había estabilizado por completo. En términos de formación, para esas fechas había logrado revalidar sus estudios, contaba con el título de doctor y en su currículum vitae figuraban

⁴⁷ E. Nicol, “La marcha de Bergson hacia lo concreto” (I, 2, abril-junio de 1941); “Notas para la caracterología del artista” (II, 4, octubre-diciembre de 1941); “Psicología científica y psicología situacional” (V, 10, abril-junio de 1943); “La psicología de la creación artística” (VIII, 15, julio-septiembre de 1944); “La historia y la verdad. El problema del ser en el tiempo” (XI, 21, enero-marzo de 1946).

⁴⁸ Algunos ejemplos de la correspondencia referida se encuentran en AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, ff. 14033, 14229, 14298 y 14318.

un libro y una beca de la Fundación Guggenheim. En el aspecto académico, las perspectivas parecían también prometedoras: tras desempeñarse en las aulas de la Universidad Nacional y disfrutar de una estancia como investigador en Columbia, sus esfuerzos se habían visto recompensados con el nombramiento de “profesor de carrera”. A juzgar por la correspondencia y pese a sus reiteradas protestas de misantropía, sus vínculos tanto al interior como al exterior prosperaban y fructificaban. Su inserción en el país de acogida había sido difícil pero certera. Fue entonces cuando decidió renunciar a su cargo en la revista y consagrarse de lleno a su obra.

COLOFÓN

Hasta 1958 *Filosofía y Letras* mantuvo su secuencia, llegando a acumular 69 números en serie. A semejanza de lo ocurrido en un inicio, la despedida transcurrió en el silencio, sin ofrecer notas anunciadoras o explicativas del desenlace. Hacía varios años que el declive se había hecho evidente en la periodicidad con que salía de la imprenta. Con el transcurso del tiempo, el ritmo trimestral se había convertido en semestral y, por último, había sucumbido al calendario solar, con la publicación de un grueso volumen una vez al año. Los esfuerzos por conservar un carácter interdisciplinario habían también cesado, con lo cual se acentuaba la savia filosófica que llevaba en sus raíces.⁴⁹ Todo ello confluyó para que su confección pareciera progresivamente superflua ante la puesta en marcha de *Diánoia*, órgano de difusión del antiguo Centro de Estudios Filosóficos, ya para entonces ascendido al rango de Instituto. De publicación anual y especializada en filosofía, la revista se inspiraba en los conocidos *Jahrbücher* alemanes y contaba con el apoyo del Fondo de Cultura Económica para su financiamiento y edición. En virtud de esas características, la empresa constituía el primer intento de esa índole en un país de habla hispana.⁵⁰

⁴⁹ Como señala Fernando Salmerón, “a partir del número 23, correspondiente al trimestre de julio a septiembre de 1946, en que Agustín Yáñez se hizo cargo de la dirección de *Filosofía y Letras*, el equilibrio se rompió y desaparecieron las tres secciones iniciales rebasadas por una abundancia de artículos y reseñas filosóficas. [...] La revista había dejado de responder a la composición de la Facultad y había venido a convertirse, fundamentalmente, en una publicación filosófica”. F. Salmerón, “Las publicaciones filosóficas”, p. 171.

⁵⁰ “*Diánoia* comienza su diálogo”, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, II, 6, 15 de febrero de 1955. Véase también A. Estrella, “La revista *Diánoia*”.

Había otros datos dignos de interés. Al abrir el forro y dirigirse a la portada, se descubrirá que como director figuraba Eduardo Nicol, cuyo nombre se exhibía, ahora sí, con todas sus letras. Páginas más adelante se hallarán unas líneas por él firmadas y que, lejos de reducirse a una llana presentación, equivalían tanto a un manifiesto como a un grito de guerra. En ella celebraba que el cultivo de la filosofía en la región hubiera alcanzado un nivel “suficiente ya para crear las condiciones de posibilidad de un nuevo estilo: el estilo propio de la investigación científica”.⁵¹ Convertir la potencialidad en acción dependía de la destreza para distinguir entre rigor e ideología, entre sistema y ensayo, unos y otros con frecuencia confundidos en el medio hispanoamericano. De ahí que el peligro para los habitantes de estas latitudes radicara en atribuir “a la filosofía como ideología los caracteres y los méritos de la filosofía como ciencia”. De modo implícito, sus dardos teóricos se dirigían contra quienes hacían de la circunstancia el tema de sus meditaciones filosóficas y cuestionaban la posibilidad de una comunidad del pensamiento.⁵² Contra ese tipo de posturas y en favor de abrir espacios a la investigación, acreditar ciertas prácticas de trabajo, formar “escuela” y despertar “un estado de conciencia” estaba abocado aquel *Anuario de Filosofía*.⁵³

Que los ideales de especialización y progreso logran concretarse entre las páginas de *Diánoia* muestran la magnitud de los cambios operados en el medio filosófico mexicano en el transcurso de tres lustros. Su simple puesta en circulación no sólo indica que los cultivadores y lectores de la disciplina se habían multiplicado a una escala irreducible al crecimiento demográfico; también sugiere que los criterios científicos se habían integrado plenamente al modelo filosófico admitido. Por otra parte, el hecho de que Nicol se hallara por iniciativa y derecho propios a la cabeza de un proyecto que implicaba congregarse voluntades dispersas, apunta hacia el feliz giro que había tomado su itinerario.⁵⁴ Sin embargo, la satisfacción que le produjeron esos desarrollos no duró largo tiempo. Al aparecer en libre-

⁵¹ E. Nicol, “Presentación”, p. vii.

⁵² Nicol volvería sus críticas más explícitas en años posteriores, como aparece en la obra *El problema de la filosofía hispánica*, publicada en 1961.

⁵³ E. Nicol, “Presentación”, p. viii.

⁵⁴ La mayor independencia que Nicol había adquirido aparece, igualmente, en el marco de su obra y, muy especialmente, en su libro *Historicismo y existencialismo*, publicado en 1950 con el sello de El Colegio de México. Las duras críticas que dirigió a las corrientes filosóficas en boga y, en particular, a aquella que representaba José Ortega y Gasset le valieron, a su vez, los comentarios mordaces de José Gaos.

rías el segundo número de la revista, en enero de 1956, su nombre había ya desaparecido del comité editorial. Según consta en su correspondencia, la inquina de Luis Recaséns Siches y la incomprensión de Eduardo García Máynez determinaron que se le expulsara por proceder, en opinión de sus colegas, en contra de los intereses del Centro.⁵⁵ Y es que, contrariamente a los deseos de Nicol, no hay disciplina que se reduzca a una lógica racionalista ni formas de saber inmunes a las pasiones humanas o a la contingencia de la historia.

REFERENCIAS

- AHPM Archivo Histórico de la Provincia de México, Compañía de Jesús
 AHUNAM Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México
 AJG Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México
- Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. II, Buenos Aires, Katz, 2010.
- Austin, John L., *How to do things with words*, Oxford, Oxford University Press, 1962.
- Bourdieu, Pierre, *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.
- , “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en Bourdieu, 2000, pp. 101-130.
- , *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.
- Carrillo Prieto, Ignacio et al., *Compilación de Legislación Universitaria de 1910 a 1976*, t. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
- Castro, Eusebio, *Vida y trama filosófica en la UNAM, 1940-1960*, México, edición del autor, 1989.
- Collins, Randall, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Hacer, 2005.
- de la Cueva, Manuel, “El Dr. Gaos y la filosofía contemporánea”, *Ábside*, 2, 11, noviembre de 1938, pp. 62-64.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007.
- Estrella, Alejandro, “La revista *Diánoia* como nexo de las redes filosóficas mexicanas”, en Granados, 2012, pp. 71-83.

⁵⁵ Carta de Eduardo Nicol a Eduardo García Máynez, fechada el 13 de septiembre de 1955, y carta de Eduardo Nicol a “Memo”, sin fecha, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 24, exp. 162, ff. 15094-15095 y 15099.

- Franco Bagnouls, María de Lourdes, *Letras de México: gaceta literaria y artística, 1937-1947*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.
- Gaos, José, *Obras Completas VI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- , “El perfil del Hombre y la Cultura en México”, *Letras de México*, 15 de junio de 1939, reproducido en Gaos, 1990, pp. 147-151.
- García Máñez, Eduardo, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, *Diánoia*, XII, 12, 1966, pp. 240-248.
- Giner, Salvador, “Prólogo a la edición española. La ciencia social y el saber humano. La aportación de Randall Collins al análisis sociológico de la cultura”, en Collins, 2005, pp. xix-xxix.
- Granados, Aimer (coord.), *La revista en la historia intelectual de América y España*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, 2012.
- Granja Castro, Dulce María, *El neokantismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Gringoire, Pedro, “Presentación”, *Luminar*, VI, 2, 1943.
- Guevara Niebla, Gilberto, *La educación socialista en México (1934-1945)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- Hartog, François, “El destino dual de las disciplinas clásicas”, *Fractal*, 63, octubre-diciembre de 2011, pp. 11-34.
- Hernández Luna, Juan, “Biografía de Samuel Ramos”, en Ramos, 1985, pp. v-xix.
- , “Instituciones filosóficas del México actual”, *Filosofía y Letras*, 36, octubre-diciembre de 1949, pp. 281-299.
- Lida, Clara E., José Antonio Matesanz y Josefina Z. Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.
- Menéndez Samará, Alfonso, “En torno del neokantismo”, *Revista Mexicana de Cultura*, 129, 11 de septiembre de 1949, p. 1.
- , “Neokantismo y anti-neokantismo”, *Revista Mexicana de Cultura*, 72, 15 de agosto de 1948, p. 2.
- Nicol, Eduardo, *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón*, México, El Colegio de México, 1950.
- , *El problema de la filosofía hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- , “Presentación”, *Diánoia*, I, 1, 1955, pp. vii-ix.
- , “Cinco años de *Filosofía y Letras*”, *Filosofía y Letras*, 20, octubre-diciembre 1945, pp. 141-143.
- , *Psicología de las situaciones vitales*, México, El Colegio de México, 1941.
- Pilatowsky, Priscila, “Cuadernos Americanos, 1942: humanismo y militancia en un momento límite”, manuscrito inédito.
- Ramos, Samuel, *Obras completas II*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.

- Salinas, Pedro, y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Barcelona, Tusquets, 1992.
- Salmerón, Fernando, *Filosofía e historia de las ideas en México y América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2007.
- , “Las publicaciones filosóficas: cuarenta años de *Diánoia*”, en Salmerón, 2007, pp. 169-174.
- Santos, Ana, “El Grupo Filosófico Hiperión en tres publicaciones periódicas de mediados del siglo XX, 1948-1952”, en Granados, 2012, pp. 277-301.
- Sánchez Gudiño, Hugo, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Porrúa, 2006.
- Serrano Migallón, Fernando, *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales españoles del exilio republicano español en México*, México, El Colegio de México, 2009.
- Sheridan, Guillermo, “Octavio Paz: cartas de Berkeley”, *Letras libres*, noviembre de 2011, consultado en versión electrónica: <<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/octavio-paz-cartas-de-berkeley?page=0,0>>.
- Torchia Estrada, Juan Carlos, “Correspondencia José Gaos-Francisco Romero”, *Revista de Filosofía y Teoría Política*, Universidad Nacional de La Plata, 28-29, 1992, pp. 159-194.
- Weinberg, Liliana, “Cuadernos americanos: la política editorial como política cultural”, en Altamirano, 2010, pp. 235-284.
- Yáñez, Agustín, “Etopeya e ideas de Eduardo García Máynez”, *Filosofía y Letras*, 24, octubre-diciembre de 1946, pp. 355-360.

REVISTAS

Ábside, México
Cuadernos Americanos, México
Diánoia, México
Filosofía y Letras, México
Letras de México, México
Luminar, México

LA REVISTA *CIENCIA*, UN ESPACIO DE MEDIACIÓN
PARA EL EXILIO CIENTÍFICO ESPAÑOL

Ana Romero de Pablos
Instituto de Filosofía-CCHS,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

La revista *Ciencia*, fundada e impulsada por científicos españoles del exilio, es un buen instrumento para conocer cómo se articuló el diálogo en el exilio científico republicano español en México, cómo se relacionó con los otros exilios —el caso de la judía vienesa Marietta Blau es un buen ejemplo de ello— y cómo fueron acomodados en el espacio científico mexicano modelos y prácticas técnicas y experimentales que —sobre todo en torno a la construcción de la tabla periódica de los elementos— circularon entre ambos continentes.

Tradicionalmente la ciencia se ha considerado hija de la modernidad y por ello ha estado siempre unida a la idea de progreso. Lejos de enfrentar la idea de modernidad a la de tradición, la de innovación a la de conservación, quiero con este trabajo mostrar una modernidad que se fabrica en un espacio donde coexisten la tradición y la conservación, y donde la ciencia no sólo se construye en los laboratorios sino también fuera de ellos. Donde los formatos, los estándares y los sistemas de clasificación tienen un papel relevante, ponen orden donde hay caos y al tiempo aportan tranquilidad y sosiego. En los momentos en los que el orden falla o se altera, es precisamente cuando se hace más visible y necesario, cuando de alguna forma se retroalimenta el proceso de estandarización. Al mismo tiempo estos procesos visualizan también los distintos agentes involucrados en su desarrollo —objetos, conocimiento e intereses—, cómo se llevan a cabo y en qué consisten.¹

El objeto de este trabajo es adentrarnos en la construcción de la modernidad a través de la ciencia en un espacio y tiempo determinados, me-

¹ Sobre la invisibilidad de los procesos de estandarización y clasificación, véase G. Bowker y S.L. Star, *Sorting Things Out*. Sobre estandarización y producción industrial, ensayos clínicos y prescripciones médicas, véase C. Bonah *et al.*, *Harmonizing Drugs*.

diados por la revista *Ciencia*, que evoca y sugiere viajes y rupturas, pero también encuentros y continuidades. Más concretamente, propongo la tabla periódica de los elementos y su construcción como metáfora del desarrollo de la modernidad. Una ciencia moderna que no sólo se construye en los laboratorios, sino también fuera de ellos y de forma colectiva, donde los resultados deben ser consensuados: una ciencia que es tanto objeto como sujeto de políticas y de poder.² Así, esta historia toma la tabla periódica como imagen de esta ciencia, sujeto y objeto de políticas. La construcción de la tabla periódica evoca la relación que se produjo entre unos datos concretos, sujetos a espacios y tiempos determinados, y su posterior expansión y aceptación en espacios más amplios gracias, sobre todo, a su visualización. Este proceso de normalización, orden, clasificación y estandarización pone en juego objetos —los elementos químicos—, conocimientos y también intereses políticos, sociales y económicos.

El nuevo espacio físico y conceptual que abrió el descubrimiento del átomo no sólo puso sobre la mesa una forma nueva de entender el mundo, sino también el reto de cómo incorporarlo. Al desarrollo de nuevas tecnologías e instrumentos, y de nuevos laboratorios, se unió la creación de nuevos espacios disciplinares y su consiguiente institucionalización. El protagonismo que se asignó a la ciencia —y que yo asigno a este objeto científico en particular, la tabla periódica— como articuladora de esa modernidad, hay que entenderlo en un espacio y tiempo determinados: dentro del proyecto modernizador que puso en marcha el Estado español a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) durante los treinta primeros años del siglo xx.

La revisión sistemática de los artículos publicados en la revista *Ciencia* entre los años 1940 y 1945 será nuestra principal fuente documental. Esta publicación, *Ciencia*, puesta en marcha por un grupo de científicos exilados en México, amplificó la actividad científica que se estaba desarrollando en Europa y sirvió de escaparate del trabajo realizado por científicos españoles en el exilio. Además, la publicación jugó un papel importante en la construcción y articulación de una red con el mundo intelectual Iberoamericano.³

² B. Latour, *Nunca fuimos modernos*.

³ Son muchos los trabajos publicados sobre el exilio exterior e interior como consecuencia de la Guerra Civil española. Los citados a continuación son los que han utilizado a la revista *Ciencia* como fuente y objeto de análisis: F. Giral, *Ciencia española en el exilio*; A. Baratas, “El fomento de la actividad científico-técnica por las instituciones del exilio”;

En la presentación que firmó Ignacio Bolívar en el primer número de la revista *Ciencia*, el 15 de febrero de 1940, quedaban recogidas las razones que motivaron la puesta en marcha de esta publicación. De entre todas ellas quiero dirigir la mirada a tres reflexiones para comenzar a perfilar la modernidad a la que me voy a referir. En el texto se habla de: 1] ciencia como parte importante de la cultura pública, “difundir el conocimiento de las ciencias físico-naturales y exactas y sus posibles aplicaciones, por considerarlas como una de las principales bases de la cultura pública”; 2] ciencia en construcción y en constante desarrollo, “les mantendrá [a los investigadores y a los lectores] al corriente de los adelantos diariamente registrados”; y 3] ciencia colectiva, “las Ciencias [...] no pueden progresar sin el concurso de cuantos a ella se dedican. Como en la colmena, cada uno aporta el producto de su labor para contribuir a la obra común”.⁴

La idea de ciencia en construcción, como producto colectivo y como parte importante de la cultura pública, evoca el proyecto modernizador que impulsó la JAE a comienzos del siglo XX y en el que Ignacio Bolívar tuvo un papel importante. Esta idea de difusión y de cultura científica colectiva se materializa en la elaboración de la tabla de los elementos, como veremos en adelante.

Ignacio Bolívar fue sucesivamente vocal, vicepresidente y presidente, a la muerte de Santiago Ramón y Cajal,⁵ de la JAE. Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales, hizo de él un moderno centro de investigación y de exposiciones públicas. Su liderazgo se notó en que la entomología fue una de las disciplinas con mayor auge dentro de las ciencias naturales de la España de la época.⁶

La JAE fue un organismo autónomo creado en 1907 por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Su objetivo era mejorar la formación del personal docente e investigador, y dotarlo de medios que permitieran seguir

R. Aleixandre *et al.*, “La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*”; A. Pulgarín *et al.*, “Análisis bibliométrico de la literatura científica publicada en *Ciencia*”.

⁴ *Ciencia*, 1, 1, 1940, pp. 1-2. He consultado la colección de la revista *Ciencia* digitalizada y accesible en el Portal Edad de Plata de la Residencia de Estudiantes: <<http://www.edaddeplata.org/edaddeplata/Publicaciones/publicaciones/integra.jsp?id=url3>>.

⁵ Santiago Ramón y Cajal, además de hacer ciencia, mantuvo siempre un fuerte compromiso, como lo expresó en sus numerosos escritos, con el regeneracionismo cultural de España. La creación de la JAE en 1907 y la asunción de su presidencia le situó en el mejor de los lugares desde donde trabajar por ese objetivo.

⁶ Sobre el auge de las ciencias naturales en España, véanse de S. Casado, *Los primeros pasos de la ecología en España* y Quiroga, Calderón, Bolívar.

de cerca el movimiento científico y pedagógico de las naciones más cultas del momento. La JAE fue un gran “laboratorio” de investigación de las ciencias (naturales y sociales) y en él se ensayaron y desarrollaron nuevos modelos para el fomento de la investigación en todos los ámbitos del conocimiento. Para ello, una de las cuestiones esenciales fue la concesión de becas o pensiones para que maestros, profesionales y científicos de todas las disciplinas pudiesen ampliar sus estudios en el extranjero. La circulación de nuevas prácticas y modelos permitió incorporar nuevas formas de trabajo y de transferencia de conocimiento —seminarios y publicaciones, por ejemplo—, y también la creación de nuevos espacios de investigación y de enseñanza.⁷

La creación de la JAE no puede explicarse sólo por una voluntad política, que por supuesto la hubo. También hay que tener en cuenta otras circunstancias e ideas que confluyeron y que hicieron posible que este proyecto fuera tomando cuerpo. Por un lado, la idea de modernización y regeneración hay que entenderla como reacción al desastre del 98. También hay que conectarla, y así se expresaba en el decreto fundacional de la JAE, con el proceso de modernización a finales del siglo XIX que tuvo lugar en el Japón Meiji y que buscó replicar los modelos de formación de élites de los países más punteros del momento. Si estos dos factores fueron importantes, no lo fue menos el que en España se dieran las circunstancias para la creación de una alianza entre sectores reformistas liderados desde el partido liberal, pero en la que también participaron otros que veían la necesidad de la modernización científica y pedagógica: por ejemplo, el hecho de que Marcelino Menéndez y Pelayo estuviera entre los primeros vocales de la JAE es una buena muestra de ello. Y entre los grupos reformistas hay que mencionar la Institución Libre de Enseñanza que aportó parte de las ideas y las personas que favorecieron que este proyecto saliera adelante.

Desde la Junta se sentaron así las bases para establecer una cultura de la ciencia en España, entonces el fundamento de los países europeos más desarrollados. La búsqueda de conocimiento a través de la experimentación, el rigor en la recopilación de datos y en el análisis de los mismos, eran

⁷ La investigación moderna sobre este organismo se inicia con el trabajo de F. Laporta *et al.*, que fue financiada por la Fundación Juan March y que fue parcialmente publicada, “Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios”; J.M. Sánchez Ron (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios*; J.M. Sánchez Ron *et al.* (eds.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas: El laboratorio de España*; J.M. Sánchez Ron y J. García Velasco, *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*.

prácticas de trabajo e investigación que circularon de unos espacios a otros, atravesando fronteras geográficas y disciplinares. Se introdujeron nuevas metodologías, modelos y prácticas experimentales que permitieron dar respuesta a algunas de las cuestiones que se iban planteando, pero sobre todo generaron nuevas preguntas. Es en este sentido que la JAE puede considerarse un laboratorio vivo de creación de conocimiento.

LA TABLA PERIÓDICA

La tabla periódica fue propuesta por el químico ruso Dimitri Ivánovich Mendeleiev (1834-1907) para presentar los elementos —formuló un cuadro con 63 elementos desde el hidrógeno al uranio— de forma que se manifestaran las semejanzas de ciertas “familias” o grupos. Esta ordenación, basada en la idea de que las propiedades químicas de los cuerpos se relacionan con sus pesos atómicos, fue realizada entre 1868 y 1869 y presentada en una sesión de la Sociedad Rusa de Química. En un principio Mendeleiev percibió que su propuesta no fue del todo bien recibida, pero el hecho de que el químico alemán Lothar Meyer (1830-1895) llegara a ideas muy similares de forma independiente y partiendo de las propiedades físicas de los átomos, le llevaron a publicar su propia descripción en 1870.⁸

Otro de los logros de Mendeleiev fue poner de manifiesto la existencia de “huecos”, lo que le permitió anunciar la existencia de elementos entonces no conocidos y que, en efecto, lo fueron posteriormente.⁹ En 1871 el químico ruso no sólo predijo la existencia de tres elementos desconocidos, sino que incluso pudo indicar sus propiedades más significativas, incluyendo los pesos atómicos aproximados. Las predicciones pronto se vieron confirmadas y así en 1875 el francés Paul-Émile Lecoq de Boisbaudran anunció el descubrimiento del galio (ekaboro para Mendeleiev), en 1879 el sueco Lars Fredrik Nilson hacía lo propio con el escandio (ekaluminio), y en 1886 el alemán Clemens Alexander Winkler encontraría el germanio (ekasilicio).¹⁰

⁸ Sobre Mendeleiev y la construcción de la tabla periódica, el uso político que de ella se ha hecho y los cuestionamientos a los que ha sido sometida, véase M. Gordon, *A Well-Ordered Thing*.

⁹ E. Serri y J.W. Worrall, “Prediction and the Periodic Table”.

¹⁰ Para el origen y procedencia de los nombres de los elementos desde la mitología griega, nombres de planetas, colores, lugares donde fueron descubiertos o de nacimiento de sus descubridores, hasta la nomenclatura actual, véase E. Serri, *Periodic Table*.

Este repaso por la historia de la tabla de los elementos nos sitúa ante un objeto científico que, aunque está en constante construcción, jugó un papel importante en la normalización de los funcionamientos y los procesos. La tabla se convirtió así en un objeto, una herramienta que evoca, al tiempo que incorpora un orden, una clasificación, que permite distinguir y diferenciar, y también normalizar y estandarizar. Un objeto que aúna y visualiza un mundo no visible pero consensuado, legitimado y aceptado, y que hoy día se mantiene como el cuadro básico de la racionalidad de la química, del orden frente al caos.

En este sentido, la tabla de los elementos es una potente imagen de la modernidad. En la ciencia moderna, el medir, clasificar, desarrollar y establecer procesos técnicos para conseguir datos fiables, así como pensar una nomenclatura que dotara de identidad el resultado de esos procesos, se erigieron en importantes hitos de su construcción. Construcción que, como veremos, tuvo un carácter más colectivo que individual.

Y en ese espacio híbrido y fluido, que va desde el laboratorio a la sociedad, quiero situar la revista *Ciencia* y a uno de los miembros de su consejo de redacción: el químico Enrique Moles.¹¹

Enrique Moles fue el introductor en España de los estudios de química física (aplicación de medidas físicas a productos químicos), investigaciones en las que se inició en Leipzig —pensionado por la JAE— trabajando con Philippe A. Guye, y que tan sólo abandonó cuando le fue impedida su vuelta al Instituto Nacional de Física y Química, tras la Guerra Civil.

A su regreso de Leipzig, en 1911, tuvo su primer puesto en la Universidad de Madrid como profesor auxiliar en la Facultad de Farmacia, donde conoció a los que a partir de entonces consideraría sus maestros: los químicos José Rodríguez Carracido y José Casares Gil. En 1927 ganó la cátedra de química inorgánica de la Facultad de Ciencias.

Moles puso especial énfasis en propiciar y mejorar la enseñanza práctica de la química. Junto con otros científicos de su época —como Santiago Ramón y Cajal, Ignacio Bolívar, Amalio Gimeno, José Rodríguez Carracido, José Casares Gil, José Muñoz del Castillo, Leonardo Torres Quevedo, José Gómez Ocaña y Blas Cabrera, por señalar a algunos—, fue vocal del Instituto del Material Científico, organismo creado por el Estado para dotar a los centros de enseñanza e investigación de instrumentación científica. Y fue

¹¹ A. Pérez Vitoria, *Enrique Moles: la vida y la obra de un químico español*; A. Romero de Pablos, *La europeización de la ciencia. Cabrera, Moles y Rey Pastor*.

también uno de los responsables directos de las instalaciones del Instituto Nacional de Física y Química; su experiencia en esta materia y el conocimiento que tenía de otras instituciones similares europeas y americanas (viajó a Estados Unidos en 1920) le llevaron, junto con el espectroscopista Miguel Catalán y los arquitectos Manuel Sánchez-Arcas y Luis Lacasa, a distintas entidades europeas con objeto de diseñar las nuevas instalaciones con las que debía contar ese recién inaugurado centro de investigación. Moles alentó asimismo la construcción de nuevos laboratorios en la Facultad de Ciencias y además fue vocal, a partir de 1931, de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid. Importaba también, por la repercusión en el desarrollo de las investigaciones y en el trabajo de los científicos, la propia arquitectura de los laboratorios.¹²

Como investigador fue reconocido internacionalmente por sus trabajos de determinación de pesos atómicos. Revisó los pesos atómicos del sodio, el bromo y el flúor, al que dedicó su tesis doctoral, y las densidades del nitrógeno y el oxígeno. Creyó que basándose exclusivamente en datos experimentales era posible fijar los pesos atómicos y moleculares de los elementos. La dificultad práctica de obtener medidas físicas como la temperatura, la presión o el peso, cuando lo que se buscaba era la mayor precisión posible, constituía el principal reto al que entonces se enfrentaban los investigadores. Y fue en este punto donde Moles centró su atención, diseñando técnicas de gran sofisticación para la época, que le valieron el reconocimiento internacional. En 1921 fue invitado por el profesor Moureu, presidente de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada, a formar parte de la Comisión Internacional de Pesos Atómicos, con científicos como Brauner, Guye, Nasini, Richards y Swarts. Moles representó oficialmente a España en la Conferencia de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada que se celebró en Bruselas el 27 de junio de 1921. En 1934 organizó, junto con la Sociedad Española de Física y Química, el IX Congreso Internacional de Química, y casi dos décadas después, en 1951, fue nombrado para ocupar el cargo de secretario de la Comisión Internacional de Pesos Atómicos de la Unión Internacional de Química.

La Guerra Civil supuso un corte radical en la vida de Enrique Moles. En 1936 era catedrático de química inorgánica en la Facultad de Ciencias de Madrid y jefe de sección en el Instituto Nacional de Física y Química,

¹² Sobre la importancia y la influencia del espacio arquitectónico de los laboratorios en el desarrollo de las investigaciones sobre el radio en los primeros años del siglo xx en Viena, véase M. Rentetzi, *Trafficking Materials and Gendered Experimental Practices*.

además de secretario de la Sociedad Española de Física y Química, miembro de número de la Academia de Ciencias y, desde el 28 de septiembre de 1936, vicerrector de la Universidad Central, cargo que, sin embargo, no llegó a ejercer. Durante la sublevación del ejército contra la República, Moles se hizo cargo de la dirección del Instituto Nacional de Física y Química, pues Blas Cabrera se había refugiado en París. Las necesidades del gobierno republicano de emplear al máximo sus posibilidades de defensa llevaron a la utilización de este centro con fines bélicos. Estas circunstancias, unidas a la firma del manifiesto titulado “Contra la barbarie fascista”, publicado en *El Socialista* el 31 de octubre de 1936,¹³ el día siguiente del bombardeo aéreo de Madrid, y a la aceptación de su nombramiento como director de Pólvoras y Explosivos en 1937, le convirtieron en objeto de serias represalias a su regreso a España desde Francia en diciembre de 1941, tras la ocupación de París (había conseguido escapar al país vecino en 1939). En España le esperaban dos visitas a la cárcel, una en diciembre de 1941 y otra en marzo de 1942, y un consejo de guerra que lo consideró culpable de “adhesión a la rebelión militar”, por lo que fue condenado en 1943 a treinta años de prisión mayor. En agosto de 1943 Moles cumplió sesenta años, lo que le permitió solicitar la libertad condicional.

Ante su forzado abandono del mundo universitario, en enero de 1944 se incorporó al Instituto de Biología y Sueroterapia como asesor técnico de la Sección de Química Farmacéutica.

Al igual que otros científicos vinculados a la JAE, Enrique Moles salió del laboratorio pues estaba convencido de las ventajas que tenía para la sociedad dar a conocer, además de sus propios trabajos, otros desarrollos científicos que se habían dado en nuestro país. Entre estas “salidas del laboratorio” quiero destacar la conferencia que dictó en Unión Radio sobre “La química en la vida diaria”. En esta alocución radiofónica —reproducida en la revista *Residencia* en diciembre de 1927— empleaba un léxico perfectamente comprensible y con una clara voluntad de acercar, en este caso, algunos procesos químicos presentes en el día a día de cualquier radioyente: disertó sobre la leche y sus subproductos, los jabones y la química de la celulosa y sus transformaciones.¹⁴

¹³ Otros firmantes de este manifiesto fueron José Gaos, José Sánchez Covisa, Ramón Menéndez Pidal, Jorge Fernández Tello, Agustín Millares, Manuel Márquez, Antonio Madinaveitia, Juan de la Encina, Tomás Navarro Tomás, José Moreno Villa, T. Arroyo de Márquez, Pedro Carrasco, Antonio de Zulueta, Juan Cuatrecasas y Victorio Macho.

¹⁴ E. Moles, “La química en la vida diaria”.

La figura de Moles retrata bien esa preocupación por favorecer la investigación y la enseñanza experimentales, por construir los espacios más adecuados para la investigación y por propiciar esa cultura de la precisión que tanto tuvo que ver en el proyecto modernizador que puso en marcha la JAE. Pero, además, la participación de Moles en los distintos foros de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada (UIQPA) y su nombramiento en 1951 como secretario de la Comisión Internacional de Pesos Atómicos de la Unión Internacional de Química, introduce el consenso como fuente de legitimidad en este proceso de construcción de la modernidad.

Precisamente fue la necesidad de establecer estándares, tanto en los símbolos de los elementos químicos como en los protocolos con los que operar, lo que estuvo tras la creación en 1919 de la UIQPA. Y curiosamente en este proceso de normalización de medidas, nombres y símbolos estuvieron interesados no sólo los químicos universitarios sino también el sector industrial, que vio pronto las ventajas que todo ello podía tener para el comercio internacional. La organización del trabajo de este organismo y los resultados que obtuvieron evidencian la creación de una red de redes que conectó al mundo académico con el industrial y a todos ellos con la sociedad en general.

Y en este proceso de constante construcción, de estandarización y normalización, y de legitimación de procesos, la revista *Ciencia* jugó también su papel.

LA REVISTA *CIENCIA*

La revista *Ciencia* fue una publicación fundada en 1940 por científicos españoles en el exilio en México. Sus principales impulsores fueron los entomólogos Ignacio Bolívar y su hijo Cándido, y el bioquímico Francisco Giral. Tuvo cuatro directores: Ignacio Bolívar (1940-1945), el físico Blas Cabrera (1945), Cándido Bolívar (1946-1969) y José Puche, fisiólogo y ex rector de la Universidad de Valencia, que dirigió la revista hasta 1975, año en que dejó de publicarse.

En una carta que escribe Ignacio Bolívar a Indalecio Prieto se explicitan las intenciones y los objetivos que pusieron en marcha este proyecto:

Convenía demostrar a ojos del mundo y especialmente de los científicos americanos, que la ciencia española no había desaparecido, ni se había sometido a

los designios de los dictadores, y cómo en su mayor parte hubo de abandonar la Península, y se hallaba acogida entre sus colegas europeos y americanos. Por ello surgió la revista *Ciencia*.¹⁵

La revista fue un instrumento de conexión entre los científicos exiliados, pero también sirvió de nexo y cohesión con el mundo científico e intelectual de los países de acogida. Esta publicación se convirtió en un buen escaparate de la actividad desarrollada por los científicos españoles en el exilio, al tiempo que en referente de primer orden de la producción científica en español. Pero también, por medio de las secciones “Noticias” y “Libros nuevos”, en un buen amplificador y transmisor de los nuevos desarrollos que se estaban produciendo tanto en Europa como en América del Norte.

A pesar de las dificultades, sobre todo económicas, por las que pasó, la revista pudo mantener una periodicidad —se publicaron una media de doce números por año— y una estructura bastante homogéneas. Cada número lo inauguraba, a modo de editorial, un espacio llamado “Al lector” y firmado por el director, donde se mencionaba lo más destacado del número. Este espacio se dedicó en dos ocasiones a las necrológicas de sus dos primeros directores, Ignacio Bolívar y Blas Cabrera. “La ciencia moderna”, la primera de las secciones, mostraba un solo artículo extenso de revisión y puesta al día de algún problema científico de actualidad; iba firmado por un solo autor y completado con bibliografía. La sección “Comunicaciones originales” la componían artículos más breves con novedades y nuevas aportaciones. Había también una sección llamada “Noticias”, otra “Miscelánea”, “Libros nuevos”, “Revista de revistas”, “La ciencia aplicada”, “Libros recibidos” y “Noticias técnicas”.¹⁶

Volviendo a nuestro hilo conductor, la tabla periódica de los elementos, aunque nunca tuvo un espacio fijo en la revista, sí tuvo una presencia constante. En forma de artículos, noticias o a través de reseñas de libros nuevos, fundamentalmente, los elementos están incluidos en las secciones “La ciencia moderna”, “La ciencia aplicada”, “Noticias”, bajo el epígrafe de química inorgánica, y “Miscelánea”. Son muchas las referencias encontradas que hacen alusión a la construcción de la tabla periódica. En los 43 números

¹⁵ Citada por A. Baratas, “El fomento de la actividad científico-técnica”, pp. 102-103.

¹⁶ Para un estudio detallado sobre la estructura de la revista véase R. Aleixandre *et al.*, “La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*”.

agrupados en los seis volúmenes revisados, se encontraron 42 referencias a la tabla periódica.

Entre los artículos relacionados con aspectos científicos de actualidad destacan los cuatro que Blas Cabrera publicó en 1942, titulados “El atomismo y su evolución”.¹⁷

El físico Blas Cabrera tuvo un papel determinante en el campo de las ciencias experimentales en la España del primer tercio del siglo xx. Su trabajo de investigación y como director de los mejores laboratorios que tuvo España en su época, sus relaciones internacionales de máximo nivel y su labor como promotor de la institucionalización de la ciencia, todavía le dejaron tiempo para su veta de divulgador que se manifestó fundamentalmente a través de la *Revista de Occidente*, en la sala de conferencias y en las publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Blas Cabrera fue el introductor en España, junto con los matemáticos Josep María Plans y Esteban Terradas, de la teoría de la relatividad de Einstein. La asimilación de estas nuevas teorías (la especial y la general) le situó en la mejor de las condiciones para ser su anfitrión en Madrid, en el viaje que el sabio alemán realizó por España en el año 1923.

Cuando Cabrera publicó estos artículos en México, ya estaba al final de su carrera científica y vital. Aprovechó este espacio para hacer un repaso a la historia del átomo, que comienza en la filosofía griega y termina con lo que fueron sus últimos trabajos realizados en el Instituto Nacional de Física y Química sobre las propiedades magnéticas de los átomos. Entremedias se detiene a reflexionar sobre la introducción del atomismo, las consecuencias que conlleva una clasificación de los elementos, las técnicas de medida del átomo, el descubrimiento del núcleo atómico y los modelos atómicos de los físicos Ernest Rutherford y Niels Böhr, y las aportaciones de Arnold Sommerfeld y la introducción de los números cuánticos.

Cabrera estaba convencido de que las ciencias físicas ocupaban el primer rango como promotoras de la cultura moderna; así lo expresó en su discurso de entrada en la Real Academia Española dedicado a la relación entre ciencia y lenguaje. En artículos publicados en *Ciencia* mostró las humanidades, las ciencias y las artes compartiendo un mismo espacio. Al igual que otros muchos investigadores vinculados al mundo de la JAE, Blas Cabrera trabajó por compartir saberes y espacios disciplinares.

¹⁷ B. Cabrera, “El atomismo y su evolución”, pp. 3-11; “El atomismo y su evolución II”, pp. 97-108; “El atomismo y su evolución III”, pp. 241-248, y “El atomismo y su evolución IV”, pp. 289-298.

Entre las mujeres científicas que firman artículos en *Ciencia* destaca la presencia de Marietta Blau.¹⁸ Además de ser una de las más prolíficas entre las 97 autoras —destaca con cinco artículos—, fue una investigadora que evoca bien la importancia en la construcción de la ciencia moderna de la circulación y la transferencia de conocimientos y prácticas entre disciplinas, así como de los laboratorios a los hospitales y de la academia a la industria.¹⁹

Marietta Blau, judía vienesa, estudió química y matemáticas en la Universidad de Viena. Comenzó su carrera en 1914 y en 1918 presentó su primer trabajo sobre absorción y divergencia de los rayos gamma, que publicó de forma simultánea en el *Boletín* del Instituto del Radio, lugar donde realizó sus prácticas universitarias, y en el *Sitzungsberichte* de la Academia Austriaca de Ciencias. Descubiertos por el físico francés Paul Villard, los rayos gamma se habían convertido a partir de 1900 en uno de los espacios de interés para la comunidad radiológica. El trabajo de Blau cobró importancia en el uso para tratamientos clínicos contra el cáncer y esto fue lo que le abrió la puerta del Instituto Radiológico Holzkecht donde, tras presentar su tesis en 1919, comenzó sus investigaciones en física médica. La cercanía de ambos institutos —el del Radio y el Holzkecht— facilitó la circulación de personal y prácticas relacionadas con la preparación del radio para usos terapéuticos. Blau vio las ventajas y las posibilidades que se abrían en ese espacio de frontera entre la física y la medicina, espacio donde se mantuvo el resto de su carrera como investigadora. Este interés no sólo la llevó del laboratorio al hospital, sino que también la condujo a trabajar como física en una fábrica de tubos de rayos X —en 1921 viajó de Viena a Fürstenau, en Alemania—; un año después se trasladó al Instituto de Física Médica de Fráncfort donde formó doctores en radiología mientras investigaba los efectos de las radiaciones en objetos biológicos. Convencida de que otros instrumentos que se estaban desarrollando en otras disciplinas podían ser útiles para sus investigaciones, se interesó también por el desarrollo del análisis estadístico y su aplicación a los procesos biológicos (proyecto de Friedrich Dessauer).

En 1923 se vio obligada a interrumpir su trabajo en Alemania, para volver a Viena a cuidar de su madre enferma. Cuando las tropas alemanas entraron en Viena en marzo de 1938, Marietta Blau estaba en Oslo, a donde había llegado tras presentar su trabajo en el Bohr's Institute de Copenhague.

¹⁸ R. Alexandre *et al.*, “La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*”.

¹⁹ M. Rentetzi, *Trafficking Materials and Gendered Experimental Practices*, y P. Gali-son, “Marietta Blau: Between Nazis and Nuclei”.

Marietta Blau tenía 44 años cuando tuvo que iniciar una nueva carrera, primero en México y luego en Estados Unidos. Sus cuadernos de laboratorio fueron confiscados por la Gestapo y cayeron en manos de sus colegas nazis del laboratorio del Instituto del Radio en Viena.²⁰ De los intentos por encontrar un lugar donde poder continuar sus investigaciones dan cuenta las cartas que Einstein dirigió a la American Association of University Women. Finalmente encontró acomodo en el Instituto Politécnico de México donde permaneció hasta 1944.²¹

Aunque Maria Rentetzi califica la estancia de Marietta Blau en México como un periodo desafortunado desde el punto de vista de la investigación y en este sentido puede entenderse también la carta que envió Einstein al embajador mexicano en Washington para intentar ayudarla a encontrar el lugar adecuado donde desempeñar su trabajo,²² los trabajos que publicó y los lugares donde desarrolló su investigación indican que coincidió y trabajó en México con un grupo de personas preocupadas y ocupadas en hacer del desarrollo científico y tecnológico la base para la modernización.

Quiero llamar la atención sobre los trabajos que Marietta Blau publicó en la revista *Ciencia* y en *Cuadernos Americanos*. Esta última fue fundada en 1942 por un grupo de intelectuales mexicanos y españoles exiliados, tenía una periodicidad bimestral y estaba compuesta por cuatro secciones fijas, de las cuales una, “La aventura del saber”, la ocupaban artículos científicos.

El primer artículo que publicó en *Ciencia* fue sobre el helio, su origen y localización. Entre 1940 y 1945 firmó cuatro textos, además de la nota necrológica dedicada al Premio Nobel de Física Joseph J. Thomson.²³

²⁰ P. Galison, *Image and Logic*.

²¹ M. Rentetzi, *Trafficking Materials and Gendered Experimental Practices*, pp. 212-213; M. Rentetzi, “Women in Physics: Women Physicists in the Institute for Radium Research in Vienna”, pp. 9-12; B. Strohmaier *et al.*, *Marietta Blau, Stars of Disintegration*; B. Strohmaier y R. Rosner, *Marietta Blau, estrellas de desintegración*.

²² “The physicist Dr. Marietta Blau lives in Mexico City. Officially she holds a position on the Institute for Technology there; but the trouble is that she has not, until now, the opportunity for useful work”, citado en Peter Galison, “Marietta Blau: Between Nazis and Nuclei”, p. 47.

²³ M. Blau, “El helio, su origen y su localización”, pp. 265-270; “La radiactividad artificial y su aplicación en problemas de la ciencia moderna”, pp. 145-153; “Necrológica de J.J. Thomson”, pp. 174-176; “La radiactividad y el estado térmico de la Tierra”, pp. 97-102, y “Algunas investigaciones sobre radiactividad llevadas a cabo en México”, pp. 12-17.

En *Cuadernos Americanos* fueron dos los artículos publicados.²⁴

Sus trabajos estuvieron articulados en torno a la radiactividad, descubrimiento que tuvo repercusiones claras en la construcción de la tabla periódica. A partir de entonces la inmutabilidad de los elementos químicos comenzó a ser discutida, circunstancia que se vio favorecida por el desarrollo de otras tecnologías que surgieron en campos diferentes de la investigación: la construcción en 1912 por J.J. Thomson de una balanza basada en las leyes de la electrodinámica dio lugar, tras varias mejoras, al espectrógrafo de masas, instrumento en torno al que se articuló una nueva disciplina, la espectrografía de masas, que permite medir con gran exactitud la masa y el peso atómico de los átomos. Esta eterna cuestión sobre si los aspectos técnicos son los que deciden los avances científicos o, por el contrario, si es la investigación la que promueve el perfeccionamiento de las conquistas técnicas, está presente en todos los trabajos de Marietta Blau, que incluso llegó a construir diferentes instrumentos para los laboratorios en los que trabajó.

Pero mi llamada de atención sobre esta investigadora y sus artículos tiene que ver también con el entorno en el que realizó su investigación: trabajó como profesora en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, del Instituto Politécnico Nacional, y en el Laboratorio de Radiactividad de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica en México. Este organismo creado en 1942 tuvo —en palabras de Cándido Bolívar— unas características bastante análogas a las de la JAE. Con su creación “se buscó impulsar y coordinar las investigaciones científicas en todo el territorio mexicano en el campo de las ciencias puras y aplicadas con la finalidad primordial de atender a los problemas nacionales ligados con la industria, la agricultura y la sanidad públicas, y procurar su resolución”. Este organismo se ocupó de impulsar la preparación de investigadores y técnicos; canalizó ayudas para laboratorios ya existentes y para la creación de otros nuevos; coordinó la actividad científica y técnica independientemente de que ésta se realizara en organismos oficiales o particulares; e impulsó la puesta en marcha de nuevas investigaciones que redundaran en beneficio del interés nacional. Para el estudio de los minerales radiactivos y de sus aplicaciones técnicas y científicas la Comisión creó el Laboratorio de Radiactividad, lugar de adscripción de Marietta Blau cuando publicó en la revista *Ciencia*.²⁵

²⁴ M. Blau, “El descubrimiento del electrón positivo”, pp. 71-82, y “Balanza de precisión”, pp. 99-112.

²⁵ C. Bolívar, “Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica en México”, pp. 79-82.

Otra parte de la revista, asimismo interesante para el tema que nos ocupa, es la de las noticias que recogen los informes anuales del Comité de Pesos Atómicos de la UIQPA y la publicación, a comienzo de cada año, de la tabla periódica en su conjunto con las incorporaciones de las modificaciones que se habían ido produciendo a lo largo del año anterior.

De 1940 a 1945 la revista se hizo eco de la publicación de dos informes emitidos por el Comité de Pesos Atómicos. El primero de ellos correspondía al periodo de septiembre de 1937 a septiembre de 1938, y el segundo de septiembre de 1938 al mismo mes de 1939.²⁶

Lo que sigue es un ejemplo de la manera en que *Ciencia* se hacía eco de las modificaciones incluidas en el informe:

Carbono: Moles y Escribano han hecho nuevas determinaciones de las densidades del oxígeno y del anhídrido carbónico a diferentes presiones y hallan como peso atómico del carbono: 12 007.

Nitrógeno: Moles y Roquero, por nuevas determinaciones de las densidades del oxígeno y del amoníaco, obtienen como peso atómico del nitrógeno: 14 008.

Fósforo: Hönigschmid y Menn han comparado el oxiclórico de fósforo con la plata y el cloruro argéntico, y obtienen como mejor valor para peso atómico del fósforo: 30 978; este valor está de acuerdo con el que halló Richie por determinación de la densidad de la fosfocina (Informe de 1930). El valor internacional resulta demasiado alto y ha sido sustituido por 30.98.²⁷

Son noticias cortas y concisas que de forma casi telegráfica muestran resultados, cómo se han obtenido y los responsables de los mismos. Estas noticias hablan de unos pesos atómicos en constante revisión, donde el avance de la práctica y las técnicas de laboratorio permiten afinar cada vez más los resultados, y donde el trabajo colectivo resulta fundamental. Un trabajo colectivo, que no anónimo, hecho en espacios muy distintos de la geografía desde donde se trabaja a modo de corresponsalías.

Y como la ciencia es, al igual que cualquier otra construcción cultural, producto de lugares y tiempos, la tabla periódica de los elementos no quedó al margen, como muestra la revista *Ciencia*, de dos acontecimientos que marcaron la vida española y europea: la Guerra Civil y la segunda Guerra Mundial.

²⁶ M. Guichard *et al.*, “Nineth Report of the Committee on Atomic Weights of the International Union of Chemistry”, p. 224; G.P. Baxter *et al.*, “Tenth Report of the Committee on Atomic Weights of the International Union of Chemistry”, p. 669.

²⁷ *Ciencia*, 1, 1, 1940, p. 47

La Guerra Civil española impidió el normal desarrollo de las investigaciones que desde el Instituto Nacional de Física y Química se habían venido realizando. Por ello se vio interrumpida la presencia, en los informes anuales del Comité de Pesos Atómicos, de los trabajos de Enrique Moles y su escuela. El texto que daba a conocer la publicación del décimo informe del Comité se hacía eco de esta circunstancia: “Por primera vez en muchos años se nota la ausencia de los trabajos españoles de la escuela de físico-química del profesor Moles”.²⁸

Circunstancia que no había cambiado dos años después:

Nuevamente los químicos de habla española han de ver con dolor la ausencia, repetida en los últimos años, de los trabajos de la magnífica escuela inorgánica del profesor Enrique Moles, cuyas contribuciones siempre eran tenidas en cuenta por la Comisión Internacional de Pesos Atómicos y que las circunstancias presentes de España han impedido se siga trabajando en campo tan fundamental de la investigación científica.²⁹

Y la segunda Guerra Mundial interrumpió en 1941 las reuniones de la Comisión Internacional de Pesos Atómicos. Por ello, durante los años siguientes continuó rigiendo la tabla internacional de 1940 con una única corrección, la que se había hecho en 1941 relacionada con el peso atómico del holmio.³⁰

Pero la falta de reuniones internacionales no impidió que el trabajo se diera a conocer desde muchos otros lugares. G.P. Baxter, miembro estadounidense del Comité, en 1943 mostró un informe personal sobre los trabajos publicados desde septiembre de 1940. Precisamente el carácter personal de su informe, y por tanto la falta de comprobación y consenso, hizo que no se le autorizara a introducir cambios en la tabla internacional de pesos atómicos.³¹

A través de esta narración de hechos históricos y de experiencias personales, el recorrido por los primeros cinco años de lo publicado en *Ciencia* relacionado con la tabla periódica muestra una ciencia en construcción. En esta construcción los aportes provienen de la propia práctica científica y de la mejora de las técnicas, donde el trabajo individual ha sido sustituido por

²⁸ *Ciencia*, I, 7, 1940, p. 325.

²⁹ *Ciencia*, IV, 11-12, 1943, p. 322.

³⁰ “La tabla de 1940”, *Ciencia*, I, 3, 1940, p. 128. La modificación del peso atómico del holmio, *Ciencia*, II, 4, 1941, p. 171.

³¹ G.P. Baxter, “Report of the Committee on Atomic Weights of the American Chemical Society”.

el colectivo —cobran importancia las escuelas y los grupos de investigación—, los resultados tienen que ser previamente consensuados para ser legitimados —se institucionalizan foros y organismos internacionales que sancionan los procesos—, y donde parte de esa legitimación viene dada por el alcance social de la misma.

No me gustaría terminar sin hacer referencia a algo que de alguna forma ha estado implícito en esta narración y que también se construye y necesita de consensos: la representación iconográfica de la tabla periódica. Desde la página suelta donde Mendeleiev expresó su primera relación de elementos químicos hasta la representación actual que se incluye en los libros de texto, se enseña en las escuelas, circula por internet, ocupa un espacio en el imaginario colectivo y todos reconocemos, ha habido toda una serie de formas y maneras de mostrarla que han ido dando respuesta a las distintas cuestiones que en tiempos y espacios concretos se han planteado. Formatos que no sólo han crecido en tamaño, sino que también han cambiado de escala a medida que lo que simboliza la tabla iba ocupando mayor espacio conceptual. Las distintas representaciones de la tabla, su circulación y su reconocimiento, indican su grado de aceptación y socialización. Su iconografía, con todo lo que incorpora de símbolos, conceptos y prácticas, viaja al mundo del arte —pienso, por ejemplo, en la obra de Joaquín Torres García y en todas las referencias que encontramos en sus trabajos de ideogramas, encuadres, clasificaciones—. Un viaje que se produce también en la otra dirección; como el reciente sello que la Oficina de Correos puso en circulación en España el 2 de febrero de 2007 para conmemorar el Año Internacional de la Química: una tabla periódica que evoca un “Mondrian”.

La tabla periódica de los elementos se convierte así en un objeto integrador de saberes y prácticas, un objeto híbrido de experiencias y conocimiento, que nombra, mide y codifica un mundo no visible, que con su representación y visualización dota y carga de valor el conocimiento que incorpora y que a medida que circula y se socializa realimenta su construcción.

En este sentido, medir, nombrar, codificar, fueron actividades que articulaban la construcción de una ciencia moderna que ayudó a incorporar una nueva forma de entender el mundo. Un mundo que, al tiempo que para algunos representaba alteración y ruptura, como fue el caso de los exiliados, estaba sujeto a estos procesos de normalización, orden, clasificación y estandarización que puso en juego y combinó, como dije al comienzo, objetos como los elementos químicos, prácticas científicas y experimentales con intereses políticos, sociales y económicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aleixandre, R., J.A. Mico y A. Soler, “La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*”. En Barona (comp.), 2003, pp. 73-98.
- Baratas, Alfredo, “El fomento de la actividad científico-técnica por las instituciones del exilio”. En G. Sánchez Díaz, y P. García de León (coord.), 2001, pp. 81-123.
- Barona, Josep Luis (comp.), *Ciencia, salud pública y exilio (España 1875-1939)*, Valencia, Seminari d'estudis sobre la ciencia, 2003.
- Baxter, G.P, “Report of the Committee on Atomic Weights of the American Chemical Society”, *Journal of the American Chemical Society*, 65, 8, 1943, pp. 1443-1447.
- Baxter, G.P., M. Guichard, O. Hönigschmid, R. Whytlaw-Gray, “Tenth Report of the Committee on Atomic Weights of the International Union of Chemistry”, *Journal of the American Chemical Society*, 62, 3, 1940, pp. 669-672.
- Blau, Marietta, “El Helio, su origen y su localización”, *Ciencia*, I, 6, 1940, pp. 265-270.
- , “Necrológica de J.J. Thomson”, *Ciencia*, II, 4, 1941, pp. 174-176.
- , “La Radiactividad artificial y su aplicación en problemas de la ciencia moderna”, *Ciencia*, II, 4, 1941, pp. 145-153.
- , “El descubrimiento del electrón positivo”, *Cuadernos Americanos*, 1, 1942, pp. 71-82.
- , “Balanza de precisión”, *Cuadernos Americanos*, 4, 1942, pp. 99-112.
- , “La radiactividad y el estado térmico de la Tierra”, *Ciencia*, V, 4-5, 1944-1945, pp. 97-102.
- , “Algunas investigaciones sobre radiactividad llevadas a cabo en México”, *Ciencia*, V, 13, 1944-1945, pp. 12-17.
- Bolívar y Pieltaín, Cándido, “Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica en México”, *Ciencia*, VI, 2, 1945, pp. 79-82.
- Bonah, C., C. Masutti, A. Rasmussen y J. Simon, *Harmonizing Drugs. Standards in 20th. Century Pharmaceutical History*, París, Editions Glyphe, 2009.
- Bowker, Geoffrey C., y Susan Leight Star, *Sorting things out. Classification and its consequence*, Massachusetts Institute of Technology, 2000.
- Cabrera, Blas, “El atomismo y su evolución”, *Ciencia*, III, 1, 1942, pp. 3-11.
- , “El atomismo y su evolución II”, *Ciencia*, III, 3-4, 1942, pp. 97-108.
- , “El atomismo y su evolución III”, *Ciencia*, III, 8-9, 1942, pp. 241-248.
- , “El atomismo y su evolución IV”, *Ciencia*, III, 10-11, 1942, pp. 289-298.
- Casado, Santos, *Los primeros pasos de la ecología en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación–Residencia de Estudiantes, 1997.
- , *Quiroga, Calderón, Bolívar. La ciencia en el campo. Naturaleza y regeneracionismo*, Madrid, Nivola, 2001.
- Ciencia*, <<http://www.edaddeplata.org/edaddeplata/Publicaciones/publicaciones/integra.jsp?id=url3>>.

- Galison, Peter, "Marietta Blau: Between Nazis and Nuclei", *Physics Today*, 50, 11, 1997, pp. 42-48.
- , *Image and Logic*, Chicago, Chicago University Press, 1997.
- Giral, Francisco, *Ciencia española en el exilio (1939-1989)*, Barcelona, Antrophos, 1994.
- Gordon, Michael, *A Well-Ordered Thing: Dimitri Mendeleev and the Shadow of the Periodic Table*, Cambridge, Basic Books, 2004.
- Guichard, M., O. Höning Schmid, R. Whytlaw-Gray, "Nineth Report of the Committee on Atomic Weights of the International Union of Chemistry", *Journal of the American Chemical Society*, LXI, 1939, p. 224.
- Laporta, Francisco, Javier Solana, Alfonso Ruiz Miguel, Virgilio Zapatero y Teresa Rodríguez de Lecea, "Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios", *Arbor*, 493 y 499, 1987, pp. 17-87 y pp. 9-113.
- Latour, Bruno, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Madrid, Siglo XXI, 2007.
- Moles, Enrique, "La química en la vida diaria", *Residencia*, 1, 1927, pp. 66-70.
- Pérez Vitoria, Augusto, *Enrique Moles: la vida y la obra de un químico español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985.
- Pulgarín, Antonio, Cristina Carapeto y José M. Cobos, "Análisis bibliométrico de la literatura científica", publicada en *Ciencia. Revista hispano-americana de ciencias puras y aplicadas (1940-1974)*. *Information Research an International Electronic Journal*, 9-4, 2004, <<http://informationr.net/ir/9-4/paper193.html>>.
- Rentetzi, Maria, "Women in Physics: Women Physicists in the Institute for Radium Research in Vienna, 1920-1938: A Statistical Report", *Soziale Technik*, 2, 2001, pp. 9-12.
- , *Trafficking Materials and Gendered Experimental Practices. Radium research in early 20th century Vienna*, Columbia University Press, 2008.
- Romero de Pablos, Ana, *La europeización de la ciencia. Cabrera, Moles y Rey Pastor*, Madrid, Nivola, 2002.
- Sánchez Díaz, G., y P. García de León (coord.), *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás, 2001.
- Sánchez Ron, José Manuel (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después, 1907-1987*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.
- Sánchez Ron, José Manuel, Antonio Lafuente, Ana Romero de Pablos y Leticia Sánchez de Andrés (eds.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas: el laboratorio de España*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Residencia de Estudiantes, 2007.
- Sánchez Ron, José Manuel, y José García Velasco (eds.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010.

Serri, Eric R., J.W. Worrall, "Prediction and the Periodic Table", *Studies in History and Philosophy of Science*, 32, 2001, pp. 407-452.

Serri, Eric R., *Periodic Table: Its story and its significance*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

Strohmaier, Brigitte, Robert Rosner, Paul F. Dvorak, *Marietta Blau, stars of disintegration: Biography of a pioneer of particle physics*, United States, Ariadne Press, 2006.

Strohmaier, Brigitte, y Robert Rosner, *Marietta Blau, Estrellas de desintegración. Biografía de una pionera de la física de partículas*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2006.

ATLANTE EN EL EXILIO: ACTORES Y ETAPAS
DE UNA EDITORIAL REPUBLICANA HISPANO-AMERICANA

Leoncio López-Ocón
Instituto de Historia-CCHS,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Decenas de miles de historias nutrieron el drama del exilio republicano español. Casi medio millón de personas de la España vencida cruzaron la frontera con Francia en el invierno de 1939.¹ Una pequeña parte de esa marea humana —unas 35 000 personas— encontraría asilo en el continente americano. El principal país de acogida fue México, donde se instalaron 22000 exiliados republicanos, de los que 20000 eran mayores de quince años.² Esa masiva llegada de refugiados derrotados se realizó gracias a la generosa política de acogida del presidente Lázaro Cárdenas, considerado por los expatriados republicanos como “nuestro benefactor en sentido estricto”.³ La bibliografía sobre ese éxodo es ingente,⁴ pero quedan aún muchos aspectos de su acción cultural por explorar y cuestiones a debatir.⁵

Uno de los temas que merece ser considerado con más detalle es el análisis de las editoriales promovidas por los exiliados por diversas razones. Su estudio permitirá conocer mejor sus preocupaciones y sus logros intelectuales, teniendo en cuenta que esas editoriales fueron el lugar escogido

¹ Para un balance en cifras del éxodo de 1936-1939, véase J.B. Vilar, *La España del exilio*, p. 333.

² Véanse al respecto A. Alted, “Historiadores españoles exiliados”, p. 77, y C.E. Lida, “Un exilio en vilo”, p. 22.

³ Expresión usada por I. Costero, *Crónica de una vocación científica*, p. 205.

⁴ En el reciente balance que hace en “Los estudios sobre el exilio republicano en México”, W. Bernecker da cuenta en su bibliografía de 115 trabajos. Pero la producción historiográfica sigue avanzando.

⁵ Así lo destaca W. Bernecker en *ibid.*, p. 33.

por los propios exiliados para publicar sus obras y mantener la conexión con sus lectores. Esas editoriales pretendieron prolongar la existencia de la cultura creada por la Segunda República. De modo que rastrear los títulos publicados por las editoriales de los exiliados equivale a buscar y encontrar parte del legado cultural republicano.

Se estima asimismo que una mejor aproximación a esas iniciativas culturales permitirá profundizar en el conocimiento de los vínculos existentes entre las redes sociales, los círculos culturales y los intereses empresariales de los republicanos exiliados en la perspectiva analítica abierta en sus estudios sobre la difusión del libro español en América por María Fernández Moya.⁶ En el marco de esta línea de investigación hay aún problemas insuficientemente abordados, de los que cabe resaltar dos. Uno concierne al esclarecimiento de cómo las editoriales creadas por los exiliados republicanos españoles se insertaron en el campo cultural ya existente en los países latinoamericanos en los que actuaron. Otra cuestión insuficientemente analizada es el esfuerzo realizado por ciertas empresas editoriales, surgidas en México o en Buenos Aires en la década de 1940, para fortalecer en el horizonte cultural latinoamericano la presencia de conocimientos científicos y técnicos procedentes del ideario ilustrado del que se consideraban herederos los republicanos españoles y sus homólogos latinoamericanos que les dieron acogida.

Varias de esas editoriales generaron un aparato importador de la producción científica de otras áreas culturales, mediante una serie de prácticas y agentes que tienen como centro la traducción y el traductor, cuya labor es más compleja de lo que a primera vista pudiera parecer. Como ha expuesto Willson, la labor de traducción implica numerosas operaciones (selección de lo que se traduce, negociación de los derechos de traducción, intermediación de los agentes literarios o sucedáneos, organización de los textos traducidos en colecciones, redacción de prólogos, crítica literaria, publicación de reseñas, otorgamiento de premios, etc.) y se involucran en ella numerosos actores como editores, agentes literarios, directores de colecciones, prologuistas, reseñistas, críticos en general.⁷ Visto así, tal aparato importador no se limitaría al campo editorial sino que abarcaría otras empresas culturales y determinadas instituciones, como la prensa escrita, las revistas culturales,

⁶ Véase por ejemplo, M. Fernández Moya, "Editores españoles", pp. 97-110.

⁷ P. Willson, "Los editores españoles y la traducción", pp. 146-147. Esta autora sigue los planteamientos de J.-M. Gouanvic, *Sociologie de la traduction*, pp. 21 y ss.

los medios académicos, las bibliotecas populares. Los libros traducidos no son, por tanto, meras réplicas de los textos originales. Más bien la historiografía de la ciencia sostiene que la traducción implica la transferencia de conocimiento científico de unas lenguas a otras, de unos contextos a otros,⁸ de manera que en numerosas ocasiones la obra traducida es un nuevo producto cultural dotado de originalidad.⁹

En el marco de estas preocupaciones metodológicas, se pretende realizar una aproximación a la Editorial Atlante mediante el análisis de su gestación y de su producción hasta donde se ha podido reconstruir, rastreando catálogos electrónicos de bibliotecas americanas y europeas. Dispondremos así de nuevos materiales para aproximarnos al proyecto modernizador del que se sintieron portadores los republicanos españoles exiliados y a la nueva propuesta modernizadora que adoptaron al “mexicanizarse” algunos de ellos. Hay que considerar al respecto que la historia cultural del exilio republicano es ininteligible si no se toma en cuenta su interacción con la sociedad mexicana y su labor en la construcción de un crisol en el que ambas culturas se cruzaron.¹⁰ Por esta razón, los planteamientos expuestos por los defensores de *l’histoire croisée* son pertinentes a la hora de analizar las interacciones generadas por la Editorial Atlante. En efecto, este enfoque historiográfico pone el énfasis en el estudio de las relaciones que atraviesan a entidades delimitadas territorialmente y en el análisis de las interacciones que surgen de esas conexiones. Privilegia el conocimiento de las rutas, tránsitos, movimientos y pasajes que definen la construcción de identidades, así como la circulación y el desplazamiento de personas, cosas, libros, textos y estilos que permiten configurar programas de investigación y acercar las fronteras del conocimiento.¹¹

Partiendo de estas consideraciones, se intentará evaluar qué tipo de cultura de la España republicana propagó esa empresa editorial en tierras ame-

⁸ Así lo plantean, por ejemplo, A. Martínez Vidal y E. Sallent del Colombo en “Ciencia en el exilio”, pp. 149-175.

⁹ Véase al respecto los numerosos ejemplos que proporciona S. Montgomery en *Science in translation*, especialmente en el cap. 7, pp. 253 y ss.

¹⁰ Así lo destaca F. Serrano Migallón en *La inteligencia peregrina*.

¹¹ Un planteamiento programático de esta perspectiva historiográfica y análisis de casos diversos desde el punto de vista analítico de *l’histoire croisée*, en M. Werner y B. Zimmermann, *De la comparaison à l’histoire croisée*. Sus resonancias se encuentran también presentes en los trabajos compilados por M. Achim y A. Granados en *Itinerarios e intercambios*.

ricanas exponiendo cuáles fueron sus aportaciones más originales. Se planteará también cómo sus agentes interactuaron con el campo cultural existente en México, cuestión que abordaremos comparando los trabajos de las editoriales Atlante y Séneca, otra empresa del exilio republicano español. Nos aproximaremos asimismo al aparato de importación creado por la Editorial Atlante para fortalecer la ciencia y la tecnología en el horizonte cultural mexicano y latinoamericano, pues quizás la mayor originalidad de Atlante radique en la importancia concedida por sus promotores a la producción y circulación de saberes científico-técnicos en la elaboración de su oferta cultural, plasmada en su catálogo.¹² Finalmente daremos cuenta de cómo y por qué de Atlante surgió la Editorial Grijalbo.

QUIÉN ES QUIÉN EN LOS ORÍGENES DE UNA INICIATIVA CULTURAL

Al efectuarse un reciente balance de las editoriales vinculadas al exilio republicano español en México no se menciona a la Editorial Atlante.¹³ Y sin embargo hace ya tiempo Gonzalo Santonja había llamado la atención sobre su originalidad por dos razones. Atlante fue capaz de ofertar libros que tuvieron demanda, como diccionarios, manuales y monografías científicas, relacionados fundamentalmente con los campos químico-farmacéutico, aeronáutico, bibliotecario y educativo. Y sus impulsores trazaron una estrategia de inserción en la sociedad mexicana, a diferencia de la Editorial Séneca de José Bergamín que optó por ser, a lo largo de su corta trayectoria, siempre una “empresa española”.¹⁴

El arranque de la Editorial Atlante cabe situarlo entre el 1 de julio y el 25 de septiembre de 1939 cuando, primero en París, ante el secretario de la embajada de México en Francia, Narciso Bassols, y luego ya en la ciudad de México, cuatro personas decidieron crear una nueva empresa editorial a la que denominaron Atlante, quizás queriendo hacer un guiño a su etimología.¹⁵

¹² Un intento de reconstrucción de su catálogo se encuentra en L. López-Ocón, “La editorial Atlante”, pp. 151-155.

¹³ Así sucede en W. Bernecker, “Los estudios sobre el exilio republicano en México”, p. 47.

¹⁴ G. Santonja, *Al otro lado del mar*, pp. 87-89.

¹⁵ Más información sobre la génesis de la editorial en L. López-Ocón, “La editorial Atlante”, pp. 132-151, donde se reproducen los siguientes documentos: una carta de Manuel Sánchez Sarto a Estanislao Ruiz Ponseti fechada en Melun el 22 de abril de 1939

Como es sabido, los términos atlas —nombre de un dios, del grupo de los titanes, que soporta la bóveda celeste— y atlante —columnas con figura humana del medio cuerpo arriba que sustentan un edificio— proceden de la raíz indoeuropea **tel*, que indicaría “cargar con”. De ella procede el verbo griego *tlenai*, que significa “soportar”. En la *Iliada* se denomina a Ulises *poly-tlas*, es decir, “que ha sufrido muchas pruebas”. De ese significado procede también el término latino *latus* (“llevado, cargado”) y su derivado *translatus* o “traslado” en español, que está asociado asimismo con el término inglés *translator* (“traductor”). Así pues, al escoger tal denominación los impulsores de esa empresa cultural que, como otros tantos Ulises habían sufrido diversas pruebas durante la Guerra Civil, parecieran prefigurar el sentido de su editorial: transportar consigo parte de la labor intelectual republicana que habían ayudado a construir y trasladar elementos de conocimiento y manifestaciones culturales diversas entre distintos espacios.

LOS RECURSOS

Una inyección económica inicial de 150 000 pesos mexicanos permitió la constitución de la empresa. La procedencia de este capital está sujeta a la controversia. Para unos, el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles Republicanos, filial mexicana del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, dirigido por la corriente negrinista del Partido Socialista Obrero Español, facilitó el arranque de la Editorial Atlante, aunque ésta pronto viviría de sus propios medios.¹⁶ Para otros la primera financiación procedería del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), fuerza política de los comunistas catalanes.¹⁷

Esta disparidad de criterios se aclara al seguir la historia del PSUC elaborada por José Luis Martín Ramos, quien ha podido consultar diversa correspon-

con un documento anexo; y un informe relativo a la constitución, actividades y plan de publicaciones de la Editorial Atlante, S.A. Estos materiales proceden del Archivo del CRAI, Biblioteca Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona, fondo Ruiz Ponseti.

¹⁶ Ésta es la opinión del médico José Puche, hombre de confianza del último primer ministro del gobierno republicano, el dirigente socialista Juan Negrín, y responsable en México del mencionado Comité Técnico de Ayuda a los Españoles Republicanos. Su testimonio fue recogido en entrevista por M.S. Alonso y M.L. Capella *et al.*, *Palabras del exilio*, p. 62, y citado por G. Santonja, *Al otro lado del mar*, p. 87.

¹⁷ Véase al respecto T. Ferriz Roure, *La edición catalana en México*, pp. 99-100.

dencia de dirigentes comunistas catalanes.¹⁸ Por ella sabemos que a finales de marzo de 1939 el secretario general del PSUC, Joan Comorera, encargó a Estanislao Ruiz Ponseti, del comité central del PSUC —ambos políticos procedían de la Unió Socialista de Catalunya—, que organizara y dirigiera una “Comisión Técnica de Estudios” con el cometido de elaborar proyectos concretos sobre la supervivencia material del PSUC en el exilio. Ruiz Ponseti puso manos a la obra y entre los proyectos que barajó —como editar en castellano manuales técnicos publicados en la URSS— optó por constituir una editorial a la que se bautizó como Atlante, y cuya sede se decidió que fuera instalada en México. Pero la constitución, de forma provisional, de la Editorial Atlante, S.A., se produjo en París el 1 de julio de 1939. Entonces Estanislao Ruiz Ponseti (1889-1967) y Manuel Sánchez Sarto (1897-1980) como directores gerentes, Leonardo Martín Echeverría (1894-1958) como subdirector, Juan Grijalbo Serres (1911-2002) como administrador y Miquel Serra i Pàmies (1902-1968) como representante del capital aportado por el PSUC, formaron el organismo ejecutivo de la empresa. Para los gastos de la editorial el PSUC entregó a Ruiz Ponseti, que tenía las atribuciones ejecutivas y el control del capital, dos talones, uno en libras esterlinas y otro en francos, por un valor de unos cuatro millones y medio de pesetas, al cambio de la época.¹⁹

Cuando Juan Grijalbo viajó a México para poner en marcha la Editorial Atlante, Ruiz Ponseti le entregó 6 000 libras esterlinas (algo más de un millón y medio de pesetas), con las que se pudo hacer la constitución definitiva de la editorial en México, el 25 de septiembre de 1939, mediante la aportación efectiva de lo que, al cambio de la época, eran 150 000 pesos. Semanas después, al partir para México en octubre, Ruiz Ponseti no se pudo llevar el resto del capital que tenía depositado en su cuenta en la Banque Commerciale de París. La disponibilidad financiera de Atlante quedó muy mermada, por lo que en 1940 quedó en una muy difícil situación económica. Ruiz Ponseti fue censurado por el consejo de administración provisional en una reunión que tuvo lugar el 18 de septiembre de 1940 y dimitió como gerente de Atlante. La empresa recompuso su situación financiera mediante el artificio de la recompra de la mitad de las acciones por un nuevo grupo encabezado por Abel Martín Echeverría, hermano de uno de los cofundadores, quien, según José Luis Martín Ramos, no hizo otra cosa que actuar

¹⁸ Parte de ella se conserva en el fondo Ruiz Ponseti del Archivo del CRAI, Biblioteca Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona.

¹⁹ J.L. Martín Ramos, *Rojos contra Franco*, pp. 51-53.

como testafarro del PSUC, pues en la práctica fue su propio secretario general Joan Comorera quien asumió en ese momento el pleno control de la editorial.²⁰ Pero no sabemos por cuánto tiempo se produjo ese control de Atlante por el PSUC.

Los promotores

En el momento fundacional de la Editorial Atlante hubo dos factores que unieron a sus promotores en París y en México. Habían compartido responsabilidades variadas en defensa de la República española, y tras su derrota emprendieron el camino del exilio. Tenían asimismo una importante experiencia editorial.

Algunos estaban vinculados al movimiento comunista. El ingeniero Estanislao Ruiz Ponseti era un cuadro cualificado del partido de los comunistas catalanes, el PSUC. Durante la Guerra Civil fue subsecretario de la Consejería de Economía de la Generalidad de Cataluña, desde donde alentó el nuevo orden económico impulsado por el movimiento obrero durante la Guerra Civil.²¹ Por su parte, Juan Grijalbo, empleado en el Banco Zaragozano, llegó a ser directivo del Sindicato de Banca de Barcelona entre 1932 y 1939. Tras iniciarse la Guerra Civil ocupó el cargo de vocal-conseller de construcción en la Consejería de Economía de la Generalitat republicana como representante de la Unión General de Trabajadores, y ocupó el cargo de director general de comercio de la Generalitat.

Pero otros estaban adscritos a Izquierda Republicana, el partido liderado por Manuel Azaña. Era el caso de Leonardo Martín Echeverría, catedrático de instituto de bachillerato de historia y geografía, que había ocupado diversos cargos durante la Segunda República y la Guerra Civil. Inició sus responsabilidades políticas como gobernador civil de Logroño en 1931. Ejerció luego de subsecretario de Navegación, Pesca e Industrias Marítimas en el equipo del ministro de Marina José Giral, y fue director del Museo Naval entre 1932 y 1934. Durante la etapa de gobierno del Frente Popular en 1936, fue subsecretario de Agricultura cuando ocupó ese ministerio el dirigente de Izquierda Republicana Mariano Ruiz-Funes.

²⁰ *Ibid.*, pp. 93-94.

²¹ Véase al respecto dos de sus publicaciones: *Les Empreses collectivitzades i el nou ordre economic*, Barcelona, Edicions U.G.T., 1937 y *L'Aplicació del decret de col·lectivitzacions i control obrer*, Barcelona, Edicions U.G.T., 1937.

A lo largo de la Guerra Civil Martín Echeverría desempeñó varias misiones en defensa de la República. Como secretario de la Junta Delegada de Levante, en agosto de 1936 recibió el mandato del primer ministro José Giral para entrevistarse en la cárcel de Alicante con José Antonio Primo de Rivera. Luego fue nombrado subsecretario de Propaganda. Dirigió entonces una oficina creada en París para defender la causa republicana. Entre las múltiples tareas que llevó a cabo entonces cabe destacar su edición de *Cómo es tu patria*, de casi un centenar de páginas. El prologuista señalaba que estaba destinado a identificar al soldado, y al ciudadano en general, con su propio país y

a popularizar a España en su múltiple y rica diversidad; pensado para que resulte asequible a los combatientes del frente, a las grandes masas de la retaguardia y a los niños españoles que, alejados de su tierra natal por los excesos brutales de métodos de guerra enteramente contrarios al derecho de gentes y a los principios mismos de humanidad, crecen en países amigos con el pensamiento fijo en el terruño que les vio nacer.²²

Además de su defensa de la Segunda República hasta el final de su existencia, otro elemento unía al cuarteto fundador de la Editorial Atlante: su familiaridad con la industria editorial y con el mundo de los libros, como autores y sobre todo como traductores.

Quizás quien tenía menos experiencia en el sector editorial en aquel año de 1939 era el más joven del grupo: Juan Grijalbo Serres, nombrado administrador de Atlante. El conocimiento del mundo del libro de este técnico bancario de 28 años procedía de su labor como delegado de la Generalitat en la Cámara del Libro de Barcelona durante la Guerra Civil, quien a instancias de Ramón Sopena y Santiago Salvat salvó unos valiosos libros religiosos que iban a ser quemados.

Por su parte, uno de los dos directores gerentes de la Editorial Atlante, el ingeniero menorquín Estanislao Ruiz Ponseti, a sus cincuenta años, tenía una dilatada trayectoria de traductor de manuales técnicos publica-

²² Véase Julio Álvarez del Vayo, prólogo de Leonardo Martín Echevarría, *Cómo es tu patria*, Subsecretaría de Propaganda, fechado en Barcelona, agosto de 1938, pp. 5-6. El socialista Julio Álvarez del Vayo había sido embajador de la República española en México entre 1931 y 1933. En 1938, cuando firmó el mencionado prólogo, en vísperas de iniciarse la decisiva batalla del Ebro, era ministro de Estado del gobierno presidido por Juan Negrín.

dos por la editorial catalana Gustavo Gili, fundada en 1902 por Gustavo Gili Roig.²³

Pero la persona que había acumulado una notable experiencia en el sector librero era el otro director gerente: Manuel Sánchez Sarto. Este políglota aragonés, antes de llegar a México con 42 años, en la Barcelona anterior a la Guerra Civil había conjugado de forma simultánea sus tareas como profesor agregado de economía política en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Barcelona en 1932-1934 con sus responsabilidades en la Editorial Labor, donde trabajó durante 16 años, y en la que llegó a ser su director técnico.²⁴ Como tal organizó e impulsó las 12 secciones de su famosa Biblioteca de Iniciación Cultural, formada en gran medida por cuidadas traducciones de obras alemanas generadas en la República de Weimar,²⁵ varias de las cuales hizo él mismo,²⁶ que pretendían acercar a todo tipo de lectores “ideas precisas de todas las ciencias y artes”.

En esa prestigiosa empresa editorial había tenido asimismo una activa participación el ya mencionado Leonardo Martín Echeverría. Desde su cátedra en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Segovia se hizo cargo, a

²³ Estanislao Ruiz Ponseti tradujo para la editorial barcelonesa Gustavo Gili, entre otras, las siguientes obras: en 1915 *La Caldera de Vapor: tratado teórico-práctico*, de Leonieri Celi; en 1920 el *Tratado de construcciones civiles*, de Carlo Levi; en 1925 *Manual de perspectiva*, de Claudio Claudi; en 1932 el *Manual práctico del automovilista*, de G. Pedretti. Como autor de obras científico-técnicas publicó: *Estudio de los lugares geométricos de los puntos de curvatura estacionaria en el cuadrilátero de manivela cilíndrica: aplicación al mecanismo de biela y manubrio*, Barcelona, Fidel Giró impresor, 1914.

²⁴ Para una visión de conjunto de su trayectoria intelectual, véase E. Fernández Clemente, “Manuel Sánchez Sarto (1897-1980)”, pp. ix-cxxxiii.

²⁵ La editorial Labor la constituyeron oficialmente el 16 de abril de 1915 Georg Wilhelm Pfleger, de Leipzig, y el doctor Josep Fornés i Vila, de Barcelona. Un análisis de su vinculación con la cultura alemana de la República de Weimar en J. González-Agápito y C. Vilanou, “Weimar en España”, pp. 87-108.

²⁶ Por ejemplo, tradujo obras de carácter histórico como los tres volúmenes de Valdemar Vedel, *Ideales culturales de la Edad Media o Francisco de Goya*, de Augusto L. Mayer; de carácter geográfico como los dos volúmenes de la *Geografía económica*, de Walter Schmidt; de contenido político como *Socialismo*, del líder laborista británico J. Ramsay MacDonald; *Comunismo*, de Harold J. Lasky, y *Orientación de la clase media*, de Leo Muffelman; y de carácter económico como *Historia del comercio mundial*, de Max Georg Schmidt, *Estadística*, de Sigmund Schott, *La industria*, de Werner Sombart, *Vida económica de los pueblos*, de F. Krause, *Política económica*, de R. Vander Barght, *Estructura y ritmo de la economía mundial: estudios prácticos acerca de los métodos empleados para pronosticar la coyuntura y para combatir la crisis*, de Ernst Wagemann, *Hacienda pública*, de R. van der Borgh, y *El crédito y la banca*, de Wilhelm Lexis.

partir de mediados de la década de 1920, de la sección séptima de la Biblioteca de Iniciación Cultural correspondiente a las obras de geografía. En ella tradujo diversas obras de geógrafos europeos, principalmente alemanes.²⁷ Uno de esos libros fue la *Geografía política*, de Arthur Dix, uno de los mejores discípulos de Ratzel, según Martín Echeverría, al que puntualiza en varios pasajes de su obra, dado que “sus prejuicios nacionalistas y su parcialidad alteran un poco la realidad de los hechos”.²⁸ Pero también fue autor en 1928 de una importante *Geografía de España*, en tres volúmenes, donde la huella de la geografía política de Ratzel y de su escuela era muy visible.²⁹ Esa obra, en la que se analizaban los fundamentos físicos del territorio español y las características de su población y del aprovechamiento de sus recursos económicos, puede ser considerada un antecedente de *Cómo es tu patria*, el libro que editara durante la Guerra Civil, ya mencionado, y de una de las primeras obras que editara Atlante al iniciar su andadura en tierras mexicanas en 1940: *España. El país y los habitantes*.

TRES ETAPAS DE UNA EMPRESA EDITORIAL O EL TRÍPODE DE UN ATLANTE

Según la información disponible, la Editorial Atlante publicó a lo largo de casi veinte años más de 60 libros, algunos de los cuales tuvieron reediciones en la propia editorial. Otros han tenido posteriormente una larga vida en otros fondos editoriales.³⁰

²⁷ Leonardo Martín Echeverría tradujo para la editorial Labor, entre otras, las siguientes obras: *Historia de la geografía*, de Konrad Kretschmer, *Geografía del Mediterráneo griego*, de Otto Maull, *Geografía política*, de Arthur Dix, la *Geografía de las Islas Británicas*, de J. Moschelles, y *Geografía de la Europa Central (Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Rumania)*, en dos volúmenes, del geomorfólogo y geógrafo físico Fritz Machatschek.

²⁸ En su advertencia preliminar añade Martín Echeverría: “El traductor ha considerado justo no alterar ni mutilar el texto, pero también ha creído pertinente incluir algunas adiciones, que se señalan siempre con letra de tipo más pequeño. Y para ahorrar al lector, en muchos casos, largas y pesadas descripciones, ha procurado ilustrar la materia con un buen número de gráficos y cartogramas. Todos los mapas en color y la mayor parte de los gráficos intercalados han sido elaborados por el traductor”.

²⁹ Esta cuestión ha sido abordada por F. Quirós, “Un geógrafo del exilio”, pp. 74-76.

³⁰ Es el caso, en particular, del *Diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora, la autobiografía de Constanza de la Mora, el best seller de Rachel Carson, y las obras de Mauro Olmeda, seudónimo de Julio Luelmo, a los que aludiremos más adelante.

A diferencia de la Editorial Séneca, cuya labor editorial se concentró entre 1940 y 1945, al publicar en ese periodo 70 de los 72 libros de su fondo editorial, el esfuerzo de Atlante fue más sostenido en el tiempo, si bien su producción anual era limitada. Sus responsables optaron por editar cada año pocos libros, muy cuidados en su factura técnica. De hecho, sólo en cinco años de su trayectoria editaron seis o más libros, lo que sucedió en 1941, 1942, 1944, 1946 y 1952, algunos de ellos reediciones de obras publicadas con anterioridad.

*La primera etapa:
un soporte de la cultura republicana exiliada (1940-1945)*

Los primeros libros publicados por la Editorial Atlante podrían considerarse instrumentos de los objetivos que los órganos oficiales de la España republicana en el exilio se habían fijado cuando se constituyeron. Tal fue el caso de la Junta de Cultura Española creada en París el 13 de marzo de 1939 en el círculo Cervantes, en una reunión organizada por el hispanista Marcel Bataillon. Uno de los objetivos de esa institución, cuya sede central se estableció en la ciudad de México, era procurar “por todos los medios a su alcance, que se establezcan en el destierro los órganos de creación, expresión y conservación de la cultura española que se juzguen necesarios”.³¹

En el marco de esas preocupaciones, uno de los primeros libros editados por Atlante fue *España. El país y los habitantes* del ya mencionado Leonardo Martín Echeverría, su subdirector gerente. La obra, que tuvo una amplia tirada de 5 000 ejemplares,³² ofrecía una elaborada visión sintética del país que los exiliados dejaban tras de sí, con un cuidado aparato gráfico de 155 figuras intercaladas, 160 fotografías, 13 mapas a color y un mapa geológico. Enseguida encontró lectores en la comunidad de los republicanos exiliados. Uno de ellos, el naturalista Enrique Rioja, hizo una elogiosa reseña en las páginas de la revista *Ciencia* en la que señaló que “dos de los capítulos más sugestivos de la obra” eran los dedicados a la geografía rural y urbana: los XV y XVI, dedicados, respectivamente, a las “Formas y tipos de la población rural” y a “La población urbana y las ciudades españolas”.³³

³¹ Así decía el artículo tercero de sus estatutos, que se publicaron en *España peregrina*, 1, febrero de 1940. Están reproducidos en G. Santonja, *Al otro lado del mar*, p. 20.

³² Así lo manifiesta T. Ferriz Roure en *La edición catalana en México*, p. 100.

³³ Enrique Rioja, reseña de *España. El país y los habitantes*, de Leonardo Martín Echeverría, en *Ciencia. Revista hispano-americana de Ciencias puras y aplicadas* (México),

La obra tenía diversos rasgos sorprendentes de los que destacaré tres.

En su parte central —capítulos noveno al duodécimo— se lleva a cabo un balance de la geografía económica española. En esa presentación de los factores de producción y elementos de distribución de los productos del territorio español —agricultura, ganadería, caza y pesca, minería, industria, comercio y navegación— se ofrece un abundante e importante caudal de datos, procedente de la información estadística a la que el autor debió tener acceso de primera mano cuando fue un alto cargo de los ministerios de Marina y Agricultura en diversas fases de la Segunda República.

Por otro lado, quien había demostrado estar familiarizado con la obra del geógrafo alemán Ratzel y con sus discípulos, toma distancia en su obra de 1940 de la geografía política ratzeliana, omitiendo el nombre de ese geógrafo alemán, inspirador del expansionismo nazi.³⁴

Conviene destacar asimismo que en esa obra publicada en 1940 no había ninguna alusión a los efectos que había tenido la guerra en el territorio español. De hecho, hay diversos indicios de que el libro fue redactado antes de julio de 1936.

Por ejemplo, al hacer la historia del levantamiento del mapa topográfico nacional formado por más de un millar de hojas a escala 1:50.000 se indicaba que en 1936 faltaban por ejecutarse menos de una quinta parte.³⁵ En el largo centenar y medio de fotografías que lo acompañaban no había huellas de la destrucción y devastación sufrida por el país durante el conflicto bélico. Los ríos circulaban por ciudades airoas, como el Tajo por Toledo; las instalaciones industriales, como los altos hornos de la ría de Bilbao, funcionaban a pleno rendimiento; las imágenes de los puertos de Málaga, Alicante y Barcelona exhibían lugares en los que la acción humana regulaba un tráfico de mercancías

1, 5, 1 de julio de 1940, p. 227. Ese naturalista también era catedrático de Instituto de Enseñanza Secundaria, como Martín Echeverría, y al igual que éste fue depurado por la dictadura franquista. Otra reseña de la obra que comentamos apareció en las páginas de la revista *Romance*, 1, 13, agosto de 1940, p. 19, firmada por R., quizás el mismo Rioja, colaborador de esa importante publicación analizada por T. Férriz, *Romance*.

³⁴ Este distanciamiento de Martín Echeverría de la geografía ratzeliana daría la razón a Quirós en su polémica con T. Reguera Rodríguez, cuando este autor, en “Recepción en España de la Geopolítica alemana. Desde los fundamentos ratzelianos hasta el radicalismo nazi”, *V Coloquio Ibérico de Geografía. Actas, ponencias y comunicaciones*, León, 1991, pp. 221-233, sostuvo que Martín Echeverría, junto a otros geógrafos como Gonzalo de Reparaz y Emilio Huguet, estuvo inclinado a asumir los planteamientos que desembocarían en la geopolítica nazi. Véase F. Quirós, “Un geógrafo del exilio”, pp. 82-86.

³⁵ L. Martín Echeverría, *España. El país y los habitantes*, p. 26.

ordenado y denso. El libro daba cuenta de una España que se había ido y que no regresaría. Pero era la ensoñación que llevaban los constructores de la República en su mente y en sus corazones de una especie de “paraíso perdido”.

En suma, se convertía en un símbolo del traslado a tierras americanas de la España construida por los hacedores de la Segunda República española quienes, como modernos atlantes, llevaron consigo y trasladaron las páginas de un libro que compondrían para tener ante ellos, de manera portátil, la España que habían dejado tras de sí antes del inicio del largo y trágico verano de 1936.

En su andadura inicial Atlante utilizó, por tanto, manuscritos diseñados o redactados en España y que los autores portaron consigo en su exilio.

Una de esas obras, publicada en 1941 por la Editorial Atlante, fue la importante y controvertida *Antología de la poesía española contemporánea*, de Juan José Domenchina, poeta y crítico literario, y también secretario y hombre de confianza de Manuel Azaña.³⁶ La obra, en efecto, al parecer fue gestada cuando Domenchina vivía aún en España. Esta antología, con un importante y conciliador epílogo de Díez-Canedo, ha sido considerada por la crítica³⁷ como obra complementaria del *Laurel* de la poesía moderna de la lengua española, publicada por aquellas mismas fechas por la Editorial Séneca en edición preparada por dos jóvenes poetas españoles, Juan Gil-Albert y Emilio Prados, y otros dos mexicanos, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz. La intención de estos antólogos era “mostrar la unidad y continuidad de la poesía de nuestra lengua”, dada la convicción de Octavio Paz expresada años después de que “una tradición poética no se define por el concepto político de nacionalidad sino por la lengua y por las relaciones que se tejen entre los estilos y los creadores”.³⁸ Pero además de complementarias, hay que señalar que también se dio una cierta pugna entre las dos antologías por la beligerancia de Juan Ramón Jiménez en contra del *Laurel* de Séneca.³⁹ Y a Domenchina su antología le produjo sinsabores, como revela el ácido texto de León Felipe “A los antólogos” publicado en *Letras de México*.⁴⁰ En los siguientes años el defensor de la obra literaria y política de Azaña publicaría en Atlante diversos libros de poemas,⁴¹ en los que expresó su percep-

³⁶ Véase al respecto M.A. Hermosilla, “Cartas inéditas”.

³⁷ G. Santonja, *Al otro lado del mar*, pp. 192-194.

³⁸ Véase O. Paz, “Poesía e historia”.

³⁹ G. Santonja, *Al otro lado del mar*, pp. 167 y ss.

⁴⁰ *Letras de México*, 9, 15 de septiembre de 1941, p. 3.

⁴¹ Los libros de Juan José Domenchina publicados por Atlante fueron: en 1942 *Desierto. Sonetos. Décimas concéntricas y excéntricas. Burlas y veras castellanas*, 125 páginas.

ción de “la disociación o desdoblamiento sentimental e intelectual que sufre en el exilio el español inerradicable”, como manifestara en el prólogo a *Tres elegías jubilares*.⁴²

Otra obra elaborada en su mayor parte en España fue el *Manual del Catálogo-Diccionario*, del archivero-bibliotecario y destacado militante comunista, de origen aragonés, Juan Vicéns de Lallave,⁴³ publicada por Atlante en 1942. El mismo autor reconoció en el prólogo que el manual fue redactado en 1935 para ser publicado en Madrid por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros con el propósito de dotar a los bibliotecarios, que no habían podido adquirir una formación profesional suficiente, de un instrumento que permitiera establecer en las bibliotecas un catálogo diccionario. Vicéns explicaba que en el momento de su elaboración “se notaba por todas partes en España una gran ansia de instrucción y de cultura que había hecho surgir, aparte de las del Estado, una gran cantidad de bibliotecas debidas a la iniciativa privada”, gestionadas por voluntarios a los que faltaba una preparación bibliotecaria que el manual pretendía aportar. Años después de su redacción pensaba que su edición podía ser útil a muchos bibliotecarios de los “diversos países de lengua española”, al haberse enriquecido con sus consultas de diversos autores mexicanos. Entre ellos destacaba a la bibliotecaria Juana Manrique de Lara, impulsora de la creación de una red de bibliotecas populares cuando José Vasconcelos fue secretario de Educación Pública del gobierno mexicano.⁴⁴ En el mismo año de 1942 Juan Vicéns publicó otro libro en las prensas de Atlante: su trabajo *Cómo se organiza una biblioteca*, editado nuevamente en 1946, enriquecía una colección de cuadernos de educación práctica, dirigida fundamentalmente a los

Con unas palabras de Azorín, en 1944 *Tercera Elegía jubilar*, 63 páginas y *Pasión de sombra (Itinerario)*, 125 páginas; y en 1952 *Nueve sonetos y tres romances*, precedida de una carta rota, incoherente e impertinente a Alfonso Reyes, 47 páginas. En 1946 y 1947 editaría la segunda y tercera ediciones de su *Antología de la poesía española contemporánea (1900-1936)* en otras editoriales distintas a Atlante: Signo e Hispanoamérica.

⁴² Una visión general de su trayectoria intelectual y de su obra poética en A. de Paz, “Introducción”. Véase también el libro de Amelia de Paz, *El verbo cautivo*.

⁴³ Véase su biografía en R. Salaberría, “La larga mancha de Juan Vicéns”.

⁴⁴ Las obras de esta bibliotecaria de las que da cuenta Juan Vicéns son: *Elementos de organización y administración de bibliotecas escolares*, México, 1929; *Guía de encabezamientos de materia para los catálogos diccionarios*, México, 1934 (mimeografiado); *Nociones elementales para la organización y administración de una pequeña biblioteca*, México, 1926. Un balance de su labor en Martha Alicia Añorve Guillén, “Propuestas de Juana Manrique de Lara a la política bibliotecaria de Vasconcelos”.

profesores. En ella se expresaban los afanes pedagógicos de los promotores de Atlante, colaborando en la colección al alimón científicos y docentes republicanos españoles y mexicanos.⁴⁵ Entre los primeros cabe señalar al naturalista Enrique Rioja y al químico Modesto Bargalló —considerado un experto en enseñanza de la ciencia para los niños— o a la pedagoga Juana Ontañón, profesora de la Escuela Normal de Madrid a partir de 1933. Entre los segundos a Roberto Moreno y García, integrante del comité ejecutivo de la Federación Mexicana de Trabajadores de la Enseñanza cuando ese sindicato estuvo muy vinculado al Partido Comunista Mexicano.

Otro grupo de libros publicados por Atlante tenían que ver con la experiencia editorial previa de sus promotores. En efecto, si parte de la producción editorial inicial de Séneca tenía sus raíces en la Editorial Cruz y Raya, creada por José Bergamín antes de la Guerra Civil, los primeros libros de Atlante tenían una estrecha relación con la Editorial Labor. *La ciencia de la educación*, obra en dos volúmenes de los inspectores de enseñanza Santiago Hernández Ruiz y Domingo Tirado Benedí, publicada por primera vez en 1940,⁴⁶ estaba estrechamente vinculada con la importante colaboración llevada a cabo por esos dos pedagogos aragoneses en el gran *Diccionario de pedagogía*, editado por Labor en 1936 y coordinado por Luis Sánchez Sarto, hermano de uno de los directores de la Editorial Atlante. Sería el propio Domingo Tirado el autor del primer volumen de la Serie Pedagógica de la colección Atlante de la Cultura con una voluminosa monografía titulada *Cooperativas, talleres, huertos y granjas escolares*.⁴⁷

⁴⁵ Los libros de esa colección de “cuadernos de educación práctica” localizados son los siguientes: se publicaron en 1941, de Juana Ontañón del Río, *La enseñanza de la gramática en la escuela primaria* y de Roberto Moreno y García, *Analfabetismo y cultura popular en América*; en 1942 de Modesto Bargalló, *Cincuenta problemas de física para la escuela primaria*, de Enrique Rioja y Lo Bianco, *La enseñanza de las ciencias naturales en la escuela primaria* y de Juan Vicéns, *Cómo se organiza una biblioteca*, reeditado por Atlante en 1946.

⁴⁶ En 1949 hubo una segunda edición con modificaciones. En esta ocasión la obra tenía 15 páginas de introducción y 685 de texto. Estaba organizada en torno a los siguientes temas: métodos de enseñanza, filosofía de la educación, psicología de la educación, pedagogía, problemas metodológicos, proceso de aprendizaje, organización escolar, problemas educativos.

⁴⁷ Era un libro de 402 páginas, con un índice alfabético. En él se trataban temas como: educación para el trabajo, educación cooperativa, legislación cooperativa, cooperativas, granjas, horticultura, talleres escolares, educación para el desarrollo, educación primaria, educación secundaria, cooperativas escolares.

Una de las obras más importantes publicadas por la Editorial Atlante también tuvo sus raíces probablemente en la Editorial Labor. Así sucedió con el *Diccionario de filosofía* publicado en 1941 en el marco de una serie de diccionarios científicos que intentó impulsar Atlante. Su autor, José Ferrater Mora, había recibido en tiempos de la Segunda República el encargo por parte de una editorial española —probablemente Labor— de traducir el diccionario filosófico de Schmidt que tenía que completar con informaciones relacionadas con la historia de la filosofía en España.⁴⁸ Desde que se exilió en La Habana, Ferrater entró en contacto con filósofos radicados en América, como el francés Jacques Maritain y el mexicano José Vasconcelos,⁴⁹ para culminar la primera edición de su obra, que aparecería con un prólogo fechado en La Habana en abril de 1941.

Uno de sus primeros lectores fue consciente de su importancia en el panorama cultural de la época. Me refiero al filósofo catalán Joaquín Xirau, quien hizo una entusiasta reseña en la revista *Ciencia*, otra de las iniciativas de la Editorial Atlante, como expondré más adelante. En las páginas de esa publicación⁵⁰ Xirau exponía que la obra era “un excelente compendio” en el que “con clara percepción de las necesidades más urgentes del mundo hispánico ha reunido el autor, en un mismo volumen, la exposición de las doctrinas de los filósofos más destacados y la explicación de los conceptos más fundamentales de la técnica filosófica”. Para Xirau, muy preocupado por los asuntos pedagógicos, el gran valor del *Diccionario* de Ferrater radicaba en que ofrecía a profesores y alumnos “un sólido punto de orientación”, máxime en un ámbito cultural que “carece, en general, de instrumentos adecuados para el trabajo escolar y para los primeros pasos en la investigación científica”. Ahora bien, dado que aún no se disponía de “un diccionario de autoridad y de consulta, indispensable para todo trabajo de investigación o de especulación personal”, Xirau finalizaba su reseña ins-

⁴⁸ Esta información la proporciona José Gaos en la larga y punzante crítica que hizo de la obra. Véase J. Gaos, “El Diccionario de filosofía”.

⁴⁹ Detallé esos contactos en la comunicación que presenté el 24 de octubre de 2011 en el simposio “Las armas y las ideas. Lecturas políticas del exilio español de 1939 en México”, coordinado por Antolín Sánchez Cuervo, en el marco del Congreso organizado por la Asociación Filosófica de México en Toluca. Me basé en la correspondencia de Ferrater depositada en la Biblioteca y la Cátedra Ferrater Mora de Pensament Contemporani de la Universitat de Girona. Pude consultarla *on line* en octubre de 2011.

⁵⁰ Véase Joaquín Xirau, reseña de J. Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Editorial Atlante, México, 1941, en *Ciencia*, sección Libros nuevos, vol. II, núm. 5, 25 de mayo de 1941, p. 227. Existe edición digital de esta publicación que se puede consultar en línea.

tando a Ferrater a seguir trabajando en la dirección que había emprendido para elaborar “un diccionario de fondo que pueda competir con los que en las lenguas de alta cultura son considerados como clásicos”. En cierta medida Ferrater siguió esos consejos. A partir de entonces su diccionario tendría una larga vida, con numerosas ediciones, convirtiéndose en el mejor diccionario de filosofía elaborado por una sola persona. Este diccionario sería también el primer éxito editorial de Atlante, pues fue la primera obra que reeditó, ya en 1944, cuando Ferrater Mora se encontraba en Santiago de Chile.

La edición de este diccionario revela una de las particularidades de la Editorial Atlante. Su apuesta e interés por publicar relevantes libros científico-técnicos, traducidos o encargados a autores del ámbito cultural hispánico.

Entre las obras de contenido técnico nos encontramos con las siguientes. El *Manual de aviación* publicado en 1941 por el militar barcelonés Alfredo Sanjuán Colomer, quien durante la Guerra Civil había sido director de la Escuela de Estado Mayor Central y de la Escuela Popular de Estado Mayor. Una vez instalado en México sería director de trabajos aerofotogramétricos en Chihuahua y profesor de la Escuela Militar de Aviación en Monterrey, y de la Universidad de Nuevo León.⁵¹ La *Navegación aérea*, también publicado en 1941, del ingeniero aeronáutico Enrique Pascual del Roncal, quien durante la Guerra Civil había sido profesor de navegación y vuelo sin visibilidad de la Aviación Militar española, y ya en México, profesor en la Escuela Militar de Aviación de Guadalajara.⁵² Y dos obras del técnico textil Juan Carreras Palet, interesado en la enseñanza profesional:⁵³ en 1940 se publicó su obra *Elementos de tecnología textil*,⁵⁴ uno de los primeros

⁵¹ F. Giral, *Ciencia española*, p. 363.

⁵² *Ibid.*, p. 364. Según publicidad de la época, en 1941 el precio de venta al público de la *Navegación aérea* de Enrique Pascual del Roncal, que era el volumen cuarto de Atlante de la Cultura, serie Técnica, era de 1.25 dólares. Por su parte, el *Manual de aviación* de Alfredo Sanjuán se vendía al precio de 1.10 dólares.

⁵³ Juan Carreras Palet, nacido el 26 de julio de 1894 en la provincia de Barcelona, llegó a Veracruz a bordo del *Ipanema* el 7 de julio de 1939. En un anuncio de *La Vanguardia* del miércoles 23 de septiembre de 1936, se anunciaba un curso que él impartiría de tecnología textil en las clases nocturnas de la Unión Industrial a partir de octubre de ese año.

⁵⁴ Esta obra era otro volumen de la serie Técnica de Atlante de la Cultura. Constaba de 460 páginas con 162 figuras, de las cuales siete son láminas fuera de texto e ilustraciones. En ella se describen las materias textiles, la hilatura, el tisaje, tinte, estampado y apresto, y la organización de la producción textil. La obra sería reeditada en 1949.

éxitos con más de 700 ejemplares vendidos en pocos meses,⁵⁵ y en 1944 *Teoría del ligamento en la industria textil*.

Pero donde el fondo editorial de Atlante adquirió una cierta densidad fue en dos disciplinas científicas que adquirieron un cierto relieve en la España del primer tercio del siglo xx, y que continuaron siendo cultivadas por los exiliados en su diáspora, como fue el caso de la medicina y la química.

En el campo de la medicina Atlante publicó dos importantes obras que expresan diferentes roles desempeñados por los científicos republicanos exiliados: unas veces actuaron como transmisores o *passeurs culturels* de la obra de otros autores; en otras ocasiones sistematizaron sus investigaciones originales y punteras.

En 1941 Jaime Pi-Suñer Bayo, siendo miembro de El Colegio de México, tradujo la *Fisiología del sistema nervioso* de John F. Fulton. Con él había estudiado en la Universidad de Yale cuando gozó de una beca concedida por la Fundación Rockefeller, y a él había acudido desde París en 1939 solicitándole ayuda para acoger a científicos españoles en Estados Unidos.⁵⁶

Esa traducción significaba el esfuerzo de la escuela de fisiología de Barcelona, creada y liderada por el padre del traductor de esa obra, el notable investigador Augusto Pi-Suñer, quien estaba al día de los avances de la disciplina interesada en relacionar los conceptos de la neurofisiología con los problemas de la clínica neurológica. El tratado aspiraba, en suma, a exponer la fisiología experimental del sistema nervioso.

También representaba un afianzamiento de la proyección internacional de las investigaciones sobre el sistema nervioso de la escuela de Cajal, una escuela que Fulton elogiaba en su prefacio a la edición española, fechado en New Haven el 20 de enero de 1941, hasta el punto de querer convertirse en portavoz de sus logros.

Esta escuela, fundamental en la consolidación de la investigación científica en la España del primer tercio del siglo xx, había llegado a la atención de Fulton gracias a la autoría de uno de los discípulos de Cajal, el aragonés Rafael Lorente de No, investigador en la Fundación Rockefeller de 1936 a 1972, quien redactó el capítulo XV del tratado, titulado “La corteza cerebral: arquitectura, conexiones intracorticales y proyecciones motoras”. Además Lorente de No, excelente dibujante, había ayudado a Fulton en la preparación del casi centenar de ilustraciones insertas en el tratado, según recono-

⁵⁵ T. Ferriz, *La edición catalana*, p. 100.

⁵⁶ F. Giral, *Ciencia española*, p. 14.

ciera éste al final del prefacio de la original edición inglesa, fechado en la Universidad de Yale en junio de 1938.

Años después, entre 1945 y 1946, la Editorial Atlante publicó en dos cuidados volúmenes de 1 000 páginas cada uno, el *Tratado de anatomía patológica* de Isaac Costero, uno de los mejores discípulos de Pío del Río Hortega, y eficaz catedrático de histología en la Universidad de Valladolid durante la Segunda República.

Acogido en México, gracias a las relaciones de los médicos investigadores de la universidad vallisoletana y de su maestro Pío del Río Hortega con colegas mexicanos, como el biólogo Isaac Ochoterena,⁵⁷ o con el médico de origen español Tomás G. Perrín, Costero desarrollaría durante mucho tiempo una fructífera labor investigadora en diversas instituciones mexicanas. Fue uno de los fundadores del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos que se instaló hacia 1939 en el edificio que tenía la Facultad de Medicina en la plaza de Santo Domingo de la capital mexicana, germen de lo que después sería el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM.⁵⁸ También llevó a cabo notables investigaciones en el Laboratorio de Anatomía Patológica del Instituto de Cardiología, impulsado por el doctor Ignacio Chávez y un selecto equipo de colaboradores. En él se integró fácilmente Isaac Costero, nacionalizándose mexicano. En su nueva patria de adopción consiguió las máximas condecoraciones científicas. Su *Tratado de anatomía patológica*, con numerosas láminas a color, figuras y fotografías, ha sido considerado “una de las primeras obras científicas fundamentales del exilio español que tuvieron una acogida unánimemente ensalzada”.⁵⁹

Pero la disciplina científica a la que la Editorial Atlante prestó una especial atención fue la química, debido probablemente a los vínculos establecidos entre esa empresa cultural y los notables químicos republicanos españoles José Giral y su hijo Francisco. Los dos lograron conjugar una intensa actividad política en el exilio y una significativa labor científica como bioquímicos.

Así, uno de los dos diccionarios científicos publicados por Atlante fue, junto al ya mencionado *Diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora, el *Diccionario de química* de Stephen Miall, un británico experto en química industrial. La obra fue traducida y anotada por José Giral y publicada por Atlante en 1943 en un voluminoso tomo de más de 1 000 páginas.

⁵⁷ I. Costero, *Crónica de una vocación científica*, pp. 198-199.

⁵⁸ F. Giral, *Ciencia española*, p. 215.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 180.

Además, Atlante publicó otra media docena de obras de química destinadas al público estudiantil, a los investigadores en el campo de la química, o a los profesionales farmacéuticos.

Tenían una orientación educativa dos obras. La *Introducción al estudio de la química* de Eugenio Muñoz Mena, editada también en 1943, y que fue muy útil para numerosos profesores mexicanos.⁶⁰ Su autor se había aficionado a la enseñanza como ayudante del espectroscopista Miguel Catalán en sus clases de física y química en el Instituto-Escuela de Madrid. Esa labor docente la prolongaría en México donde enseñó en el Colegio Madrid, de cuyo patronato fue miembro destacado. Y el *Tratado de bioquímica. Manual de prácticas de bioquímica* del estadounidense Benjamin Harrow, obra que ofrecía a médicos, odontólogos y agrónomos los avances experimentados por esa disciplina científica. Su tercera edición publicada en Filadelfia en 1943 es la que editó Atlante en 1946, con traducción y revisión de José Giral. El libro tuvo aceptación entre los lectores, pues para marzo de 1949 consideraba Juan Grijalbo, el entonces director gerente de la editorial, que se agotarían los ejemplares que quedaban de la primera edición, iniciándose entonces los preparativos de su segunda edición.⁶¹ También Francisco Giral editó en Atlante en 1948, con el título de *Química orgánica*, su traducción del innovador libro de texto *Organic Chemistry* publicado en 1944 en Boston por el catedrático de la Universidad de Harvard Louis Fieser y su esposa Mary Peters Fieser. En él se describían las aplicaciones de la química en la medicina y la industria, buscando el traductor adaptar los planteamientos de los autores a la realidad mexicana usando la técnica de la perífrasis. Incorporó así notas y adiciones, como datos sobre la historia y explotación del petróleo en México.

Otros tres libros de química publicados por Atlante tenían un carácter más práctico y técnico, buscando un público más especializado y experto.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 130.

⁶¹ Véase la carta de Juan Grijalbo a José Giral, ciudad de México, 11 de febrero de 1949, fondo José Giral, Archivo Histórico Nacional, Madrid [en adelante AHN], caja 6, núm. 122. En una carta posterior de 29 de marzo de ese año, Juan Grijalbo le comentaba a José Giral que “el Sr. Werner Levy de Ecuador nos ha enviado algunas observaciones de pequeños errores que se deslizaron en la primera edición y por otra parte nuestro corrector ha observado pequeñas erratas que se ha permitido indicar en la adjunta tarjeta. Antes de proceder a sus rectificaciones me permito molestar a V. para rogarle se sirva examinar las observaciones detalladas en la tarjeta anexa, para que V. nos indique si proceden las rectificaciones observadas o bien es correcta la forma en que iban en la primera edición”. AHN, caja 6, núm. 124.

Así, en 1942, cuando Francisco Giral era jefe del Departamento de Síntesis Orgánica de los Laboratorios Hormona, Atlante editó en dos gruesos volúmenes su traducción del alemán del libro *Preparación de productos químicos y químico-farmacéuticos*, de C.A. Rojhan, director de la Escuela de Farmacia de la Universidad de Halle. El traductor no sólo tradujo los 500 preparados presentados por el farmacéutico alemán, sino que en colaboración con un amplio equipo que le ayudó agregó otros 217. Esa labor fue un éxito editorial. El libro se reseñó en importantes publicaciones científicas, como *Journal of Pharmaceutical Sciences*,⁶² y se vendió con rapidez: la edición se agotó en un par de años. Atlante publicó entonces una segunda edición en 1946 en tres tomos, incrementando el número de preparados a 1 136, edición que también se vendió en poco tiempo. En 1943 otro hijo de José Giral, Antonio, tradujo la obra *Oxidación, fermentación, vitaminas, salud y enfermedad*, del bioquímico húngaro Albert Szent-György, premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1937 por su descubrimiento de la vitamina C y por sus trabajos sobre los procesos de combustión biológica. Y al año siguiente, en 1944, la Editorial Atlante publicó la traducción del húngaro por Barbara H. de Eibenschutz del libro *Métodos clínico-químicos de laboratorio*. Sus autores eran dos científicos europeos: el húngaro Josef Erdős que se radicó en México, donde impulsó investigaciones sobre síntesis orgánica y química farmacéutica al inicio de los años 1940 en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional; y la vienesa Martha Spiera, primera mujer en completar en 1923 su formación en la Escuela de Química y Tecnología del Colegio Técnico de la ciudad austriaca de Graz.

Los Giral tuvieron una muy estrecha relación con la Editorial Atlante. No es de extrañar, por tanto, que en el archivo de José Giral, que se custodia desde no hace mucho tiempo en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, aparezca cierta documentación que nos ofrece información complementaria sobre diversas vicisitudes de la Editorial Atlante. Por ejemplo, el 3 de agosto de 1949 José Giral cobró la suma de 1 000 pesos por la traducción del apéndice que figuraría en la segunda edición castellana de la obra de Harrow, *Bioquímica y manual de prácticas de bioquímica*.⁶³ Meses después, el

⁶² La reseña apareció en *Journal of Pharmaceutical Sciences*, vol. 31, núm. 9, septiembre de 1942, p. 288.

⁶³ Fondo José Giral, AHN, caja 6, núm. 131. Téngase en cuenta que por esas fechas —en concreto el 28 de noviembre de 1948— el director gerente de la editorial Juan Grijalbo ofrecía a Augusto Cornelio Linström Heilman, marido de Concepción González de la Calle, cuñada de José Giral, pagarle en concepto de honorarios como traductor

14 de marzo de 1951, José Giral recibió otros 1 000 pesos por la traducción y revisión de la segunda edición española del *Diccionario de química* de Miall, a cuenta de 4000 pesos.⁶⁴ Otros proyectos de colaboración de esa familia de químicos republicanos con la Editorial Atlante no fructificaron. Así sucedió con el libro “Química biológica”, proyecto de obra conjunta entre José Giral, su hijo Francisco y el químico mexicano Rafael Illescas, gran amigo y protector de los químicos españoles exiliados. La tirada prevista del libro sería de 3000 ejemplares, según el contrato que firmaron con quien era en aquel entonces director-gerente de la Editorial Atlante, Manuel Sánchez Sarto.⁶⁵

Esa apuesta de la Editorial Atlante por favorecer el desarrollo de una cultura científico-técnica en castellano, se manifestó asimismo en el apoyo logístico y económico que dio a una de las empresas más importantes que impulsaron los científicos republicanos españoles en el exilio.

Tal fue el caso de la revista *Ciencia*, órgano de comunicación entre los científicos de la diáspora española y medio de expresión de los científicos hispanoamericanos, que surgió para “demostrar que la ciencia española no había desaparecido, ni se había sometido a los designios de los dictadores, y cómo, en su mayor parte, había abandonado la Península y se hallaba acogida entre sus colegas europeos y americanos”. Su campaña de lanzamiento la impulsó, en efecto, la Editorial Atlante. El 2 de marzo de 1940 los tres integrantes de su consejo de redacción inicial, el naturalista Cándido Bolívar Pieltaín, el químico Francisco Giral y el médico Isaac Costero, enviaron a José Giral una circular que llevaba el membrete de la Editorial Atlante. Solicitaban al ex rector de la Universidad de Madrid sugerencias o rectificaciones sobre el folleto de propaganda de la revista que le adjuntaban para mejorar su orientación, contenido y presentación. Y le pedían ayuda para difundir la revista en su área de influencia, pues

de la acogida que tenga, y por tanto de los recursos materiales y ayudas de cualquier orden de que podamos disponer, dependerá un futuro mejoramiento y una eventual ampliación. No olvide Ud. que la publicación de esta revista

la cantidad de ciento cincuenta pesos mexicanos mensuales, además de la manutención y el alojamiento de los dos, dado su desplazamiento de Madrid a México. Fondo José Giral, AHN, caja 6, núm. 117.

⁶⁴ Fondo José Giral, AHN, caja 6, núm. 522.

⁶⁵ Este documento no fechado se encuentra en el fondo José Giral, AHN, caja 6, núm. 516.

representa, por ahora, en el orden económico, un sacrificio al que contribuimos gustosas numerosas personas, en pro de la cultura científica hispano-americana.⁶⁶

Meses después los promotores de la publicación elaboraron otro documento solicitando ayuda a José Giral para ampliar la difusión de *Ciencia*. En él se afirmaba que hasta entonces la Editorial Atlante había costado la edición de los siete primeros números de la revista con una aportación de 16000 pesos. Pero para asegurar la supervivencia económica de la revista había que pasar de las 450 suscripciones, que ya tenía la publicación, a 1500 o 2000. Y que era conveniente que la revista fuese apoyada por las entidades que administraban fondos del gobierno republicano, como era la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, en cuyo comité directivo estaba presente José Giral.⁶⁷

La situación de la revista *Ciencia* condicionaría el desenvolvimiento de la editorial que la impulsó. Dos documentos muestran cómo la Editorial Atlante entró en una nueva etapa tras el fin de la segunda Guerra Mundial.

Uno de ellos es una carta fechada en México el 1 de octubre de 1946 de Francisco Giral a su padre, José Giral, cuando éste era jefe del Gobierno de la Segunda República española en el exilio y efectuaba intensas gestiones en las Naciones Unidas con la esperanza de provocar la caída del régimen de Franco. Le manifestaba lo siguiente:

El Sr. Misrachi nos “corrió” de Atlante y no nos hemos quedado en la calle gracias a la generosidad de Vinós que nos ha cedido gratis un local en la Academia Hispano-Mexicana. Con eso y unos cuantos sablazos que he vuelto a pegar por

⁶⁶ Fondo José Giral, AHN, caja 16, núm. 109.

⁶⁷ Véase copia de un escrito sobre la labor de la revista *Ciencia* en el que se solicita ayuda económica para ampliar su difusión. Fondo José Giral, AHN, caja 17, núm. 28. Se afirmaba en ese documento: “La Editorial Atlante ha hecho un esfuerzo en pro de la *Ciencia* española extraordinariamente meritorio, por el que habrá de guardársele reconocimiento profundo, pero no le es posible seguir sacrificándose en la misma medida, y por ello creemos que ha llegado el momento de presentar los resultados obtenidos y la nota de las aportaciones efectuadas con respecto a *Ciencia* a las entidades que administran fondos de España sometiéndoles nuestra actuación, y pidiéndoles que si consideran de interés el esfuerzo hecho por todos y meritorio de su apoyo, que hagan este efectivo en la forma que consideren más conveniente. Desde luego la ayuda que se solicita es tan solo con carácter transitorio, y la dirección de la revista está dispuesta a pasar mensualmente nota de sus ingresos y gastos, en la forma que se le indique”.

ahí a amigos y a enemigos, hemos reanudado la publicación y ya estamos en el volumen VII. Antes se hunde el mundo, que dejar de publicar *Ciencia*.⁶⁸

Sobre la difícil situación vivida por la revista *Ciencia* en aquella coyuntura se había explayado Francisco Giral en una carta dirigida a su hermano Antonio, fechada semanas antes que la anterior. El 25 de agosto decía a su hermano, quien estaba asesorando a su padre en su difícil labor de gobierno, lo siguiente:

Quiero contarte algunas pequeñas miserias de por aquí, rogándote mucho que esta carta no la lea papá...

[...] La revista *Ciencia* que tú conoces y que, con todos los defectos que se le quieran poner, ha sido la única obra seria, en cuanto a continuidad y calidad, de las cosas colectivas de la emigración, está ahora en la peor situación de toda su vida. Quisieron comprarla los gringos; nos negamos y papá había prometido unos 15 000 pesos para resolver la situación. Eso era cuando la editaba Atlante y cuando teníamos subvenciones de los Bancos mexicanos. Ahora, los Bancos se han quedado exhaustos con la campaña de Alemán [presidente de México entre el 1 de diciembre de 1946 y el 30 de noviembre de 1952] y no dan un centavo; nos han retirado todas las subvenciones. Atlante, en donde únicamente manda Misrachi que fue quien se la quiso vender a los gringos, quizás por represalia a nuestra negativa, nos ha echado de allí. De misericordia, Vinós nos ha cedido un cuartucho en la Academia donde tenemos nominalmente la revista, sin un centavo.⁶⁹

Es decir, para 1946 se había producido un cambio de situación en el seno de la Editorial Atlante al tener su control Alberto Misrachi. Este judío sefardita de Salónica, procedente de Nueva York, se había instalado en México en 1917 convirtiéndose con el paso de los años en uno de los más importantes librereros y galeristas de arte de la capital mexicana. Desde su librería Central de Publicaciones y su Galería Misrachi, situadas en el que fuera el edificio más alto de ciudad de México —la Compañía Nacional de Seguros—, impulsó la obra de los grandes pintores mexicanos, como representante de Diego Rivera y Frida Kahlo, y amigo de Siqueiros, Orozco o Remedios Varo.⁷⁰

⁶⁸ Fondo José Giral, AHN, caja 17, núm. 31.

⁶⁹ Fondo José Giral, AHN, caja 17, núm. 34.

⁷⁰ M. Delfin, "Alberto Misrachi".

No ha de extrañar pues que este relevante empresario cultural, al hacerse con el control de la Editorial Atlante, impulsase la edición de libros de arte, línea de acción cultural que ya había interesado a la editorial. Así lo muestra la edición en 1943 de una importante *Enciclopedia de la música* en tres volúmenes, de autoría alemana, con traducción del musicólogo Otto Mayer-Serra, nacido en Barcelona, hijo de padre alemán de origen judío, y editor durante la Guerra Civil de un famoso *Cancionero revolucionario internacional*.

*La segunda etapa:
la orientación mexicana de la editorial (1946-1952)*

La consolidación de Misrachi en la Editorial Atlante implicó una cierta “mexicanización” de su plan de publicaciones, sin abandonar obras de ambición continental, y una apuesta decidida por la promoción de libros de arte. En 1945, según la información disponible, Atlante publicó sólo dos libros, de temática artística. Uno fue *Trajés regionales mexicanos* con 25 láminas, serigrafías del artista de origen guatemalteco Carlos Mérida, impulsor de la danza mexicana desde su puesto de director de la Escuela de Danza de la Secretaría de Educación Pública (1932-1935). Las láminas estaban acompañadas de un texto explicativo de Salvador Echeverría. El otro abrió una nueva colección —Museum— y se tituló *Acolman. Un convento agustino del siglo XVI*, del escritor catalán Pere Calders. La edición, muy cuidada, tenía un centenar de fotografías hechas por el mismo Calders y un conjunto de dibujos elaborados por Calders y Tisner sobre ese importante monumento colonial.

En los años siguientes se afianzó la línea editorial impulsada por Alberto Misrachi. En 1946 entró en las prensas de Atlante el libro *México eterno: tres panoramas*, con fotografías de George Hoyningen-Huene y texto de Alfonso Reyes, el cual fue objeto de una interesante crítica en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, en la que se pusieron reparos al carácter esencialista y antimoderno del título y de la concepción de la obra.⁷¹ Al año

⁷¹ En el volumen 15 de esa publicación, del año 1947, el crítico J.F. (probablemente Justino Fernández) en las pp. 113-114 se muestra en desacuerdo con el título del libro afirmando: “Este precioso libro del gran fotógrafo George Hoyningen-Huene viene a ocupar un lugar distinguido en la bibliografía sobre México y ayudará a presentar a nuestro país en forma digna (aunque parcial) en el extranjero [...] Ya sorprende desde el primer momento el título, que asegura haber un ‘México eterno’ y cuando cerramos

siguiente se publicaría *México como eje de las antiguas arquitecturas de América*, del arquitecto mexicano Carlos Obregón Santacilia, defensor de la existencia de un arte mestizo en México en el que, por ejemplo, las prosas y las capillas abiertas de muchos conventos coloniales del siglo xvi son producto del arrastre precolombino. Y en 1948, con afán de dar a conocer a los lectores de *Atlante* hitos del arte mexicano de todos los tiempos, se editaron una serie de acuarelas y dibujos de Diego Rivera, realizadas entre 1935 y 1945, de la colección de Frida Kahlo, acompañadas de un texto preliminar del filósofo mexicano Samuel Ramos. En 1950 se cerraría ese interés por los libros de arte con la traducción de una obra de una estadounidense experta en arte colonial mexicano. Se trata del libro de Elizabeth Wilder Weismann, *Escultura mexicana: 1521-1821*, que había publicado ese mismo año de 1950 Harvard University Press: la edición de *Atlante* incluía una introducción de Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco.

Junto a ese esfuerzo por presentar manifestaciones significativas de la arquitectura, pintura y escultura de diferentes fases de la historia mexicana, *Atlante* promovió a mediados de la década de 1940 una singular iniciativa: la edición en 1947 de los dos volúmenes de *Música y músicos de Latinoamérica*, del musicólogo catalán Otto Mayer-Serra, ya mencionado. La obra, “en esta hora llena de promesas para el mundo americano”, aspiraba a cubrir un vacío en la cultura latinoamericana: disponer de un diccionario musical en el que se recogiese por primera vez en la historia de la bibliografía mundial,

el libro, después de haberlo gozado, caemos en cuenta que para asegurar esa eternidad, su autor se atuvo a la arqueología indígena y colonial, y al paisaje, escéptico de la eternidad del México moderno y contemporáneo que escapó a su visión. [...] No es posible aceptar la tesis contradictoria que el libro presenta, porque México no sería lo que fue ni lo que es, si fuese aquella verdadera, porque el hombre jamás ‘se limita a ver lo que ha hecho’, es decir, a ver lo que fue, sino que puede ver lo que fue porque *está haciendo*, o lo que es lo mismo, *siendo*. Por ser el hombre mexicano lo que hace, es lo que es, y por eso México existe hoy y tiene un pasado. La época moderna, de la cual ‘se prescindió’ por ‘cosmopolita y anodina’ es la que ha hecho este libro y la que ha sabido ver su pasado en la forma en que lo ve, de distinta manera a como lo vio el indio, con ojos distintos del conquistador o del señorón del siglo xviii o los del positivista del xix; hablar de la eternidad en el sentido en que este libro lo hace es hablar de *las cosas* y las cosas así consideradas tienen muy limitado interés, pues se les resta lo que las hizo posibles, no el paisaje ni el ambiente, sino el hombre que se expresó en tal o cual sentido. El verdadero México Eterno, con las limitaciones que tiene la eternidad de las cosas y de la historia, es aquel cambiante, en movimiento, que supo hacer las pirámides, la catedral y la pintura mural del siglo xx, que evidentemente no cabe en la designación de ‘cosmopolita y anodina’”.

todos los aspectos de la vida musical latinoamericana, del pasado y del presente, biografía de sus compositores e intérpretes, descripción de bailes e instrumentos populares, historia de sus organizaciones y grandes conjuntos instrumentales y vocales, examen de las actividades educativas en este importante sector de la cultura, todo ello ilustrado con copiosos y escogidos ejemplos musicales, artísticas fotografías, retratos de personalidades y agrupaciones más destacadas, láminas históricas.

El proyecto editorial, desde su concepción a su ejecución, tardó cuatro años y para su realización la editorial organizó una encuesta para recabar sistemáticamente información enviando fichas y cuestionarios, y recibiendo, gracias a la labor de diversos musicógrafos esparcidos por diversas partes de la América Latina, publicaciones de música y obras sobre la materia, documentación gráfica sobre autores y manifestaciones folclóricas y educativas. En efecto, la obra se enriqueció con aportaciones de 29 colaboradores —entre ellos una mujer— de 17 repúblicas latinoamericanas y de Puerto Rico.⁷²

Para distribuir tan ambiciosa obra de carácter continental, que versaba sobre una expresión cultural que podía facilitar el conocimiento mutuo entre países muy distanciados entre sí, Atlante se asoció con editores estadounidenses —W.M. Jackson— que tenían distribuidores en Nueva York, México, La Habana, Caracas, Bogotá, Lima, Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Ahora bien, la orientación hacia los libros de arte, adoptada en los años en que Alberto Misrachi controlaba la Editorial Atlante, no significó el abandono de su marca de identidad.

En el gozne de las décadas de 1940 y 1950 Atlante siguió publicando obras educativas, como la *Metodología de la aritmética en la escuela primaria*, de

⁷² Los participantes en esta magna obra fueron: dos colaboradores de Argentina (Antonio Ricardo Barceló, Carlos Vega), uno de Bolivia (José María Velasco Maidana), dos de Brasil (Renato Almeida, Luiz Heitor Correa de Azevedo), dos de Colombia (Andrés Pardo Tovar, Emirto de Lima), cuatro de Costa Rica (José Rafael Araya, Julio Fonseca, Alcides Prado, Arnoldo Herrera), tres de Cuba (José Ardevol, Edgar Martín, Antonio Quevedo), uno de Chile (Domingo Santa Cruz), dos de la República Dominicana (Enrique de Marchena, Rafael Díaz Niesse), uno de Ecuador (Segundo Luis Moreno), uno de Guatemala (Jesús Castillo), uno de Haití (Rémy Bastien), uno de Honduras (Manuel de Adalid Gamero), uno de Panamá (Alfredo de Saint-Maló), tres de Perú (Rodolfo Holzmann, Andrés Sas, Carlos Raycada), uno de Puerto Rico (Jesús Figueroa), una de El Salvador (María de Baratta), uno de Uruguay (Roberto Eugenio Lagarmilla) y uno de Venezuela (Juan Bautista).

su colaborador de primera hora el pedagogo aragonés Santiago Hernández, quien en 1947 fue nombrado por el gobierno mexicano inspector de Escuelas Normales y catedrático de historia en la Escuela Nacional de Maestros.

También continuaron las traducciones de importantes libros científico-técnicos.

Por ejemplo, el físico mexicano Alfredo Baños —director del Instituto de Física de la UNAM creado en 1939, y que había sido discípulo en el Massachusetts Institute of Technology del prestigioso físico, también mexicano, Manuel Sandoval Vallarta, autor de notables aportaciones a la física de los rayos cósmicos—, tradujo del inglés en 1949 la *Introducción a la electricidad y la óptica* y la *Introducción a la mecánica y el calor* del físico estadounidense Nathaniel Herman Frank. El químico catalán Alfonso Boix Villacrosa —profesor ayudante de química orgánica en la Universidad de Barcelona, uno de los pasajeros del *Sinaia*, y ya en México profesor en el Instituto Luis Vives—, hacia 1951 tradujo del inglés *Química farmacéutica cuantitativa*, un tratado de medio millar de páginas, elaborado por cuatro doctores estadounidenses (Glenn L. Jenkins, Andrew G. Dumez, John E. Christian y George P. Hager).

Consolidada la Editorial Atlante, puede considerarse el año 1952 importante en su itinerario intelectual. La empresa alcanzó su momento de máxima producción al editar siete novedades y dos reediciones: la traducción de Jaime Pi-Suñer de la *Fisiología del sistema nervioso*, de John Fulton, y la revisión de José Giral de la traducción del *Tratado de bioquímica y manual de prácticas de bioquímica*, de Benjamin Harrow.

Entre las siete novedades encontramos manifestaciones de los diversos intereses que promovía la editorial entre sus lectores. En el ámbito de la política se tradujo *El México de Alemán*, de George Schneiweis Wise, judío de origen polaco, profesor de sociología de la Universidad de Columbia entre 1930 y 1952, y, como destacado sionista, organizador posteriormente del sistema universitario del Estado de Israel. Este balance del sexenio del presidente Miguel Alemán Valdés fue traducido por el abogado y periodista jalisciense Octavio Novaro.

En el ámbito literario Atlante publicó dos obras poéticas: el libro ya mencionado de Juan José Domenchina, *Nueve sonetos y tres romances con una carta rota, incoherente e impertinente a Alfonso Reyes* y *Poemas: 1947-1952*, la obra más significativa de la poetisa y periodista venezolana Ida Gramcko, precedido de un cuidado prólogo del historiador Mariano Picón Salas; y *El motín del Caine: la novela de la segunda guerra mundial* del escritor judío es-

tadounidense Herman Wouk, novelista que ha sido considerado un historiador social. Esta obra, ganadora del premio Pulitzer para obras de ficción en 1952, adaptada al cine en una película protagonizada por Humphrey Bogart, fue traducida al castellano por el exiliado republicano y miembro del Partido Comunista de España desde 1949, Julio Luelmo.

Y en el ámbito científico-técnico otras tres obras, una de ellas muy relevante. La primera fue *Pediatría práctica*, del doctor en medicina por la Universidad de Madrid José Barón Fernández. La segunda, *Administración rural* de John Abel Hopkins, traducida por Bibiano Fernández Osorio-Tafall, una destacada personalidad del exilio republicano español. Este traductor, en efecto, había sido catedrático de agricultura y director del instituto de Pontevedra, primer alcalde de la II República en esa su ciudad natal con sólo 28 años, secretario general de Izquierda Republicana y comisario general del Ejército de Tierra durante la Guerra Civil, investigador en hidrobiología y recursos naturales en distintas instituciones mexicanas en la década de 1940 y director a partir de 1949 de la Oficina Regional de la FAO para el occidente de América Latina, con sede en Santiago de Chile, primero de una larga serie de puestos en la ONU.

Pero la obra más importante de las editadas por Atlante ese año de 1952, en su nueva colección El mirador, fue *El mar que nos rodea*, de la hidrobióloga estadounidense Rachel L. Carson, un clásico indiscutible de la ecología, traducido al castellano por otro catedrático de instituto, el filósofo Rubén Landa,⁷³ y revisado por Enrique Rioja, biólogo marino y también ex catedrático de instituto de historia natural y fisiología e higiene.⁷⁴ La obra era un

⁷³ Su trayectoria intelectual ha sido estudiada, entre otros, por M. Rangel, Rubén Lanche Vaz, *Un pedagogo extremeño*. Juan José Reyes, uno de sus alumnos en el Instituto Luis Vives, del que Landa fue director entre 1942 y 1947, evoca su magisterio así: “Quienes fueron sus alumnos recuerdan sus explicaciones de Platón, Descartes o Stuart Mill, que daba al aire libre, bajo una higuera que había en el patio de la casa de Gómez Farías. Y hablan de cómo, casi sin que ellos lo advirtiesen, sin ninguna solemnidad, Landa iba depositando en cada uno la semilla de la que pudo, en algún caso, porque esto no puede ocurrir siempre, brotar, andando el tiempo, la sabiduría”, citado por B. Morán “Los que despertaron vocaciones”, p. 216.

⁷⁴ Enrique Rioja fue un notable investigador y cualificado divulgador científico, que publicó a lo largo del cuarto de siglo de su exilio mexicano más de doscientos trabajos de naturaleza científica, didáctica y de divulgación, lo que representa algo más de 60% de su producción intelectual, desarrollada en gran parte en el Instituto de Biología de la UNAM, donde reorganizó el Laboratorio de Hidrobiología. Véase M.E. Caso, *Homenaje*, y F. Dosil y J. Cremades, “El zoólogo Enrique Rioja”, pp. 497-518.

fascinante recorrido por todos los aspectos de la ciencia marina, un estudio cautivador del proceso de formación de los océanos y un alegato a favor de su conservación. Desde que se publicó originalmente en inglés en 1951 ha tenido innumerables lectores. Se han vendido más de dos millones de ejemplares del libro en inglés, y se ha traducido a más de treinta lenguas. Fue Atlante, con una tirada de 6000 ejemplares, quien abrió la circulación de esa obra en el ámbito cultural hispano. Ese impactante libro inauguró una trilogía de obras marinas que Rachel Carson culminó en 1955 con *La orilla del mar*, lo cual dio independencia económica a su autora. A partir de entonces abordó la gran batalla de su vida: denunciar los daños ambientales y los estragos para la salud humana provocados por el uso de pesticidas, tema de su gran libro publicado en 1962, *Primavera silenciosa*, muy importante en la cristalización del movimiento ecologista.

*La tercera etapa:
la autonomía de Juan Grijalbo (1953-1959)*

La traducción de *El mar que nos rodea* se puede considerar el canto del cisne de la aventura intelectual de Atlante. La editorial aún siguió publicando diversas obras durante el periodo que coincide, *grosso modo*, con el mandato del presidente de México Adolfo Ruiz Cortines (diciembre 1952-noviembre de 1958), que organizó la que fue conocida como la “marcha al mar”, proyecto colonizador del litoral mexicano.

En esos años Atlante editó sobre todo obras literarias, como la *Antología de cuentos policíacos y de misterio*, con prólogo, selección y traducción del escritor catalán Agustí Bartra, publicada en 1955 y diversas novelas. Unas fueron traducciones, como *El salario del miedo*, del francés Georges Arnaud, y otras obras de autores españoles exiliados, como Elicio Muñoz Galache y Luisa Carnés,⁷⁵ de quienes Atlante publicó en 1956 *Fuente Abeja: estampas castellanas* y *Juan Caballero*, sobre un maquis andaluz, respectivamente. Pero también publicó obras históricas y ensayos, como la *Breve historia de la agricultura en Europa y en América* del ya mencionado Julio Luelmo, con prólogo del ingeniero agrónomo exiliado Adolfo Vázquez Humasqué, que había

⁷⁵ De familia modesta, Luisa Carnés ingresó en el Partido Comunista en 1937. Compañera de Juan Rejano. En su exilio mexicano dirigió la revista *Mujeres españolas*, entre 1951 y 1957.

sido durante la Segunda República director del Instituto de Reforma Agraria, y *El ingenio de Cervantes y la locura de Don Quijote*, de Mauro Olmeda, seudónimo del propio Julio Luelmo. Ambos libros se publicaron en 1958.⁷⁶

Un año después —en 1959— aparecerían los que cabe considerar por ahora los dos últimos libros publicados con el sello Atlante. *Diario de un viaje extraño: atisbos del camino*, en el que el influyente cirujano, ginecólogo y oncólogo mexicano, director fundador del Instituto Nacional de Cancerología, Conrado Zuckermann Duarte relata un largo viaje por América, África y Europa, ilustrado con fotos y grabados,⁷⁷ complementario de otro libro del mismo autor publicado por Atlante en 1957 titulado *Oriente a la vista. Viaje a Oceanía y Asia*. Y una reedición de la traducción de Francisco Giral de la sexta edición inglesa del *Tratado de farmacognosia*, del profesor estadounidense Heber Wilkinson Youngken. Una vez más Francisco Giral enriqueció el libro llenándolo de notas sobre componentes químicos y sobre plantas hispanoamericanas, aportó nombres vulgares de las plantas en distintos países, y agregó nombres en portugués, francés, inglés, alemán y latín reunidos todos en un índice acumulativo multilingüe.⁷⁸ Este tratado de más de un millar de páginas sería utilizado por el doctor Arturo Gómez Pompa, por ejemplo, por recomendación del propio Francisco Giral, para organizar el programa del curso de Botánica Farmacéutica en la Facultad de Química de la UNAM.

Atlante cumplió su veinte aniversario en 1959. ¿Por qué se silenció a partir de entonces? Probablemente porque Juan Grijalbo, el más joven del equipo que creó la editorial en París en 1939, se quedó solo y decidió transformar Atlante en la editorial que llevó su apellido. En efecto, los socios fundadores o habían fallecido o se habían desvinculado de la editorial.

El historiador y geógrafo Leonardo Martín Echeverría murió en Veracruz en 1958, tras haber prestado servicios a su país de acogida como educador

⁷⁶ Estas dos obras de Julio Luelmo, publicadas en 1958, serían reeditadas posteriormente por las editoriales Ayuso e Istmo.

⁷⁷ El itinerario del viaje que sigue el relato es ciudad de México, Quito, Guayaquil, Lima, Asunción, São Paulo, Río de Janeiro, Dakar, Abidján, Accra, Okano, Leopoldville, Johannesburgo, Pretoria, Bulawayo, Victoria, Catarías, Entebbe, Nairobi, Mombasa, Antananarivo, Addis Abeba, y muchas ciudades europeas.

⁷⁸ El contenido del libro es el siguiente: Parte I: Consideración fundamental y morfológica de las drogas; 1] Consideraciones fundamentales. 2] Clasificación morfológica de las drogas crudas (drogas vegetales, drogas animales). 3] Tipos de medicamentos. Parte II: Estudios taxonómicos de las drogas: 1] Drogas de origen vegetal. 2] Drogas de origen animal. 3] Antibióticos y productos biológicos de origen bacteriano. 4] Métodos microanalíticos.

y como investigador del Departamento de Investigaciones Industriales del Banco de México. Esta entidad, en la que trabajó a partir de 1950 por gestiones de su íntimo amigo Manuel Sánchez Sarto,⁷⁹ le editó póstumamente en 1960 su estudio sobre *La ganadería mexicana*.

El economista Manuel Sánchez Sarto, tras realizar una fundamental labor de formación de economistas mexicanos en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM y ejercer de traductor en el Fondo de Cultura Económica de obras de científicos sociales de fuste, como Hobbes, Max Weber, Friedrich List, Richard Cantillon, Wagemann, William Ashworth, entre otros, se trasladó a Caracas donde continuó en la enseñanza universitaria; luego se convirtió en alto funcionario internacional: fue jefe de misión de la ONU en Paraguay, director de la Escuela Superior de Administración Pública Americana Central, en Costa Rica, y asesor de la CEPAL.

Estanislao Ruiz Ponseti, tras ser reconvenido en 1940 por su gestión como primer director gerente de Atlante, trasladó su experiencia editorial a la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA), de la que fue gerente apoderado entre 1940 y 1965.

CONCLUSIONES

Veinte años de andadura de una empresa cultural revela capacidad de acción y habilidades económicas de sus promotores y accionistas, que evidentemente sufrieron numerosas vicisitudes. En un primer momento la editorial intentó ser un dispositivo para la supervivencia económica del PSUC tras la derrota, pero en seguida se transformó en un instrumento de resistencia de la cultura republicana y de los ideales educativos y científico-técnicos de las fuerzas políticas que configuraron el Frente Popular, fundamentalmente republicanos de izquierdas y comunistas. La editorial contó, en efecto, inicialmente con recursos del PSUC, el partido de los comunistas catalanes, pero también con una ayuda-crédito de Financiera Industrial Agrícola, S.A., la financiera de la Comisión Técnica de Ayuda a los Refugiados Españoles, dirigida por el doctor José Puche, hombre de confianza del dirigente socialista Juan Negrín. Más adelante la sociedad anónima incrementó sus recursos con un capital aportado por Eduardo Villaseñor, director del Banco de México, y por el empresario cultural Alberto Misrachi, que inyectaron 50 000

⁷⁹ E. Fernández Clemente, “Manuel Sánchez Sarto (1897-1980)”, p. lxx.

pesos conjuntamente.⁸⁰ Atlante de hecho desapareció cuando Juan Grijalbo decidió adquirir, a plazos, las acciones de la compañía, que estaba en poder de los mencionados Villaseñor, Misrachi y Matilde Legorreta.⁸¹ Puede considerarse entonces que Atlante fue el vivero en el que se formó como editor Juan Grijalbo, cuya importancia en el mundo editorial iberoamericano en la segunda mitad del siglo xx está fuera de toda duda.

El catálogo formado por Atlante durante sus dos décadas de existencia puede ser visto como un atlas desplegable en cuyas láminas, formadas por cada uno de sus libros, quedaron inscritas las preocupaciones y aspiraciones intelectuales y los anhelos cívicos de quienes impulsaron la editorial, en sus diversas fases de desarrollo.

Los editores cumplieron diversas funciones. Ser portavoces de una cultura republicana que se esforzó por impulsar el acceso de la ciudadanía al conocimiento mediante una dinámica política educativa, y que se desvivió por promover una amplia labor de divulgación de los conocimientos científico-técnicos. En esta labor de portavocía de la cultura republicana en el exilio, la Editorial Atlante tuvo la visión de auspiciar el arranque de la revista *Ciencia*, principal instrumento de comunicación de la pléyade de científicos republicanos españoles exiliados, agentes fundamentales de “la moral de la ciencia” que transformó a la sociedad española en el primer tercio del siglo xx, al concebir a España como un gran laboratorio en el que el trabajo experimental debía de reordenar sus recursos y reorganizar su sociedad, introduciendo en el cuerpo social los valores de la cultura de la precisión.⁸²

⁸⁰ T. Ferriz Roure, *La edición catalana en México*, p. 101.

⁸¹ *Ibid.*, p. 102. Esta autora añade al respecto: “Al tener el control de la editorial Atlante Grijalbo liquidó las deudas y, gracias a un negocio de exportación de libros a España, obtuvo el dinero necesario para iniciar la Exportadora de Publicaciones Mexicanas bajo cuyo nombre salieron los primeros libros editados por Grijalbo; muy pronto, y aconsejado por su amigo Montgomery Jackson, el presidente de W.M. Jackson, cambió este nombre dando su propio apellido a la editorial. Nacían así las Ediciones Grijalbo. Hubo unos años en que ambas editoriales tuvieron la misma sede social. Grijalbo seguía vendiendo los libros de Atlante y este nombre continuaba apareciendo en los directorios editoriales. En el *Catálogo de libros impresos en México* realizado con motivo de la VII Feria Mexicana del Libro (México, Instituto Mexicano del Libro, 1956) se incluye la dirección social de Atlante, S.A. (Avda. de las Granjas, 82, Apartado 28568, México, D.F.), que es la misma de Grijalbo, S.A.”.

⁸² Una visión panorámica de los logros de esta “moral de la ciencia” en L. López-Ocón, *Breve historia*, pp. 343-378.

Por otra parte, fueron mediadores transatlánticos e interamericanos a través de una cuidada política de traducciones, de un heterogéneo corpus de conocimientos relacionados fundamentalmente con la medicina, la química, la agronomía, saberes que se consideraban estratégicos para afrontar los retos derivados de las carencias existentes en el México que les acogió, un país agobiado por problemas de salud y de alimentación. En esa política de traducciones se constata, a partir del final de la segunda Guerra Mundial, el peso creciente de la ciencia estadounidense sobre el sistema científico de los países iberoamericanos. De modo que Atlante contribuyó a la vascularización de la ciencia mexicana en la medida en que los exiliados no sólo introdujeron conocimientos, sino que también trasplantaron las complejas redes culturales que habían ido alimentando durante sus viajes por el mundo, apoyados por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, como apuntara Francisco Javier Dosil al hacer una valoración del significado de la revista *Ciencia*.⁸³

Pero Atlante no es sólo una empresa cultural de la España republicana exiliada. Instalada en México forma parte también de la cultura y de la ciencia mexicanas. Hay libros de su catálogo, páginas de su atlas, que tienen contenidos mexicanos y en los que se puede rastrear el análisis y la reflexión que estaban auspiciando las élites mexicanas en las décadas de 1940 y 1950 sobre su país, a través de un corpus de imágenes que la Editorial Atlante ayuda a moldear. Las aportaciones de literatos, artistas y filósofos mexicanos —como Alfonso Reyes, Diego Rivera y Samuel Ramos— que dejaron su huella en la Editorial Atlante están, a mi modo de ver, todavía por estudiar.

Gracias a la conjunción de esfuerzos de exiliados republicanos españoles, emprendedores culturales mexicanos y aliados estadounidenses en el ámbito editorial, Atlante también contribuyó a la política cultural latinoamericanista que las élites mexicanas intentaron impulsar en las décadas de 1940 y 1950, cuando medios de comunicación de masas como el cine, la radio, y la industria editorial favorecieron la circulación de “aires de familia”, en feliz expresión de Carlos Monsiváis, por todo lo que José Martí llamó “Nuestra América”. En esa época las cuestiones científicas empezaron a ocupar un lugar significativo en la agenda política y cultural de la América Latina, disminuyendo considerablemente el sentimiento de inferioridad de

⁸³ F. Dosil, “Luces republicanas para una ciencia nacional. Los científicos del exilio español en México”, p. 311.

los científicos latinoamericanos con respecto a la producción de los centros del conocimiento, como apuntara el mismo Monsiváis.⁸⁴

En suma, las siete decenas de libros, aproximadamente, del catálogo de Atlante equivalen a otras tantas planchas u hojas que nos dan cuenta de realidades espaciales diversas, representadas a escalas diferentes. Al hojear el catálogo se transita desde el territorio español, sobre el que ofreció una visión de conjunto de gran calidad científica y literaria Leonardo Martín Echeverría, a los paisajes y monumentos mexicanos captados por la cámara fotográfica de George Hoyningen-Huene y la pluma de Alfonso Reyes, a países de cuatro continentes descritos por el oncólogo mexicano Conrado Zuckermann, y a la vida de los océanos que regulan la vida de nuestro planeta, observados y analizados por la estadounidense Rachel Carson en *El mar que nos rodea*, ese libro tan influyente en la conciencia ecológica que marca la atribulada modernidad de nuestro tiempo presente, y que, una vez desaparecida Atlante, volvió a publicar Grijalbo en 1980, y Destino en el año 2007.

La huella que dejaron los libros editados por Atlante llega pues hasta nosotros. En cierta medida el esfuerzo intelectual subyacente a su producción y circulación formó parte de un amplio proyecto educativo, cuyas características definieron así los republicanos exiliados que crearon en México el Instituto Luis Vives, del que fueron docentes varios colaboradores de Atlante: “la educación ‘integral’ es el proceso del que deben surgir valores e ideas que permitan al individuo realizarse en el marco social de la colectividad, en las estructuras vivas del pueblo mexicano y como parte del mundo organizado, para servirlos con firmeza y decoro”.⁸⁵

REFERENCIAS

- Achim, Miruna, y Aimer Granados (comps.), *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011.
- Alted, Alicia, “Historiadores españoles exiliados en América Latina. El caso de Ramón Iglesia Parga”, en Pagni, 2011, pp. 77-92.
- Alonso, María de la Soledad, y María Luisa Capella, *et al.*, *Palabras del exilio*, 1, México, Archivo de la Palabra del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980.

⁸⁴ C. Monsiváis, *Aires de familia*, p. 12.

⁸⁵ “Instituto Luis Vives”, Instituto Luis Vives, México, 1976, p. 5, citado por Enrique Monedero López, “Los colegios del exilio”, en línea, consultado el 30 de agosto 2012.

- Añorve Guillén, Martha Alicia, "Propuestas de Juana Manrique de Lara a la política bibliotecaria de Vasconcelos", *Investigación Bibliotecológica* (México), 20, 41, julio-diciembre de 2006, pp. 63-90.
- Bernecker, Walther L., "Los estudios sobre el exilio republicano en México", en Pagni, 2011, pp. 33-57.
- Caso, María Elena, *Homenaje a don Enrique Rioja Lo Bianco en el cincuentenario de su llegada a México*, México, Olmeca Impresiones Finas, 1990.
- Costero, Isaac, *Crónica de una vocación científica, ilustrada por el autor*, México, Editores Asociados, 1977.
- Delfin Guillaumin, Martha, "Alberto Misrachi, un muy interesante galerista en México", [en línea], 30 enero 2012 [citado 29 agosto 2012].
- Dosil Mancilla, Francisco, "Luces republicanas para una ciencia nacional. Los científicos del exilio español en México", en Ruiz, *et al.*, 2010, pp. 304-311.
- Dosil Mancilla, Francisco, y Javier Cremades Ugarte, "El zoólogo Enrique Rioja (1895-1963). Datos sobre su vida y su contribución a la ciencia y la cultura en España y en México", en Español Gonzalez, 2004, vol. 2, pp. 497-518.
- Español González, Luis *et al.* (coords.), *Historia de las ciencias y de las técnicas*, Actas VIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, 2 vols., Logroño, 2004.
- Fernández Clemente, Eloy, "Manuel Sánchez Sarto (1897-1980). Economista entre dos mundos", en Sánchez Sarto, 2003, pp. ix-cxxxiii.
- Fernández Moya, María, "Editores españoles a ambos lados del Atlántico. El sector editorial republicano y la edición en la España franquista", *Historia del presente*, 12, 2008, pp. 97-110.
- Férriz Roure, Teresa, *La edición catalana en México*, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya-Orfeó Catalá de México, 1998. Libro consultado en la Biblioteca del Exilio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- , *Romance, una revista del exilio en México*, Sada [A Coruña], Edicions do Castro, 2003.
- Gaos, José, "El Diccionario de filosofía de Ferrater Mora", en *Obras completas*, vol. IX: *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española.- Páginas adicionales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. 519-525.
- Giral, Francisco, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1994.
- González-Agápito, Josep, y Conrad Vilanou Torrano, "Weimar en España: producción editorial y reformismo pedagógico. El caso de la editorial Labor (1925-1937)", en Guereña, Ossenbach y Del Pozo, 2004, pp. 87-108.
- Gouanvic, Jean-Marc, *Sociologie de la traduction. La science-fiction américaine dans l'espace culturel français des années 1950*, Arras, Artois Presses Université, 1999.
- Guereña, Jean-Louis, Gabriela Ossenbach y María del Mar Del Pozo, *Manuales es-*

- colares en España, Portugal y América Latina (siglos XIX y XX), Madrid, UNED ediciones, 2004.
- Hermosilla Álvarez, María Ángeles, “Cartas inéditas de Manuel Azaña a Juan José Domenchina”, *Anuario de Estudios Filológicos*, v, Cáceres, 1982, pp. 69-79.
- LIDA, Clara E., “Un exilio en vilo”, en Pagni, 2011, pp. 21-32.
- López-Ocón, Leoncio, *Breve historia de la ciencia española*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- , “La editorial Atlante: claves de una iniciativa cultural de los republicanos españoles exiliados”, *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 15, Valencia, 2013, pp. 129-155.
- Martín Echeverría, Leonardo, *España. El país y los habitantes*, México, Editorial Atlante, 1940.
- Martín Ramos, José Luis, *Rojos contra Franco*, Barcelona, Edhasa, 2002.
- Martínez Vidal, Álvaro, y Emma Sallent del Colombo, “Ciencia en el exilio, una forma de resistencia. La traducción castellana de *The Wisdom of the Body* de Walter B. Cannon (México, 1941)”, *Cultura Escrita y Sociedad*, 10, 2010, pp. 149-175.
- Monsiváis, Carlos, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2000.
- Montgomery, Scott L., *Science in translation: movements of knowledge through cultures and time*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2000.
- Morán, Beatriz, “Los que despertaron vocaciones y levantaron pasiones. Los colegios del exilio en la Ciudad de México”, en Sánchez Andrés y Figueroa Zamudio, 2001, pp. 209-245.
- Pagni, Andrea (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid-Fráncfort, Iberoamericana-Veruert, 2011.
- Paz, Amelia de, Introducción a *Obra poética* de Juan José Domenchina, vol. 1, Madrid, Comunidad de Madrid-Editorial Castalia, 1995, pp. 15-84.
- , *El verbo cautivo. Aproximaciones a la poesía de Juan José Domenchina*, México, El Colegio de México, 2007.
- Paz, Octavio, “Poesía e historia: Laurel y nosotros”, en *Obras completas*, vol. 3. *Fundación y disidencia*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, pp. 80-120.
- Pla, Dolores, y Álvaro Vázquez (eds.), *El exilio español en la Ciudad de México: legado cultural*, Madrid, Turner, 2011. (Catálogo de exposición).
- Quirós Linares, Francisco, “Un geógrafo del exilio: Leonardo Martín Echeverría (1894-1958)”, *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*, 42, 1997, pp. 67-88.
- Rangel Mayoral, Modesto Miguel, *Rubén Landa Vaz. Un pedagogo extremeño de la Institución Libre de Enseñanza en México*, Badajoz, Editora Regional de Extremadura, 2006.
- Ruiz, Rosaura, Arturo Argueta y Graciela Zamudio (coords.), *Otras armas para la*

- Independencia y la Revolución. Ciencias y humanidades en México*, México, Fondo de Cultura Económica–UNAM, 2010.
- Salaberría, Ramón, “La larga marcha de Juan Vicéns (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959)”, Estudio preliminar en Juan Vicéns, *España viva. El pueblo a la conquista de la cultura. Las bibliotecas populares en la Segunda República*, Madrid, Vosa, 2002.
- Sánchez Andrés, Agustín, y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio científico y académico español*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, Comunidad de Madrid, 2001.
- Sánchez Sarto, Manuel, *Escritos económicos. México (1939-1969)*, edición, introducción y notas de Eloy Fernández Clemente, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.
- Santonja, Gonzalo, *Al otro lado del mar: Bergamín y la editorial Séneca (México 1939-1949)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1996.
- Serrano Migallón, Fernando, *La inteligencia peregrina: legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Vilar, Juan Bautista, *La España del exilio*, Madrid, Síntesis, 2006.
- Werner, Michael, y Bénédicte Zimmermann (dirs.), *De la comparaison à l'histoire croisée*, Paris, Le Seuil, 2004.
- Willson, Patricia, “Los editores españoles y la traducción en la Argentina: desembarco en tierras fértiles”, en Pagni, 2011, pp. 145-158.

MARTIN HEIDEGGER, TRADUCIDO POR JOSÉ GAOS,
EN *EL ARCO Y LA LIRA* DE OCTAVIO PAZ

Anthony Stanton
El Colegio de México

El tema que me interesa desarrollar en este texto es el de la influencia de la filosofía de Martin Heidegger, traducida, interpretada y transmitida por José Gaos, en el principal libro de estética y poética de Octavio Paz, *El arco y la lira*. Si bien se ha estudiado repetidamente la influencia de la filosofía de José Ortega y Gasset a través de sus discípulos que se exiliaron en México, señaladamente José Gaos, el mentor del Grupo Filosófico Hiperión, me parece que la cuestión de la presencia de Heidegger en México no ha recibido la atención necesaria, en parte por la dificultad conceptual que la obra y su impacto entrañan, y en parte porque esta presencia se da no sólo en el terreno de la filosofía sino también —e incluso principalmente en el primer momento— en el terreno literario y, más específicamente, en el ámbito de la poesía.

A diferencia de las reacciones exaltadas de algunos de sus compatriotas que enarbolaron un nacionalismo excluyente para oponerse a la acogida dada a los republicanos españoles, Octavio Paz se dio cuenta desde el principio del gran provecho que México podía obtener de la presencia en el territorio nacional de tantos pensadores y artistas de indiscutible valor. En un texto publicado en el primer número de la revista *Taller* en diciembre de 1938, texto que nunca recopiló y que no figura en sus obras completas, Paz celebra la creación de La Casa de España en México, inauguración que se marcará con “unas conferencias del Rector de la Universidad de Madrid, señor José Gaos”, y envía “un caluroso saludo a todos los intelectuales españoles que convivirán con nosotros durante un año”.¹ Como sabemos, ese “año” se convirtió en toda una vida para la mayor parte de los exiliados.

¹ O. Paz, “La Casa de España”, p. 57.

El joven Paz vio esa coyuntura como la oportunidad de propiciar un reconocimiento mutuo y de lograr una reconciliación histórica de grandes dimensiones. Así se explica su papel como uno de los principales puentes entre el Viejo y el Nuevo Mundo, asistiendo como el delegado más joven al Segundo Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, en el verano de 1937 en plena Guerra Civil y, después, actuando como anfitrión, colaborador y amigo de tantos poetas e intelectuales españoles que se quedaron en México o pasaron una temporada en su territorio, como León Felipe, José Moreno Villa, Juan Gil-Albert, Antonio Sánchez Barbudo, María Zambrano, Juan Larrea, Emilio Prados, José Bergamín, Juan David García Bacca, Luis Cernuda, Ramón Gaya, Lorenzo Varela, José Herrera Petere, Rafael Dieste, Arturo Serrano Plaja, Max Aub, José Gaos, y tantos otros que llegaron siendo niños, como Ramón Xirau, Tomás Segovia y José de la Colina. Pocos como Paz creían en la honda necesidad y en el potencial benéfico del diálogo entre España y México, entre Europa y América.

Por otro lado, no es difícil ver en la obra poética del mismo Paz el resultado de sus aprendizajes derivados de la poesía de Alberti, de Cernuda y de Jorge Guillén, por no hablar de las influencias de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado, esas figuras mayores que nunca pisaron tierras mexicanas pero cuyas obras fueron leídas y devoradas con interés y pasión desde el Altiplano. Yo mismo he explorado la naturaleza de algunas de esas influencias poéticas e intelectuales en distintos ensayos, pero creo que todavía hay tareas pendientes. Valdría la pena, por ejemplo, ahondar en los vasos comunicantes y en las preocupaciones comunes que hacen de *El arco y la lira* de Paz y de *El hombre y lo divino* de María Zambrano dos textos paralelos que pertenecen a una misma genealogía intelectual. Publicados con meses de diferencia por la misma casa editorial (el Fondo de Cultura Económica en México), estos dos libros intentan rescatar la dimensión sagrada de la experiencia humana y escudriñar su expresión en los ámbitos de la poesía, los mitos, el amor y la experiencia histórica.

Pero en esta ocasión mi interés se centra en Heidegger y en la manera en que su pensamiento influye en Paz a través de la labor mediadora de Gaos. Se trata de un asunto que no ha recibido un tratamiento crítico profundo o exhaustivo. La cuestión se complica más por la ausencia de un estudio pormenorizado sobre la recepción de Heidegger en México. Como el poeta mexicano no hablaba alemán, dependía de traducciones y de textos de comentaristas para conocer la obra de Heidegger. Se podría pensar que tuvo acceso a otras fuentes locales para conocer los textos del filósofo ale-

mán, pero son pocos los estudios de peso y las traducciones locales importantes (fuera de las aportaciones de Gaos) que sean anteriores a 1956, fecha de publicación de la primera edición de *El arco y la lira*. Las traducciones de Samuel Ramos, el filósofo mexicano que vivió en Alemania, formándose en la tradición fenomenológica, son posteriores a esta fecha. En 1958 Ramos tradujo y prologó dos ensayos de Heidegger centrados en problemas de estética: “El origen de la obra de arte” y “Hölderlin y la esencia de la poesía”.² Por importantes que sean estas versiones, difícilmente pueden ser fuente de inspiración traducciones y comentarios publicados después de la fecha de elaboración de las reflexiones de Paz.

Por confesión propia de éste, el primer texto que leyó de Heidegger fue *¿Qué es metafísica?* en la versión española que Xavier Zubiri publicó en la revista madrileña *Cruz y Raya* en septiembre de 1933. Ya en el exilio mexicano, el director de aquella revista, José Bergamín, decidió volver a publicar la traducción histórica y pionera de Zubiri en la colección *El Clavo Ardiente* de la editorial Séneca. En esta nueva publicación, de 1941, el intelectual católico y comunista que dirigía la editorial insertó una nota introductoria cuyo último párrafo alude claramente a información que no estuvo disponible cuando el ensayo se editó la primera vez en 1933:

La sumisión de Martin Heidegger, el filósofo de la nada, a un poder externo y totalizador, aparentemente corroborativo de tal designio anonadante, dará motivo a la crítica futura para deslindar enteramente, en su caso, lo que es intrépida osadía metafísica del pensamiento, paralelamente contrastada con la cobardía moral de un profesor alemán en su actuación pública bajo el signo de la barbarie.³

Bergamín termina su texto denunciando lo que llama “la duplicidad aparente, de pensamiento y de conducta, de Martin Heidegger: el medroso profesor de Friburgo y el audaz metafísico de *Ser y Tiempo*”.⁴ Esta observación de Bergamín identifica un punto todavía candente: ¿cómo es posible que uno de los grandes filósofos del siglo xx haya sido, al mismo tiempo, un colaborador activo del régimen nazi? Uno de los aspectos más interesantes de la recepción de Heidegger en México es que sus principales traduc-

² Véase M. Heidegger, *Arte y poesía*.

³ J. Bergamín, Nota introductoria en M. Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, p. 9.

⁴ *Idem*.

tores, exégetas y comentaristas pudieron leer al pensador sin simpatizar con las posturas políticas del hombre, si esta distinción es posible. Estoy pensando tanto en los lectores mexicanos como en los españoles: figuras de la talla de José Gaos, Joaquín Xirau, Juan David García Bacca, Emilio Uranga, Leopoldo Zea, Joaquín Sánchez Macgrégor, Octavio Paz, Samuel Ramos, Antonio Caso y María Zambrano.

Esta ley de la ecuanimidad se aplica incluso a algunos de los discípulos directos de Heidegger, como Gadamer o como su alumna y amante judía, Hannah Arendt, quienes nunca pusieron en duda la validez del pensamiento del maestro a pesar de estar enterados de la activa complicidad del filósofo con el régimen de Hitler. También podríamos pensar en los casos de dos poetas notables que vivieron la misma experiencia ambigua de una admiración que se ve obligada a disociar la persona y la obra: me refiero a René Char y a Paul Celan. Esto nos recuerda una vez más que no hay que esperar que las figuras de genio sean modelos éticos de conducta. Abundan los contraejemplos en el siglo xx: al lado de Heidegger tenemos a Ezra Pound, admirador incondicional de Mussolini, antisemita convencido y genio indiscutible de la poesía moderna.

Confieso que otra de las motivaciones que tuve al escoger el tema de este texto fue la de corregir, o más bien desmentir al autor de un ensayo que tiene por título “Notas al margen de *El arco y la lira* de Octavio Paz”. Se trata de Rafael Gutiérrez Girardot, conocido crítico colombiano, autor de libros sobre el modernismo y sobre los escritores Antonio Machado, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, además de ser un estudioso que recibió en 2002 el Premio Internacional Alfonso Reyes. En dicho ensayo, que más bien habría que llamar diatriba motivada por la envidia y el resentimiento, da rienda suelta a su odio irracional: el texto es un cúmulo de insultos, bur-las, descalificaciones e invectivas que constituye un documento que sólo puede ser de interés para un psicoanalista. Después de despotricar contra Neruda, León Felipe y Gabriela Mistral, el crítico literario dirige su intolerancia dogmática contra Paz, a quien llama en distintos momentos “pomposo simulador de cultura”, “caricatura solemne de Cantinflas” y “caricatura de Alfonso Reyes”.

Si descontamos la virulencia visceral de su odio omnipresente, queda muy poco como argumento racional. Cuando mucho, nos enteramos de que *El arco y la lira* le parece un libro confuso, repetitivo, vago, contradictorio e incluso irracional (curiosamente, el supuesto irracionalismo de Paz es descrito como “pre y pleno-fascista” por este alumno confeso de Heidegger,

intelectual orgánico del nacionalsocialismo: al menos esta relación personal con el filósofo alemán le autoriza a hablar del fascismo, doctrina que Paz siempre combatió desde su juventud). Su irritación no parece tener límites. Para él, Paz carece “de conocimiento y de ironía”, mientras el interés de éste en el pensamiento oriental no es más que una simulación pasajera. El profesor iracundo dictamina sobre el poeta mexicano que su “conocimiento de estas religiones no es directo” y que “sus fuentes son de segunda mano”. Así, todas las páginas y todos los libros que Paz dedica a la religión, la mitología, las costumbres y las literaturas de China, Japón y la India quedan descalificadas de la siguiente manera:

El orientalista Paz no sucumbe bajo el pozo de su ignorancia sino bajo ese curioso exotismo europeo que produjo lucrativas sectas y disfraces, turismos y organizaciones, cuya estructura totalitaria era más refinada que la que ejemplificó el nacionalsocialismo. En su postulado, el orientalista y “cosmo-teólogo” de la nebulosa analogía, Paz, seguía una moda.

Observamos de nuevo la obsesión con el nacionalsocialismo que tiene este seguidor de Heidegger. Ni cuenta se da de que el permanente interés de Paz por otras culturas lejanas y/u olvidadas es una crítica frontal de la teoría elaborada por Edward Said, quien ve el orientalismo de manera unilateral como la estrategia de poder de Occidente para manipular y dominar las nuevas colonias que encuentra en su expansión imperial.

Cuando Gutiérrez Girardot acusa a Paz de ser autodidacta (cosa que éste aceptaría de buena gana) y cuando denuncia que éste no cita sus fuentes (o que sus fuentes son de segunda mano) y, sobre todo, cuando sentencia que el libro carece de racionalidad sistemática (racionalidad sistemática que el mismo Paz no busca sino que combate), nos damos cuenta de que estamos ante un especialista dogmático que no tolera que un creador-pensador venga a pisarle su territorio, como si el conocimiento tuviera parcelas preestablecidas con propietarios fijos ya asignados. Hay que contestar lo evidente: los creadores o los ensayistas suelen ser autodidactas y antisistemáticos porque prefieren ser libres a respetar religiosamente las clasificaciones racionales que distinguen y aíslan una disciplina de otra.

Con todo, la acusación que más me interesa refutar es la que afirma que en dicho libro “Paz silencia las fuentes de sus iluminaciones, como Heidegger”.⁵

⁵ R. Gutiérrez Girardot, “Notas al margen de *El arco y la lira*”, en *Provocaciones*, p. 21.

Esta acusación de plagio sería grave si no fuera ridícula. En *El arco y la lira* Heidegger aparece citado por su nombre dieciocho veces (como se puede comprobar a partir del índice onomástico de la primera edición) y en muchos otros pasajes sus ideas son glosadas y parafraseadas sin que haya la menor duda sobre la autoría de éstas. Lejos de ocultar sus deudas con Heidegger, Paz las asume abiertamente, pero no para repetir las en eco mimético y pasivo sino para hacer una apropiación original que transforma lo recibido en algo nuevo.

Dejemos atrás al triste profesor colombiano con su resentimiento iracundo y patético. Qué refrescante resulta contrastar sus descalificaciones mezquinas (motivadas seguramente por diferencias de ideología política) con los puntos de vista generosos de dos lectores muy distintos que no buscan confirmar sus prejuicios sino abrirse a la comprensión: me refiero al creador Julio Cortázar y al filósofo José Gaos.

Cuando se editó *El arco y la lira* en 1956, Paz envió un ejemplar a Cortázar, quien ya vivía en París. El narrador argentino respondió con una carta entusiasta escrita el 31 de julio del mismo año, carta en la cual identifica lo que percibe como “la característica más profunda del pensador, del ensayista latinoamericano” que consiste en “esa posibilidad que nos ha sido dada [...] de conocer y de explorar un tema desde todos sus ángulos, sin la reducción inevitable a un modo de pensar, a una cultura dada, que es el signo fatal de los trabajadores europeos”.⁶ Observación exacta que cala en uno de los aspectos más llamativos de este libro: su carácter interdisciplinario (o más bien antidisciplinario), su empleo libre de una pluralidad de herramientas y enfoques para abordar el enigma del poema y de la experiencia poética. Efectivamente, en un pensador tan universal impresionan la libertad y la amplitud del punto de vista. A Cortázar le atrae muy hondamente esta capacidad presente en él también de apropiarse nociones de las culturas más divergentes de Europa, América y Asia para asimilarlas en una síntesis personal y original. Cortázar señala otro rasgo esencial del libro, que consiste en ser obra tanto de creación como de crítica, obra en la cual la capacidad poética no está reñida con la dimensión analítica y reflexiva, y el narrador argentino concluye que esta obra es “el mejor ensayo (y la palabra es chica) sobre poética que se haya escrito en América”.

⁶ Carta de Cortázar a Paz, fechada “París, 31 de julio de 1956”, en J. Cortázar, *Cartas*, p. 337. Esta carta se conserva en el archivo personal de Octavio Paz y fue proporcionada a Aurora Bernárdez por Marie José Paz para figurar en la edición citada.

El segundo lector convocado aquí es José Gaos, ex rector de la Universidad de Madrid, transterrado (como él prefería decir) en México. Se trata de nuevo de una carta personal. Recordemos brevemente que en la década de los cuarenta Octavio Paz había mostrado interés en asistir a las clases que Gaos impartía sobre filosofía y estética en la recién fundada Casa de España en México (rebautizada a partir de 1940 como El Colegio de México). No existe lector más calificado que Gaos si hablamos de la tendencia fenomenológica fundada por Husserl (y su transformación posterior en el existencialismo hermenéutico de su discípulo Heidegger), corrientes que Paz utilizaría de manera tan peculiar y personal en su libro. No hay que olvidar que la traducción que Gaos hizo de *Sein und Zeit* como *El ser y el tiempo* en 1951 fue la primera a una lengua occidental.

La carta de Gaos a Paz está fechada el 12 de diciembre de 1963.⁷ Se trata, ciertamente, de una reacción tardía ante *El arco y la lira*, pero la carta surge por otros motivos y, como se explica en ella, estas circunstancias llevan al filósofo a releer el ensayo de Paz. Si recordamos que la segunda edición, “corregida y aumentada”, de *El arco y la lira* salió en 1967, es evidente que Gaos sólo se refiere a su ejemplar de la primera edición de 1956, un ejemplar que llevaba la siguiente dedicatoria de Paz: “A J. G., a quien tanto debe este libro”. Gaos, espíritu crítico y exigente como pocos, no era hombre de elogios fáciles. Por lo tanto, su apreciación cobra mayor peso por su contundencia:

En *El arco y la lira* he encontrado muchísimo más, pero muchísimo más, naturalmente. Hasta el punto de hacerme dudar de algo de que estaba convencido. Creía haber leído el libro al recibir el ejemplar que tuvo usted la amabilidad de dedicarme; pero me ha hecho dudar de ello lo que me ha sorprendido y tiene admirado en él a menos que no se trate de juicios hechos en aquella lectura, que había olvidado haber hecho y que acabo de rehacer como si fuesen nuevos. Claro, también, que los años transcurridos pueden hacerme ver lo no visto antes experiencia bien conocida de la relecturas; concretamente, el interés por la poética, más vivo que nunca últimamente, por los trabajos en que ando metido. Con todo, ¿cómo no sorprenderme de sorprenderme ahora encontrando que este libro es, no sólo el fruto más granado del existencialismo

⁷ Carta de Gaos a Paz, fechada el 12 de diciembre de 1963, en J. Gaos, *Obras completas*, vol. XIX, pp. 480-485. Un estudio de la influencia de la filosofía orteguiana en Paz (en parte a través de Gaos) puede encontrarse en E.M. Santí, “Textos y contextos”, pp. 87-96.

en lengua española de que tengo noticia, sino uno de los más grandes de la filosofía, a secas, en nuestra lengua, de que también tengo noticia? Desborda, efectivamente, por todas partes, la poética: la comprensión de la poesía por comparación con los “sectores de la cultura” más relacionados con ella como únicamente pueden comprenderse estas creaciones del hombre, le hizo a usted articular toda una filosofía. Y una filosofía original en proporción suficiente para poder tenerla por suya.⁸

Gaos percibe con facilidad la utilización de múltiples fuentes intelectuales que provienen de varios campos del conocimiento, entiende muy bien la asimilación personal de todas estas ideas y no duda en subrayar la insólita originalidad de la aportación de Paz. Efectivamente, aunque *El arco y la lira* es un libro cargado de citas y préstamos de fuentes filosóficas, literarias, psicológicas, históricas, religiosas y sociológicas de muchas épocas y de distintas culturas (y no siempre occidentales), sorprende la capacidad personal de sintetizar todo lo anterior y utilizarlo para fines propios e inconfundibles. Se trata de una recreación crítica e imaginativa de sello personal. Gaos lo dice de la siguiente manera: “es la forma en que usted lo repensó lo que me tiene sobremanera suspenso”. Recordemos de nuevo que esto lo dice uno de los mayores filósofos del mundo hispánico y la autoridad indiscutible en lo que atañe a las corrientes fenomenológicas y existencialistas.

Como si fuera para demostrar que los elogios anteriores no son de mera cortesía y que no se emiten para cumplir con las convenciones de un rito social, Gaos se siente obligado a decirle al poeta-ensayista que el libro le impone “un par de reparos metodológicos importantes”. Leamos este juicio crítico del filósofo:

Entre la poética más especificada y la concepción de la poesía que es parte de la concepción general del libro, y no sólo esta concepción, encuentro un poco de demasiada distancia. Lo que me parece provino de aplicar a la poesía una concepción venida para usted de fuera de ella —aunque pudiera haber venido de la poesía para Heidegger, lo que no me parece ser el caso, pues *Ser y tiempo* me parece independiente, por anterior, a la versión filosófica de Heidegger hacia la poesía—, en vez de sacar de la poesía la concepción como *autóctona* de ella, de la poesía.⁹

⁸ J. Gaos, *Obras completas*, vol. XIX, pp. 481-482.

⁹ *Ibid.*, p. 482.

Para Gaos, entonces, hay todavía una distancia en *El arco y la lira* entre la poética y la visión filosófica o metafísica de la poesía. Esta distancia es tal vez insalvable porque tiene que ver con los ámbitos abarcados por cada actividad o disciplina, por tenues que puedan parecer a veces las fronteras entre ellas. En última instancia, como el mismo Gaos dice más adelante en su carta, *El arco y la lira* es “filosofía de la poesía”, y no una versión poética de la filosofía de moda en aquella época.

Al igual que Cortázar, Gaos señala como una de las aportaciones más notables del libro de Paz su visión de la historia literaria, dispersa en varios capítulos del texto. El filósofo considera que tanto *El laberinto de la soledad* como *El arco y la lira* pertenecen al ámbito de la filosofía y que Paz debe figurar “en la primera línea de la filosofía, no solamente mexicana, sino de lengua española”.

En una segunda carta, escrita casi tres años después (está fechada el 7 de noviembre de 1966), carta en la cual augura de nuevo para Paz la concesión del Premio Nobel de Literatura, Gaos se refiere sin rodeos a los dos textos mencionados como libros de filosofía:

Además de su crítica en formatos menores, ha escrito V. dos libros *de filosofía*, *El arco y la lira* y *El laberinto de la soledad*, que son de los mejores, qué diablo, los mejores, de dos copiosos movimientos de nuestros días: el de filosofía de la poesía y el de la filosofía del mexicano, que no podría escribir más que aquel en quien se conjugaran un poeta, un filósofo —y *un erudito*, los tres de primer orden.¹⁰

Lo cierto es que el libro de Paz es insólito, en parte por carecer de antecedentes directos en el mundo hispánico. Tanto el *Juan de Mairena* de Antonio Machado como los libros de Alfonso Reyes eran muy distintos y, en el caso de *El deslinde*, hasta opuestos, como he intentado mostrar en otro lugar.¹¹ Libro incómodo, inclasificable, polémico y poco estudiado: ¿qué clase de texto es y cuál es su singularidad? Como todos los ensayos literarios, es un híbrido: en su interior conviven muchos discursos que provienen de fuentes y disciplinas distintas. En la primera parte, puede considerarse un acercamiento fenomenológico: un análisis de los datos concretos e inmediatos de la conciencia tal como se manifiestan en la experiencia irre-

¹⁰ Carta de Gaos a Paz, fechada el 7 de noviembre de 1956, en *ibid.*, pp. 486-487.

¹¹ Véase A. Stanton, “Octavio Paz, Alfonso Reyes y el análisis del fenómeno poético”.

ductible del fenómeno. La fenomenología se adopta como una respuesta al reduccionismo tradicional que, al intentar explicar la literatura a través de otras disciplinas, se muestra incapaz de decirnos algo acerca de la naturaleza intrínseca de la obra. El autor ve en el método filosófico de Husserl un instrumento que permite enfocar el fenómeno desde su esencia interior, en su autonomía, inmanencia y especificidad. En esta apropiación se puede apreciar la deuda contraída con Gaos, uno de los más importantes traductores, practicantes y divulgadores de la fenomenología de Husserl y del existencialismo de Heidegger.¹² El libro se presenta, pues, a primera vista, como una investigación fenomenológica, en el sentido que Husserl había dado a la palabra: un “retorno a la experiencia”, un regreso a las cosas mismas.¹³

Ciertamente, el acercamiento inicial de Paz revela semejanzas con algunos procedimientos husserlianos: el antirreduccionismo, la aspiración a la visión eidética (la intuición de irreducibles esencias que son invariantes universales), la noción del carácter intencional de todo acto de conciencia. Sin embargo, no estamos ante un análisis fenomenológico en un sentido riguroso. La fenomenología es una sola de las doctrinas presentes en *El arco y la lira*. De hecho, uno de los problemas que la crítica aún no enfrenta es el de la naturaleza de esta síntesis ecléctica efectuada entre discursos y doctrinas acaso inconciliables entre sí, como lo son, por ejemplo, la fenomenología esencialista de Husserl (que carece de una noción de historicidad) y el existencialismo hermenéutico de Heidegger (para quien el ser es inseparable de la temporalidad y la historia).¹⁴

¹² José Gaos fue el traductor de la obra magna de Heidegger, *El ser y el tiempo* (véase la bibliografía). El mismo Gaos tradujo en la misma época dos importantes obras de Husserl: *Meditaciones cartesianas* e *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica* (véase la bibliografía). Al llegar a México en 1938, este discípulo de Ortega y Gasset empezó a ejercer una poderosa influencia sobre la historia de las ideas, sobre todo en lo referente a la propagación de las corrientes filosóficas germanas.

¹³ Además de los textos de Husserl, el fundador del método filosófico de la fenomenología, y los de otros filósofos que asimilaron elementos de la fenomenología, como Heidegger y, a partir de la década de los treinta en Francia, los fenomenólogos existencialistas Sartre y Merleau-Ponty, Paz tenía varios modelos en la aplicación de este método a la poesía: los estudios de Gaston Bachelard y los trabajos de la llamada escuela de Ginebra (sobre todo los dos fundadores Albert Béguin y Marcel Raymond).

¹⁴ Alguna intuición de este problema hubo en la recepción crítica del libro. Las dos reseñas más inteligentes publicadas en México expresan las actitudes divergentes de los comentaristas: Manuel Durán elogia lo que percibe como el “vasto y fecundo esfuerzo de síntesis, en que todas las corrientes del pensamiento contemporáneo existencial son aprovechadas o adivinadas y presentidas” (“La estética de Octavio Paz”, p. 132), mien-

La actitud ecléctica de Paz no vacila en incorporar discursos heterogéneos: el pensamiento de los presocráticos, la poética romántica, la fenomenología de Husserl, el existencialismo de Kierkegaard y el de Heidegger, el vitalismo de Nietzsche, la razón vital de Ortega, el surrealismo, las teorías de lo sagrado en la historia de la religión, las filosofías y religiones de Oriente, como el budismo mahayana y zen, el taoísmo... Hay en esta multiplicidad discursiva tres hilos que por su importancia convendría separar y examinar con detenimiento: me refiero específicamente al concepto de lo sagrado, que proviene aquí de la fenomenología de la experiencia religiosa, elaborada por Rudolf Otto en *Lo santo* (traducido por Fernando Vela, secretario de redacción de *La Revista de Occidente*); la noción de “la heterogeneidad esencial del ser”, tal como aparece en “la metafísica erótica” de Antonio Machado; y por último el tema que comentaré ahora, que es el de la ontología temporal y la “poética” de Martin Heidegger. Tres casos de pensamiento alemán traducido y transmitido a México desde España o por españoles en el exilio. Estamos ante un triángulo epistemológico que enlaza Alemania, España y México.

Si intentamos identificar los elementos específicos del pensamiento de Heidegger que están presentes en *El arco y la lira* tendríamos que empezar con el tópico que un comentarista ha identificado como el centro de toda la filosofía heideggeriana: “el ser del Ser”.¹⁵ El pensador alemán sostiene que toda la tradición filosófica occidental a partir de Sócrates ha sido una equivocación por haberse olvidado de la cuestión fundamental del Ser. Por lo tanto, hay que volver a contemplar con asombro y extrañeza al Ser en su indivisible totalidad. Sólo así puede entenderse el juicio escandaloso de Heidegger en el sentido de que las tradiciones racional, analítica, científica y tecnológica (es decir, lo que muchos consideran el fundamento mismo de la cultura moderna de Occidente) son la expresión de un “destierro” y de una “caída”. Paz resume esta opinión de la siguiente manera: “la historia de Occidente puede verse como la historia de un error: hay que empezar de nuevo”.¹⁶

tras que Tomás Segovia se muestra reacio a aceptar el intento de “unir algunas de las ideas fundamentales del existencialismo con una teoría poética de tendencia surrealista” (“Entre la gratuidad y el compromiso”, p. 103) porque ve, no sin razón, una fundamental incompatibilidad entre el compromiso determinista implicado por el historicismo existencialista y la gratuidad esteticista que nace de una metafísica de la pureza.

¹⁵ G. Steiner, *Heidegger*, p. 24.

¹⁶ O. Paz, *El arco y la lira*, p. 94. En adelante, todas las citas a este libro se anotarán entre paréntesis en el texto utilizando las siglas ALI.

Para volver a la plenitud total del Ser, es necesario —dice el filósofo— retornar a los presocráticos o escuchar a los poetas. Esta creencia en la necesidad de desandar el camino histórico para recobrar un estado de primitiva unión con las fuentes de la vida revela un profundo romanticismo en su forma de privilegiar los orígenes como un remoto tiempo mítico de utópica autenticidad. Esto nos lleva a la caracterización que hace George Steiner del pensamiento de Heidegger como una “post-teología”,¹⁷ es decir, una teología sin Dios, una teología negativa, una metafísica inmanente que sustituye al concepto de la divinidad por el del Ser. En este esquema “religioso” se postula una edad de oro seguida por una caída: el ser auténtico aspira a reconciliarse con los orígenes y trascender la escisión de su condición enajenada. Recordemos el juicio premonitorio de Gaos en 1950: “Más auténtico que ‘el Heidegger nihilista’ pudiera ser ‘el Heidegger escolástico’”.¹⁸

En *El ser y el tiempo* esta metafísica se concretiza en una ontología inmanente del “‘ser ahí’, un “‘ser ahí’ [que] —dice Gaos— está *constituido* por el ‘ser en el mundo’”.¹⁹ El ser individual es temporal, histórico, concreto y existencial. “El ser mismo del hombre —dice Paz parafraseando a Heidegger en la traducción de Gaos— es ya y desde que nace un querer ser, una avidez permanente de ser, un continuo pre-ser-se” (AL1: 171). En el libro de Paz abundan los verbos heideggerianos para describir la condición temporal del ser: proyectarse, despeñarse, trascenderse, lanzarse, arrojarse.

La experiencia de la angustia, la conciencia directa de la nada, de nuestra condición caída, son para Heidegger cualidades positivas porque representan el primer paso hacia la recuperación del ser auténtico.²⁰ El ser tem-

¹⁷ G. Steiner, *Heidegger*, p. 148.

¹⁸ J. Gaos, “Caminos del bosque”, en *Obras completas*, vol. x, p. 207.

¹⁹ J. Gaos, *Introducción a El ser y el tiempo de Martin Heidegger*, pp. 31-32. Para los conceptos técnicos de Heidegger, mis citas siguen la traducción de Gaos: *El ser y el tiempo* (véase la bibliografía).

²⁰ En un texto posterior muy leído en el mundo hispánico, el filósofo escribe que “la angustia hace patente la nada” y, más adelante, “existir (ex-sistir) significa: *estar sosteniéndose dentro de la nada*” (Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, pp. 35, 41). Esta edición mexicana de 1941 reproduce la traducción publicada en 1933 en *Cruz y Raya* (1933-1936), la revista madrileña de la militancia católica, dirigida por José Bergamín. En palabras de Paz, “la angustia y el miedo son las dos vías, enemigas y paralelas, que nos abren y cierran, respectivamente, el acceso a nuestra condición original” (AL1: 139).

poral, cuando es auténtico, es un “ser relativamente a la muerte”, un ser para la muerte. La muerte es inseparable de la vida (es su coronación o “posibilidad irrebasable”), así como la nada es parte del ser. Paz lo resume y sintetiza así: “Vida y muerte, ser o nada, no constituyen substancias o cosas separadas. Negación y afirmación, falta y plenitud, coexisten en nosotros. Son nosotros. El ser implica el no ser; y a la inversa” (AL1: 145). Esta unión de los contrarios constituye el Ser total, lo que Paz llama “nuestra condición original”. Hasta aquí este breve resumen de la apropiación de la ontología de *El ser y el tiempo* en *El arco y la lira*.

Después de 1927 (y más específicamente a partir de 1935) Heidegger tiende a abrazar lo que se podría llamar una poética. *El arco y la lira* coincide con este segundo momento del filósofo, el de su “retorno” a la poesía. La extraordinaria importancia que éste da a cierto tipo de poesía lírica y a ciertos poetas (Trakl, George, Rilke y, muy especialmente, Hölderlin)²¹ debió de impresionar profundamente al poeta mexicano, ávido de una justificación ontológica y metafísica de la poesía. El existencialismo antropocéntrico del primer momento se ve desplazado ahora por una visión que da primacía al lenguaje: “el lenguaje habla”. Lejos de ser el creador del habla o el que utiliza el lenguaje como instrumento de expresión, el hombre es el que debe escuchar la llamada del Ser. La poesía auténtica traza “la topología del Ser”. Si el lenguaje es ahora “la casa del Ser” y el hombre, “el pastor del Ser”, la obra de arte “hace conocer abiertamente lo otro, revela lo otro”.²² Al nombrar lo sagrado o las huellas de lo divino: las señales de una ausencia el poeta hace patente lo latente y realiza un acto de alumbramiento o revelación del Ser. Por eso Paz puede escribir que “la poesía es entrar en el ser” (AL1: 108).

Herederero de las creencias románticas de que el habla “guarda la esencia originaria de la Poesía” y de que “la esencia de la Poesía es la instauración de la verdad”,²³ Heidegger postula que la Poesía realiza la fundación de un comienzo absoluto: “el arte es historia en el sentido esencial de que la funda”.²⁴ Esta idea de que el arte, producto histórico, es sin embargo un principio metahistórico tendrá hondas reverberaciones en el pensamiento de Paz, como se puede apreciar en el siguiente pasaje:

²¹ Son de especial importancia los textos “El origen de la obra de arte”, “Hölderlin y la esencia de la poesía”, “Lenguaje” y “¿Para qué son los poetas?”

²² M. Heidegger, *Arte y poesía*, p. 41.

²³ *Ibid.*, p. 114.

²⁴ *Ibid.*, p. 118.

Como toda creación humana, el poema es un producto histórico, hijo de un tiempo y un lugar; pero también es algo que trasciende lo histórico y se sitúa en un tiempo anterior a toda historia, en el principio del principio. Antes de la historia, pero no fuera de ella. Antes, por ser realidad arquetípica, imposible de fechar, comienzo absoluto, tiempo total y autosuficiente. Dentro de la historia y más: historia porque sólo vive encarnado, re-engendrándose, repitiéndose en el instante de la comunión poética. Sin la historia sin los hombres, que son el origen, la substancia y el fin de la historia el poema no podría nacer ni encarnar; y sin el poema tampoco habría historia, porque no habría origen ni comienzo (AL1: 183-184).

Aquí tenemos uno de los temas centrales de toda la obra de Octavio Paz: la oposición complementaria entre poesía e historia. La tercera parte de *El arco y la lira* explora los tensos y ambiguos lazos que unen y separan estas dos experiencias. La poesía es, al mismo tiempo, una esencia irreducible y un producto social: no puede existir fuera de la historia pero tampoco se puede reducir a ella. Lo absoluto y lo relativo coexisten en el poema tal como la divinidad humanizada se revela en la figura de Cristo: “La historia es el lugar de encarnación de la palabra poética” (AL1: 182).

Para que el poema pueda ser un objeto de comunión y participación cada poeta y cada lector tienen que realizar una operación doble: “trasmutación del tiempo histórico en arquetípico y encarnación de ese arquetipo en un ahora determinado e histórico” (AL1: 185). Doble paradoja: en esta afirmación y negación tanto del tiempo sucesivo de la historia como del tiempo cíclico o arquetípico del mito, el poema aparece como puente, eje, punto de intersección de lo móvil y lo inmóvil, de lo otro y lo mismo, de la libertad y la fatalidad. El poema es un surtidor de potencialidades, una virtualidad que exige ser actualizada: “el poema es una obra siempre inacabada, siempre dispuesta a ser completada y vivida por un lector nuevo” (AL1: 189). En el acto de la lectura la poesía vuelve a repartirse entre los hombres como la divinidad hecha hombre en el acto ritual y sacrificial de la comunión.

Hay otra apropiación sorpresiva de Heidegger en el libro. En su defensa exaltada del surrealismo —defensa que no excluye una crítica fulminante—, Paz expresa su rechazo del automatismo y sus reservas frente a la concepción psicológica o freudiana de la inspiración en Breton. Su propuesta (una atrevida innovación personal) es la de sustituir a la interpretación freudiana por una más bien ontológica: no es el inconsciente lo

que se revela en la inspiración sino el ser total antes de su escisión en contrarios irreconciliables. Apoyándose de nuevo en Heidegger y también en Machado, el poeta concluye que “la inspiración es una manifestación de la ‘otredad’ constitutiva del hombre” (AL1: 175). Como el ser se ha definido como deseo de ser, proyección dinámica hacia lo otro, Paz puede dar una explicación “metafísica” del enigma: “La palabra poética es revelación de nuestra condición original porque por ella el hombre efectivamente se hace otro” (AL1: 175). Inspiración, libertad y temporalidad son actos de trascendencia que manifiestan el ser total: “El hombre es temporalidad y cambio y la ‘otredad’ constituye su manera propia de ser. El hombre se realiza o cumple cuando se hace otro. Al hacerse otro se recupera, reconquista su ser original, anterior a la caída o despeño en el mundo, anterior a la escisión en yo y ‘otro’” (AL1: 176). Se trata, claro, de un Breton corregido por Heidegger y Machado, es decir, una concepción psicológica desplazada por una ontología de la temporalidad dentro de una estética romántica de reintegración a los orígenes: “La inspiración es lanzarse a ser, sí, pero también y sobre todo es recordar y volver a ser. *Volver al Ser*” (AL1: 177).

En resumen, las ideas más importantes del filósofo alemán incorporadas por Paz son la de una ontología temporal y la de la poesía como revelación del Ser. También debió impresionarle la visión netamente romántica del papel del poeta como héroe elegido por la fatalidad, traductor de lo divino a términos humanos: “Es preciso / uno que interprete lo sagrado”, decía Hölderlin, citado y glosado por Heidegger.²⁵ El poeta es no sólo el testigo de un mundo desacralizado sino también el que intenta redescubrir las huellas vivas de la dimensión divina en los hombres y, sobre todo, en la experiencia poética. Al proclamar que “la poesía es la instauración del ser con la palabra”,²⁶ Heidegger proporciona no sólo una ontología sino una justificación metafísica de la poesía en una época de nihilismo y pérdida de fe. Su obra constituye un modelo de cómo se puede intentar restablecer la antigua unidad de poesía, filosofía y religión. Gracias a la labor de interpretación y mediación de Gaos y al poder sintético de la apropiación de Paz, Heidegger entra por primera vez en el pensamiento estético en México, de la mano de un filósofo y de un poeta.

²⁵ *Ibid.*, p. 145.

²⁶ *Ibid.*, p. 137.

REFERENCIAS

- Bergamín, José, Nota introductoria en Heidegger, 1941, pp. 7-9.
- Cortázar, Julio, *Cartas*, vol. 1 (1937-1963), edición de Aurora Bernárdez, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- Durán, Manuel, “La estética de Octavio Paz”, *Revista Mexicana de Literatura*, núm. 8 (noviembre-diciembre de 1956), pp. 114-136.
- Gaos, José, *Obras completas de José Gaos*, vol. x (*De Husserl, Heidegger y Ortega*), prólogo de Laura Mues de Schrenk, coordinador de la edición Antonio Ziriión Q., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- , *Obras completas de José Gaos*, vol. xix (*Epistolario y papeles privados*), edición de Alfonso Rangel Guerra, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- , *Introducción a ‘El ser y el tiempo’ de Martin Heidegger*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, “Notas al margen de *El arco y la lira* de Octavio Paz”, en *Provocaciones*, Bogotá, Investigar, 1992, pp. 13-23.
- Heidegger, Martin, *¿Qué es metafísica?*, versión española de Xavier Zubiri, México, Séneca, 1941.
- , *El ser y el tiempo*, prólogo y traducción de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.
- , *Arte y poesía*, traducción y prólogo de Samuel Ramos, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Husserl, Edmund, *Meditaciones cartesianas*, traducción de José Gaos, México, El Colegio de México, 1942.
- , *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, traducción de José Gaos, México–Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Paz, Octavio, “La Casa de España”, *Taller*, núm. 1 (diciembre de 1938), p. 57.
- , *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Santí, Enrico Mario, “Textos y contextos: Heidegger, Paz y la poética”, *Iberoromania*, núm. 15 (1982), pp. 87-96.
- Segovia, Tomás, “Entre la gratuidad y el compromiso”, *Revista Mexicana de Literatura*, núm. 8 (noviembre-diciembre de 1956), pp. 102-113.
- Stanton, Anthony, “Octavio Paz, Alfonso Reyes y el análisis del fenómeno poético”, *Hispanic Review*, vol. 61 (1993), pp. 363-378.
- Steiner, George, *Heidegger*, Glasgow, Fontana, Collins, 1978.

VICENTE HERRERO.
TIEMPO Y LUGARES DE UN TRADUCTOR

Andrés Lira
El Colegio de México

PRESENTACIÓN

Fue Vicente Herrero uno entre los españoles que llegaron con el exilio republicano y que trabajaron para el Fondo de Cultura Económica, haciendo posible su apertura a diversos campos en las ciencias humanas y sentando un valioso ejemplo: el del traductor conocedor de las disciplinas de las que trataban los textos que vertía al español, consejero en la elección de obras, atento a criterios que, sin alarde de erudición, debían indicarse ahí donde era necesario para orientar al lector.

Prácticamente nada sabemos hasta ahora sobre los años en que vivió en Nueva York (1947-1952), cuando trabajó en la Organización de Naciones Unidas, y en París, donde lo hizo para la UNESCO hasta su jubilación, en 1970, pues su expediente no puede consultarse. Disponemos ahora de la información que nos dan los expedientes que obran en el Fondo de Cultura Económica, en El Colegio de México, en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Archivo General de la Nación; también de algunas noticias que proporcionan contemporáneos suyos, personas que lo trataron, y otras que se mencionan en los libros que tradujo y en los que escribió. De ahí el título de este trabajo, “Tiempo y lugares de un traductor”. El tiempo es el de traductor de libros, sobre todo en los años que van de 1940 a 1946, cuando trabajó intensamente para el Fondo de Cultura Económica. Lo que ocurre a partir de 1947 resulta incierto, la información se limita a noticias de lugares en los que residió, prácticamente nada relacionado con la traducción de obras científicas y sólo aparece mención de sus cargos en organismos internacionales.

Vicente Herrero Ayllón nació en Madrid el 17 de octubre de 1910, estudió en la Escuela Social de su ciudad y en la Universidad Central de Madrid, donde se graduó de licenciado en derecho. Al establecerse la República fue

asesor letrado de las Cortes de los Diputados, cargo obtenido por concurso de oposición, en el que jóvenes como él compartieron tareas y experiencias con avezados hombres públicos de mayor edad. Entre los compañeros de generación de Vicente Herrero en ese desempeño encontramos a otros jóvenes que, en su momento, destacarían en el campo de las ciencias sociales, Francisco Ayala y José Medina Echavarría son dos de ellos, a quienes Herrero encontraría en el destierro y con quienes compartió afanes intelectuales y editoriales.¹

En 1935 y 1936, Herrero estudió en la London School of Economics and Political Science, donde conoció a Harold Laski, de quien fue alumno y cuya obra estudió bien. Dos de sus libros, *La democracia en crisis* y *El Estado en la teoría y en la práctica*, fueron traducidos por él y aparecieron en 1934 y 1936. En Londres trabó amistad con Javier Márquez, economista que en 1939 llegó a México, fue traductor en el Fondo de Cultura Económica y dirigió la sección de obras de economía. Esos lazos profesionales y de amistad fueron determinantes en la vinculación de Herrero con la editorial, para la cual tradujo 14 libros, 12 en los años que van de 1940 a 1945, uno más en 1946 y, por último, sólo uno en el periodo que va de 1947 a 1952.²

En 1939, al caer la República, Vicente Herrero se exilió en Santo Domingo, donde fue catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Compartió el exilio dominicano con otros destacados españoles (Vicente Llorens y Javier Malagón son nombres que sobresalen), pero por alguna razón no duró mucho en ese país y vino a México, donde fue acogido en el Fondo de Cultura Económica y en El Colegio de México.³ En esta institución (que hasta 1946 compartió domicilio con la editorial), fue profesor de introducción a la sociología, de inglés y de ciencia política, participó activamente en el seminario de estudios sobre la guerra y en el seminario de América Latina, de los cuales se publicaron trabajos en la colección *Jornadas*; impartió un curso de historia del pensamiento político en la Escuela Nacional de Economía y otro de introducción al derecho parlamentario en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. De este último resultó un manuscrito que quedó inédito, pese a haberlo propuesto en alguna ocasión para su edición en el Fondo de Cultura Económica.⁴

¹ F. Ayala, *Recuerdos y olvidos*, vol. 1, pp. 162-165.

² Véanse en las referencias bibliográficas los libros traducidos por Vicente Herrero, señalados con asterisco.

³ V. Llorens, *Memorias*, pp. 48-49 y 79.

⁴ La información se encuentra en AHFCE, AHCOLMEX, AHUNAM y AGNM, en expedientes que citaremos oportunamente.

A principios de 1946 Herrero abandonó el país para ocupar el puesto de consejero jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de la República Española, establecido en París. Después, de 1947 a 1952, se desempeñó como relator y revisor principal de la sección española de la Organización de Naciones Unidas, en Nueva York; a partir de 1953 fue revisor de la sección de traducción española de la UNESCO, y luego jefe de dicha sección en París. Se jubiló el 31 de octubre de 1970 habiendo cumplido 60 años.⁵

Su actividad como traductor de obras científicas abarca poco más de diez años, la más intensa apenas cuatro años y medio, cuando trabajó para el Fondo de Cultura Económica desde Santo Domingo y en México. Como sea, la calidad de su obra y el aprecio que merece van más allá de tan estrecho margen; debemos considerarla tomando en cuenta lo que opinaron quienes le trataron y supieron lo que hacía. Una carta de Ramón Iglesia (historiador, becario de La Casa de España y profesor de El Colegio de México, en su momento, traductor y consejero editorial en la sección de historia del Fondo de Cultura Económica), escrita desde Madison, Wisconsin, el 3 de diciembre de 1945, a Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México, da cuenta de los méritos de Vicente Herrero y también de las dificultades por las que pasaban aquellos meritísimos profesores y esforzados traductores:

Hablando de cosas más agradables —decía Iglesia a Reyes, luego de dar cuenta del trabajo que se había echado a cuestras—, dígales a Medina y a Herrero —si es que sigue yendo este último por ahí— que he conocido, por fin, al profesor Znaniecki, el sociólogo, que me hizo unos elogios fantásticos de la traducción que ha hecho de sus cosas,⁶ conoce el español bastante bien —lo aprendió para leer el Quijote—. Me dijo que nunca había visto una traducción tan buena y que en ocasiones mejoraba el original, pues había adoptado algunos términos técnicos del traductor, que mejoraban los suyos. También me dijo que había leído el libro de Medina sobre los problemas de la paz y que lo encontraba muy bueno, muy claro y completo.⁷ Que debía traducirse al inglés.⁸

⁵ Información proporcionada por Gabriela von Humboldt, a quien agradezco su interés por este trabajo.

⁶ Se refiere al trabajo de Znaniecki, *Las sociedades de cultura nacional*, publicado por El Colegio de México en 1944. Sobre el autor véase N. Timacheff, *La teoría sociológica*, pp. 311-314.

⁷ J. Medina Echavarría, *Consideraciones sobre el tema de la paz*, publicado por el Banco de México en 1945.

⁸ AHCOLMEX, exp. Ramón Iglesia. Citado en A. Lira, “El hombre Ramón”, p. 885.

No cabe mejor presentación para un traductor, señal del aprecio merecido entre los compañeros que compartieron experiencias en México. Tan satisfactoria noticia llegaba, por desgracia, en los momentos en que el grupo y las instituciones en las que participaban tan distinguidos colegas pasaban pruebas difíciles. Vicente Herrero abandonaba México para servir al gobierno de la República Española que residiría en Francia; Ramón Iglesia andaba en Estados Unidos buscando altura más favorable a la salud de Marina, su esposa, a quien sentaba mal la altitud de la capital mexicana, y mejor remuneración económica, pues era preciso ayudar a parientes que quedaban en España (Iglesia abandonó México en 1947 y murió en Madison, Wisconsin, el 5 de mayo de 1948); Medina Echavarría exploraba, también, otras posibilidades y saldría de México en 1946 para establecerse en Puerto Rico, hasta 1952, año en que se trasladó a Santiago de Chile, donde vivió hasta su muerte, ocurrida en 1977.

VIEJOS AMIGOS, NUEVOS AFANES: DE SANTO DOMINGO A MÉXICO

Santo Domingo

La primera carta a Vicente Herrero que tenemos a la vista es la que le dirigió, el 4 de enero de 1940, Daniel Cosío Villegas, fundador y director del Fondo de Cultura Económica. Herrero se hallaba en Santo Domingo y, como puede verse, José Medina Echavarría había entrado en tratos con él y había advertido a Cosío Villegas la conveniencia de contar con tan buen traductor de ciencia política. Cosío Villegas no dejó pasar tiempo para asegurar tan prometedora colaboración.

Estimado amigo —decía en su impaciente misiva—:

Había estado esperando una carta suya que me anunció nuestro amigo Medina Echavarría, para que de una vez fijáramos en qué podía consistir la colaboración que usted pudiera y quisiera ofrecernos. — Con el fin de ganar tiempo, yo le rogué a Medina que le preguntara a usted si, en principio, querría ayudarnos; que le ofreciera a usted en firme dos colaboraciones anuales para nuestra revista *El Trimestre Económico*, y, para la misma, notas bibliográficas en cantidad y frecuencia que le dictaran sus lecturas; en fin, que si querría usted traducirnos alguna obra inglesa de ciencia política. En cuanto a esto último le dije [a Medina Echavarría] que como ejemplo de las posibles obras

le diera a usted el último libro de Laski (*Parliamentary Government*) o el de Mayer (*Political Thought. The European Tradition*). — Después [Emigdio] Martínez Adame [cofundador y codirector de la editorial] me dijo que había recibido carta suya, en la que le hablaba a usted de la traducción de Laski.⁹

Siguen indicaciones sobre preferencias editoriales (las obras de Laski eran apreciadas en el Fondo de Cultura Económica: hacía tres meses había aparecido *El liberalismo europeo*)¹⁰ y sobre características formales de la colaboración y sobre la remuneración económica. Es evidente que el director del Fondo estaba enterado de quién era quién en los terrenos que le interesaban gracias al conocimiento directo o, como en este caso, a la asesoría de Medina Echavarría y al trato que había establecido desde la editorial, fundada en 1934, con quienes consideró que podían ayudarle, lo que no siempre ocurrió al principio. Pero ahora, en 1939, el Fondo entraba en un proceso de crecimiento valiéndose, principalmente, de la red de conocedores de las ciencias del hombre que llegaron con el exilio republicano español a la capital mexicana.

El 13 de febrero de 1940, desde Ciudad Trujillo, la así llamada entonces capital de Santo Domingo, respondió Vicente Herrero. Decía conocer el libro de Laski del que hablaba el director del Fondo (fue el resultado de un seminario dirigido por Laski en la London School, al que había asistido) y que no tenía preferencia por obra alguna, de suerte tal que si la editorial se inclinaba por el libro de Mayer, a ella se abocaría. Advertía que le tomaría algún tiempo, pues tenía cursos en la universidad y una invitación a Puerto Rico; pedía, finalmente, información sobre la forma en que debía entregar el trabajo.¹¹

Cosío Villegas tomó su tiempo para escribir, dando por hecho el viaje de Herrero a Puerto Rico, pero al saber que no había salido de Santo Domingo, le escribió el 29 de marzo diciéndole que había enviado el libro de Mayer para que adelantara en la traducción. Se lamentaba del mucho trabajo que tenía en la Universidad de Santo Domingo y de que la invitación de Puerto Rico se hubiera pospuesto al mes de abril, pues ello tomaría tiempo que restaría a la colaboración que esperaba para el Fondo de Cultura Económica. A la colaboración antes pedida ahora sumaba otra: *consejos*

⁹ Cosío Villegas a Herrero, 24 de febrero de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

¹⁰ *The Rise of European liberalism* (1936).

¹¹ Herrero a Cosío Villegas, 13 de marzo de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

editoriales —así, subrayado, aparece en el original—, a cambio de lo cual le descargaría el trabajo de revisión de pruebas, pues la editorial desde su fundación se hacía cargo de ello. Lo de los consejos editoriales —que Cosío daba por hecho—, se debía a que el Fondo no se limitaría a publicar, como había sido hasta entonces, obras de economía, objeto original de la editorial (lo cual no resulta estrictamente cierto, pues en 1936 había publicado el libro de Cole, *La forma política. Teoría y práctica*, traducido por Alfonso Reyes). “[Este] año, —decía Cosío Villegas— [...] se decidió a crear tres nuevas secciones o series: de sociología, historia y ciencia y pensamiento político. Cada una tiene, desde luego, un plan, aun cuando esta última no lo suficientemente elaborado”. De ahí la urgencia de contar con Herrero, a quien daba alguna idea de las obras de política que se tenían en mente: Herman Heller, *Staatslehre*; Hobbes, *Leviathan, The elements of natural law and politics, De Cive, Los seis libros de la república*, de Bodin, y otros títulos no siempre correctamente escritos, pero esto era lo de menos.¹² Cosío quería contar con Herrero como consejero para esta colección, sabía con quién estaba hablando. Por lo pronto, iba ya el Mayer en camino y había dejado la mosca en la oreja del profesor español.

Cosío dictaba de prisa, lo revelan los errores de ciertas palabras. Lo importante era lograr la colaboración del traductor y el consejero que se hallaba en Santo Domingo, y conseguir, por medio de él, otros traductores que se hallasen cerca, para hacerse cargo de obras tan difíciles e importantes como *Die Entstehung des Historismus*, de Friedrich Meinecke y del libro *Einführung in die Soziologie* de Ferdinand Tönnies.¹³ Evidentemente el carteo sobre detalles y propuestas de traducciones era con Medina Echavarría. Para el libro de Meinecke, Herrero de acuerdo con Medina, propuso a José Mingarro, quien había sido oficial mayor en las Cortes de los Diputados, y a Vicente Llorens, filólogo, profesor, como Herrero, en la Universidad de Santo Domingo, para el libro de Tönnies.

El conocimiento de las personas y las relaciones que tenía José Medina Echavarría era un activo en el Fondo de Cultura Económica. Mingarro había sido jefe de Medina en Madrid, cuando fue asesor letrado de las Cortes y Llorens, valenciano, era su paisano y amigo. De esa suerte, Cosío Villegas procuraba asegurar lo avanzado por Herrero y por Medina. En carta del 3 de julio, el director del Fondo se daba por enterado del trato con ambos

¹² Cosío Villegas a Herrero, 29 de marzo de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

¹³ Apareció en 1942 como *Principios de sociología*, traducido por Vicente Llorens.

traductores. De Mingarro había la propuesta de un manuscrito original que estaría por verse, siempre y cuando el dictamen fuera favorable; la traducción de Meinecke podía ser. Sobre Llorens había que saber qué pasaba con el Tönnies, decía Cosío Villegas impaciente, pues había enviado el libro el 16 de mayo y a la fecha no tenía respuesta.¹⁴ Todo quedaba bajo la vigilancia —vale decir, responsabilidad— de Herrero, para entonces traductor, consejero y agente del Fondo en Santo Domingo. Herrero contestó el 20 de julio a esa y a otra carta anterior de Cosío, explicando la tardanza: quehaceres de fin de curso y la intención de tener resultados en la traducción del libro de Mayer, del que tenía ya unas 300 páginas, y pensaba concluir en septiembre la traducción para enviarla; pedía, además, instrucciones sobre la forma para los trabajos de Llorens y de Mingarro. Este último se encontraba en una situación difícil, de la cual podían informar Gaos y Medina (con quienes era evidente la correspondencia); agradecía el interés que habían puesto en él y rogaba que la correspondencia la enviaran a su casa, pues José Mingarro vivía solo en un hotel. Por lo que tocaba a Llorens, decía que había recibido el libro de Tönnies, del que inmediatamente había acusado recibo, y que trabajaba en él desde que lo tuvo en sus manos.¹⁵

El 31 de julio respondió Cosío Villegas a Herrero llamándole “querido amigo” (con ésta y otras formas, en las sucesivas cartas crecen expresiones afectivas, por más que en momentos de reclamo se vuelve a la de simplemente “estimado”), enviaba el libro de Meinecke al señor Mingarro y pronto le haría llegar un giro de 100 dólares, dirigido todo a las señas indicadas por Herrero. “Inútil decirle a usted que ayudar al señor Mingarro, como a otros españoles, no nos da sino placer”, decía Cosío a Herrero, a quien rogaba que pusiera atención en la constancia del trabajo de traducción. Aprovechó la ocasión para pedirle que enviara las 300 páginas de la traducción del libro de Mayer, siempre y cuando fueran la versión *final o definitiva*, a fin de adelantar revisión y prevenir detalles, y señaló su extrañeza ante la petición de instrucciones por parte de Llorens, pues no había nada particular, eran las mismas que le había enviado a él, a Herrero. En todo caso, preguntaba cuáles eran las dudas, si es que las había.

Eso por lo que tocaba a traducciones. Los últimos párrafos los dedicó a la colección para la que quería consejo y trabajo sustantivo de Herrero:

¹⁴ Cosío Villegas a Herrero, 3 de julio de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

¹⁵ Herrero a Cosío Villegas, 20 de julio de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

Quiero decirle a usted algunas noticias que espero le alegrarán: nuestra colección de ciencia política se va integrando ya: está ya en la imprenta el *Leviatán* de Hobbes, que, formalmente, quedará muy bien;¹⁶ se trabaja con actividad en una edición crítica —única— del Bodin; está casi concluida la traducción y estudio preliminar del segundo ensayo sobre el gobierno civil de Locke, haremos una selección de Burke, y don Fernando de los Ríos nos ha ofrecido una versión directa y prólogo de la *Monarchia* de Dante. Esto en cuanto a clásicos; en cuanto a otros libros, además del Mayer, trabajamos en Crossman, *Governement and the governed*,¹⁷ que nos recomendó Laski, y en la traducción del *Derecho divino de los reyes*.¹⁸

Vaya usted pensando desde ahora si le gustaría hacer la traducción de algún clásico, con un estudio preliminar, o en qué otra forma desea usted seguir ayudándonos.

Con los mejores deseos míos y de todos sus amigos, quedo como siempre suyo y devoto seguidor.¹⁹

Afecto, confianza, amistad, sí, pero también más trabajo. Cosío Villegas era entusiasta e implacable, no soltaba prenda recibida ni dejaba de rescatar la empeñada. Envío el 3 de agosto 100 dólares para el señor Mingarro, pidiendo a Herrero que enviara el recibo debidamente firmado.²⁰ El 5 de ese mes Herrero contestó agradecido a nombre de Mingarro. Decía que esperaba terminar la traducción del Mayer a tiempo y precisaba cuestiones sobre márgenes y medida de las cuartillas, y, lo que más le preocupaba: corrección de pruebas, que quería hacer él para elaborar los índices, algo indispensable en la traducción castellana de un libro como el Mayer. Finalizaba con un párrafo en el que recomendaba la traducción de varias obras, y quedaba a disposición del director del Fondo, su “querido amigo”, quien dejó instrucciones en la carta de Herrero para que la respondiera Javier Márquez. Amigo de juventud de Herrero como hemos visto, Márquez cumplió gustoso con el cometido, haciendo “un popurrí personal-editorial”,²¹ que trataremos de resumir sin perder la evidencia de la amistad.

¹⁶ Traducido por Manuel Sánchez Sarto, apareció en 1940.

¹⁷ Apareció como *Biografía del Estado moderno* en 1941, traducido por José Antonio Fernández de Castro.

¹⁸ John N. Figgis, *Divine Right of Kings* (1934). Apareció en 1942, traducido por Edmundo O’Gorman.

¹⁹ Cosío Villegas a Herrero, 31 de julio de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²⁰ Cosío Villegas a Herrero, 3 de agosto de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²¹ Márquez a Herrero, 14 de agosto de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

La forma de presentación de las cuartillas por las que preguntaba Llorens —y sobre quien preguntaba si lo conocía—, era la misma que le había indicado a Herrero; “la diferencia” era que esperaban que la traducción de éste fuera “impecable”, para que no hubiera necesidad “de releerla antes de enviarla a la imprenta”. Respecto a la corrección de pruebas y elaboración de índices, ni pensarlo, esto quedaba a cargo de la editorial. ¿Con quién creía que estaba hablando? El Fondo era una editorial seria, el libro saldría bien, no aparecería sin índice, para el cual debían tener la traducción completa y el original en inglés, pues toda duda sería resuelta por los editores.

Por lo que correspondía a la edición de clásicos, le asignaba una antología de Edmund Burke, ya le remitirían los siete volúmenes publicados en Oxford (dos de obras y cinco de correspondencia), para que emprendiera la revisión y selección, pensando en un volumen de no más de 350 páginas (máximo 500 cuartillas), incluyendo estudio introductorio a cargo del traductor. Cosío Villegas, le decía Márquez, pensaba que debían figurar las “Reflexiones sobre la Revolución Francesa”, pero cortando farragosas disquisiciones y repeticiones, a fin de dar espacio suficiente a otros escritos de interés para la teoría política. Preguntaba a Herrero si necesitaba algunas obras de consulta para su trabajo, a fin de enviárselas y, finalmente: “quizá pienses tú en alguna obra de consulta que nosotros no conozcamos”.

Con esa confianza profesional daba por satisfecho el propósito formal y pasaba al personal, dándole noticia del nacimiento de Javier Márquez Díez-Canedo, su segundo hijo, y de lo bien que estaba la madre, de los “agudos del último cuarto de hora” y de las características del nene, “plácido y tragón”.

El 19 de agosto respondió Vicente Herrero con una carta de viejos amigos con posdata manuscrita de saludos de otros amigos. Era un remanso en la corriente torrencial de deberes para el Fondo que mantenía Cosío Villegas. Felicitaba a los padres del niño, al abuelo y le informaba sobre Llorens: era filólogo, plurilingüe, de Castillejo [*sic* por Castellón], miliciano primero y teniente del Estado Mayor al acabar la guerra, “amigo de Medina, por ser como él, valenciano”.

Las pruebas y los índices de la traducción le preocupaban, pues había visto un libro de Medina Echavarría publicado recientemente en México, sin índice de autores y plagado de erratas,²² pero en fin, si Cosío y Márquez

²² José Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*, publicado en 1940 por La Casa de España en México.

se hacían cargo, ni hablar. Sobre Burke proponía un texto de John Morley, publicado en 1920, al que Laski daba gran categoría. Decía estar enterado de lo publicado por el Fondo y proponía la traducción de *Rights of man* de Paine, y, en fin, más cosas en las que se advierte cuan en serio se tomaba lo de aconsejar a la editorial. Terminaba la carta enviando a Javier Márquez saludos de Javier Malagón.²³

La red funcionaba y Cosío Villegas no dejaba de tirar. Reclamaba el recibo de Mingarro, que Vicente Herrero no había incluido en el sobre donde envió la carta en que decía que se lo enviaba,²⁴ y el 10 de septiembre le requería la traducción completa del Mayer, diciéndole que le diera preferencia antes de emprender otro trabajo, esto sin quitar el dedo del renglón sobre la conveniencia del libro de Burke que debía llevar un estudio preliminar de 20 o 30 páginas, o bien, en caso de que no pudiera escribirlo, la traducción del capítulo relativo escrito por Laski en su libro *Political thought*. Ésta era una solución extrema, por lo que insistía en el estudio de Vicente Herrero.

El 27 de septiembre Herrero envió 227 cuartillas de la traducción del Mayer, precedidas de una “advertencia del traductor”. Le había sido imposible enviar todo, pues desafortunadamente su máquina de escribir y luego la mecanógrafa habían sufrido un percance. Esperaba enviar el resto, puesto en limpio, en ocho o diez días. En carta de 28 de septiembre, en la que decía lo anterior, hablaba de las características de la antología de Burke. Se pondría a la obra una vez que tuviera en manos los libros, pero tenía clara idea, porque conocía al autor. Sobre Llorens decía que iba adelantado, el trabajo corría fluidamente una vez “fijada la terminología uniforme —cosa no fácil— para la traducción del libro de Tönnies” y aprovechaba la posdata para pedir consejo a Cosío Villegas sobre un amigo suyo, judío húngaro, compañero de la London School of Economics, quien se encontraba en México, pues debía estar en el país dos años antes de poder ir a Estados Unidos para reunirse con su familia y quería aprovechar ese tiempo estudiando economía.²⁵

La confianza era evidente, las manifestaciones de afecto subían y bajaban, lo que iba siempre en ascenso era el ritmo de trabajo y de exigencia. El 17 de noviembre Herrero informaba a Cosío Villegas que había enviado

²³ Herrero a Javier Márquez, 19 de agosto de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²⁴ Cosío Villegas a Herrero, 28 de agosto de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²⁵ Herrero a Cosío Villegas, 28 de septiembre de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

el resto de la traducción del Mayer (595 cuartillas), que había empezado la traducción de Burke, cuyas “Reflexiones sobre la Revolución Francesa” debían darse íntegras, pues repeticiones y digresiones eran imprescindibles y aun con ellas podía mantenerse un volumen de proporción adecuada; remitía dos reseñas suyas sobre el *Proudhon* y sobre el *Fourier*,²⁶ publicados por el Fondo de Cultura Económica. Las reseñas habían aparecido en una revista de la Universidad de Santo Domingo, donde se daría a conocer otra reseña suya sobre *El liberalismo europeo* de Laski. Para terminar la carta, hacía alegres cuentas sobre el libro de Mayer: “Ignoro cuál es la costumbre del Fondo respecto a ejemplares de obras publicadas, pero me permito indicarle que desearía 10 o 12 ejemplares de la traducción del libro de Mayer, cuando aparezca”.²⁷

Por lo que veremos, la obra de Mayer no la recibió Herrero en Santo Domingo; sí le llegaron 250 dólares correspondientes a la traducción que acababa de recibir el Fondo y de la cual Cosío Villegas estaba muy contento. Se le pagaron dos pesos por página, esto haciendo una excepción, pues la tarifa usual en México era de 1.50 (más que lo que pagaba Losada en Argentina, se hacía notar). De todo ello le informaba Javier Márquez, diciéndole que se alegraba de la boda de su hermana, de quien se acordaban él y María Teresa, su esposa. Escribía al salir de vacaciones, no pensaba ver ni una carta y menos contestar las que le llegaran.²⁸

El 22 de diciembre Herrero acusaba recibo de la carta de su amigo Javier Márquez, excusándose por escribir en una máquina sin acentos, propiedad de Javier Malagón, en cuya casa se alojaba. Pedía cinco libros publicados por el Fondo de Cultura Económica y hablaba sobre la posible publicación de un folleto de Harold Laski intitulado *Where do we go from here?*, obra de actualidad y de éxito, y de no difícil traducción. Finalmente, insistía en los 12 ejemplares del Mayer, cuando la edición apareciera, y decía haber adelantado 200 páginas correspondientes a las “Reflexiones” de Burke, de suerte tal que habría más de 100 para dar lugar a otros escritos en la antología.²⁹

Cosío Villegas tenía otros planes para Herrero: la elaboración de una antología de Thomas Paine que incluyera la traducción de los *Derechos del*

²⁶ F. Armand y R. Maublanc, *Fourier*, traducción de Enrique Jiménez Domínguez, 1938; Armand Cuvillier, *Proudhon*, versión española de María Luisa Díez-Canedo.

²⁷ Herrero a Cosío Villegas, 17 de noviembre de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²⁸ Márquez a Herrero, 2 de diciembre de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

²⁹ Herrero a Javier Márquez, 22 de diciembre de 1940, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

hombre, que debía emprender cuando terminara con Burke, y su colaboración en una nueva revista, *El Trimestre Político y Social* (revista que no llegó a publicarse), de cuya dirección se harían cargo él, José Medina Echavarría y el propio Cosío, según le explicaba en carta del 11 de febrero de 1941.³⁰

Pero esos planes no se realizarían en Santo Domingo. A Vicente Herrero no le habían renovado el contrato en la universidad. No se sabía por qué, pero era, evidentemente, una advertencia a todos y cada uno de los profesores españoles, comenzando, en este caso, por quien parecía menos grato al régimen de Trujillo, un discípulo de Laski, dedicado al pensamiento político y en constante comunicación con otros lugares de Hispanoamérica, a los que no había podido ir, seguramente, por impedírselo las autoridades.³¹

Es evidente que a finales de 1940 Vicente Herrero se encontraba en dificultades. Su residencia en casa de Javier Malagón y otros cambios presagiaban su expulsión. Desde México había recibido una invitación del Fondo de Cultura Económica para incorporarse a la editorial. El 14 de abril de 1941 acusó recibo de un cable enviado por Daniel Cosío Villegas, quien le hacía ver que era conveniente que estuviera en el país antes del mes de mayo.³² Al mismo tiempo, Cosío Villegas escribía a Octavio Véjar Vázquez, procurador General de Justicia, rogándole facilitara el ingreso de Vicente Herrero, quien se incorporaría al Fondo de Cultura Económica.³³ Pese a las gestiones de Cosío Villegas, Vicente Herrero no pudo salir de Santo Domingo sino hasta bien entrado el mes de junio. Logró la visa en el consulado mexicano a principios de ese mes y desembarcó el 17 en el puerto de Veracruz.³⁴

México

Como resulta explicable, hay pocos testimonios escritos sobre traducciones y otros trabajos desarrollados por Vicente Herrero en México, pues no había necesidad de cartas y oficios en la marcha de lo que se realizaba en los lugares de trabajo. Herrero llegó a la capital para cosechar lo que sembró

³⁰ Cosío Villegas a Herrero, 11 de febrero de 1941, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

³¹ V. Llorens, *Memorias*, pp. 48-49.

³² Vicente Herrero a Cosío Villegas, 14 de abril de 1941, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

³³ Cosío Villegas a Véjar Vázquez, 3 de mayo de 1941, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

³⁴ AGNM, Registro Nacional de Extranjeros de la Secretaría de Gobernación, exp. Vicente Herrero.

estando en Santo Domingo. El libro de Mayer, *Political Thought. The European Tradition*, fue traducido con imaginación y acierto desde el título. Mayer escribió las últimas páginas en 1938, y seguía siendo un libro de actualidad en los años de la segunda Guerra Mundial. Escrito por las fechas en que la conflagración amenazaba, el libro tenía la intención de mostrar la vigencia de una tradición de pensamiento político vinculada principalmente con Europa. Al traducir el título al español, se respetó esa intención, pero se evitó el acento eurocentrista al ponerle *Trayectoria del pensamiento político*. De esta manera aquella tradición está presente en su integridad, pero se coloca en el contexto mundial que le corresponde, puesto que una parte de la obra, referente a Estados Unidos, corrió a cargo de Paul Keczkemeti. El libro de Burke no se publicó en 1941, pese a que la traducción estaba muy adelantada cuando Herrero salió de Santo Domingo. Apareció, en cambio, la versión de Herrero del *Prólogo a la ciencia política* de Charles E. Merriam, cuyo original en inglés databa de 1939. La actualidad de este libro, que se centra en el problema de la violencia, era indiscutible. De él no hay trazo en la correspondencia ni lo iba a haber, como es natural, de otros libros que fueron apareciendo cuando Herrero trabajó en México, como el de Alexander J. Carlyle, *Libertad política. Historia de su concepto en la Edad Media y los tiempos modernos* de 1942 (la primera edición en inglés es de 1941), y el de Edgar Bodenheimer, *Teoría del derecho*, también de 1942 (publicado en 1940 en Chicago bajo el título *Jurisprudence*). Esta última obra se dio a conocer en la sección de Sociología del Fondo de Cultura Económica, dirigida por José Medina Echavarría, quien hizo un interesante comentario sobre ella destacando su seriedad frente a la forma libresca y rutinaria en que se enseñaba entonces la filosofía del derecho en los países de lengua española.³⁵

También en 1942 apareció el libro de Edmund Burke, *Escritos políticos*, en el que advertimos el buen tino del traductor responsable de la integración y presentación de la antología. Incluyó íntegras las “Reflexiones sobre la Revolución Francesa (1790)” que ocupan más de 200 páginas en el volumen (pp. 39-258), mientras que la tercera y última parte (pp. 259-360) la dedicó a escritos bien seleccionados, todo precedido por una discreta e ilustrativa introducción del traductor.

Evidentemente, Vicente Herrero tuvo tiempo para terminar la traducción que había avanzado en Santo Domingo y también para ubicar la obra

³⁵ J. Medina Echavarría, *Filosofía del derecho*, pp. 187-196.

en el nuevo contexto, pues al presentarla dio cuenta de una edición mexicana de las *Reflexiones*, publicada en 1826, que obraba en la Biblioteca Nacional de México, y que, hemos constatado, afortunadamente sigue ahí.

En resumen, año y medio después de su llegada a México, el Fondo de Cultura Económica había publicado cinco traducciones de Vicente Herrero, dos de las cuales había iniciado en Santo Domingo, y tres las comenzó cuando estaba ya en nuestro país, donde desarrolló otras labores de las que hay escasa constancia escrita. Iremos a esas labores apoyados por testimonios diversos. Por lo pronto, para cerrar la línea principal de su trabajo como traductor, advertimos que en 1943 sólo apareció la traducción del libro de Franz Neumann, *Behemot. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, traducción que realizó en colaboración con Javier Márquez y cuyo original en inglés había aparecido en 1941. En compensación —si es que la necesitara—, ese año publicó dos obras de su autoría, *Aspectos sociales de la guerra* y *La organización constitucional en Iberoamérica*, números 6 y 18 de la colección Jornadas del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, obras que implicaban una activa participación en las discusiones organizadas en los seminarios del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México.

En 1944 el Fondo publicó *Teoría de la clase ociosa*, de Torstein Veblen, y El Colegio de México, *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*, de Florian Znaniecki (Jornadas, 24), obra a la que aludía Ramón Iglesia en la carta que escribió a Alfonso Reyes en diciembre de 1945, citada en la introducción de este trabajo. Znaniecki era profesor en la Universidad de Illinois, donde publicó, en 1952, una obra más extensa sobre el tema (*Modern Nationalities. A Sociological Study*) y en la que mencionó el trabajo realizado por Herrero como traductor. El escaso volumen de las dos traducciones publicadas en 1944 se compensa con la producción de 1945. Tres libros se publicaron entonces: el de Harry Elmer Barnes y Howard Becker, *Historia del pensamiento social*, una obra en dos tomos que tradujo en colaboración con Tomás Muñoz Molina; el de Alexander Lindsley, *El Estado democrático moderno*, e *Historia de la teoría política*, de George H. Sabine, voluminoso texto cuya primera edición —que es la que tradujo Herrero— apareció en 1937, y que, de alguna manera, venía a ser el complemento de la obra de Mayer, *Trayectoria del pensamiento político*, cuya primera versión castellana, debida a Herrero, fue publicada por el Fondo de Cultura Económica. En las páginas introductorias, el mismo Mayer advertía el carácter más reflexivo que informativo de su libro, abierto incluso a circunstancias propias de sus

colaboradores. Recomendaba, por ello, al lector preocupado por la secuencia e integridad de la información, la obra de Sabine, aparecida un año antes. Pues bien, el paso estaba dado al poner a disposición del lector de lengua española ése y otros libros que complementaban las estimulantes reflexiones de Mayer y sus colaboradores.

Hasta ese momento, salvo algunas variantes de oportunidad y conveniencia, las traducciones de Herrero respondieron al proyecto centrado en el pensamiento político, al ambicioso plan de la colección de ciencia y pensamiento político que se le había propuesto cuando se hallaba en Santo Domingo. Lo que tradujo al final de su residencia en México se encaminó, en cambio, al campo del derecho. En 1946 aparecieron dos libros, *Teoría y realidad de la organización constitucional en Europa y América*, de Carl J. Friedrich (la primera edición en inglés era de 1937) y *La Suprema Corte de los Estados Unidos*, de Charles Evans Hughes, quien presidió la Suprema Corte estadounidense de 1930 a 1941 y enfrentó con éxito el plan del presidente Franklin D. Roosevelt encaminado a renovar la Corte agregando seis nuevos ministros, como contrapeso a un alto tribunal dominado por jueces conservadores, entrados en los setenta años y opuestos a las medidas del *New Deal*. Si bien no era éste el asunto de la obra de Hughes, cuya versión original apareció en 1936, sí era un libro de actualidad en México, en el que frente a la expansión del poder de decisión del Ejecutivo, se veía con recelo el agotamiento de los medios judiciales frente a la arbitrariedad del gobierno federal. La obra de Hughes fue traducida por Roberto Molina Pasquel y Vicente Herrero. De esa suerte la sección de Ciencia y Pensamiento Político del Fondo de Cultura Económica se iba transformando en la sección de Política y Derecho. Esto último quizá deparó poca o ninguna satisfacción a Daniel Cosío Villegas, desafecto como era a los abogados que dominaban en los centros de enseñanza e investigación del país.

Las versiones aparecidas en 1946 fueron realizadas en 1945. En 1946, cuando Vicente Herrero se encontraba ya fuera del país, terminó la versión de un voluminoso libro, *Francia, 1870-1939*, de Denis William Brogan, que aparecería al año siguiente. La versión fue completada en otro lugar y en otro momento de la vida de Vicente Herrero, al que iremos después de referirnos a su desempeño como profesor en nuestro país.

De su labor docente tenemos referencias y algunos informes. Sabemos que en España fue profesor asistente de derecho mercantil y que en Santo Domingo enseñó sociología y otras materias. En nuestro país tenemos evidencia de los informes que presentó a las autoridades de El Colegio de

México. En 1943 impartió dos cursos, el de introducción a la sociología, durante el primer semestre, y el de traducción de inglés, a lo largo de todo el año. El primero comprendió un programa con seis temas (preliminares, desarrollo de la vida social, medio social, estructura social, fuerzas de coordinación y cambio social), que hubo de ajustar al tiempo disponible y a la capacidad de los alumnos, que dependía en buena medida de su comprensión de la bibliografía en inglés. De once alumnos, cuyo apellido menciona en el informe, destaca a Noyola por su formación y capacidad, y a Muñoz, Leal, Urrutia, Vilar, Hernández y Medina, que le parecen como buenos; Sierra y otros tres le parecen faltos de formación pero prometedores por su desempeño en el curso. Por lo que hace al curso de inglés, menciona a Noyola, a Muñoz y a Sandoval como buenos alumnos y a los otros como estudiantes con posibilidades.

Al externar su opinión general sobre el Centro de Estudios Sociales, fundado ese año de 1943, quiso ser positivo. Dijo que personalmente se sentía satisfecho, pero que recomendaba una buena prueba de admisión y pruebas parciales para asegurar la idoneidad de los alumnos.

Respecto a los seminarios en los que participó ese año, el relativo a la guerra y el que trató de Hispanoamérica le resultaron muy estimulantes. Prueba de ello es que a raíz de ellos escribió dos obras que se publicaron en la colección Jornadas. Pero no dejó de advertir la necesidad de una mayor preparación de los programas y más concreción de los temas abordados en las distintas reuniones.³⁶

En el primer semestre de 1945, Herrero impartió en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México el curso de ciencia política, cuyo eje conductor fue la lectura del libro de Harold Laski, *A Grammar of Politics*, según advierte en el informe rendido el 18 de julio de ese año.³⁷ Más que un curso, era un seminario con el que trataba de cumplir varios objetos: identificar problemas que serían destacados por los alumnos, a quienes encargaba al principio del curso una cuidadosa selección de textos que supondría, a lo largo del semestre, la lectura de 40 a 60 páginas semanales. El campo cubierto fue el de las instituciones económicas, el proceso judicial y las instituciones internacionales. De los once alumnos destacó a tres como buenos, Moisés González Navarro, Dolores González y Jacinto Leal, en ese

³⁶ Vicente Herrero, informe de las actividades realizadas, 14 de diciembre de 1943, exp. Vicente Herrero, AHCOLMEX.

³⁷ Vicente Herrero, informe de las actividades realizadas, 18 de julio de 1943, exp. Vicente Herrero, AHCOLMEX.

orden (para entonces Noyola había abandonado el Centro); como alumnos cumplidos y con posibilidades a cuatro más, y, finalmente, a cuatro de los que no había que esperar mucho dada su falta de interés. Sin decirlo expresamente, Herrero advertía un bajo rendimiento. Tres buenos alumnos, cuatro aceptables y cuatro francamente insatisfactorios. Era indispensable hacer una mejor selección de los estudiantes, como también era esencial que estos, una vez admitidos, se dedicaran exclusivamente al programa de estudios del Centro.

En el primer semestre de ese mismo año Vicente Herrero impartió historia del pensamiento político en la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional,³⁸ y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia el curso de teoría general del derecho parlamentario, para el que escribió un texto que consideró publicable previa revisión.³⁹ En el Archivo Histórico de El Colegio de México hay constancia de que para el mismo curso consiguió bibliografía de difícil acceso por préstamo interbibliotecario, por medio de la Biblioteca Benjamín Franklin.⁴⁰

Así pues, la mayor producción de Vicente Herrero durante su estancia en nuestro país fue la que realizó como traductor de obra científica. Dicha labor la abandonó en los años siguientes, cuando residió en Francia y en Estados Unidos, por más que en un primer momento no dejó de atender y de beneficiar a la editorial que lo había acogido.

LONDRES, PARÍS, NUEVA YORK, PARÍS

Vicente Herrero se marcharía a Europa a principios de 1946 en un viaje anunciado que, desde luego, Cosío Villegas se dispuso a aprovechar. El 21 de diciembre de 1945 éste dictó un memorándum en el que indicaba a Herrero lo que debía hacer en París: hablar con el historiador Jacques Soustelle, futuro autor del Fondo y entonces ministro de colonias, para que facilitara la gestión ante las editoriales francesas de la publicación en español de títulos que le interesaban al Fondo. Los títulos que mencionaba Cosío eran dos de la Casa Recueil Sirey, *Moneda*, de Aftalion, y *Teoría general del Estado*, de Carré de Malberg; diversos libros de edición reciente (1943) de

³⁸ AHUNAM, exp. Vicente Herrero.

³⁹ Vicente Herrero a Julián Calvo, 18 de junio de 1951, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴⁰ Exp. Vicente Herrero, AHCOLMEX.

los editores Donat-Monchrestin; cierto libro que no identifica y catálogos en general de las Presses Universitaires de France. Cosío no albergaba muchas esperanzas. En el mismo memorándum giró instrucciones a Herrero que, si el ministro Soustelle no hacía las gestiones esperadas, buscara de inmediato a Marcel Bataillon.⁴¹

Obras científicas y también de enseñanza, de buen nivel, eran, por lo que se ve, las que procuraba el Fondo en Francia y también en Inglaterra. El 3 de enero de 1946, Cosío Villegas escribió una carta de presentación de Herrero a D.J. Rodgers, cónsul general de Inglaterra en México (desde el conflicto suscitado por la expropiación petrolera, no había representación diplomática de Gran Bretaña en México). La intención, advertía Cosío en esa presentación, era retomar y afirmar las relaciones del Fondo de Cultura Económica con los editores ingleses.⁴²

Desde el otro lado del Atlántico, el 30 de enero de 1946, al cabo de una trabajosa travesía y venciendo inconvenientes locales propios de una *boarding house*, provisto de pocas horas en que le permitían hacer uso de su máquina de escribir, Vicente Herrero informó a Cosío Villegas lo que había encontrado en la destruida ciudad de Londres. Quedaba en pie, como una isla, la casa de la editorial Oxford; no había libros en el mercado, los que se podían conseguir eran de segunda mano. No estaban los directivos de editoriales a los que había buscado, pero Herrero celebraba la buena atención de los encargados y el conocimiento que había del Fondo, cuyas publicaciones interesaban en el medio. Y es que allá podían hacerse de libros europeos en español, por ejemplo obras de Max Weber, que en su idioma original eran inaccesibles. Todo, pues, apuntaba a la posibilidad de buenas relaciones.⁴³

Desde París, el 19 de mayo, Herrero informaba a Cosío Villegas del fracaso en sus intentos por ver al señor Soustelle, por lo que se dirigiría a Bataillon; de las gestiones con el gerente de la Recueil-Sirey y en las Éditions Domat-Montchrestien, donde había hablado con “una serie de personas hasta llegar a la directora, que me dio la impresión de muy inteligente y viva”. En efecto, la directora había ofrecido condiciones muy favorables en el trato de derechos (7.5%, sin necesidad de pasar por el cambio de moneda francés) y había planteado la posibilidad de que se publicaran en México los cursos especiales de la Facultad de Derecho que editaba otra casa que

⁴¹ Cosío Villegas, memorándum, 21 de diciembre de 1945, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴² Cosío Villegas a Rodgers, 3 de enero de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴³ Vicente Herrero a Cosío Villegas, 21 de enero de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

dirigía ella (Cours du Droit, 158 rue St. Jacques, París). Herrero, por su parte, dejaba abiertos los conductos pertinentes para ambos propósitos editoriales y para otros encargos hechos por Cosío Villegas, como el contacto con Presses Universitaires de France. Por lo que hacía a los catálogos, no se conseguían. La carta remataba con algo esperado y con una sorpresa:

Sigo adelante con la traducción de la *Historia de la Tercera República*. No muy de prisa porque tengo muy poco tiempo libre y no estoy bien instalado. Pero espero acabarlo en dos meses.

Bueno, lo de dos meses se entiende si no me caso antes, cosa que puede ocurrir. Por el momento no sé cuándo, pero podrá ocurrir antes de esa fecha.⁴⁴

El penúltimo párrafo se refería al libro de Denis W. Brogan, *France under the Republic. The development of Modern France, 1870-1939* (1939), que Herrero acabó de traducir en noviembre, y que apareció publicado por el Fondo en 1947, bajo el título *Francia, 1870-1939*, confirmando el sello laconico del director de la editorial. El último párrafo de la carta de Herrero causó revuelo entre los miembros de la casa. El 27 de mayo de 1946 Cosío Villegas escribió a Herrero avalando las gestiones y diciéndole que tomaría en cuenta las propuestas que hacía la guapa directora de las ediciones Domat-Montchretien y que enviaría libros para ver la posibilidad de que se tradujeran al francés. Reclamaba, claro, la traducción del libro de Brogan, y dejaba el último párrafo para lo que inquietaba a todos:

Querido Vicente, podrá usted suponer la verdadera conmoción que ha causado en el Fondo la noticia por todos conocida del peligro en que se encuentra ante un matrimonio a dos meses de plazo; se ha pensado en una multitud sin límite de medios para rescatarlo a usted a la vida decorosa de todo ser libre, incluyendo bombas de gas, productos químicos, y aun la atómica, que se va pareciendo a una pistola que no dispara.

Todos los amigos del Fondo y del Colegio le recuerdan a usted muy gratamente con frecuencia.⁴⁵

Las gestiones de Vicente continuaron por buen camino, al tiempo que los libros que había traducido iban apareciendo en México. Buenas noticias,

⁴⁴ Herrero a Cosío Villegas, 19 de mayo de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴⁵ Cosío Villegas a Herrero, 27 de mayo de 1946, exp. Vicente Herreo, AHFCE.

sin embargo estaba ahí la preocupación que entre broma y veras expresaban los amigos del Fondo por el alejamiento que anunciaba ausencia definitiva.

El 13 de junio de 1946, Joaquín Díez-Canedo respondía a una carta de Herrero dirigida a Cosío Villegas. En ausencia de éste le daba noticias del Fondo y le enviaba catálogos que pedía, para terminar con lo que todos, evidentemente, comentaban:

Celebro mucho que hayas decidido la fecha de tu matrimonio, no sólo porque eso significa un adelanto en el Brogan, sino por lo que puede significar en tres conocidas y acabadas costumbres. Hace un par de días llegó Ramón Iglesia, y supongo que con ese motivo nos reuniremos a comer en el lugar de costumbre, y os recordaremos, también, como de costumbre.⁴⁶

La correspondencia con Cosío Villegas y con Díez-Canedo siguió en el tono de broma y de firmeza; no cedían, tratándose de trabajo, ni los de acá, ni Herrero, dispuesto a vivir lejos de México. En carta del 28 de agosto, dirigida a Joaquín Díez-Canedo, luego de dar cuenta de las gestiones para conseguir los derechos del libro de Carré de Malberg y de sus complicaciones y logros (había conseguido bajar los derechos de 7.5 a 5% en los primeros 1 000 ejemplares), además de otros encargos, Herrero dijo que viajaría a Niza: “es para casarme, ya va siendo tiempo”.⁴⁷

Cosío Villegas se hizo cargo de esa carta, respondiendo a su “Muy querido Vicente”. Le felicitaba por lo hecho para vencer la desconfianza de los editores franceses, le indicaba otras editoriales francesas con las que había que tratar para enriquecer las secciones de Derecho, Historia y Política del Fondo, y terminaba, claro, con la nota elogiosa y personal:

Estamos encantados por tener en Francia —por no decir en toda Europa— un representante tan activo y eficaz como usted; pero eso no quiere decir que no extrañemos su compañía y que no queramos saber cosas personales suyas, de su trabajo, etc.

Con un abrazo, siempre suyo amigo⁴⁸

La ausencia hacía evidente, ahora en letras, la armonía del trato cotidiano. La traducción del Brogan (más de 900 cuartillas) fue recibida en Méxi-

⁴⁶ Díez-Canedo a Herrero, 13 de junio de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴⁷ Herrero a Díez-Canedo, 28 de agosto de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁴⁸ Cosío Villegas a Herrero, 4 de septiembre de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

co a fines de 1946 y pagada a principios de 1947. Todo se solucionaba con sentido del humor, hubo bromas de Cosío Villegas sobre algunas “pegas” terminológicas debidas a la obstinada resistencia de Herrero para asomarse a los libros de economía publicados por el Fondo, donde hubiera encontrado palabras y significados cuya ignorancia le llevaban a consultar a los mismísimos directivos de la editorial para la que trabajaba —al propio Cosío, para no hablar de Javier Márquez, responsable de la sección de economía—. En fin, todo indicaba que Vicente Herrero, si bien a paso distinto del acostumbrado, seguiría colaborando con el Fondo como traductor. Confiando en ello, Cosío Villegas le dijo que le enviaría el libro de Paul Vinogradoff, *Common Sense in Law*, un tomo de la Home University Library, a tono con las líneas de divulgación a las que el Fondo iría dando espacio.⁴⁹

Como haya sido, ese pequeño libro de Vinogradoff, por medio del cual Cosío Villegas pensaba asegurar una nueva colaboración de Herrero como traductor, se convirtió en un dolor de cabeza para todos. Desde hacerse con el ejemplar que llegó en 1947, hasta las prórrogas que el Fondo tuvo que negociar para no perder los derechos de edición, todo fue problemas. En otra carta a Vicente Herrero, Daniel Cosío Villegas llegó a reclamar la demora en términos duros:

No sabemos nada de usted aquí en el Fondo ni una palabra, por lo menos hace un año; nos debe usted una traducción que casi la inventamos. ¿Qué es todo eso, Vicente?⁵⁰

Se trata de una carta en la que Cosío Villegas respondía a otra de Herrero —manuscrita, cosa rara, escrita desde Jamaica, Nueva York, donde se había establecido para desempeñarse como traductor en la Organización de Naciones Unidas—. En esa carta Herrero le pedía datos curriculares, pues se había pensado en el mexicano para presidir la Comisión Económica para América Latina.⁵¹ Cosío Villegas no hizo esperar su respuesta. Fue, como advertimos, un duro reclamo por el trabajo no cumplido del traductor, pero también por la conducta del compañero y del amigo:

Lo primero que se me ocurría como tema de mi respuesta —decía Cosío en esa carta del 18 de marzo— era reprocharle a usted esa actitud de desentendi-

⁴⁹ Cosío Villegas a Herrero, 12 de diciembre de 1946, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁵⁰ Cosío Villegas a Herrero, 18 de marzo de 1948, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁵¹ Herrero a Cosío Villegas, 3 de marzo de 1948, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

miento en que vivieron muchos de ustedes los españoles en sus años de América; luego, la raquítica organización y los pobrísimos medios de las Naciones Unidas. Ni usted ni la UN, por lo visto, saben que existe un librejo que se llama *Who's who in Latin America*. Teniéndolo a la mano, sus deseos se hubieran satisfecho en un segundo.⁵²

Pero lo cierto es que de aquel áspero reclamo, fruto de sentimiento inocultable, Cosío Villegas pasó a ocuparse del Fondo, para informar a Herrero que, de los viejos amigos, todos, con excepción de Medina y de Eugenio Ímaz (¡vaya excepciones!), seguían ahí. También le dijo que lamentaba que no hubiera asistido en México a una reunión que se celebró en la universidad con el fin de crear una sección de Estudios Políticos (evidentemente, una reunión que llevaría a otras encaminadas a la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales). Luego se habló del interés que sentía por las tareas que ahora desempeñaba en Naciones Unidas y de lo que él, lejos de ese escenario, había previsto tocante al caso de Palestina. En fin, se ve que Herrero ganaba la amistad y el aprecio de Cosío Villegas, quien confesó, que pese a lo infernal de su letra, no objetarían los amigos del Fondo el que Herrero les escribiera de tiempo en tiempo.⁵³

Ese año de 1948 Arnaldo Orfila Reynal asumió la dirección del Fondo. El nuevo director, lo mismo que antiguos compañeros y amigos suyos, como Julián Calvo, recordarán a Vicente Herrero la deuda sobre el libro de Vinogradoff que, finalmente, apareció en la colección Breviarios, en 1952, bajo el título *Introducción al derecho*, propuesto por él y aceptado, desde luego, por quienes esperaban hacía tiempo esas páginas en español. Para aquel cumplido traductor y colaborador del Fondo de Cultura Económica el pequeño volumen, obra de difusión, había resultado un verdadero suplicio. Ya para entonces, el camino de nuestro personaje era otro, por más que sus amigos del Fondo y él mismo no dejaran de recordar y pensar como posibles los proyectos de obra científica. El tiempo del traductor había pasado. La muerte de Eugenio Ímaz, a principios de 1951, marcó el triste final de un proceso de dispersión iniciado en 1945.

⁵² Cosío Villegas a Herrero, 18 de marzo de 1948, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

⁵³ Cosío Villegas a Herrero, 18 de marzo de 1948, exp. Vicente Herrero, AHFCE.

EPÍLOGO

Los expedientes de Vicente Herrero, Ramón Iglesia, Eugenio Ímaz, José Gaos, José Medina Echavarría y tantos otros españoles del exilio republicano, que requeridos y acicateados —hay que decirlo— por Daniel Cosío Villegas colaboraron en la primera época del Fondo de Cultura Económica, muestran hilos de una trama de la inteligencia del mundo de habla española. Algo que hay que reconstruir y analizar con el cuidado que merece para estar a la altura de la historia cultural del siglo xx. Son testimonios que invitan a adentrarnos en historias personales, en vidas cuyo principal empeño fue hacer visible el destino de su generación y de las que estaban por venir.

REFERENCIAS

- AHFCE Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica
 AHCOLMEX Archivo Histórico de El Colegio de México
 AHUNAM Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México
 AGNM Archivo General de la Nación
- Ayala, Francisco, *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 1, 1982 y vol. 2, 1983.
- *Barnes, Harry Elmer, y Howard Becker, *Historia del pensamiento social*, traducción de Vicente Herrero y Tomás Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1945 (1ª edición en inglés 1938).
- *Bodenheimer, Edgar, *Teoría del derecho*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1942 (1ª edición en inglés 1940).
- *Brogan, Denis William, *Francia, 1870-1939*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1947 (1ª edición en francés 1940).
- *Burke, Edmund, *Textos políticos*, versión española e introducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- *Carlyle, Alexander James, *Libertad política: historia de su concepto en la Edad Media y en los tiempos modernos*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1942 (1ª edición en inglés 1941).
- *Friedrich, Carl Joachim, *Teoría y realidad de la organización constitucional democrática en Europa y América*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1946 (1ª edición en inglés 1937, 2ª 1941).
- Herrero, Vicente, *Efectos sociales de la guerra*, México, El Colegio de México, 1943, (Jornadas, 6).

- , *La organización constitucional en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 1943 (Jornadas, 18).
- , *La teoría del Estado del profesor Hans Kelsen*, San Juan de Puerto Rico, 1942.
- Hobbes, Thomas, *Leviatán*, traducción de Manuel Sánchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- *Hughes, Charles Evans, *La Suprema Corte de los Estados Unidos*, traducción de Roberto Molina Pasquel y Vicente Herrero, prólogo de Antonio Carrillo Flores, México, Fondo de Cultura Económica, 1946 (1ª edición en inglés 1936).
- Laski, Harold J., *The Rise of Empire Liberalism*, Nueva York, Harper & Brothers, 1936, traducido por Victoriano Miguélez.
- , *Gramática de la política. El Estado Moderno*, traducción, prólogo y notas de Teodoro González García. Edición y estudio preliminar, “La filosofía política de Harold Laski”, a cargo de José Luis Moreno Pérez, Granada, Editorial Comares, S.A., 2002 (Colección: Crítica del Derecho, sección Arte y Derecho, 22).
- , **La democracia en crisis*, traducción de Vicente Herrero, Madrid, Edersa, 1934.
- , **El Estado en la teoría y en la práctica*, traducción de Vicente Herrero, Madrid, Edersa, 1936.
- *Lindsay, Alexander Dunlop, *El Estado democrático moderno*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1945 (1ª edición en inglés 1943).
- Lira, Andrés, “El hombre Ramón y sus papeles (notas sobre un expediente)”, *Historia Mexicana*, XLVI, 4, pp. 871-887.
- Llorens, Vicente, *Memorias de una emigración: Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975.
- *Mayer, Jacob Peter, *Trayectoria del pensamiento político*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1941 (1ª edición en inglés 1939).
- Medina Echavarría, José, *Filosofía del derecho en la crisis de nuestro tiempo*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1990.
- , *Consideraciones sobre el tema de la paz*, México, Banco de México, 1945.
- , *Panorama de la sociología contemporánea*, México, La Casa de España en México, 1940.
- Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, traducción de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina (1ª edición en alemán 1936).
- Menzel, Adolf, *Introducción a la sociología*, traducción de Angela Selke y Antonio Sánchez Barbudo, México, Fondo de Cultura Económica, 1940 (1ª edición en alemán 1939).
- *Merriam, Charles E., *Prólogo a la ciencia política*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1941 (1ª edición en inglés 1939).
- *Neumann, Franz, *Behemoth, pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, traducción de Vicente Herrero y Javier Márquez, México, Fondo de Cultura Económica, 1943 (1ª edición en inglés 1941).

- *Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1945 (1ª edición en inglés 1937).
- Timasheff, Nicholas, *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*, traducción de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1961 (1ª edición en inglés 1955).
- Tönnies, Ferdinand, *Principios de sociología*, traducción de Vicente Llorens, México, Fondo de Cultura Económica, 1942 (1ª edición en alemán 1931).
- *Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (1ª edición en inglés 1899).
- *Vinogradoff, Paul, *Introducción al derecho*, traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1952 (Breviarios) (1ª edición en inglés 1913).
- *Znaniiecki, Florian, *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*, traducción de Vicente Herrero, México, El Colegio de México, 1944 (Jornadas, 24).

EDICIÓN DE CRÓNICAS DE INDIAS
Y HERMENÉUTICA HISTORIOGRÁFICA COMO EMPRESA VITAL:
EDMUNDO O’GORMAN Y RAMÓN IGLESIA*

Fermín del Pino-Díaz

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología-CCHS,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Mi experiencia personal de editor, iniciada primeramente con un clásico manual francés de etnografía,¹ se ha centrado luego sobre todo en algunas crónicas de Indias referidas al Perú que tuvieron un destacado mérito etnográfico (Bartolomé Álvarez, Acosta, Cobo y Polo de Ondegardo). Tuve una formación historiográfica en el ámbito de la ciencia política, especialmente de la mano de los profesores Díez del Corral y José A. Maravall (alumnos reconocidos del filósofo Ortega), complementada con un máster en antropología cultural bajo la tutela de profesionales procedentes de fuera de España (como es el caso de los exilados Claudio Esteva y Ángel Palerm, o de Carmelo Lisón). Igualmente recibí influencia internacional, cuando trataba de resolver la cuestión del desarrollo nacional temprano de la disciplina antropológica en España (en mi tesis doctoral sobre el valor etnográfico de las crónicas de Indias, entre 1968 y 1975)² de parte del historiador de Chicago

* Como se verá enseguida, los trabajos de Iglesia y O’Gorman se reclaman ambos como parte responsable y consciente de un autor, logrando ellos mismos devenir así más inteligibles como “razón vital”. Quisiera ofrecer asimismo alguna clave personal para adaptarme a su propia metodología historiográfica que comparto. Creo que la empatía teórica no me impide comprenderlos mejor; al contrario, al mismo tiempo se justifica mi interés interdisciplinar por ellos dos.

¹ F. del Pino, *Introducción a la etnografía*, 1971.

² Mis directores sucesivos fueron el historiador Juan Pérez de Tudela, en el Instituto Fernández de Oviedo, del CSIC (donde fui becario predoctoral entre 1968 y 1973), y el antropólogo Carmelo Lisón, de la Facultad de Ciencias Políticas (donde presenté la tesis doctoral en mayo de 1975). La tesis se tituló finalmente “Historia de la antropología en España: opiniones y proposiciones con relación a las crónicas de Indias”, y pasó de ser un estudio histórico de los debates lascasistas (bajo padre de Tudela) a un detenido análisis de los manuales de antropología sobre el valor etnográfico de las crónicas

George W. Stocking, así como del arqueólogo peruano de Berkeley John H. Rowe, ambos colegas de Berkeley. Habrá ocasión de justificar la coherencia de sus propuestas, sin entrar ahora en más detalles, sino solamente enfatizar que en mi caso se trata de una actitud editorial ciertamente *mestiza*, producto personal de padres diversos.

Finalmente, en esta relación de padrinos intelectuales, quiero expresar la temprana admiración sentida hacia los historiadores Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia como editores y estudiosos de crónicas de Indias, y debo reconocer haberlos empleado en mi seminario del Centro de Estudios Históricos en los años ochenta y noventa, en el que postulaba asimilar la metodología histórica a los materiales etnográficos: aunque ninguno de ellos fuese etnógrafo, el interés de los cronistas y conquistadores por las sociedades conquistadas no estaba ausente de su atención ni eran inútiles sus precauciones historiográficas al respecto.³

Toda sociedad académica joven (como lo era efectivamente la que se iniciaba en la praxis antropológica en la España tardofranquista, 1965-1975) necesita recurrir a los propios ancestros para desarrollarse y crecer.⁴ Necesita probarse que no es del todo nueva tal o cual tradición disciplinar asumida como propia, aunque resulte importada, sino que tiene algún modo de traducirla a sus propios cánones y que incluso hay de ella precedentes nacionales. En caso de no tenerlos a la mano, a veces es imperativo “construir” de nuevo esos ancestros nativos: casi siempre se descubre luego algún

(bajo C. Lisón). El arqueólogo incaista Rowe, descubridor del valor etnográfico del padre Acosta (1964), es autor de uno de los textos paradigmáticos en historia antropológica (1965), dando razones poderosas del origen renacentista de la disciplina antropológica.

³ El seminario se tituló, durante dos decenios, con algunas variantes menores, “Etnografía de las crónicas de Indias”. Me fueron especialmente útiles, en el caso de O’Gorman, las ediciones de José de Acosta y de Bartolomé de las Casas, y en el de Iglesia las dos obras publicadas por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica (*Cronistas e historiadores* y *El hombre Colón*). Todas ellas han tenido reediciones numerosas, algunas con interesantes introducciones de especialistas del exilio mexicano, como Juan A. Ortega Medina y Álvaro Matute. Creo que en todos ellos, como en varios de mis profesores universitarios, alentaba una visión orteguiana de la historia, relativista y atenta a las circunstancias personales del observador.

⁴ En los primeros congresos nacionales de antropología había siempre un simposio o ponencias de historia de la disciplina (Sevilla 1972, Segovia 1974, Barcelona 1976, Madrid 1982, San Sebastián 1996 y Granada 1990), y varias veces fui encargado de coordinarlo o participar en su preparación. También asistí en 1978, como miembro fundador, al Primer Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias.

padre putativo, con derecho propio a ser llamado tal.⁵ Algo parecido le ocurrió también a la temprana sociedad mexicana a partir de la Ilustración, impelida a construirse un horizonte protonacional que disputase el honor de “maestro innovador” a los diversos profesores venidos de Europa (astrónomos eruditos como el jesuita alemán Kino o el francés Chappe d’Auteroche, botánicos linneanos como Martín Sessé o Vicente Cervantes, y geólogos autosuficientes como Humboldt). Frente a estos indudables maestros, surgiría por vía de emulación intelectual la obra mexicana de algunos jóvenes inquietos y ambiciosos, como Carlos de Sigüenza y Góngora, José Antonio Alzate o Joaquín Velázquez de León, ampliamente reconocidos hoy como próceres intelectuales de la historia científica nacional.

De modo paralelo a como le ha preocupado al grupo filosófico del CCHS —del que formo parte en esta ocasión— la existencia fundacional de un pensamiento filosófico “en español”, quise responder yo en los años sesenta a esa misma pregunta gremial: ¿existe en nuestro pasado, es decir expresado *en español*, un pensamiento antropológico moderno? Naturalmente, eran ya conocidas las numerosas gramáticas misionales que todavía hoy se estudian como gérmenes modernos de la lingüística (que conducirán finalmente en 1800 al catálogo americano del jesuita ilustrado y exiliado Hervás y Panduro), y también los numerosos textos naturalistas y etnográficos de parte de algunos letrados (abogados, ingenieros o religiosos) desplazados al Nuevo Mundo (Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Polo de Ondegardo...). Convivían opiniones sobre esta producción ibérica pasada, en los manuales usados por la academia antropológica profesional, para todos los gustos: unos señalando sus méritos propios y otros sus limitaciones (sobre todo por venir de hombres del Viejo Mundo, en un país sometido a cierto control inquisitorial). También en este caso ha existido, simultánea y dialécticamente, una leyenda negra y una rosa: algunos historiadores, como el estadounidense Lewis Hanke, habían defendido el valor de precedente moral de la denuncia lascasiana (llamándola una temprana “lucha por la justicia en la conquista”),⁶

⁵ F. del Pino, “El nacionalismo en la historia de la ciencia”. Este artículo se elaboró antes de concluirse la tesis doctoral, en la que se repasaban los manuales antropológicos de referencia internacional para ver la presencia en ellos de las crónicas de Indias, constatándose su frecuencia mayor en los manuales norteamericanos por tratarse de relatos de los aborígenes americanos. Es decir, por las mismas razones nacionales por las que se hallabas ausentes en los manuales europeos.

⁶ *La lucha por la justicia*. Libro muy influyente en el ámbito hispanista norteamericano, que tradujo precisamente nuestro exilado en México Ramón Iglesia, y que

mientras que otros muchos señalaban el previsible sometimiento a los diversos intereses coloniales, o al control intelectual de parte de la Iglesia y la Inquisición española (en la mayoría de las historias europeas).

Porque, efectivamente, no sólo había ocurrido una amplia casuística en el contacto moderno de Europa con el Nuevo Mundo (motivo justificado para una rica polémica ética y jurídica que enfrenta al pueblo latino con el anglo), sino que todavía en nuestros días persiste un amplio abanico de opiniones éticas sobre los fundamentos hispanos y anglos del Nuevo Mundo, proyectados hacia el pasado sobre el contexto político de las ciencias del hombre. Ello ha dado lugar a un interesante debate entre, por un lado, el juicio poscolonial emitido sobre la ciencia antropológica desde una sociología marxista (ya enunciado en los manuales antropológicos por Marvin Harris en 1968), frente a una historia profesional, que reclamaba no proyectar juicios presentes sobre el pasado (emitido el mismo año por George W. Stocking).⁷

Esa misma polémica es la que proponía la crítica historiográfica de los años sesenta, y sostiene aún cierta opción llamada “poscolonialista” en el campo literario, liderada por autores como Mary Louise Pratt o Walter D. Mignolo, a los que falta tal vez una respuesta del otro bando hispanista, aunque ambos son académicos de departamentos de lenguas romances. Razón por la que todavía cabe hacernos hoy preguntas inquietantes: ¿es, finalmente, la antropología un mero derivado de la subyacente “función imperial”, como quieren los críticos poscoloniales, o quizá, según otro criterio más historiográfico, procede más bien esa disciplina moderna de una crisis social e ideológica de la propia sociedad imperial, todavía contaminada de una ética humanista, como creen muchos profesionales de la misma? En definitiva, ¿es verdad que los antropólogos son de alguna

discutiría en sonadas reseñas el joven Edmundo O’Gorman, a los que leí yo con entusiasmo al inicio de mi tesis doctoral. El líder lascasista Lewis Hanke reconocía entre sus primeros inspiradores al jurista exilado Fernando de los Ríos y agradecía la ayuda directa de su traductor, entonces recién fallecido: “El señor Iglesia no sólo trabajó con intensidad y por largo tiempo para hacer la versión castellana, sino que también me hizo múltiples sugerencias de gran valor para la mejoría del original” (Hanke, *La lucha por la justicia*, p. 433).

⁷ M. Harris, *The Rise of Anthropological Theory*, obra polémica, pero traducida y muy divulgada en el mundo hispanohablante desde su traducción en Siglo XXI, 1979; G.W. Stocking, *Race, Culture and Evolution*, obra histórica muy divulgada en Estados Unidos, especialmente en el gremio antropológico, pero desconocida en el mundo hispanohablante, de la cual apenas existen traducciones.

manera la avanzadilla humanista de un programa imperial o, más bien, son realmente sus críticos y sus víctimas, como miembros de minorías culturales?⁸

Para ser coherentes con sendas opciones interpretativas sobre el pasado histórico de esta disciplina, conviene efectivamente tener en cuenta la base social de donde procede la primera actitud crítica de ciertos autores ante el fenómeno imperial. La biografía de sus profesionales, tratada adecuadamente, puede ser también una opción explicativa de su obra, tratada entonces como un fenómeno social. Este análisis histórico-biográfico era propuesto ya al inicio de los años setenta por el citado Stocking (historiador prominente de la ciencia antropológica, pero no antropólogo de origen), que nos invitaba a atender detenidamente las prosopografías de los antropólogos del pasado (recurriendo a los archivos, es decir *more historiographic*), más bien que a sostener la visión externalista y generalizante del problema del contexto colonial, entonces de moda en los sesenta (*more sociológico*). Su propuesta, hoy atendida en mi gremio disciplinar (naturalmente preocupado por sus implicaciones éticas y políticas de su trabajo profesional),⁹ la descubrí a lo largo de la tesis doctoral (1968-1975), tras repasar

⁸ Véase F. del Pino, “Antropología, colonialismo y minorías culturales”. Creo que no es irrelevante recordar la conocida humorada de Margaret Mead: los psicólogos suelen estar descontentos de sí mismos, los sociólogos de su sociedad y los antropólogos de ambas cosas. Ella tenía experiencia antropológica, sociológica y psicológica, por lo cual no es irrelevante su testimonio. He hallado sumamente interesante, en este mismo sentido, aplicar a los exilados/antropólogos la distinción sociológica de personas *insiders/outside*s de R. Merton, *La sociología de la ciencia*, sugerida personalmente por Aurelia Valero Pie. Los segundos, por su marginación misma y por su experiencia de otros mundos culturales, tenderían a ser más críticos respecto de las creencias de su sociedad y más abiertos a los valores de otras sociedades, especialmente las periféricas.

⁹ “The Scientific Reaction Against Cultural Anthropology, 1917-1920” fue un sensato intento para justificar los ataques de colonialismo antropológico en los años sesenta como disputas gremiales (sostenidas en los cuarenta contra la escuela boasiana, precedidas por los ataques de espionaje de parte de Boas en los años veinte, dirigidos contra los arqueólogos rivales en Latinoamérica). Véase también al respecto su ensayo “The History of Anthropology: Whence, Where, Wither?”. Apenas se ha traducido al castellano nada importante de Stocking. En la *Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales*, el apartado de “Historia de la ciencia” a cargo de Thomas Kuhn lo pone como ejemplo de una historia profesional (de la antropología) hecha por un miembro de fuera, del campo historiográfico. Por mi parte, véase “Repercusiones de la nueva historiografía de las ciencias en el caso de la Etnología”.

detenidamente la historiografía incluida en los manuales de las distintas escuelas antropológicas vigentes (la inglesa, francesa, austriaca-alemana y estadounidense), para aplicarla a la realidad española de las crónicas de Indias.

En principio, esta experiencia comparativa mía no tenía otra pretensión que sostener la existencia de una etnografía española, aunque temprana y titubeante, parangonable a las otras tradiciones europeas. Era —lo reconozco— una empresa de abogado, más que la de un fiscal o, menos aún, un juez imparcial. Sin embargo, poco a poco el argumento original de índole nacionalista de mi tesis se fue volviendo más historiográfico y, de alguna manera también, un poco psicosociológico. Y me pareció relevante señalar en 1991 que una buena parte de los miembros más reformadores de la disciplina moderna a finales del siglo XIX (gentes como el cuáquero inglés Edward B. Tylor, el geólogo alemán Franz Boas, los juristas franceses Émile Durkheim y Marcel Mauss, o el físico polaco Bronislaw Malinowski) fueran también miembros de minorías culturales nacionales en sus respectivos países, muchos de los cuales se vieron obligados a migrar a otra sociedad para desarrollar su profesión. De ahí se explica el amplio componente judío que suele primar en los casos de Francia y Estados Unidos (en la escuela de Boas y en la de Durkheim, desde luego), o el caso asimismo frecuente de católicos en países protestantes, como son los grupos ingleses y alemanes (caso de Evans-Prichard y su escuela, o del propio Wilhelm Schmidt y su escuela austriaca, una minoría católica en el ascendente ámbito alemán).

En el caso hispano es evidente la importancia de los viajeros extranjeros para descubrir su propio folclore nacional (la *Hispanística* misma como especialidad es ya, en gran parte, un producto extranjero en su origen decimonónico, especialmente alemán), y el desarrollo reciente de la misma antropología española se ha debido, en gran parte también, al regreso de algunos exilados en México, como Claudio Esteva, o al de otros estudiantes en el extranjero (Carmelo Lisón, proveniente de Oxford, tal vez el primero de todos). Si se contabiliza el número de antropólogos de origen español formados en los años cuarenta en la mexicana ENA (Escuela Nacional de Antropología: especialmente en los casos de Esteva, Palerm, Carrasco, Armillas, Lorenzo, Genovés), supera con creces la participación antropológica española al interior de España (apenas Miguel de Barandiarán y Julio Caro Baroja, que, a su vez, tuvieron maestros extranjeros, como el suizo Obermayer o el alemán Trimborn). Por ello tiene bastante sentido que

contemplemos el exilio como fenómeno muy presente en el proceso antropológico.¹⁰

Finalmente, incluso en el propio México ha ocurrido que la presencia de esta joven generación española de la ENA ha marcado el panorama nacional, reforzando el protagonismo personal de otros arqueólogos y antropólogos que vinieron formados de España (Bosch-Gimpera y Juan Comas, especialmente), o de profesionales de otros países (como el arqueólogo alemán Paul Kirchhoff y el lingüista estadounidense Morris Swadesh, por no alargar la lista), y todo ello sin referirme a los numerosos especialistas internacionales en culturas mexicanas, que fueron visitantes o residentes del viejo Anáhuac (Paul Rivet, Eduard Seler, Franz Boas...). No se trata de ningún caso especial el de México: la mayor parte de los países, para conocer mejor su propia cultura (y no solamente en antropología), han requerido inicialmente de la ayuda extranjera. Estados Unidos es un caso claro de país cuya academia antropológica se nutre permanentemente de especialistas extranjeros, algunos de ellos formados y crecidos en México (como, sin ir más lejos, los dos exilados españoles/mexicanos Pedro Armillas o Pedro Carrasco).

LA EXPERIENCIA EDITORIAL DEL EXILIO REPUBLICANO

A la luz de esa importancia del componente de personas exiladas para una historia comparada de la antropología, quiero ahora cotejar esa misma experiencia con la pareja de R. Iglesia y E. O'Gorman, al menos en un campo restringido: la edición de crónicas de Indias. Ambos fueron excelentes profesionales en ese campo: el primero de ellos exiliado español, acogido como miembro en La Casa de España y El Colegio de México tras su paso por la sección americana del Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal (1932-1936), interrumpido por tres años de Guerra Civil (1936-1939); y

¹⁰ F. del Pino, "Antropólogos en el exilio". Aunque ha habido diversas contribuciones al estudio de los antropólogos en el exilio republicano (especialmente hispano-mexicanas: Ortega y Medina, Ascensión Hernández de León Portilla o el propio Javier Malagón) y numerosas semblanzas personales de sus componentes principales (sobre Juan Comas, Pedro Armillas, Pedro Carrasco, Ángel Palerm...), creo que falta aún por hacer una reflexión general sobre la conexión histórica entre exilio y antropología. Lo ensayé en el primer congreso español de antropología (Barcelona, 1976), en el simposio de historia de antropología que coordiné entonces, por invitación de su presidente. Véase Claudio Esteva Fabregat, *I Congreso Español de Antropología*.

el segundo, joven vicedirector del Archivo General de la Nación y miembro mexicano ilustre de la UNAM, pero figura algo marginal por su rebeldía y originalidad. Ellos dos se ocuparon tempranamente de editar crónicas de Indias de cierto interés etnográfico, en el caso del mexicano, primero de la obra del jesuita Acosta, y luego del franciscano Motolinía o del dominico Las Casas), pero sobre todo ambos insistieron en atender en ese proceso editor no tanto a su contenido informativo como a su naturaleza intelectual e intencional. No me estoy refiriendo, por tanto, al mérito de la edición de crónicas precisamente etnográficas en estos dos casos, sino más bien al empleo por ambos de una “metodología editorial” que puede ser reconocida también como etnográfica, por su meta consciente: en cuanto se preocupa de “rescatar” una voz del pasado en sus propios términos, procurando hacer valer los signos distintivos y variados que definen su punto de vista y experiencia, a través de una cuidadosa práctica editorial.

Ahora no necesitamos entretenernos demasiado en su paralelismo personal, dado que su cercanía de puntos de vista es un hecho bien conocido en México.¹¹ En el caso conocido de las numerosas ediciones de fuentes por parte de Edmundo O’Gorman, y de su aliado español Ramón Iglesia, se trataba (más que de recargados aparatos editoriales) de introducciones críticas que enfatizaban ante el lector las “vivencias” características del personaje, su historia interna: sea para Iglesia en el caso del descubridor Cristóbal Colón “como hombre”, así como de los conquistadores Bernal Díaz, Hernán Cortés o del franciscano Jerónimo de Mendieta, o por último, de los escritores López de Gómara o Sigüenza y Góngora; y en el de O’Gorman, de los misioneros antes citados o, finalmente, de los intelectuales Sigüenza y Góngora o fray Servando Teresa de Mier. No es el momento de hacer una lista precisa de las diversas ediciones y semblanzas realizadas por cada uno: pero sí de notar que en todos los casos se destacaba su interés por acercarnos al “punto de vista” particular

¹¹ Merecería estudiarse todavía la estrecha colaboración sostenida entre ambos historiadores (español y mexicano), aunque lo han destacado todos sus estudiosos (Andrés Lira, Álvaro Matute, Juan A. Ortega y Medina), especialmente este último, exilado español como Iglesia pero mucho más joven, y discípulo de O’Gorman en la UNAM, que ha dedicado su atención repetidamente a los historiadores exilados, y prologó la reedición en 1972 de la obra de Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, con un largo ensayo. A este respecto dice: “La relación inmediata de O’Gorman con Iglesia no se hizo esperar, y desde el momento en que se conocieron llegaron a ser buenos amigos, colegas y colaboradores al alimón en congresos, mesas redondas y discusiones académicas en torno a la problemática de la historia” (en R. Iglesia, *Cronistas e historiadores*, p. 13).

de los personajes estudiados o editados. Y, por consiguiente, se planteaba la necesidad de comprometernos personalmente en este estudio del pasado, olvidando la imposible imparcialidad pedida por el gremio historiográfico.

En esto no coincidían en absoluto con la mayoría de los profesionales de la historia, en particular con el historiador Silvio Zavala, venido —como Iglesia— de doctorarse en Madrid bajo la dirección de Rafael Altamira, que había asumido también funciones directivas en El Colegio de México. O'Gorman le retaría por ello en el verano del año 45 a un duelo universitario, celebrado en el propio Colegio de México, y organizado por la Sociedad Mexicana de Historia.¹² Pero Zavala no era nada partidario de estas discusiones apasionadas, y se ausentó de la ciudad ese mismo día de junio con venido. El incidente, a pesar de ello, convocó a otros historiadores interesados en el debate (Iglesia, Altamira, Gaos, Alfonso Caso y Paul Kirchhoff), que publicaron luego su breve participación o conferencia en la revista *Filosofía y Letras* de ese año.¹³ Aunque Zavala no asistiese al duelo, tengo para mí que su opinión sobre la imparcialidad historiográfica había cambiado entonces un poco, según demuestra alguna confidencia epistolar de Ramón Iglesia a Alfonso Reyes (5 de diciembre de 1944) por la acogida favorable de su libro *El hombre Colón*, de parte de Zavala:

¿Qué le pareció el libro de Colón? Aquí ha tenido una acogida favorabilísima... [excepto por L. Hanke]. Supongo que estará escandalizadísimo. No sé si Silvio participará del escándalo. A juzgar por su librito en inglés que he tenido ocasión de leer aquí con calma, ha cambiado mucho y para bien.

A lo que le responde Reyes el día 14: “El libro de Colón me pareció magnífico, y estoy casi cierto de que lo mismo parecerá a Silvio, cuyo librito en inglés revela en efecto una plausible evolución”.¹⁴

¹² A estos duelos era aficionado, repitiendo su choque polémico con otros historiadores como el estadounidense Lewis Hanke, o los franceses Marcel Bataillon y Georges Baudot. Pueden consultarse sus diversos debates en Carmen Ramos, “Edmundo O'Gorman como polemista”.

¹³ Edmundo O'Gorman *et. al.*, “Mesa redonda”. Ha sido recogido nuevamente por Álvaro Matute en *La teoría de la historia en México*, pp. 31-65, con textos posteriores de Gaos, Iglesia, O'Gorman y algunos otros, donde se enfatiza la contribución de El Colegio de México a la historiografía nacional.

¹⁴ Cartas procedentes del Archivo de El Colegio de México, *La Casa de España*, caja 11, exp. 23. Quiero agradecer la amable asistencia recibida en todo momento de su

Pero no era necesariamente un cambio de opinión muy radical, al menos de parte de Iglesia. En otra carta anterior a Daniel Cosío, de 28 de marzo de 1941, Iglesia le reconocía desde Berkeley (donde se hallaba dando clases, aunque afectado por una crisis nerviosa o sobrepresión laboral que requirió su hospitalización: *break down* le diagnostican los médicos) su creencia de que las relaciones entre colegas debieran alejarse de excesivas tensiones personales:

Saludos a Silvio y a O’Gorman, si los ve. ¿Siguen dedicados al grato deporte de no poderse soportar mutuamente? No sé cómo diablos se va a poder trabajar con esa tendencia centrífuga que por lo visto engendran las altiplanicies —y conste que no lo digo por los mexicanos, porque los españoles les están dando ciento y raya.¹⁵

En cambio, en otra carta de fecha intermedia —28 de mayo de 1943— a su amigo el filósofo Eduardo Nicol (ciertamente, un interlocutor tan crítico como él respecto al *establishment* académico en México) le confía su plan de vida, con cierta molestia por estas relaciones personales con Silvio: “Tengo como siempre, mi clase en el seminario de El Colegio de México dirigido ¡ay! por Zavala”.¹⁶ Tal vez se trate de otro diferente momento subjetivo o, posiblemente, de una mayor confianza con el interlocutor (que no era superior suyo, como los otros dos), o tal vez incluso de una comprensible incomodidad personal por una dependencia profesional de una persona de menor edad, aunque reconocidamente capaz. Las relaciones de vecindad entre ellos se habían dado previamente en el ámbito español del Centro de Estudios Históricos, donde ambos estaban becados y donde Iglesia aparece

encargada, Citlali Nares Ramos. El nuevo librito de Zavala debe de ser *New viewpoints on the Spanish colonization*.

¹⁵ Carta procedente del mismo Archivo y caja, exp. 22, p. 3v de esa fecha. La reseña anterior que le dedicara Zavala en la *Revista de Historia de América*, bajo su dirección, a la salida de *Cronistas e historiadores de la conquista de México* era menos amistosa, no comprendiendo la breve extensión dedicada a Fernández de Oviedo y Pedro Mártir, aunque era debida a su menor relación con el “ciclo de Cortés”, tema central del libro. Silvio también tenía sus cambios de opinión y alguna pasión. En todo caso, alguna estudiosa experta como Clara Lida ha podido titular un homenaje a Silvio de El Colegio de México como “Silvio Zavala o la pasión del oficio”, llegando a afirmar que se “opone deliberadamente [...] al fetichismo de los datos”.

¹⁶ Debo el conocimiento de esta interesante carta a mi amiga y colega mexicana Aurelia Valero.

con una cierta veteranía en el cuerpo de redactores de la revista *Tierra Firme* (jefe de redacción).¹⁷ Creo que el asunto relativo de su personal oposición —supuestamente polar— merece un estudio más detenido, que nos asegure de la evolución recíproca de sus ideas sobre la historia y, en particular, de la relación especial del tiempo presente con el pasado.

LA RECIENTE EDICIÓN CRÍTICA DEL PADRE ACOSTA

En el caso concreto que nos interesa ahora, O'Gorman acompañó su temprana edición de Acosta en el Fondo de Cultura Económica (en 1940) de un análisis minucioso de la estructura de la obra, además de un listado completo de las autoridades y obras citadas por Acosta, así como de un estudio de su recepción posterior en México, defendiéndole valientemente de la acusación de “plagiario” respecto del padre Durán, frecuente en México (parte ésta que constituyó su aportación particular a la segunda edición del mismo libro del FCE, en 1962). A partir de 1979 se recogerían ambos prólogos en las sucesivas ediciones, pues se han hecho otras reimpressiones de sus estudios y ediciones (1979, 1985 y 2006, además de tres ediciones parciales o reducidas a la parte de historia moral para estudiantes, desde 1963). Sin ningún género de dudas, el país que ha editado más veces al padre Acosta en el siglo xx es México y, en particular, en el Fondo de Cultura Económica.

Para reflejar mejor mi deuda personal con el doctor O'Gorman, me referiré primero a algún detalle de mi reciente edición de Acosta, para luego examinar de cerca su procedimiento particular, así como los primeros comentarios dedicados a esa edición mexicana por el joven crítico de crónicas, Ramón Iglesia. Creo que estoy en deuda con ambos, pero sobre todo quiero mostrar hoy una convicción personal: que la apuesta por “establecer” la verdadera personalidad de un autor pasado —su punto de vista personal— es base fundamental de una edición renovadora. El establecimiento de la identidad o *autoría* suele tener una naturaleza refutativa y polémica, respecto al texto pasado, y da lugar a su vez a disensos sucesivos en los lectores: efectivamente, si no hay una apuesta personal contra el modelo editorial anterior, produce otras respuestas creativas interesantes.

¹⁷ Cf. ensayo de S. Bernabéu, “La pasión de Ramón” y la reedición facsimilar a cargo suyo y de Consuelo Naranjo de la revista *Tierra Firme*.

Hay una íntima conexión autorial, de tipo reflexiva, entre el proceso que conduce desde la imitación en la traducción al de la construcción y crítica por parte del traductor. Desde luego, O’Gorman es un caso bien ejemplar de hombre polémico y creador, al mismo tiempo, y es natural que su espíritu polémico engendrara tantas soluciones nuevas, al mismo tiempo que las inspirase a muchos otros (aunque él no se ocupase de crear una escuela, e incluso reconociese al final de su vida que apenas tenía discípulos).¹⁸

La autoría verdaderamente innovadora se construye, casi siempre, sobre la “deconstrucción” de los modelos que queremos superar. Ya sabemos que este programa propiamente derridiano se debe originalmente al filósofo Husserl (tan bien divulgado en México por los traductores republicanos del FCE, acogidos en el seno de El Colegio de México).¹⁹ De otro modo lo dijo luego el lingüista Fernando Lázaro Carreter,²⁰ refiriéndose a la construcción quijotesca del género de la novela moderna: que su autor necesitó para construirla de nuevo, proponerse sistemáticamente “superar” el género previo sobre el que montó su innovación, la novela de caballerías. Esta relación polar entre los estados de opinión previos y las actitudes replicantes la experimenté yo también: en mi tesis aposté por el supuesto de que existían unos estimables ancestros hispanos de la disciplina antropológica, a lo largo del siglo XVI. Lo cual contradecía frontalmente un estado de la cuestión previo, que enfatizaba que caracteres culturales americanos eran difíciles de comprender por los observadores cristianos y, en todo caso, sus libros no fueron tolerados por la censura hispana (si bien algunos autores lo hallaron posible, en parte solamente, gracias a la variedad de tradiciones bíblicas y del huma-

¹⁸ Véase la entrevista concedida a Teresa Rodríguez de Lecea en 1995, ya muy mayor, llena de confidencias sobre amigos y maestros íntimos, donde se trasluce su enorme independencia personal. Eso no significa que muchos no se hayan reivindicado sus discípulos. Véase el testimonio de Josefina Zoraida Vázquez, en respuesta a esta entrevista: “gran parte de los historiadores formados en la Facultad de Filosofía y Letras en las décadas de 1950-1970 fueron, de una forma u otra, sus discípulos”, así como los numerosos testimonios dejados por éstos (Juan A. Ortega y Medina, A. Lira, A. Matute). Véase como eco lejano de su magisterio los numerosos homenajes rendidos por sus discípulos (directos o indirectos) en la revista de la iberoamericana *Historia y Grafía* (2005) o la francesa *Nouveau Monde-Mondes Nouveaux* (2012).

¹⁹ Me hago eco de las explicaciones genéticas entre Derrida, Heidegger y Husserl de parte del profesor Anthony Stanton, en este mismo coloquio hispano-mexicano, a propósito de la obra literaria y filosófica de Octavio Paz. La bibliografía, ofrecida al respecto *online*, sobrepasa toda medida. He abordado parcialmente este problema de la relación entre autor y lector en mi introducción al monográfico sobre “El antropólogo como autor”.

²⁰ “Sobre el género literario”.

nismo clásico).²¹ Para mostrar razonablemente la existencia de ese excepcional precedente protoantropológico, había recalado yo en la conocida historia indiana del jesuita José de Acosta: porque esta obra —según reconocían varios manuales del campo antropológico— no sólo se había editado, divulgado y traducido muchas veces a lo largo de los siglos (al contrario de una gran parte de los informes misionales más interesantes, como los de Bernardino de Sahagún, Las Casas o Juan de Tovar), sino que había logrado convencer con habilidad a los lectores curiosos de que las sociedades americanas eran “civilizadas”, y por ello dignas de un método “apostólico” (es decir, pacífico y razonable) de evangelización, ya preconizado por Las Casas. Esto valía especialmente para las dos sociedades indianas ubicadas en el centro del Valle de México y en los Andes centrales, que son las únicas sociedades descritas con detalle en su famosa historia indiana.

Ambos imperios prehispánicos (primero el peruano y luego el mexicano) serían los primeros campos misionales en la América española de la Compañía de Jesús, que prefería usar a las élites indianas en su estrategia selectiva de conquista espiritual para facilitar su aceptación generalizada: tal estrategia era algo así como su *marca* de fábrica. Su colegio mexicano de Tepotzotlán pretendió llevar a cabo este programa, que había fracasado poco antes en el famoso colegio de Tlatelolco en manos franciscanas, quienes educaron a la nobleza indiana para que fuera ella misma la evangelizadora de su pueblo. Esta experiencia paciente, conducida de modo protagonista por el padre Tovar, impresionó vivamente al padre Acosta a su paso por la Nueva España de retorno a España (1586-1587), quejándose de no obtener todo el apoyo de los colonos españoles, como había ocurrido igualmente en el caso precedente franciscano:

Ninguna cosa más me ha admirado ni parecido más digna de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar sus hijos tenían los mexicanos.

²¹ Esta explicación del valor mediador de las propias tradiciones (cuando son críticas) para comprender a otras ajenas, fue desarrollado excepcionalmente por el arqueólogo peruanista John H. Rowe, con base en la definición del humanismo como creador de un punto de vista distante respecto al pasado clásico, por obra de Momigliano y Panofsky. Véase su magistral argumentación “The Renaissance Foundations of Anthropology”, que ha sido comentada y divulgada por el profesor John H. Elliott, en su famoso ciclo de conferencias *El Viejo Mundo y el Nuevo*. A decir verdad, los argumentos de O’Gorman sobre el humanismo indigenista de Acosta, en su edición de 1940, adelantaban parcialmente esta propuesta.

Porque, entendiendo bien que en la crianza e institución de la niñez y juventud consiste toda la buena esperanza de una república (lo cual trata Platón en sus libros *De legibus*), dieron en apartar sus hijos de regalo y libertad —que son las dos pestes de aquella edad— y en ocupallos en ejercicios provechosos y honestos [...]. Gran orden y concierto era éste de los mexicanos en criar sus hijos: y, *si agora se tuviese el mismo orden en hacer casas y seminarios donde se criasen estos muchachos*, sin duda florecería mucho la cristiandad de los indios. Algunas personas celosas lo han comenzado, y el Rey y su Consejo han mostrado favorecerlo, pero como no es negocio de interés va muy poco a poco, y hácese fríamente.²²

La estimación evidente del modelo educativo indiano como base de la propia pedagogía cristiana, por parte de un misionero jesuita, ayuda a comprender la simpatía que produce esta obra a un lector antropólogo. Mis primeros intentos de rescatar esa “tradición antropológica” colonial fueron concebidos precisamente con el caso de Acosta. Pero mi política reivindicativa de una historia intelectual española no fue realmente antropológica hasta que decidí dar la voz a los propios sujetos intelectuales reivindicados: es decir, debía proceder a una edición crítica donde el autor reivindicado pudiera dirigirse a nuestros contemporáneos, mostrando su modernidad por sus propios medios. Mi primer director de tesis, el conocido editor de crónicas indianas Juan Pérez de Tudela, siempre se extrañaba de que yo usase indiferentemente diversas ediciones del padre Acosta: sea la de O’Gorman de 1940, o la poco posterior del jesuita Francisco Mateos en 1954. En principio usaba yo indiferentemente ambas ediciones (mientras redactaba varios estudios sobre Acosta entre 1974 y 1978 sobre sus ideas evolucionistas, funcionalistas, comparadas y misionales sobre las sociedades indianas), asumiendo posiblemente que no debía haber mucha diferencia con el original, o entre las ediciones mismas. Yo no sentía necesidad alguna de hacer una edición propia hasta que pude percibir, finalmente, que la mejor manera de entender un mensaje del pasado es leyéndolo “directamente”, sin

²² *Cursivas mías.* José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro VI, cap. 27 (“Del cuidado grande y policía que tenían los mexicanos en criar la juventud”). La frase había sido destacada por el propio Iglesia, junto con otras pocas, en su segunda reseña de la edición de O’Gorman, que veremos enseguida. No hace falta agregar que la actividad del padre Tovar en Tepetzotlán había sido precedida por la suya propia, como provincial jesuita peruano, en la misión de Juli (1576-1586), a orillas del lago Titicaca, lo que seguramente favoreció su estrecha complicidad con el padre Tovar.

necesidad de glosa alguna (siguiendo en realidad una “lógica” etnográfica, de contacto con el informante en su propia lengua, sin intérpretes). Eso requería un esfuerzo crítico editorial, que pudiese al alcance del lector actual las “coordenadas” del autor lejano, a través de la conveniente puntuación, anotación y glosa, algo no demasiado lejano de la llamada “descripción densa”, que un autor como Clifford Geertz considera que aproximan al antropólogo en el campo al editor de manuscritos antiguos: “Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de ‘interpretar un texto’) un manuscrito extranjero [...] El análisis consiste, pues, en desentrañar las estructuras de significación [...] más bien se asemeja a la [tarea] del crítico literario”.²³

En realidad, la manera de proceder editorialmente de O’Gorman o Ramón Iglesia, mis modelos tempranos, no se alejaba mucho de la estética antropológica: la que se precia de dejar hablar a sus informantes en su propia lengua. Un programa así no es irrelevante a la propia filosofía: equivale a lo que, más o menos, un filósofo como Gadamer llamaría “colocarse el lector en el mismo horizonte del autor”.²⁴ Gran parte de la tarea actual de la filosofía procede de un diálogo con su propio pasado, a base de ediciones y traducciones de los filósofos clásicos (de hecho fue la labor de Ortega y sus discípulos en la España moderna, y también en el México republicano), y en esa tarea traductora-interpretadora de los clásicos se ha dado inicio riguroso a muchas disciplinas. No se sabe qué ocurre antes, entre estas dos labores (si es la mirada nueva del presente la que permite releer a los clásicos, o es la nueva lectura de los mismos la que produce una nueva mirada al presente), pero posiblemente se parezca al problema del huevo y la gallina, como un debate abierto en que ambas partes se requieren a la vez.

Era sorprendente que no se le hubiera dedicado todavía en el siglo XXI una edición medianamente correcta a una obra como la historia indiana de

²³ “La descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*, p. 24.

²⁴ *Verdad y método*. Sobre la relación entre filosofía y teoría histórica, es relevante tener en cuenta el mérito de O’Gorman, acusado de filósofo pero siempre reclamándose de la historia. Es interesante la observación al respecto de G. Zermeño, “Historia y Gráfica”, p. 958, en una reciente historia institucional: “Cada vez hay más historiadores interesados en la ‘teoría’ sin significar por eso el abandono de la investigación empírica. Éste es uno de los cambios centrales que parecen observarse en esta nueva generación en relación con la que deslindó la historia de la filosofía e hizo la reflexión sobre el oficio de la historia un asunto de ‘filósofos’”.

Acosta: porque se trata de una especie de Baedeker (libro ejemplar de viaje) para el conocimiento de la cronística indiana.²⁵ Se trata también de un texto clásico como crónica de Indias, con quien todavía se solazan habitualmente los estudiantes estadounidenses de español: de hecho, es la crónica indiana de la que se dispone ahora de más ediciones, españolas y no españolas (alrededor de una docena están circulando simultáneamente, contando sus varias versiones en castellano, inglés, francés e italiano, y los varios facsímiles, discos compactos y varios accesos *online*, tanto en castellano como en inglés). Una buena parte de ellas son mexicanas, debidas a O’Gorman.

La cuestión que me quedaba por resolver era saber cuál era la edición que correspondía hacer de Acosta en nuestros días, como antropólogo, ateniéndome respetuosamente a la tradición histórica y al contexto literario propio de los textos de su tiempo (el Siglo de Oro, pues había salido primero en la Sevilla de 1590, en Barcelona al año siguiente y en el Madrid de 1608), pero sin perder un ápice de su contenido etnohistórico y de sus matices descriptivos acerca de dos sociedades americanas conocidas directamente por el autor (México y Perú). Por ello dudaba entre dos polos posibles, al llevarla a cabo, entre reclamar la “libertad” formal de los traductores (actualizándola al presente) o, más bien, atenerme a la fidelidad de los editores críticos.

En España, aparte de varias copias *online* (Cervantes Virtual y CD Mapfre) y tres ediciones facsímiles recientes (respecto de la príncipe de 1590, pero también de las dos clásicas de 1792 y 1894), sólo hemos sabido en el

²⁵ Con él aprendió castellano el historiador suizo alemán Adolph Bandelier, el analista de crónicas castellanas que asesoraba al famoso abogado-antropólogo Lewis Henry Morgan, autor de *La sociedad antigua*, quien sostenía tenazmente que la sociedad azteca no era superior a la liga iroquesa, a pesar de los esfuerzos traductores de Bandelier en mostrarle la legitimidad de los testimonios de los cronistas. La obra de Morgan más conocida es *Ancient Society* (1877), y fue determinante no solamente para la conformación de la teoría evolucionista en antropología, sino para formular las base del famoso texto teórico de Carlos Marx y Federico Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*. Existe una versión mexicana del profesor Ignacio Bernal de las cartas cruzadas entre Bandelier e Icazbalceta, su amigo e informador mexicano (que actuó de padrino en su bautizo católico y fue su confidente de las presiones recibidas de Morgan), en la que participó el antropólogo estadounidense Leslie White, editor previo de las cartas Bandelier y Morgan: *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*. Fue Bandelier quien comunicó a Icazbalceta la correspondencia entre Acosta y el padre Tovar, con la que le libraron ambos del sambenito de plagario, tema abordado por O’Gorman en las dos versiones de la obra de Acosta (México, FCE, 1940 y 1962).

último medio siglo —entre estas dos generaciones ocurridas entre 1554 y 2008— proceder a copiar la edición mexicana de O’Gorman de 1940, olvidando incluso el modelo del padre Mateos en la Biblioteca de Autores Españoles.²⁶ Lo que se explica más bien por la política divulgativa de la editorial popular Historia 16 (concebida así en general, para la oportuna colección Crónicas de América), no por la incapacidad o falta de voluntad del editor: lo que tenía sus indudables ventajas, porque se sabe que esta colección de crónicas de Indias cumplió un papel recuperador de esta literatura antigua ante el lector moderno. Pero no se preocupaba por elaborar ediciones críticas propias, en general, a pesar de contar con los autores que podían hacerlo.

Desde mi proyecto doctoral sobre las crónicas indianas yo no buscaba ya noticias etnográficas aisladas (de valor en el presente), como pretende hacer la tradición etnohistórica, sino que solamente me interesaba el esquema intelectual o cuadro explicativo que subyace en ellas, en las mejores de ellas, para probar su valor intelectual en nuestra tradición profesional. Es decir, las trataba como ancestro antropológico, lo que no era común en todas ellas, no como fuente etnográfica. Por ello, una vez localizada la crónica adecuada, la decisión personal posterior de una edición crítica no tardó en llegar, pues ya no me conformaba con las poco cuidadas ediciones ajenas. Dadas las eruditas propuestas historiográficas del joven O’Gorman y el aura “historicista” que desprendían,²⁷ yo había asumido la superior proxi-

²⁶ Efectivamente, la edición de 1987 y 2002 en la colección de Historia 16, 34, por parte del profesor José Alcina, es una copia de la de O’Gorman (aunque con un estudio introductorio algo actualizado).

²⁷ Incluso traduciría poco después el famoso texto de Robin George Collingwood, *The Idea of History*. Otro traductor prolífico de libros de metodología histórica era Ramón Iglesia (J.T. Shotwell 1940, G.P. Gooch 1942, Lesley B. Simpson 1945), publicados generalmente por el FCE. O’Gorman fue luego más bien traductor de textos clásicos (Adam Smith, David Hume, John Locke, Francis Bacon...), aunque en su tesis de maestría *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, publicada en 1947, trató de hacer lo mismo, combatir de frente el positivismo historiográfico. Durante mucho tiempo impartió en la UNAM un curso de historia de la historiografía, a veces llamado filosofía de la historia, y era tenido más como filósofo que como historiador, por ese antipositivismo militante que le llevó a enfrentarse a Silvio Zavala y Rafael Altamira en los años cuarenta, asociando en esta empresa a R. Iglesia, el cual también daba un curso de historia de la historia o historiografía en El Colegio de México. Se han esforzado por destacar su común punto de vista vitalista y orteguiano los tres historiadores mexicanos que más se han ocupado de R. Iglesia (Ortega y Medina, Álvaro Matute y Andrés Lira), así como su propia hija, María Fernanda, en 1999. Asimismo lo hace el excelente artículo de Salvador

midad al texto original de parte del historiador mexicano, cuyo esfuerzo de leer “entre líneas” siempre había admirado en mi proyecto de historia intelectual de las crónicas de Indias. De la edición de O’Gorman me valía su excelente estudio introductorio, que le rescataba como proyecto intelectual humanista, pero no su edición, que no estuvo cuidada por él mismo sino por un alumno.

Mi opción editorial crítica de Acosta tampoco es una idea del todo original, la debo realmente al distinguido arqueólogo peruano John H. Rowe que, en un artículo muy citado sobre la etnografía del siglo XVI, eligió a este autor como ejemplo temprano de etnología comparada.²⁸ Se tomó entonces la molestia de “traducir” el proemio latino añadido por el autor a su tratado misional (Salamanca, 1588) para “descubrir” el pensamiento evolutivo y comparado del autor sobre las culturas americanas, oculto en las otras dos traducciones españolas de este manual. Por él pude concebir finalmente a Acosta como el principal precursor nacional de la antropología, cuyos textos interesaba estudiar con el detalle filológico adecuado al modo refinado que requería un humanista. En realidad, fue a partir de la propuesta filológica de Rowe como decidí leer detenidamente la historia indiana de Acosta, usando críticamente la edición príncipe de 1590 (por medio del facsímil valenciano de 1977) en contraste con dos versiones recientes: la edición modernizada de Mateos de la obra de Acosta en 1954, junto a otras obras del autor, y los sofisticados estudios introductorios y anotaciones de O’Gorman (primeramente en 1940 y luego en 1962).

Ahora quiero mostrar un breve cotejo comparado de las dos “lecturas” ofrecidas por O’Gorman y Mateos. En cuanto al aspecto editorial, O’Gorman no tuvo ningún cuidado de tipo *textual* en ninguna de las ediciones de Acosta publicadas en 1940 por el Fondo de Cultura Económica. La suya carece sencillamente de citas textuales, a pesar de sus eruditas aclaraciones sobre la vida y la obra del autor.²⁹ Podría interpretarse que el cuidado tex-

Bernabéu de 2005, en España. Aunque, en este caso, tengo la impresión de que se ha querido hallar para su comprometido método histórico una explicación psicológica —su carácter apasionado, que da título al propio trabajo— en desmedro evidente del conocimiento profesional: “En ocasiones le faltan las herramientas metodológicas. Estamos en los años cuarenta del siglo pasado y la historia de la historiografía está todavía por hacerse en el Americanismo” (p. 770).

²⁸ “Ethnography and Ethnology in the Sixteenth Century”.

²⁹ Al contrario del cuidado textual que tuvo el padre Mateos, editor inmediato en 1954, a pesar de que se trata de una obra publicada en una colección popular, la Biblio-

tual lo hayan tenido otros (sus alumnos), por los agradecimientos incluidos al inicio y al final de la edición: diríase que el cotejo textual inicial (“establecer el texto”) lo haya hecho la señorita Selma Castillo en 1962, y de la corrección de pruebas (“cuidado de la edición”) se ocuparon dos personas diferentes, en 1940 y 1962. Lo cierto es que no sabemos el “criterio editorial” adoptado por el editor, aunque —por su comportamiento en las referencias a citas diversas, recogidas en las numerosas notas del autor— se ve que manejó simultáneamente la edición príncipe, la ilustrada de 1792 y la preedición latina de algunos libros, como parte del tratado misional.³⁰

Deducimos que el criterio editorial de O’Gorman fue paleográfico, no modernizante como el del padre Mateos, porque sigue el hábito del siglo XVI de no hacer puntos y aparte dentro de los capítulos: por cierto, una fidelidad poco útil para la tarea de la lectura “densa”. Asimismo, porque incluye con las presentaciones del autor las aprobaciones y tasas impuestas al libro, y pone las cursivas y paréntesis originales. Pero también agrega a veces algunos entrecomillados propios, elimina contracciones y puntúa por su cuenta, sin advertir de ello. No recuerdo haber visto que corrigiese explícitamente al original, sino solamente un caso cuando el término erróneo *naciones*, referido a los discursos, es sustituido por un inteligente “*sic*. Debe ser *oraciones*” (libro VI, cap. 7). Lo que realmente interesaba siempre hacer a O’Gorman era su selecto estudio introductorio, de tipo intelectual (cuyo texto en la edición de 1940 no coincidía con el texto de la de 1962).

Por el contrario, la edición del padre Mateos de 1954 carece de un estudio introductorio de alto vuelo (aunque incluye editorialmente más textos acostianos que la historia indiana: el tratado misional y otro conjunto de textos más breves que titula “Escritos menores”). Pero Mateos tiene verdadera “conciencia” textual, y dedica dos páginas de su introducción de 59 páginas a explicar las “Normas seguidas en la presente edición” (pp. xlvi-xlvii). Ello le obliga a un trabajoso método de cotejo de cada término destinado a modernizar el texto (ortografía y puntuación) sin atentar contra lo esencial.

teca de Autores Españoles de Rivadeneyra, carente de ediciones críticas. Es curioso que el padre Mateos no mencione esta precedente edición mexicana (aunque tampoco ninguna las anteriores), ni O’Gorman la española reciente en ninguna de sus reediciones.

³⁰ *De natura Novi Orbis*, añadido de 1582 al tratado misional, son dos libros introductorios —luego los traducirá como libros I y II de su historia indiana— que incluyó Acosta como amenidad para satisfacer la curiosidad de sus lectores. Exactamente dice el autor, en carta al preposición general, que esta introducción naturalista “servirá de salsa para algunos gustos” (Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1954: xxxvii).

Declaró al respecto: “se han conservado todas las formas de dicción en su fonética, tales como se usaron a fines del siglo XVI y las escribió Acosta” (p. xlvi). Ello anuncia de alguna manera la pretensión de una edición más crítica.³¹

LA OPINIÓN DE RAMÓN IGLESIA ACERCA DE LA EDICIÓN DE ACOSTA
POR O’GORMAN Y SU COINCIDENCIA HISTORICISTA

Lo importante para el joven Edmundo O’Gorman (en lo que constituyó su primera publicación de crónicas indianas, luego proseguida activamente) no eran los problemas textuales de la edición (que tal vez consideraría un rasgo de historiador positivista), sino principalmente su interpretación intelectual. Ello va a ser destacado especialmente por su aliado Ramón Iglesia, que le dedica dos comentarios en la revista *Letras de México*, casi sucesivos (del 15 de marzo y del 15 de julio de 1940, el mismo año en que se publica), sumando entre ambos la extensión de un artículo propio, de 14 páginas. Ambos comentarios serán recogidos en 1944, cuando sale a la luz su famoso texto *El hombre Colón y otros ensayos*, que acoge como segunda parte del mismo una extensa “Crítica de libros” de casi 80 páginas. Un analista experto en R. Iglesia ha destacado el valor especial de sus numerosas reseñas de libros: “Leer reseñas de Iglesia es aprender los fundamentos de ese oficio. En todos sus textos críticos aparecen su pasión y su compromiso. La crítica como un ejercicio de la mayor profesionalidad, sin hipocresías, sin silencios”.³²

En este apartado se refiere a una quincena de obras, casi la mitad de ellas publicadas también en la joven editorial FCE: por eso tal vez se tiene interés en precisar en esta obra, en el colofón: “Esta edición estuvo al cuidado de Daniel Cosío Villegas”. Se trata nada menos que del director de la editorial, el que se interesa en este proceso editorial ahora incipiente, aquí puesto bajo su atenta lupa.³³ No se crea que fuera un caso normal

³¹ He realizado una comparación minuciosa de ambas ediciones, mexicana y madrileña, en F. del Pino: “Hermenéutica y edición crítica de la *Historia natural y moral de las Indias*, del padre Acosta”.

³² A. Matute, “Introducción” a R. Iglesia, *El hombre Colón*, p. 11.

³³ El comentario específico y reiterado a la edición acostiana de O’Gorman, y el afán del director de la editorial de poner su nombre en el colofón del libro, deriva de que se trataba justamente del único libro reseñado de los publicados por el FCE que no era traducción, como los otros cinco reseñados. Y además realizada por parte de un miembro

en los libros editados por el FCE. Pues bien, al comienzo de los comentarios de Iglesia referidos a O'Gorman (que se titula “Un estudio sobre el P. Acosta”) ya se da a entender el interés intelectual de esta edición, que es la primera de la serie que O'Gorman nos va a proporcionar, mientras combate en la arena académica en contra de la escuela positivista de historiadores nacionales:

[...] ya va siendo tiempo de perder el miedo, y de hacer estudios y no contribuciones,³⁴ de que utilicemos nuestra capacidad de selección y de interpretación en esa enorme masa de materiales que se va acumulando, y que corre peligro de ser cada vez más difícil de abarcar, dada su inmensidad. De ahí que resulte excepcionalmente interesante el estudio que motiva estas líneas. El ansia de soltar amarras que van sintiendo ya muchos historiadores jóvenes, con pleno conocimiento del riesgo que ello implica [...] fluye a lo largo de las páginas del apretado estudio que Edmundo O'Gorman acaba de dedicar a la *Historia natural y moral de las Indias*, del P. José de Acosta [...] apreciamos desde la primera línea hasta la última una reflexión tensa, una actitud alerta, decidida, de buen cazador de ideas, que contrasta abiertamente con la modorra de pescadores de caña en que están sumidos los historiadores positivistas, a quienes sólo muy de tarde en tarde sacude de su sopor el tirón del pez en el anzuelo —el suspirado documento inédito.³⁵

Tras recordar el valor del prólogo de O'Gorman, según declara su autor, para “actualizar la obra, es decir [...] ofrecer al lector un punto de vista adecuado desde el cual puede situarse para considerar la obra en cuestión”

de El Colegio de México sobre un colega distinguido, aunque rival institucional. Por muchos años, el FCE será el destino natural de la producción de El Colegio de México, aprovechando en sus traducciones numerosas y sistemáticas la erudición de los exilados españoles contratados allí. La calidad de las posteriores traducciones del FCE no es la misma. Eso explica asimismo que Cosío fuera, además de director del FCE, el secretario de El Colegio de México, y que tuvieran siempre residencias juntas ambas instituciones, hasta hoy día. Tal vez se trate de un caso bastante excepcional de traducciones programadas (iniciado, pero no emulado, en el Centro de Estudios Históricos español, su modelo institucional), claro indicio de la ambición de “construcción” científica que tenía el proyecto conjunto de ambas instituciones. Hemos abordado brevemente el problema en “El Fondo de Cultura Económica y la apertura hispana a la antropología”.

³⁴ Es decir, no hacer estudios aislados y parciales, como acostumbran los historiadores positivistas.

³⁵ R. Iglesia, “Un estudio sobre el P. Acosta”, en *El hombre Colón*, 1944, p. 262.

(p. 262), Iglesia vuelve a ponerlo en la arena polémica y a señalar el valor en la historiografía profesional de atender a la actitud intelectual doble, del autor estudiado y del estudioso:

Cuidadosa lectura personal, lectura entre líneas. Es decir, que en lugar de adoptar la actitud desconfiada y recelosa de los positivistas [...] O’Gorman interroga hábilmente al texto de Acosta para conseguir que le entregue su verdad, el sistema de ideas y los conocimientos que en él existen [...] la captación de la unidad viva y coherente, de la totalidad de la obra examinada [O’Gorman se opone] al punto de vista —porque también eso es un punto de vista, aunque sus partidarios no quieran reconocerlo— según el cual las obras históricas son simples minas o canteras a las que exclusivamente se acude en busca de materiales. Postula un tipo de conocimiento histórico más próximo del filosófico que del puramente científico —en el sentido que hoy se considera corrientemente este último— basándose de preferencia en el esfuerzo reflexivo sobre datos ya conocidos, y no en la simple acumulación de datos nuevos [...]. Nadie mejor que O’Gorman, subdirector del Archivo General de la Nación, sabe lo que puede dar de sí la rebusca paciente y la publicación de documentos. Por eso tiene más mérito que [...] aborde estudios como el que nos ocupa, que entrañan el riesgo de toda aventura intelectual y señalan una orientación a seguir [...]. No cabe tener conciencia del pasado sin tener conciencia de sí mismo [...] pero hay que arriesgarse.³⁶

El mes de julio del mismo año, 1940, la revista *Letras de México* publica otro comentario de Iglesia dedicado a la edición de O’Gorman, pero en este caso centrado en el análisis de la obra editada, no en el editor (titulado por ello “La historia del P. Acosta”). Aunque no menciona nuevamente el mérito del editor, sigue la senda del mismo de valorar la obra “en sus propios términos”. Destaca la sensibilidad del jesuita ante la naturaleza del Nuevo Mundo, su curiosidad ante los fenómenos naturales que los sabios antiguos del mundo clásico no comprendieron ni conocieron, así como su especial atención a los fenómenos humanos (necesarios para su mejor adaptación de método misional), su estima de los sistemas de gobierno y pedagogía (que ya destacamos nosotros al principio, usando su misma cita). Todo para terminar reconociendo su mérito doble naturalista y etnográfico, pero no *historiográfico*, porque Acosta no se ocupa de los españoles:

³⁶ R. Iglesia, “Un estudio sobre el P. Acosta”, 1944, pp. 262-267.

Lástima que Acosta, cuyo libro es tan rico en contenido para las ciencias naturales, la etnografía, la historia económica, no diera más cabida en él a la historia propiamente dicha. Los bocetos que traza del desarrollo de los imperios inca y mexicano, los breves capítulos que dedica a la conquista de la Nueva España según las fuentes indígenas, nos muestran cuál era su talla de historiador, y nos hacen lamentar que no hubiera tratado estos temas con más amplitud (1980, p. 274).³⁷

Nosotros, obrando “a la recíproca” de esta observación de Iglesia sobre la falta de atención del jesuita a la acción española en su historia de los indios, hubiéramos querido por nuestra parte que estos dos grandes analistas de fuentes coloniales (unidos además en una empresa común, en el seno de El Colegio de México y de la UNAM, y al frente de un ejército de jóvenes historiadores) se hubieran dedicado enteramente (y no ocasionalmente) al análisis de las fuentes etnográficas. Todo su énfasis en comprender las fuentes en su contexto e integridad nos hubieran hecho avanzar notablemente en nuestra interpretación de las antiguas culturas del Valle de México. Pero, ante la limitación inevitable señalada (de su interés exclusivo por la acción española en el Nuevo Mundo), nos conformamos con que nos hayan ofrecido ambos autores un método de análisis, y una cosecha tan abultada de ideas que llevar a la práctica en nuestra tarea académica actual.³⁸

³⁷ Un año menor que Iglesia, el comportamiento de O’Gorman fue leal y recíproco: el mismo año que recibe su reseña de Acosta (en *Letras de México*, marzo y julio), le devuelve la atención reseñando en dos entregas de la misma revista (en marzo y abril, es decir, en medio de estas dos reseñas) la salida ese mismo año de dos libros suyos: *El Victorial* y *Baraja de crónicas castellanas*, en la editorial Séneca, titulándolas “Dos obras de Ramón Iglesia”. Y el sentido de su énfasis historiográfico es el mismo de Iglesia, mostrar que el historiador (incluso el medievalista, como es el caso referido) debe comprometerse a sí mismo con el pasado, acercarlo al lector y no juzgarlo fríamente y con distancia: “El lector emprende un viaje al pasado para después regresar enriquecido [...] Gracias a esta convicción, a ese sentir el pasado como algo propio, es posible referir ese conocimiento a lo más íntimo y definitivo del sujeto, que es su ser”.

³⁸ Esta preocupación por el lado creativo, y no positivista, de la investigación científica se nota en otro exilado notable, esta vez sí que antropólogo (Ángel Palerm), que reclamaba la necesidad de proceder a dar explicaciones teóricas a los hechos sociales, además de acumular documentación sobre ello. Su interés por la teoría antropológica lo combinó, como R. Iglesia, con su interés en traducir textos relevantes y en conceder mucha atención a la historia de la disciplina. En realidad, Palerm se inspiró igualmente en otro hombre de Berkeley, el antropólogo Julian H. Steward, discípulo de A.L. Kroeber, que se rebeló frente a las limitaciones teóricas puestas por la escuela boasiana. Podría

Creemos que la modernidad que les podemos pedir ya la mostraron al aventurarse en la crítica de su comunidad académica nacional, oponiéndose solitariamente a la corriente tradicional. Uno venido de la Península Ibérica, con el patrimonio de una praxis renovadora pero sin hogar ni medios de vida, y otro que supo sacrificar la comodidad propia (e incluso su lucrativo oficio de abogado) a favor de una renovación nacional e internacional de los planteamientos históricos. Ambos dieron un paso adelante en su comunicación a la nueva generación de académicos en México y trascendieron las fronteras nacionales.

HISTORICISMO Y ALTERIDAD

Quisiera destacar de Ramón Iglesia, finalmente, una faceta que resulta particularmente llamativa (aunque no del todo compartida por O’Gorman, lo que tampoco creo que ha sido destacado por sus biógrafos),³⁹ y es su selección del ángulo de la alteridad en el estudio de los cronistas de Indias (de Bernal, de Cortés, de Gómara y de Mendieta); es decir, su atención a la actitud de éstos ante las sociedades indígenas. Destacaremos ahora solamente

decirse tal vez que el antipositivismo norteamericano era una característica generacional de los años cuarenta, si bien de sus minorías intelectuales, que aborreció la microhistoria y el documentalismo, y evolucionó en busca de leyes universales (Julian H. Steward, Leslie White, Karl Wittfogel, Paul Kirchhoff...). Estos maestros influyeron sobre los alumnos españoles de la ENA como Palerm, Carrasco, Armillas (en este caso por influencia directa de G. Childe), Lorenzo... Su ilusión paradigmática se acentuó en la antropología de los 60, provocando poco después la reacción de los neoboasianos como C. Geertz o M. Sahlins a favor del cuestionamiento postmoderno de las grandes verdades de la teoría científica, de la antropología/arte frente la antropología/ciencia, y del reconocimiento legítimo del sujeto y del relativismo circunstancial.

³⁹ En el homenaje reciente dedicado a O’Gorman por la revista *Nouveau Monde-Monde Nouveaux*, junio de 2012, coordinado por Pablo Avilés, Adrien Delmas y Alejandro Cheirif, los ensayos de José Rabasa y Federico Navarrete Linares echan de menos la atención del maestro a la capacidad inventiva indoamericana, no sólo a la europea o criolla, en una sesión conjunta titulada “Reinvención de la historia colonial”. El mismo Rabasa lo avisaba en otro ensayo diferente dentro del homenaje centenario tributado por la revista *Historia y Grafía*, 25, 2005, coordinado por Perla Chinchilla y Alfonso Mendiola. De alguna manera este homenaje nacional precede al celebrado en Francia y lo prelude, por participar varios de los mismos actores (Rabasa, Alfonso Mendiola) y otros miembros de El Colegio de México (Andrés Lira, Guillermo Zermeño) y de la Universidad Iberoamericana (Ricardo Nava).

el caso de Cortés, que es a quien dedica Iglesia una atención especial a lo largo de toda su carrera americanista. Efectivamente, desde su frustrado y lento proyecto editorial madrileño con Bernal Díaz (1932-1936, a quien comenzó considerando representante de los ideales comunitarios, frente al jefe Hernán Cortés) hasta el inesperado interés despertado luego por el papel de los capitanes en las guerras (tras la larga Guerra Civil española de 1936-1939), y su atención consiguiente a las propias cartas cortesianas y a la obra de su cronista López de Gómara (a quienes intenta “revalorizar” de un modo autocrítico), todo ello culmina en la edición de su primer libro publicado por el FCE y El Colegio de México, subtulado *El ciclo de Hernán Cortés*. Su siguiente obra, *El hombre Colón y otros ensayos*, era, en realidad, sólo eso: una serie de “ensayos” metodológicos, que se hacen eco de su Seminario de historiografía desarrollado en el ámbito de El Colegio de México, casi un prelude de lo que constituirá la tesis doctoral poco posterior de su amigo O’Gorman sobre la *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (México, 1947). De hecho, así lo anuncia Iglesia en su prólogo:

La historia —pienso en la obra histórica, en la historia-relato— no podía sus- traerse, ella menos que ningún otro conocimiento, a la crisis de nuestros días. Frente a la confiada actitud del historiador “científico” [...]. Es Croce, es Toynbee, es Huizinga, es Trevelyan, son muchos ya los que denuncian el carácter pere- ceder y limitado de la historia que ha prevalecido en la última centuria... Ensayo, pues, tentativa histórica. Ese carácter tienen los artículos aquí reuni- dos en este volumen, que abarcan un periodo de quince años, desde 1929 a 1943. Casi todos han sido publicados ya.⁴⁰

⁴⁰ R. Iglesia, *El hombre Colón*, introducción, *passim*. Llamo la atención sobre la tipología elegida por R. Iglesia para este libro, el ensayo, para señalar que este género literario fue característico del nuevo “estamento” gremial de los intelectuales y caracterizó en España a la generación del 98, adicta a publicaciones en revistas y periódicos. Fue especialmente que- rido por los filósofos orteguianos, en particular en su distintiva *Revista de Occidente* (siempre sin notas), donde participó tempranamente R. Iglesia (“El hombre Colón”, 1930, pp. 156-190) y donde abrevó O’Gorman su primer historicismo, como recuerda y reitera en su larga “conversación” con T. Rodríguez de Lecea. En el seminario sostenido por los miembros del CCHS y El Colegio de México, donde se ubica este trabajo, se señaló esta insistencia ensayís- tica como logro intelectual de la república literaria hispano-americana, en que vive todo el rato el exilio republicano. Tanto el FCE como *Cuadernos Americanos*, dos de los logros mexi- canos más ligados íntimamente al exilio republicano, cultivaron este género como caracte- rística editorial, dentro del mundo global hispanohablante. Véanse V. Díaz Arciniega, *Historia de la casa*. Fondo de Cultura Económica, y F. del Pino, “El Fondo de Cultura Económica”.

La misma búsqueda de autocrítica que caracteriza este segundo libro de R. Iglesia recorre en ese entonces la academia estadounidense de posguerra (en realidad, en plena Guerra Mundial), y por eso tiene tanto éxito su libro en ese ambiente estadounidense,⁴¹ y por eso pretenden varias universidades de Estados Unidos sus servicios. Pero, en mi opinión, la obra verdaderamente interpretativa de la historia americana es la primera (*Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 1942) donde su autor quiere mostrar el efecto iluminador de una lectura nueva de las crónicas indianas, especialmente relevante en su encuentro personal con la sociedad indiana. Es verdad que su segunda obra (de ensayo) todavía no se ha desprendido del choque que significó para un lector atento como Iglesia su propia experiencia personal (los tres años de campaña en la Guerra Civil española) sobre la evolución de su “perspectiva” histórica.⁴² es decir, su cambio de preferencia personal desde el personaje popular de Bernal a favor de Cortés. Hasta el punto que este cambio de perspectiva histórica sobre el mismo tema lo hace objeto de contraste explícito en un capítulo titulado “Dos estudios sobre el mismo tema”,⁴³ donde vuelve a publicar el segundo ensayo, ya introducido en *El ciclo de Hernán Cortés*, de 1942.

Pero, al igual que estos intentos comparados renovadores, y por encima de sus preocupaciones metodológicas, se advierte en R. Iglesia una constante inquietud por el destino de las sociedades indígenas. Y eso es lo que caracteriza subliminalmente la escritura “entre líneas” de su obra primera en México, *El ciclo de Hernán Cortés* (como decía Iglesia que debe leer el his-

⁴¹ Especialmente en la Universidad de Berkeley, donde es contratado y reside su leal amigo Lesley B. Simpson, o el relevante demógrafo Woodrow Wilson Borah, jefe indiscutido de la llamada “escuela de Berkeley”, que le muestran sus manuscritos y de los cuales habla entusiasmado a sus amigos de El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.

⁴² Se dice en su introducción: “Desde la orilla quieta de sus millares de volúmenes, los historiadores positivistas nos miran con el mayor desdén a quienes no compartimos su confianza, a quienes no consideramos el conocimiento histórico como trabajo de mampostería que se alza en estructuras inmutables, sino como juego de perspectivas [...]” (R. Iglesia, *El hombre Colón*, 1944, p. 10).

⁴³ Titulados “B. Díaz y el popularismo...”, y “Las críticas de B. Díaz a... Gómara”, en las pp. 53-96. Este énfasis sobre su evolución personal de perspectiva mereció una publicación previa, incluso repetida, lo que indica un interés teórico insistente de su autor: primero en la revista mexicana *Tiempo Nuevo*, vi, 1940, y ese mismo año en el órgano oficial de la historiografía estadounidense, *The Hispanic American Historical Review*, xx, 4, noviembre de 1940.

torizador a los cronistas, en la reseña del libro de O'Gorman sobre Acosta). Me ha sorprendido gratamente tropezarme a lo largo de la misma, con frecuencia, con los análisis que hace Iglesia de la actitud de Cortés respecto a Moctezuma y la sociedad mesoamericana (de los aztecas y de sus rivales del Valle de México). Se diría que Iglesia quería comunicar a los mexicanos contemporáneos toda la capacidad cortesiana de admiración de la naturaleza y la sociedad azteca, en su primera llegada. Y cómo fue solamente tras la derrota de Otumba, no antes, cuando se vió “obligado” a desplegar una violencia exagerada, de la que él mismo y sus compañeros españoles se hartaban y hasta avergonzaban, pues no tenía otra intención inicial que doblegar la resistencia mexica, sin lograrlo.

Una y otra vez regresa Iglesia en su análisis de las cartas cortesianas al afecto desarrollado por Cortés ante el Valle de México —la obra de su vida, le llama— y subraya sobre todo (tal vez porque quiere grabarlo en los oídos mexicanos actuales, renuentes al conquistador, del que no han leído —entre líneas, como se debe— este repudio interno de la violencia de conquista) cómo ha logrado hacerse respetar por los indios, luego de la conquista. Ni siquiera el propio Gómara (al que supone todavía redactando al dictado de Cortés)⁴⁴ es capaz de comprender este afecto cortesiano ni el efecto recíproco producido en los indios, y se permite muchas descalificaciones culturales del mundo mexicano y americano. Para terminar su ensayo Iglesia confiesa su insistente “perspectiva” indigenista del personaje, de un modo que resulta casi provocador en el México federal de sus días, pero que reproduce testimonios directos (en este caso de Cristóbal de Ojeda), que sabe interpretar “densamente”: “Asimismo sabe e vido este testigo qu'el dicho Fernando Cortés confiaba mucho en los indios desta tierra porque veía que los dichos indios querían bien al dicho don Fernando Cortés e facían lo que él les mandaba de muy buena voluntad'. Para Ojeda es éste un cargo contra Cortés. *Para nosotros es el máximo timbre de gloria a que puede aspirar, el haberse ganado la confianza, el amor de los indios.* No hubiera podido hacerlo de ser un simple tirano ávido de riquezas y de gloria” (1942, p. 69, cursivas nuestras).

No puedo concluir de ahí que nuestro autor pertenezca al ejército de los antropólogos o que se interese especialmente por el testimonio indiano. A

⁴⁴ La doctora Nora Edith Jiménez dejó asentado en su tesis madrileña, tras mucho trasiego documental y bibliográfico, que Gómara nunca fue capellán de Cortés, ni siquiera de su hijo. Véase su edición mexicana en 2001, de *Francisco López de Gómara*, pp. 99 y ss. A ella debo parte de mi entusiasmo temprano con las figuras de Iglesia y don Edmundo.

él le interesa la conquista, como a O’Gorman, como “proceso” histórico, es decir, como interacción entre ambas sociedades. Pero es notable por parte de un testigo de primera línea de la Guerra Civil entre republicanos y franquistas, la convicción suya de que la parte más gloriosa de la desgraciada guerra entre vencedores y vencidos sea precisamente la curiosidad por el enemigo, el esfuerzo en ganarse su voluntad o, al menos, en concluir cuanto antes la relación hostil.

Me gustaría terminar con la interpretación que hizo otro exilado sobre este sesgo “indigenista” de su compatriota y cofrade historiador R. Iglesia, al abordar la conducta cortesiana y, en particular, este trabajo de 1942. Javier Malagón, compañero de Silvio Zavala y estudioso reconocido de la historiografía jurídica en América, aprovecha este final “intercultural” de la obra de Iglesia (1942) justamente para confirmar una observación interesante sobre la presencia de antropólogos entre los exilados españoles de México, suscitada a propósito de su comentario particular sobre el interés historiográfico de Nicolau D’Olwer por los misioneros-etnógrafos (Sahagún-Motolinía-Mendieta):

¿Cuál fue la razón de su interés por el tema? Probablemente hay más de una, pero a mi juicio la fundamental es que vio en los discípulos del “poverelo de Asís” [todos franciscanos] la imagen del español peninsular que abandonó su tierra para entregarse en cuerpo y alma al Nuevo Mundo, y en ello había algo de su propia vida, además del interés que el español intelectual ha tenido y tiene por el indígena, lo que en una ocasión señaló el maestro Alfonso Caso al decir: “quienes más se han preocupado por el estudio del indio han sido el español misionero en la época colonial y el español republicano en nuestros días” [...] del que forman parte Juan Comas, Ángel Palerm, Pedro Armillas, Pedro Carrasco, Claudio Esteva y tantos otros que han estudiado con tanto interés al indio mexicano.⁴⁵

Es evidente la exageración (como aduce sensatamente Malagón) de Alfonso Caso a favor de los republicanos españoles, con los que colaboró activamente en el seno de El Colegio de México y de la UNAM, o desde el Institu-

⁴⁵ J. Malagón, “El historiador español exiliado en México”. Cita en la página 105, donde pone a dicho texto la nota siguiente: “Esto lo confirma Ramón Iglesia comentando la declaración de Cristóbal de Ojeda, en la residencia que se siguió a Cortés en la que le acusa de que ‘se fiaba de los indios y que éstos le querían y seguían de buena voluntad’”.

to Nacional de Antropología e Historia.⁴⁶ No puede prescindirse de reconocer señaladamente a maestros antropólogos mexicanos como Manuel Gamio, Ángel Garibay, León-Portilla, y otros muchos nacionales (el propio Alfonso Caso) que precedieron, ayudaron y colaboraron con los españoles. Y, por supuesto, tampoco cabe olvidarse de la imparable corte de antropólogos europeos y estadounidenses visitantes del México en esos días (Paul Kirchhoff, en particular, maestro de varios de esos antropólogos españoles mencionados, como Pedro Carrasco, en particular). Pero nos interesa ese énfasis por su sesgo sociohistórico, como ya dejamos asentado anteriormente, el valor histórico que concedemos al exilio en la conformación del *pathos* indigenista de los antropólogos.

Por eso nos interesa mucho el paralelismo hallado por el maestro Caso en señalar la frecuencia con que conectaron con las “otras sociedades” los misioneros trasladados el Nuevo Mundo y los exilados del siglo xx. Ramón Iglesia fue capaz de captar el valor etnográfico del padre Acosta, y poco después del franciscano Mendieta (al que consideraba otro intelectual como Acosta, en carta a Alfonso Reyes de marzo de 1944 conservada en la Capilla Alfonsina),⁴⁷ pero no sólo por sus actuaciones indigenistas sino también por su capacidad intelectual de enfocar críticamente los problemas del encuentro entre la sociedad cristiana y la aborígen. Que el timbre de gloria de Cortés en México, señalado marcadamente por Ramón Iglesia, haya sido su entendimiento de la sociedad indiana revela una clave excepcional de Cortés, tal vez poco reconocida, pero también otra de Iglesia como testimonio vital de la íntima relación entre el exilio en la vida de los observadores europeos y la empatía con el Nuevo Mundo.

Creo que no se ha destacado convenientemente el valor personal de Ramón Iglesia al hablar del indigenismo de Cortés a los mexicanos, que no siempre han aceptado de buena gana la compatibilidad entre su conquistador y su nación. Esto se parece mucho al que “habla de cuchillos en casa del herrero”. Y, para terminar, se me ocurre ver a R. Iglesia como un nuevo Cortés, ante este hecho conocido. Porque lo sorprendente no es, tal vez,

⁴⁶ Tan colaboró con ellos que terminó creando una situación incómoda para algunos, de formación antropológica (Pedro Armillas, Pedro Carrasco y Ángel Palerm), que prefirieron refugiarse por largo tiempo en la vecina academia estadounidense. Tengo hecha la biografía de estos personajes, que no fueron incluidos en mi reseña del exilio antropológico español de 1939 (F. del Pino, “Antropólogo del exilio”).

⁴⁷ “Desde luego Mendieta no desmerece nada del P. Acosta”, le dice desde los archivos universitarios de Austin, Texas.

que R. Iglesia ensayara a desengañar a los mexicanos de su mito nacional de la Malinche y de Cortés, sino que en esta empresa tuviera cierto éxito y lograra el afecto de los que eran cuestionados frontalmente. Hoy, la historiografía mexicana más crítica reconoce a R. Iglesia como un maestro renovador de su historiografía nacional. Falta ahora que lo reconozcamos de este lado del Atlántico, donde él se formó y ofreció sus especiales servicios intelectuales al temprano americanismo de la etapa republicana.⁴⁸

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, introducción, notas y apéndices de Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- , *Obras del P. José de Acosta*, vol. 73, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles—Ediciones Atlas—Ed. del P. Francisco Mateos, 1954.
- , *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Edición de José Alcina, Historia 16.
- , *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Edición Crítica de F. del Pino, CSIC.
- Avilés, Pablo, Adrien Delmas y Alejandro Cheirif (coords.), “L’Invention d’Edmundo O’Gorman”, *Nouveau Monde-Mondes Nouveaux*, 2006.
- Bernabéu Albert, Salvador, “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)”, *Revista de Indias*, LXV, núm. 235, 2005, pp. 755-772.
- , y Consuelo Naranjo (eds.), *Historia contra la “desmemoria” y el olvido: el americanismo en el Centro de Estudios Históricos y la creación de la revista Tierra Firme (1935-1937)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, CSIC—Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.
- Collingwood, Robin George, *The Idea of History*, Oxford University Press, 1946, (trad. de E. O’Gorman junto con J. Hernández Campos en México, FCE, 1952).
- Chinchilla, Perla, y Alfonso Mendiola, “Expediente Edmundo O’Gorman: la crisis y el porvenir”, *Historia y Grafía*, 25, 2005.

⁴⁸ Parece que incluso algún viejo miembro del Centro de Estudios Históricos (americanista ya fallecido, compañero de Iglesia en editar crónicas indianas, no en seguir fiel a la República española), no ha querido reconocer el valor científico suyo, ni antes ni después del exilio. Cf. el artículo de S. Bernabéu 2005 citado, y el anterior de mi colega Leoncio López-Ocón, “La ruptura de una tradición americanista en el CSIC”. Sin embargo, don Ramón ha sido reivindicado por otros amigos y familiares, como su hija la bibliotecaria María-Fernanda Iglesia Lesteiro, “Mi padre”, que dedica su ensayo a Larrea y otros correligionarios de su padre, tampoco reconocido entre colegas del Centro de Estudios Históricos como debiera.

- del Pino Díaz, Fermín, *Introducción a la etnografía*, traducción, prólogo y notas de Marcel Mauss, Madrid, Editorial Istmo, 1971, 1974.
- , “El nacionalismo en la historia de la ciencia: el caso de la Etnología”, *Ethnica. Revista de Antropología* (Barcelona), 12, pp. 97-125.
- , “Antropólogos en el exilio”, en José Luis Abellan (ed.), *El Exilio español del 39*, t. vi, Madrid, Taurus Ediciones, 1978, pp. 13-155.
- , “Repercusiones de la nueva historiografía de las ciencias en el caso de la Etnología: el problema de la profesionalización”, *Alcaveras. Revista de Antropología* (Madrid), 4, 1984, pp. 19-22.
- , “Antropología, colonialismo y minorías culturales”, *Antropología. Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos* (Madrid), 1, 1991, pp. 5-26.
- , “Hermenéutica y edición crítica de la ‘Historia natural y moral de las Indias’, del P. Acosta”, en Ignacio Arellano y José A. Rodríguez Garrido (eds.), *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericano*, Pamplona, Madrid, Ed. de la Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 1999, pp. 503-530.
- , “El Fondo de Cultura Económica y la apertura hispana a la antropología”, en Juan A. Roche Carcel y Manuel Oliver Narbona (coords.), *Cultura y globalización. Entre el conflicto y el diálogo*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2005, pp. 389-409.
- , Monográfico sobre “El antropólogo como autor...”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 63, 1, 2008, en <rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/issue/view/5>.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Elliott, John H., *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1942-1950*, Madrid, Editorial Alianza, 1972.
- Esteva Fabregat, Claudio (ed.), *I Congreso Español de Antropología: Actas*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1980.
- Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977.
- Geertz, Clifford, *La Interpretación de las Culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988 (original de 1973).
- Gooch, George Peabody, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, versión en español, de Ernestina Champourcin y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Hanke, Lewis, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Buenos Aires, Edición Sudamericana, 1949.
- Harris, Marvin, *The Rise of Anthropological Theory. A History of Theories of Culture*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Co., 1968 (traducción española en Siglo XXI, 1979).
- Iglesia Lesteiro, María-Fernanda, “Mi padre, Ramón Iglesia. Un historiador de la Generación del 27”, en *Cinguidos por unha arela comun*, homenaje al profesor Xesús

- Alonso Montero, con motivo de su jubilación, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 1243-1274. Recogido en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mi-padre-ramon-iglesia-un-historiador-de-la-generacion-del-27/html/023e5158-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html>.
- Iglesia Parga, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942. (Reediciones en 1980 y 1990 en Fondo de Cultura Económica, y 1972 en Sepsetentas, México, con introducción de Juan A. Ortega y Medina, titulada “Combate por la historia”, pp. 7-39).
- , *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944. (Reediciones en 1986 y 1994, con introducción de Álvaro Matute). Traducción de L. Hanke, 1949.
- Jiménez, Nora Edith, *Francisco López de Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*, Zamora, El Colegio de Michoacán–Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001.
- Kuhn, Thomas, “Historia de la ciencia”, en *Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales*, t. 2, Madrid, Editorial Aguilar, 1974, pp. 313-321.
- Lázaro Carreter, Fernando, “Sobre el género literario”, *Estudios de Poética*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 1985.
- Lida, Clara, “Presentación. Silvio Zavala o la pasión del oficio”, *Historia Mexicana*, xxxviii, 4, 1999, pp. 593-599.
- López-Ocón, Leoncio, “La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*” (dedicado a R. Iglesia), *Arbor* (Madrid), clx, 631-632, junio-agosto, 1998, pp. 387-411.
- Malagón, Javier, “El historiador español exiliado en México”, *Historia Mexicana* (México), xxii, 1, 1973, pp. 98-111.
- Marx, Carlos, y Federico Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Zurich, Ed. Hottingen, 1884.
- Matute, Álvaro (ed.), *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, Colección Sepsetentas, 1974 (reed. 1981).
- Merton, Robert, *La sociología de la ciencia. 1, Investigaciones teóricas y empíricas*, Madrid, Alianza, 1977 (original de 1973).
- Morgan, Lewis Henry, *Ancient Society of Research in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarium to Civilization*, Londres, MacMillan & Company, 1877.
- O’Gorman, Edmundo *et al.*, “Mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Historia”, *Filosofía y Letras*, x, 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 245-272.
- Ramos, Carmen, “Edmundo O’Gorman como polemista”, en Juan A. Ortega Medina (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman. Emerito aetatis anno LX dicata*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, pp. 49-67.

- Rodríguez de Lecea, Teresa, "Una entrevista con Edmundo O'Gorman", *Historia Mexicana*, lvi, 4, 1997, pp. 955-969.
- Rowe John H., "Ethnography and Ethnology in the Sixteenth Century", *Kroeber Anthropological Society Papers* (Berkeley), 30, 1964, pp. 1-15.
- , "The Renaissance Foundations of Anthropology", *American Anthropologist*, lxxvi, 1, 1965, pp. 1-19.
- Shotwell, James Thomson, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, versión en español de Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Simpson, Lesley Byrd, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*, con más consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos (trad. de Ramón Iglesia), México, CES, El Colegio de México, 1945.
- Stocking, George W., "The History of Anthropology: Whence, Where, Wither?", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 11, 1966, pp. 281-290.
- , "The Scientific Reaction Against Cultural Anthropology, 1917-1920", en su libro *Race, Culture, and Evolution*, Chicago, University of Chicago, 1968, pp. 270-307.
- Vázquez, Josefina Zoraida, "Don Edmundo O'Gorman, historiador y maestro revolucionario", *Históricas*, 78, pp. 3-10.
- White, Leslie A., e Ignacio Bernal, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.
- Zavala, Silvio, *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1943.
- Zermeño Padilla, Guillermo, "Historia y Grafía, siete años después", *Historia Mexicana*, l, 4, abril-junio, 2001.

RAFAEL ALTAMIRA
O EL FINAL DE UNA UTOPIA MODERNISTA *

Guillermo Zermeño Padilla
El Colegio de México

Se sabe: resistir acciones forzadas suele conducir a exclamar que no, que no. En consecuencia, se intenta reaccionar en contra de un orden, o desorden, establecido. Sobre todo, lo que está en juego es la propia identificación: continuar siendo diferente de lo que pretenden que sea los poderes contra los cuales resiste.

CARLOS PEREDA¹

INTRODUCCIÓN

El historiador y jurista Rafael Altamira y Crevea falleció en la ciudad de México un viernes 1 de junio de 1951, a las cuatro de la tarde, con ochenta y cinco años de edad. Existen al menos tres esquelas, dos de la capital mexicana y una de Madrid, que notifican su fallecimiento y dan cuenta de los honores diplomáticos e intelectuales recibidos en el ámbito internacional. La parte mexicana está firmada por la Embajada de la República Española con sede en México y por la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero. Ambas avisan del sepelio a celebrarse el 2 de junio a las cuatro y media de la tarde en el Panteón Español. En la esquila madrileña

* En buena medida este ensayo es fruto de mi estada como profesor-investigador en la Universidad de Cantabria, en Santander, como parte de la Cátedra Eulalio Ferrer dirigida por el doctor Manuel Suárez Cortina. Asimismo una primera versión se enriqueció con los comentarios y críticas durante nuestro seminario de Madrid en 2012. Mi gratitud también a Leoncio López-Ocón y Javier Fernández Sebastián, de quienes más tarde recibí valiosas y oportunas sugerencias y comentarios a una nueva versión. Finalmente mi reconocimiento a Víctor Cid del Centro de Información Académica de El Colegio de México por su valiosa asistencia técnica.

¹ *Los aprendizajes del exilio*, p. 59.

llama la atención el señalamiento de los familiares ausentes: de su viuda Pilar Redondo y de sus dos hijas, Pilar y Juana. La nota de la prensa mexicana daba cuenta del suceso: “Bajo un cielo encapotado, que recordaba el de su casi nativa Oviedo, fue sepultado don Rafael Altamira y Crevea, el ilustre historiador, la figura insigne de la emigración española”. Al sepelio asistió un grueso contingente de “exiliados españoles”. Además recuerda que uno de sus primeros alumnos de su cátedra en Madrid, Luis Santullano, era ahora el secretario de El Colegio de México,² y que en sus años de la Universidad de Madrid como catedrático de historia de las instituciones coloniales en América había tenido entre sus discípulos aventajados a Silvio Zavala, ahora director del Museo de Historia en México. E ironía de la transmisión de información: el reporte señala que la insigne figura de la intelectualidad española en el exilio había llegado a México en 1945, cuando en realidad fue un año antes, al desembarcar en el aeropuerto de la ciudad de México proveniente de Nueva York a fines de noviembre de 1944, poco antes del final de la segunda gran guerra del siglo xx. Asimismo, destaca entre su inmensa obra publicada, la *Historia de la civilización española*.

Antes de iniciarse el cortejo fúnebre a la hora señalada, le habían rendido honores personajes de la intelectualidad mexicana como Rodolfo Reyes, los historiadores Alberto María Carreño y Arturo Arnaiz y Freg, el presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, José Lorenzo Cossío, el doctor Manuel Martínez Báez del Seminario de Cultura Mexicana y el licenciado José María González de Mendoza, académico de la Lengua. La lista se continúa con personalidades del mundo político e intelectual, entre los que se destacan mexicanos como Luis Garrido, rector de la UNAM, Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México, y españoles como León Felipe, Indalecio Prieto, Luis Santullano, José Miaja, etcétera.³

La imagen transmitida de su último tránsito por esta vida coincide plenamente con la de la aclamación y el reconocimiento públicos que recibió a lo largo de su vida política e intelectual. En sus múltiples imágenes fotográficas publicadas en diferentes medios se le ve siempre rodeado de grandes personalidades de los lugares por donde transitó, tanto europeos como ame-

² Sobre Luis A. Santullano —fallecido casi un año después de Altamira—, en 2012 apareció la compilación preparada por A. Sánchez Cuervo, *Arraigos y exilios. Antología*. Algunos destellos de su proximidad intelectual “institucionista” con Altamira en relación con la historia se pueden ver en “La enseñanza de nuestra historia” de 1929, en L. Santullano, *Arraigos y exilios*, pp. 54-57.

³ En *Rafael Altamira 1866-1951*, pp. 260-261.

ricanos. Dicha aclamación y, hasta cierto punto, veneración, contrasta sin embargo con un rostro hierático que se esfuerza en transmitir entereza y serenidad; una imagen que dentro de su sencillez podría reclamar para sí mismo reserva y distanciamiento frente a sus admiradores y productores de imágenes. Esta imagen de un hombre libresco, que se veía reiterada por los estudiosos a lo largo de los años,⁴ no deja de sorprender si se consideran los tiempos convulsos que le tocó vivir. Pareciera ser, como lo señalan por aquí y allá algunas crónicas, un personaje del siglo XIX que se resiste al mismo tiempo a aceptar y asumir las consecuencias de lo vivido durante la primera mitad del nuevo siglo XX. Es la impresión de alguien sensibilizado como historiador al paso del tiempo, sus contingencias y aceleración, y no obstante se esforzará por ir a contracorriente afianzado en algunos ideales y valores propios de esa misma veloz modernidad en la que se formó, por los que ha luchado y seguirá luchando hasta el final de sus días. Dichos ideales están cifrados sin duda alrededor del concepto “civilización”, y es en ese punto donde me gustaría cifrar mi análisis y lectura de esta figura del exilio republicano.⁵

Más allá de esa imagen/constante hierática colmada de un cierto estoicismo, quisiera detenerme y profundizar en la figura de un hombre al final de su vida en el exilio mexicano. Un exilio un tanto forzado por las circunstancias, no voluntario, que lo sitúa en un lugar no propio, sólo acompañado por su familia y algunos discípulos madrileños, e incomprendido al mismo tiempo por algunos de los primeros aprendices de la historia en su etapa de profesionalización en México. Un anciano incomprendido, como se puede colegir de un comentario al azar del entonces joven aprendiz historiador Luis González y González y algún otro de su fiel discípulo Javier Malagón.⁶

⁴ *Ibid.*, p. 262.

⁵ En coincidencia con la aproximación de J.L. Villacañas Berlanga, “Rafael Altamira y su concepto de civilización española”, pp. 69-76.

⁶ En su ensayo “La pasión del nido”, de 1976, Luis González y González englobó las propuestas historiográficas ofrecidas a los estudiantes hispanoamericanos en los años cuarenta en tres tipos: “el anticuario émulo de la polilla, el discursurero pulidor de héroes y el pedante filósofo de la historia” (p. 534). Desde luego ni Altamira ni Zavala cabrían en las dos últimas. En todo caso eran profesores que se inscribirían en la senda rankeana de quienes creían que la historia era una ciencia metódica objetiva. Pero mientras Zavala era devoto de Justo Sierra, Altamira lo era de sí mismo (pp. 536-537). Este comentario no implica que Zavala fuera desleal a su maestro Altamira. Más bien se trata de la percepción que algunos de los jóvenes estudiantes podrían tener de Altamira. En ese sentido no es probable que Zavala estuviera dentro del grupo de antiguos discípulos desleales a su maestro Altamira, apuntado por Javier Malagón, en “Las clases de don Rafael Altamira” (1966), p. 60.

Quisiera centrar mi mirada en aquella “incomprensión”. Salvada la distancia temporal, pero sobre todo por la profundización de la crisis de la historia de este “nuevo fin de siglo”, se puede retornar al Altamira del exilio mexicano, como un ser humano reflexivo, cavilando sobre su trayectoria de vida, y repensando en especial en lo que había de salvable todavía en todo aquello, sin desconocer que lo hacía en medio de la tormenta y las incertidumbres de aquellos años de la “entreguerra”.

INDICIOS DE SU PRESENCIA EN MÉXICO

Antes de arribar a México a fines de 1944, Altamira trabajaba como juez en el Tribunal Internacional de La Haya. Al entrar las tropas alemanas en Holanda en 1940 se trasladará a Bayona, en donde residirá hasta moverse a Portugal y aventurarse desde ahí a ir a suelo americano, en principio invitado por la fundación Carnegie para impartir conferencias principalmente en Nueva York. Una nota del periódico *España Libre* del 15 de octubre de 1944 nos avisa del traslado de Altamira de Filadelfia, donde se encontraba, al hospital Roosevelt de Nueva York para ser operado de la cadera, debido a un accidente sufrido durante su travesía en el buque que lo trasladó de Lisboa a Nueva York. Estaba acompañado por su esposa Pilar y por su hija Nela, quienes se habían trasladado con él desde México, donde residían.⁷ Finalmente, llegarían a México desde Nueva York por American Airlines el 25 de noviembre de 1944, invitado oficialmente por el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet.

Altamira reanudó entonces su vínculo con México, ya no como en 1909 invitado por Justo Sierra, sino forzado por las circunstancias del exilio. Ya no era el gobierno de Porfirio Díaz el que lo hospedaba y tampoco era el enviado especial del gobierno español y de la Universidad de Oviedo. Ahora era el gobierno español en el exilio el que había tramitado su visita con el gobierno mexicano de Manuel Ávila Camacho. Andrés Lira ha rescatado recientemente huellas de esta nueva presencia de Altamira en México. Uno de los primeros indicios se encuentran en una entrevista periodística de un redactor del diario *Excelsior* en su habitación del hotel Majestic, situado en el corazón de la capital mexicana.⁸ Al parecer acababa de llegar, ya que el día anterior, lunes 27 de noviembre, se había entrevistado con el rector de

⁷ En *Rafael Altamira 1866-1951*, p. 233.

⁸ A. Lira, *Exilio político y gratitud intelectual*, pp. 148-151.

la Universidad Nacional, Alfonso Caso, quien lo había invitado a impartir un ciclo de conferencias. El periodista le dio el trato de “venerable profesor” y escribía erróneamente que el año siguiente cumpliría 80 años.

Sabemos también que el 20 de diciembre de 1944 Altamira y su esposa ya se hospedaban en los Departamentos Washington de la calle Dinamarca 42, en la plaza Jorge Washington de la colonia Roma. Y para entonces ya se había contactado, en ausencia de Silvio Zavala, con uno de sus colaboradores en la revista *Historia de América* (fundada en marzo de 1938), Ignacio Rubio Mañé, y con quien había sido discípulo de Zavala en 1941 en El Colegio de México, el joven Ernesto de la Torre Villar.⁹ Al parecer, durante ese reencuentro con México Altamira todavía tenía pensado regresar a Estados Unidos para impartir algunas conferencias en la Universidad de Columbia, en Nueva York, y a Santo Domingo, donde trabajaba su discípulo Javier Malagón. En ese sentido, como en su primer viaje, Altamira se sentía sólo de paso. Al terminar la guerra pensaba regresar al Tribunal de La Haya para jubilarse, sin perder la esperanza de volver a su patria si cambiaban las condiciones políticas tras la victoria esperada de los aliados, defensores del “mundo libre”.

La prensa al igual que en 1909 celebró la llegada de Altamira, “gloria intelectual de la España contemporánea”, y anotaba que había sido recibido en el aeropuerto por el doctor Samuel Ramos a nombre del secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, y por el doctor Iso Brante Schweide, representante de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual y del Instituto Europeo de Relaciones Culturales. En ese primer encuentro Altamira había agradecido las gestiones hechas por la Secretaría de Educación Pública y, en particular, a su señor ministro. Además traía el propósito de imprimir en medios mexicanos 21 obras inéditas que traía consigo, y otras en la fundación Carnegie con el apoyo de su presidente, James T. Shotwell, historiador estadounidense.¹⁰

⁹ En dicha carta a Silvio Zavala, del 20 de diciembre de 1944, le comenta las vicisitudes sufridas por la fractura del fémur derecho en su parte superior, “la primera [caída] en 34 años o cosa así de mi vida”. Todavía antes de tomar el avión para México, sufrió una tercera caída a punto de fracturarse el cráneo. Era su primer viaje en avión. “Mi ánimo no se ha dejado influir por tantos dolorosos avisos; y ya estoy trabajando de nuevo como a los 50 años y con una tensión arterial de trece en máxima y siete en mínima, a pesar de la altura de México”. Se despide con un “abrazo de su invariable amigo y admirador”. A. Lira, *Exilio político y gratitud intelectual*, pp. 152-153.

¹⁰ *Rafael Altamira 1866-1951*, p. 237. En versión española de Ramón Iglesia se conoce de James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*. En la nota introductoria Iglesia anota que esa obra iniciaba en el Fondo de Cultura Económica una

En principio, 1945 fue el año de los homenajes rendidos a la eminencia y venerabilidad del profesor Altamira. Por orden de aparición, se tuvieron las siguientes recepciones en las que Altamira se verá rodeado de personalidades y autoridades del mundo político e intelectual. En cierto modo recuerdan a los de su primera visita en 1909-1910. El primer encuentro tuvo lugar en la Casa Regional Valenciana el 3 de marzo; en seguida, otro que le ofrecieron los directores de la revista *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog y Juan Larrea el 13 de abril con un “vino de honor” celebrado en el Club Deportivo Suizo, en la calle San Borja núm. 840 de la Colonia del Valle.¹¹ Después sería la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la española, la que le abriría las puertas del Palacio de Bellas Artes al invitarle a dictar algunas lecturas literarias el martes 8 de mayo.¹² A su vez, la Academia Nacional de Historia y Geografía, patrocinada por la Universidad Nacional de México, que ya lo había hecho miembro honorario con fecha del 27 de noviembre anterior, organizó la sesión solemne de su recepción el 29 de junio. En las palabras pronunciadas por Luis Garrido, en respuesta al discurso de ingreso de Altamira titulado “Noticias sobre el derecho consuetudinario indiano”, se destacan cuatro o cinco palabras: libertad, historia, enseñanza, pacifismo. Presentó a Altamira como un “hijo legítimo del siglo XIX... republicano por convicción”; quien “como historiador sabe lo que ha costado tener la libertad de pensamiento y de expresión, de la cual depende la ciencia que cultiva”. Estos valores representados por esta figura venerable resaltan en “un mundo desgarrado hasta lo más profundo de su ser por dos guerras mundiales”.¹³

nueva serie sobre historiografía. Escrito por este profesor de la Universidad de Columbia, historiador no meramente de gabinete o especialista, sino por alguien que además de escribir contribuye a hacer la historia. Representa “con exactitud unos ideales que ahora vemos sacudidos hasta lo más hondo”. Creyente del método científico y de sus resultados de los estudios históricos en la última centuria, no obstante, en opinión del historiador del exilio, tal vez exagere un tanto en “los defectos y limitaciones de los historiadores antiguos”. Y resalta no obstante su esfuerzo en ser fiel al “sentido profundo de la historicidad, este relativismo de las perspectivas, este esfuerzo de comprensión de las mentalidades de épocas y culturas pasadas”. No falta la alusión a la difícil situación del momento en el que “los destinos del mundo son más que nunca enigma, en que las contiendas actuales deforman violentamente las perspectivas del pasado de pueblos y culturas...”. De ahí lo valioso de esta publicación: mostrar la diversidad de concepciones de la historia a lo largo del tiempo (pp. 7-8).

¹¹ *Rafael Altamira 1866-1951*, p. 238.

¹² *Ibid.*, p. 241.

¹³ *Ibid.*, p. 239.

También en Bellas Artes y dentro del ciclo Miércoles académicos del Instituto Francés de América Latina, organizado por Jules Romain e Iso Brante Schweide, representantes del Instituto Mexicano Europeo de Relaciones Culturales auspiciado por la oficina de cooperación intelectual de la SEP, el miércoles 22 de agosto Altamira pronunció la conferencia “Posición de la cultura española en relación con las demás europeas (final del siglo XIX y principio del XX)”.¹⁴ Finalmente, el sábado 13 de octubre de 1945, tuvo lugar un magno homenaje al eminente historiador en el Anfiteatro Bolívar, situado en la calle Justo Sierra 16, presidido por el secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, en coordinación con el rector de la Universidad Genaro Fernández MacGregor. En el cartel publicitario se destaca con grandes letras el título de la ponencia de Altamira: “Lo que debo a México”. En el acto participaron su amigo Iso Brante Schweide y sus discípulos Raul Carrancá y Trujillo y Silvio Zavala. Al pie del programa aparecen los nombres y las agencias copatrocinadoras: Samuel Ramos, jefe de la Oficina de Cooperación Intelectual y director de la Facultad de Filosofía y Letras; Virgilio Domínguez, director de la Facultad de Jurisprudencia; Alejandro Quijano, director de la Academia de la Lengua; Alfonso García Robles, director de la Academia de Derecho Internacional de la Asociación Nacional de Abogados; Luis Garrido, procanciller de la Andhra Research University; Jules Romain, presidente del Instituto Mexicano Europeo de Relaciones Culturales; y el general Juan Manuel Torrea, presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía.¹⁵ En los años siguientes se destaca la participación de Altamira, al lado de Schweide, como presidente del Primer Congreso Mexicano de Institutos y Agregados Culturales, clausurado por el secretario de Educación, Jaime Torres Bodet. En el congreso que tuvo lugar entre el 7 y el 8 de agosto de 1946, el diario oficialista *El Nacional* acusa la presencia no sólo de Torres Bodet sino también de otras personalidades, como Samuel Ramos, Alfonso Pruneda, el embajador de Venezuela, el doctor Harold W. Bentley, el señor Lynch de la BBC de Londres, y el doctor Schweide.¹⁶ El año siguiente, 1947, tuvo lugar la primera Reunión Panamericana de Consulta sobre Historia organizada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. En una de las fotografías aparece Altamira rodeado de tres personalidades sonrientes: Javier Malagón, Charles Morazé y Silvio Zavala.¹⁷ En

¹⁴ *Ibid.*, p. 241.

¹⁵ *Ibid.*, p. 240.

¹⁶ *Ibid.*, p. 243.

¹⁷ *Ibid.*, p. 244.

julio de 1948 Altamira participaría en el homenaje a su homólogo Javier Garrido.¹⁸ Luis Garrido escribiría en 1954, tres años después de la muerte de Altamira: “Aún lo recuerdo con aquella su barba proverbial, las cejas pobladas, los ojos vivos y pequeños, la nariz recta, alto, delgado, distinguido y afable como conviene a un prócer de la inteligencia”.¹⁹

Luego, el 16 de junio de 1949, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, tendría lugar un nuevo homenaje a Altamira organizado por el Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México para celebrar en el desierto sus bodas de oro como catedrático. Estuvieron presentes el ex mandatario mexicano Emilio Portes Gil, presidente de dicho Ateneo; Álvaro de Albornoz, presidente del Gobierno de la República española; Isidro Fabela, juez del Tribunal Internacional de Justicia; Luis Nicolas D’Olwer y Francisco Castillo Nájera, embajador mexicano. Los discursos estuvieron a cargo de Raúl Carrancá, profesor de la UNAM, y de Francisco Castillo.²⁰ Unos meses más tarde, el 12 de enero de 1950, el Ateneo Español de México confirió a Altamira el nombramiento de socio honorario.²¹

Sin embargo, al mismo tiempo existen indicios de su presencia en otro tipo de actividades. Me refiero en particular a la mesa redonda que tuvo lugar el 15 de junio de 1945 para discutir cuestiones relacionadas con la epistemología de la historia, en la cual, además de Altamira, participaron otros representantes del exilio español, como José Medina Echavarría, Eugenio Ímaz, Eduardo Nicol, Ramón Iglesia, José Gaos, aunada a la presencia de otros intelectuales no españoles, como Alfonso Caso, Paul Kirchhoff, Rubín de la Borbolla, Justino Fernández, Rafael Heliodoro Valle, Arturo Arnaiz y Freg, Issó Brante Schweide, Ignacio Rubio Mañé y Edmundo O’Gorman, y la presencia de estudiantes de historia y sociología de El Colegio de México. Esta reunión formaba parte de una serie más amplia impulsada originalmente por la Sociedad o Junta Mexicana de Historia (para promover la edición de obras relacionadas con la historia del derecho) surgida a principios de 1940 e integrada por jóvenes estudiantes, como Ernesto de la Torre Villar, Alfonso García Ruiz, Moisés González Navarro, Elisa Vargas Lugo, Josefina Muriel, e historiadores jóvenes como Edmundo O’Gorman, Silvio Zavala, Arturo Arnaiz y Freg y Wigberto Jiménez Moreno.²² Estos encuen-

¹⁸ *Ibid.*, p. 245.

¹⁹ L. Garrido, *El derecho al servicio de la paz*.

²⁰ *Ibid.*, p. 245.

²¹ *Idem.*

²² G. Zermeño Padilla, *La historia y su memoria*, p. 27.

tros iniciados el 11 de mayo de 1944 y continuados en marzo del año siguiente estaban apoyados por el mismo secretario de Educación Pública, Torres Bodet, para discutir cuestiones relacionadas con “la Técnica de la Enseñanza de la Historia”.²³

También da fe del encuentro de Altamira con los historiadores “mexicanos” y “españoles” del exilio el informe preparado por Edmundo O’Gorman sobre los últimos cinco años de la historiografía en México. Ese informe lo preparó O’Gorman a solicitud de Eduardo Nicol para la revista *Filosofía y Letras*, novel órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.²⁴ Además de este reporte, se publicaron las ponencias de O’Gorman, Alfonso Caso y Ramón Iglesia, y algunas de las intervenciones, como las de Rafael Altamira, José Gaos y otros. De hecho, unos meses antes Altamira había publicado en el mismo órgano (núm. 19, julio-septiembre de 1945) su “Idea y estructura de una nueva *Historia de la civilización española*”, donde recogía sus últimas reflexiones sobre las relaciones entre historia y civilización.

En su versión O’Gorman señala que, a raíz de la reunión de mayo de 1944, se resolvió formar una comisión para organizar los siguientes encuentros.²⁵ Y de común acuerdo con su colega Silvio Zavala, se acordó discutir en particular “los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador”, y se convino además en fijar que cada ponente invitaría a otros historiadores, y a su vez, que cada uno invitaría a otros dos “intelectuales” que compartieran sus puntos de vista. Zavala designó a Altamira y a Francisco Barnés, y O’Gorman a José Gaos y a Ramón Iglesia.²⁶ Se fijó primero una fecha, misma que se modificó a petición de Zavala para el 15 de junio. Desafortunadamente, continúa el informe de O’Gorman, casi un acta notarial, Zavala se ausentó del país sin dejar ponencia y sin solicitarles a las dos personas designadas que lo suplieran en un compromiso tan “formal”. No obstante, Altamira acudiría a la primera de las sesiones y así pudo escuchar la ponencia de O’Gorman, “Consideraciones sobre la verdad en Historia”,

²³ Revista *Educación Nacional*, 5 de junio de 1944. En la primera reunión participaron, entre otros, Luis Chávez Orozco y Alfonso Teja Zabre. Sus resultados fueron publicados en el *Boletín* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en 1948.

²⁴ E. O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, pp. 167-183. Los resultados fueron luego reproducidos en la compilación de A. Matute, *Teoría de la historia en México, 1940-1973*.

²⁵ Véase *Revista de Historia de América*, 19, junio de 1945.

²⁶ E. O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, pp. 179-180.

celebrada en uno de los salones de la casa neocolonial donde se hospedaba, El Colegio de México, en la calle Sevilla.²⁷

En su ponencia O’Gorman se refirió expresamente a la crisis de “época” en la que se encontraban; crisis que implicaba el desplazamiento y la crítica de viejas creencias y tomas de posición, y la emergencia de nuevas fórmulas. En relación con “la historia”, la oposición al modo tradicional de entenderla tenía que ver con el surgimiento de un sentido “radicalmente revolucionario” de lo que significa “lo histórico”.²⁸ Desde ahí adoptaba una actitud escéptica ante la posición tradicional con respecto a la verdad en la historia. En la conclusión de su informe de 1945 (año de la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM), que coincidía con el diagnóstico de Ramón Iglesia, se lee la síntesis y sentencia final, escrita después de concluida la reunión de junio.

Los últimos cinco años de nuestra bibliografía histórica, hay que decirlo, son pobres de esa letra creadora e imaginativa que vivifica; ricos en un espíritu que mata. Mucho es puro documentismo disfrazado de historia; mucho, pura literatura mala, y perdonen la censura unos y otros, que, si no se admite la buena intención con que lo digo, quedará ladrón crucificado entre dos Cristos.²⁹

Altamira no era desconocido en el medio historiográfico mexicano. Además de su relación con Zavala (quien regresó de España al estallar la Guerra Civil y adquirió relativamente pronto una presencia y visibilidad al inicio de la profesionalización de la historia, al fundar la carrera de historia en 1941 de acuerdo con el modelo de Madrid), Altamira era una referencia muy importante para la generación anterior a la de Zavala.³⁰ Así, sin preverlo del todo Altamira se toparía con Edmundo O’Gorman, el *enfant terrible* de la nueva historiografía mexicana, lector asiduo de otra vertiente del modernismo español representada por Ortega y Gasset, la *Revista de Occidente*, de nuevas corrientes críticas de la filosofía alemana que la *Revista* acogía en sus páginas. Un O’Gorman, en fin, familiarizado con “la crisis de Occidente”, incluida la que sufría el modelo de ciencia heredado del siglo XIX. Este

²⁷ Las intervenciones de O’Gorman y Altamira se publicaron en el mismo número 20 de *Filosofía y Letras*.

²⁸ En A. Matute, *Teoría de la historia en México*, p. 33.

²⁹ E. O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, p. 183.

³⁰ Signos de su presencia y relevancia historiográfica se encuentran en la compilación de A. Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX*.

encuentro pudo haber significado una diferencia fundamental con respecto a la recepción de su obra antes, durante y después de su primera visita entre 1909-1910; en las raras ocasiones en que Altamira era objeto de crítica, ésta provenía de otros flancos no estrictamente académicos, relacionados, como en España, con la defensa de un tipo de catolicismo antimodernista.³¹ Esta vez las diferencias surgían del medio académico e iban más en la línea de las quejas expresadas por el escritor cubano Fernando Ortiz en 1910 en contra de un cierto panhispanismo.

En su réplica Altamira coincide con O’Gorman en reconocer la crisis de época y sus implicaciones para la epistemología tradicional de la historiografía, que los obligan a revisar el legado de la escuela alemana de historia del siglo XIX.³²

Según la versión recogida, Altamira reconoció pertenecer a una escuela algo antigua ya: “Yo soy, por razón de ideas, un hombre ya casi del pasado; por lo menos debo de ser un hombre de la antigua escuela, pues en todo lo que he escrito como historiador he tomado ante el problema la postura que hoy se da como característica de la escuela tradicional de la historia”. Sin embargo, había algunos rasgos de la vieja escuela con los que estaba en desacuerdo. En primer lugar, se remitía a su propia experiencia como ser humano en el que observaba que nada está definido de antemano, lo mismo que sucede en las ciencias de la naturaleza: “El ser naturaleza ha mostrado que es tan variable como el hombre”. En segundo lugar, como historiador le había preocupado ante todo “llegar a averiguar alguna cosa con fundamento”, y las fuentes de la historia todavía no se habían agotado. La única verdad histórica en la que creía era aquella que estaba comprobada documentalmente, lo cual no significaba que fuera “la verdad para todos los siglos de los siglos”. Al igual que en las ciencias naturales: “Lo humano es algo que se está haciendo siempre”. En ese sentido el “oficio histórico” está siempre abierto a la innovación. Ahora bien, en cuanto al problema de la verdad histórica se requiere distinguir entre “el hecho en sí” y la “interpretación”, ya que en ésta siempre se encuentra un factor subjetivo, “ideológico” y de valor. Se trata de un problema similar al que enfrenta el juez al impartir justicia, teniendo para ello solamente la ley, el orden legal, como medida para establecer lo justo y lo verdadero. Ahí no hay lugar para la duda y el escepticismo con respecto al establecimiento de la verdad.

³¹ Sobre algunas reacciones en la prensa mexicana de 1909-1910, véase R. Diego Fernández, “La huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica”, pp. 398-401.

³² Como prolegómenos a su investigación sobre el “ser de América” véase de O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

La objetividad en la historia consiste en ponerse en una posición desde la cual lo mismo da que aquellos hechos hayan existido. La objetividad consiste en que, cuando se ha estudiado una serie de hechos históricos, no se diga de ellos sino lo que se ha encontrado, no se presente sino lo que ellos están diciendo, no prefijando ningún juicio sobre su ideología.

Por tanto, si se extrema el pesimismo, el analista se encontraría en la situación de dejar “de creer en la justicia humana”, se perdería la confianza en el juez y en el hombre que merecen de toda la confianza.³³

La respuesta de O’Gorman fue breve y coincide parcialmente con Altamira, aunque deja abierta la cuestión de la “objetividad” al estar sujeta a las fuentes del historiador, que pueden ser contradictorias y abiertas a múltiples interpretaciones. Incluso, habría que aceptar que las mismas fuentes ya están cargadas de sentido y de valor.³⁴ En tal sentido no hubo consenso, aunque durante el encuentro pudo prevalecer la idea establecida por Gaos de que el mismo hecho histórico era “construido por la interpretación misma”. En su participación Ramón Iglesia señaló que el positivismo era “reflejo de una época racionalista, liberal, laica, antimilitarista, progresista, que creía haber encarrilado a la humanidad de modo definitivo por la vía ascendente de los conocimientos científicos y técnicos”,³⁵ y resaltaba —como O’Gorman— la necesidad de terminar con “el fetichismo del documento inédito y de afirmar que su busca y publicación” era “la tarea más elevada del historiador”.³⁶ Finalmente, la discusión y su recepción adquirió una fuerte carga simbólica y acabó por dividir y distanciar a las diferentes disciplinas, como la filosofía, la literatura, la historia y el derecho, y a generar dos bandos irreductibles: el de los tradicionalistas o positivistas, por un lado, y los llamados relativistas e historicistas, por el otro; los científicistas *versus* los hermeneutas, los objetivistas *versus* los subjetivistas. Son denominaciones en buena medida equívocas pero que aparentaban resolver la cuestión acerca del estatuto científico de las humanidades y las ciencias sociales surgida durante el periodo de entreguerra.³⁷ Lo cierto es que después de esa intervención pública la voz de Altamira parece que tiende a desaparecer.

³³ En A. Matute, *Teoría de la historia en México*, p. 41.

³⁴ *Ibid.*, p. 42.

³⁵ *Ibid.*, p. 62.

³⁶ *Ibid.*, p. 63.

³⁷ Véase, G. Zermeño, *La historia y su memoria*, pp. 29-33. Véase también E. Trubul-se, “Crónica bibliográfica”, pp. 627-628.

El siguiente indicio de su estancia mexicana en el medio académico lo tenemos cuando se le solicitó, para el segundo semestre de 1946, un curso sobre orientaciones para el estudio de la historia en El Colegio de México.³⁸ A su curso asistiría un pequeño grupo de estudiantes avanzados: Helia María Alpuche Sosa (mexicana), Eduardo Arcila Farías (venezolano), Ligia Cavallini (costarricense), Carlos José Funtanellas (cubano), Henrique González Casanova (mexicano) y Héctor Ortiz Dávalos (mexicano).³⁹ Con todo, el curso le dio la oportunidad de recoger su experiencia y ampliar su punto de vista acerca de lo que pensaba de la historia y su función en la sociedad contemporánea. Sus lecciones se publicaron en forma de libro rubricado en junio de 1947 y aparecido el año siguiente: *Proceso histórico de la historiografía humana*.⁴⁰ Y seguramente durante ese lapso prepararía también una nueva versión de su *Historia de la civilización española*, recogida como *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, publicada en Buenos Aires.⁴¹

EL PROCESO DEL PROCESO HISTORIOGRÁFICO DE ALTAMIRA

Antes de analizar el *Proceso histórico de la historiografía humana*, llama la atención la pobre recepción que tuvo. Por las mismas fechas el nombre del propio Altamira tendió a desaparecer o a quedar a la sombra, mientras que siguió en ascenso el de su pupilo Silvio Zavala que, al contrario, se fue encumbrando a lo largo de esa década.⁴² En un santiamén, Silvio Zavala era

³⁸ C. Lida y J. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 121-123.

³⁹ *Ibid.*, p. 157.

⁴⁰ Reeditado en 2011 por El Colegio de México. Incluye comentarios de Pilar Altamira, "Altamira en México"; Jaime del Arenal Fenocchio, "La historiografía al servicio de la paz"; y Fernando Serrano Migallón, "Ayer y hoy: la idea de la narración histórica en Rafael Altamira. Historia del poder e historia humana".

⁴¹ Editorial Losada, 1956, 2ª edición.

⁴² Esto es notorio, por ejemplo, en el balance de Luis González, miembro de la generación de 1946, quien no profesaba por Altamira la misma simpatía que podía tener por Zavala. Véase al respecto, "Sobre la invención de la historia". Al estilizar o tipificar los tres tipos de maestros que tuvo, destaca en primer lugar a Silvio Zavala (el positivista), luego a Ramón Iglesia (el idealista) y finalmente, al ecléctico, que seguramente en su descripción se corresponde con Alfonso Reyes, con quien más se identificará. No habría que olvidar que Reyes, a su manera, intervino en el debate de 1945 con una ponencia en 1950 en la que trató de conciliar las posiciones de los bandos enfrentados: "Mi idea de la historia". Alguna vez Reyes le confesaría a O'Gorman que no creía que la historia

director del Museo Nacional de Historia (1946-1954), presidente de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, miembro de la Academia Mexicana de la Historia (fundada en 1919) y desde 1947 miembro también de El Colegio Nacional, inaugurado en 1942. Por lo anterior quizás no conviene sobrestimar el impacto de Altamira en la profesionalización de los estudios históricos en México de esos años, salvo en los relacionados con los estudios de la historia del derecho.⁴³ Acaso sólo indirectamente a través de Zavala se pueda advertir su influencia. Además convendría añadir que Altamira no se incorporó plenamente a la vida intelectual del exilio. Parece más bien haber llegado a destiempo y por otras vías, al no prosperar sus intentos de trasladarse a suelo americano al inicio de la crisis de 1939.⁴⁴ Entre los impedimentos para una recepción más positiva del *Proceso*, cabe destacar también su edad avanzada y el encuentro con una nueva generación de jóvenes estudiantes y colegas mexicanos.

El *Proceso* está inscrito en el corazón de la trayectoria del maestro y en sí mismo constituye una especie de testamento o legado acerca de lo que piensa y se puede hacer con el discurso histórico. Un discurso surgido durante el siglo XIX y que, como bien observa Wenceslao Roces hacia 1957 escribiendo desde una posición marxista-lukacsiana, tendía a resbalarse en los vicios frecuentes de “anacronismos modernizantes”. Este señalamiento crítico volvía obsoleta la noción retórica de la “historia maestra de vida” y abría la puerta a una noción de la historia más próxima a la de O’Gorman, al centrar su atención en la metáfora de la historia como “espejo de la vida misma, de la realidad humana en constante desarrollo”.⁴⁵

Acaso su escasa recepción y “ninguneo” se deba también a que su publicación coincidió con el auge del indigenismo oficial en esos años, que rechazaba una historiografía que conllevaba la reivindicación de cierto tipo de

fuera una verdadera ciencia. No obstante, tampoco escatimó elogios para Zavala. En *Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos*.

⁴³ Véase R. Diego Fernández, “Rafael Altamira y Crevea y la historia del derecho en México”, pp. 245-262. Hay que anotar además que en el segundo semestre de 1947, Altamira impartió un curso sobre historia del derecho español en la Facultad de Derecho de la UNAM. J. del Arenal, “De Altamira a Grossi: presencia de historiadores extranjeros del derecho en México”, p. 1474.

⁴⁴ Sobre sus dificultades, véase la correspondencia entre Zavala y Altamira en A. Lira, *Exilio político y gratitud intelectual*, pp. 119-145, y C. Lida y J. Matesanz, *La Casa de España en México*, pp. 104-107.

⁴⁵ W. Roces, “Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua” (1957), citado en A. Matute, *Teoría de la historia en México*, 1974, pp. 152-172.

hispanidad en suelo americano (esa hispanidad que fue censurada durante su visita de 1910, como ya se dijo, por Fernando Ortiz).⁴⁶ Fue un momento, entonces, en el que el indigenismo ya había prendido en la retórica de las instituciones oficiales, un tipo de discurso antropológico e historiográfico del cual también Silvio Zavala se hizo parcialmente portavoz.⁴⁷ Es posible que ésta pueda ser otra de las razones por las que el legado historiográfico de Altamira no tuviera la acogida y discusión esperadas, al menos en México. Y que esa “vía española” haya perdido peso, en el ánimo de la historiografía mexicana, por un lado, frente a la vía francesa *annaliste* representada por Bloch, Febvre y Braudel; y por otro, frente a la vía estadounidense representada, entre otros, por Lewis Hanke y Herbert Bolton.⁴⁸ Desde luego, en ese desplazamiento tuvo que ver también el cierre en la historiografía española que coincidió con la restauración en la España franquista de una hispanidad añeja y chauvinista, desgajada ya de la medida y mayor liberalidad que podía contener el proyecto de Altamira. Y se puede entender también que la historiografía crítica de los españoles haya puesto

⁴⁶ E.M. Valero, *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América*, pp. 99-150. Altamira justifica la “reivindicación del pasado” hispánico en función de la masificación de “la leyenda de nuestra historia, que ha creado en los demás pueblos una prevención” y una falta de “simpatía y confianza” frente al pueblo español, con consecuencias negativas “para los intereses comunes de la civilización” (citado en p. 52, y tomado de Altamira, *Psicología del pueblo español*, p. 168. También pp. 47 y 199). Sobre la aparición de la noción “leyenda negra” a principios del siglo XIX y su gestación a fines del siglo XVIII, véase J. Pérez, *La leyenda negra*, pp. 7-2; en especial el capítulo “Los españoles y su historia”, pp. 139-195.

⁴⁷ Véase al respecto el trabajo clásico de L. Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. El historiador francés François Chevalier hizo también el elogio de Zavala como “principal iniciador de la historia científica de la América mestiza en los tres siglos hispánicos que imponen la fusión de sus modelos con lo que quedó de las antiguas civilizaciones indígenas. Se formó en los métodos de eminentes maestros europeos o americanos de los años treinta, especialmente con Rafael Altamira. Añadió la dimensión mexicana de la etnohistoria, introduciendo a los indios, cuyo trabajo y participación eran la base y el instrumento de cuanto se creaba y realizaba a través de la América hispana”. F. Chevalier, “Silvio Zavala, primer historiador de la América hispano-indígena”, p. 21.

⁴⁸ Al respecto son de interés los recuerdos de Lewis Hanke, “Experiencias con Silvio Zavala, 1933-1949”, pp. 601-607. Un caso paradigmático lo constituye Luis González, quien por consejo de su padre y de Alfonso Reyes, escogió ampliar estudios en París en octubre de 1951. Ahí tuvo oportunidad de escuchar a H.I. Marrou, M. Merleau-Ponty, M. Bataillon, F. Braudel y algunos otros. “Luis González”, en J. Meyer, *Egohistorias*, p. 66.

sus ojos en buena medida también en París o en la historiografía social de Gran Bretaña.⁴⁹

Incluso tratándose de Carrancá y Zavala, sus discípulos mexicanos, no se ve que el proyecto de Altamira —de intentar escribir una historia integral o total de la civilización a partir de la epistemología histórica del siglo XIX— haya prosperado en México. Eso, a pesar de que dicho programa había sido acogido por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia desde la década de 1930. De hecho, al regresar de Madrid en 1936 Zavala trajo consigo un concepto global de “civilización” que se traducía, como en Altamira, en el intento de comprender los “fenómenos sociales que acompañan y sirven de fondo a la evolución política” del país. Dicho proyecto se haría a través de una investigación documental minuciosa y exhaustiva, conjuntado además con la idea de poner orden en la dispersión de los estudios históricos mexicanos, y dotando a la historia de las virtudes epistémicas clásico-modernas de sobriedad, objetividad, austeridad y honestidad intelectual. Tras la muerte de Altamira, de estos dos propósitos sólo quedará el segundo. Hacia 1954, por ejemplo, resultaba problemática para Zavala la reducción de la historia a la comprensión de una totalidad o “civilización”. Al plantearse la posibilidad de una historia de América e intentar abarcar toda la historia, reconocería que la historia como actividad particular acababa por diluirse en la filosofía, la sociología, la biología, la psicología, la economía o el arte. Paradójicamente se quedaba “sin campo propio por abarcar todos...”.

Así, añadía Zavala, el historiador partió de buena fe en busca de una ampliación de la historia política y militar con el objeto de llegar a una historia de la civilización, y regresa despojado de todo. Cabe, sin embargo, la afirmación de su lugar en el conocimiento humano, de su método crítico y sintético, de su visión realista y espiritual del mundo. En suma, conservarle cierto asiento general de la observación y comprensión de todo lo humano, del paso del hombre en sociedad a través del tiempo, aunque converse con los otros cultivadores del saber y su pensamiento se fecunde con el de las demás disciplinas.⁵⁰

Por otro lado, una de sus discípulas, María del Carmen Velázquez, recordaba que Zavala les enseñaba a

⁴⁹ J.J. Carreras Ares, “Altamira y la historiografía europea”; G. Pasamar, “La influencia de ‘Annales’ en la historiografía española durante el franquismo”, pp. 149-172.

⁵⁰ S. Zavala, “Conversación sobre la historia”, pp. 13-28.

proceder en su trabajo como los aprendices en un taller. Debían empezar por conocer sus herramientas: esto es, los documentos [...] saber de qué época eran. Fijarse y familiarizarse con [...] el tipo de papel, la forma de la escritura, antes de querer analizar el contenido del documento [...]. Después vendría la evaluación de su contenido. ¿Qué indicaba el lenguaje en que estaban escritos? La filología y la lingüística podían ayudar a determinarlo. ¿Se trataba de un escrito oficial? ¿De quién y para quién? [...] Esto es, se empezaría por hacer un análisis de materiales como si se tratara de una ciencia exacta, lo cual [requería] adecuada comprobación.

Éste era sólo el primer paso. La escritura debería venir cuando ya se tuviera “una idea clara y bien fundamentada del acontecimiento o personaje o institución que les interesaba; ya habría tiempo después de añadir, al primer estudio, nuevas aportaciones”.⁵¹

En ese sentido, sin discutir propiamente el programa historiográfico de Altamira, Zavala mismo abandonó la posibilidad de una historia general o integral de la civilización americana, debido, por un lado, a una suerte de imposibilidad ontológica detectada por él mismo; y por otro, al rejuvenecimiento del programa y al ascenso observado en esos años de Fernand Braudel, sucesor de la escuela francesa de Bloch y Febvre. Con ello el centro de irradiación de esta clase de historia se desplazó de Madrid a París. No es gratuito, por eso, que muchos de los nuevos jóvenes estudiantes preferirán irse también de “fiesta” a París en vez de Madrid. La posibilidad de una historia al modo de Altamira se proseguirá entonces del otro lado de los Pirineos.

Por estas razones se podría afirmar que el exilio de Altamira en México significó la discontinuación de un modelo historiográfico incubado durante la segunda mitad del siglo XIX, y que alcanzó su cenit durante los años en que Altamira estuvo en México por segunda vez, antes de su fallecimiento aquel primero de junio de 1951.⁵² Aunque sabemos por otro lado que en España, y concretamente en historiadores como José María Jover, Altamira sí encontró seguidores en relación con su idea de una historia total, cuyas

⁵¹ María del Carmen Velázquez, ponencia.

⁵² De ese olvido da cuenta el mismo Zavala en 1991 al señalar la fuerza que tomó después la historia económica y social en México, pero dissociada de la concepción integral de la “historia de la civilización” de Altamira. S. Zavala, “Apreciación sobre el historiador frente a la historia”, p. 49.

marcas veremos en seguida en relación con Braudel.⁵³ En este marco pienso que vale la pena volver a mirar este legado intelectual de Altamira sin darlo todo por supuesto.

EL LEGADO HISTORIOGRÁFICO DE ALTAMIRA

Indicios de la casi nula recepción del *Proceso* se tienen, por ejemplo, en algunos balances historiográficos de Luis González, quien sin ser su alumno, seguramente alguna vez lo vio y lo escuchó. Al referirse a textos de teoría de la historia o de historia de la historiografía, generalmente no hace mención de autores españoles.⁵⁴ Ahora bien, hay un elemento de carácter heurístico que vincula a la vía historiográfica española con la francesa e incluso con la mexicana destacada por Luis González:

Con el rubro de neopositivistas y bajo la bandera del doctor Silvio Zavala se suelen enlistar los que buscan la exhumación de hechos económicos y sociales y creen que a fuerza de sumar sucedidos memorables y bien comprobados se llegará a reconstruir la historia total de México. Nuestros positivistas se consideran parientes y aliados de la escuela de *Annales*. Sus enemigos acérrimos, hasta hace poco muy combativos, se autonombran historicistas y tienden a la baja en número, que no en calidad.⁵⁵

Sin embargo, en un largo ensayo de 1959 Fernand Braudel hace una referencia significativa a la obra de Altamira encuadrada en la historia de las relaciones entre cinco conceptos: civilización, cultura, historia, progreso y

⁵³ A. Arberola, "Altamira y el estudio de la historia moderna". En relación con este trabajo de Arberola, véase también la interesante sinopsis crítica de F. Wulff, "Una historia profesional para un tiempo regeneracionista: Rafael Altamira", pp. 193-199. Sobre el "regeneracionismo" en el primer viaje de Altamira a América, J. Moreno Luzón, "Reconquistar América para regenerar España". Véase también I. Peiró Martín, *Historiadores de España. Historia de la historia y memoria de la profesión*, pp. 85-117; "Historia y dictadura: las metamorfosis de José María Jover", pp. 119-192.

⁵⁴ L. González, "Silvio Zavala y el quehacer histórico en México", p. 8. También en la relación bibliográfica de su manual *El oficio de historiar*, ubica el *Proceso histórico* dentro del apartado de historia de la historiografía y el de *Cuestiones modernas de la historia* en el de teoría de la historia, dos componentes que forman parte integral de un todo en el tratado de Altamira.

⁵⁵ L. González, "Silvio Zavala y el quehacer histórico en México", p. 15.

técnica.⁵⁶ Ahí el historiador francés destaca que la noción que vincula civilización e historiografía se encuentra por primera vez englobada en la noción alemana de *Kulturgeschichte* de Karl Lamprecht (1856-1915).⁵⁷ La novedad de su análisis radica en asociar los predicados “civilizar”, “civilizado” y “civilización” a las nociones de progreso técnico, moral y social, donde el verbo transitivo “civilizar” implica introducir “las luces”, según la filosofía del Condorcet de finales del XVIII, que harán desaparecer las guerras y conquistas, la violencia, y en la que su antónimo sería la “barbarie”.⁵⁸ Pero solamente hacia 1850 “civilización” y “cultura” (la parte externa e interna de un mismo proceso) sellarán su alianza y se transformarán en una noción imperativa de carácter normativo, bifronte, ya que conjuga a la vez lo singular y lo universal, lo particular y lo general, lo histórico y lo “filosófico”.⁵⁹ A partir de entonces, esta fusión conceptual en torno a la noción de “civilización”, que aúna lo “psicológico” o cultural a lo “económico” o material, prosperará (como también lo advierte Altamira en el *Proceso*) en la historiografía inglesa y francesa (sin olvidar a Italia), y en el caso de España, será Rafael Altamira quien la llevará adelante, realizando ahí, según Braudel, “la gran Historia, revolucionaria para su época”, la “Historia de España y de la civilización española”.⁶⁰

Tanto para Braudel como para Altamira —situados en el cuadro representado por la aparición de la violencia y la barbarie en el corazón mismo de los países civilizados—, la cuestión es cómo se puede todavía salvar la historia y al historiador “en el debate de la incertidumbre del movimiento de la masa, sus diversas posibilidades de deslizamiento, algunas libertades, ciertas explicaciones particulares, ‘funcionales’, productos del instante o del momento”.⁶¹ Braudel fundamenta su creencia en la viabilidad de salvar un

⁵⁶ F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, pp. 130-200.

⁵⁷ Al respecto, en el contexto de la discusión sobre la nueva historia global, véase el interesante ensayo de R. Valladares, “No somos tan grandes como imaginábamos”. Debo a la gentileza de Leoncio López-Ocón el acceso a este artículo.

⁵⁸ F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, p. 135.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 137. Si bien esta datación puede ser discutible para el caso español, como lo demuestra J. Fernández Sebastián en su ensayo “The concept of civilization in Spain, 1754-2005”.

⁶⁰ F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales* pp. 139-140. Altamira mismo realiza un recuento de las relaciones entre “los historiadores y la civilización” durante el siglo XIX. Ahí aparecen desde luego las figuras de Guizot, Cantú, Tapia y Morón, incluso Buckle. En *Proceso histórico de la historiografía humana*, pp. 81-86.

⁶¹ R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, p. 126.

proyecto incubado en el siglo XIX pese a las evidencias contrarias del siglo XX, y cree que puede salvarse si uno se mantiene fiel “a las enseñanzas de Lucien Febvre y de Marcel Mauss”, en el sentido de aspirar “siempre a aprehender el conjunto, la *totalidad* de lo social”. De ahí se derivará su interés metodológico en poner en contacto niveles, duraciones, tiempos diversos, estructuras, coyunturas, acontecimientos. Este conjunto, al final, reconstituiría “a sus ojos un equilibrio global bastante precario y que no puede mantenerse sin constantes reajustes, choques o deslizamientos”.⁶² Probablemente, de no haberse presentado las circunstancias del exilio (¿y de la edad?), Altamira hubiera podido convertirse en el Lucien Febvre de la historiografía hispanoamericana, si hubiera tenido al lado a un Braudel español. No fue el caso, y lo que se encuentra a cambio en su último libro-legado es la esperanza, en medio de las incertidumbres, de que sus discípulos como buen pedagogo prosigan la obra que él no pudo concluir.⁶³

Por lo pronto, sobre el *Proceso histórico de la historiografía humana* de Altamira se han encontrado dos reseñas, ninguna mexicana.⁶⁴ Ambas están publicadas en revistas estadounidenses y son breves, pero elogiosas en general. La primera apareció en *The Hispanic American Historical Review* de mayo de 1949 y la segunda en la *Revista de Historia de América*, núm. 29, junio de 1950. La primera es obra de un historiógrafo, especialista en historia antigua, de la Universidad de Berkeley, J.J. Van Nostrand; y la segunda de Francis McGann, historiador en la Universidad de Harvard y más tarde latinoamericanista especializado en Argentina, profesor de la Universidad de Texas, en Austin.

Van Nostrand apunta que en este libro se traza muy bien el desarrollo de la historiografía de los últimos 60 años en su intento por implantar la “nueva historia”, esto es, la historia de la civilización. Altamira da una importancia especial a la obra del historiador medieval árabe Ibn Jaldún, quien

⁶² *Ibid.*, pp. 125-126.

⁶³ Estas ideas están presentes en su ensayo “Idea y estructura de una nueva historia de la civilización española”, y reinserto como apéndice en el *Proceso*, pp. 166-181.

⁶⁴ Si acaso se puede denominar tal cosa, existe el *abstract* del libro de Altamira en la relación bibliográfica preparada por Luis González para conmemorar los “Veinticinco años de investigación histórica en México, I”, en el ramo de Historia de la historia se lee: “Texto de las lecciones dadas por el maestro español en El Colegio de México en 1946. Va de la idea de la historia que tenía el medieval europeo a las concepciones del siglo XX. Se concede atención especial a los tratadistas de habla española”. L. González, “Historia de la historia”, p. 205.

visto “modernistamente”, es apreciado como precursor de August Comte y Herbert Spencer.⁶⁵ El autor destaca que el tono del libro es el de “un testigo y un participante” de ese largo proceso,⁶⁶ lo cual le hace pensar en Altamira como si se tratara de un Polibio del siglo xx. Se comporta no sólo como un cronista, sino también como un pedagogo y un moralista. “History had ceased to be passive exposition. It became a Message with a Moral. This still remains the interpretation of history by Altamira”. Centra su atención luego en las agrias disputas por la historia que se dieron en los congresos internacionales de 1903 y 1908, cuando la “nueva historia” (de la civilización) disputaba su lugar en relación con la historia tradicional política. A continuación valora la crítica que Altamira dirige a los excesos nacionalistas y racistas del periodo de la entreguerra. También concede algunas líneas al debate que aflora en el libro de Altamira acerca de si la historia era una ciencia o literatura: al final Altamira se sitúa del lado de los que creen en la historia como una ciencia, sin que ello implique negar que contiene también una dimensión literaria al momento de escribirla. Entiende la historia según las enseñanzas de G.M. Trevelyan: como una Musa. La historia es la combinación de tres facultades: la científica, la imaginativa o especulativa y la literaria. Finalmente, para Van Nostrand el punto culminante del libro se encuentra en el apéndice, ya que se trata de una apología que el autor hace de sí mismo (*apologia suae vitae*). Si el tono es de tristeza, no hay lugar, sin embargo, para la desesperación o tentación de condenar a la humanidad. Altamira es tan optimista como Huizinga, y tan seguro de sí (*confident*) como Toynbee y Sorokin.⁶⁷ Al igual que ellos, Altamira apuesta por un despertar espiritual (*spiritual awakening*). Su papel como gestor de la España moderna es indiscutible. Su reputación como narrador e intérprete de la civilización española es incuestionable. En suma, este pequeño tratado es una excelente introducción a Altamira tanto como un hacedor (*maker*) como un escritor (*writer*) de la historia.

La reseña de Thomas F. McGann coincide en ver a Altamira como uno de los representantes de la “nueva historia” o aquella no circunscrita a lo político. Subraya una frase de Altamira: “Para mí [...] decir civilización es

⁶⁵ La obra de este escritor árabe fue editada con un estudio preliminar de Elías Trabulse en 1977. I. Jaldún, *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*.

⁶⁶ Van Nostrand, *Hispanic American Historical Review*, p. 270.

⁶⁷ Arnold J. Toynbee publicó una colección de ensayos sobre el tema, *La civilización puesta a prueba*, cuya versión original, *Civilization on trial*, apareció en 1948. Del historiador J. Huizinga, véase “Problemas de historia de la cultura” (1929), en *El concepto de la historia*.

lo mismo que decir Historia: ambas significan narración íntegra y orgánica de los hechos [...] a través de los siglos”. El autor concluye así:

Today’s younger historians may find much of Altamira’s essay a work of supererogation, and sociologists and cultural anthropologists will seek in vain an explicit statement of their contributions to and role in the New History. The author’s characteristically involved parenthetical style detracts from the importance of the ideas advanced. With these reservations, historians of the free world will recognize this book as a mature, vigorous and flexible legacy, the testament of a great humanist of a generation past.⁶⁸

Ha quedado claro que en México no faltaron los homenajes y reconocimientos a Altamira, hasta llegar a proponer su postulación al premio Nobel de la Paz en 1950 por iniciativa del diplomático mexicano Isidro Fabela. Sin embargo, fuera de sus aportaciones en el campo de la historia del derecho indiano, no parece habersele prestado mayor atención a su proyecto historiográfico global. Queda la impresión, si hacemos caso al comentario de Luis González, que no pudo establecer contacto con las nuevas generaciones de historiadores que se estaban gestando en esos años; la impresión de un hombre ensimismado, preocupado más en escribir su testamento historiográfico, desentendiéndose de las preocupaciones propias de la crisis de aquellos años que cimbraron a Europa y al mundo entre 1936 y 1945. Pasado el tiempo la impresión de González fue la siguiente:

Zavala, devoto de Justo Sierra; Altamira, un *devoto de sí mismo*, y Millares, luminaria de las ciencias serviles de la historia, eran los mosqueteros de la ortodoxia institucional. A don Rafael, *apenas audible*, únicamente le interesaba desplegar ante los alumnos su *currículum vitae*, adornado de toda clase de moños y listones.⁶⁹

⁶⁸ McGann, *Revista de Historia de América*, p. 141.

⁶⁹ L. González, “La pasión del nido”, p. 537. Al respecto véase el comentario “compasivo” de Ortega y Medina en defensa de Altamira frente a la “ligereza” del historiador de *Pueblo en Vilo*. Ortega se pregunta: “Por qué no hemos de aceptar, comprender y disimular si es preciso la *senil inmodestia* de un historiador que cargaba consigo una experiencia profesional y vital extraordinaria, y que no obstante no le impidió ya en el sosiego relativo del transtierro dedicarse afanosamente a sus estudios y publicaciones y reediciones con las que completó lo que el llamó su débito americano”. Ortega y Medina, “La idea de la historia en Rafael Altamira”, en *Rafael Altamira y Crevea*, pp. 455-456.

Sin proponérselo, tanto González como Ortega y Medina desarrollan la metáfora de la edad avanzada, de la ancianidad, y la trasladan al programa historiográfico modernista de Altamira: éste llega a México apenas “audible” y en estado “senil”. Nada que ver con la edad física, ya que Altamira como lo describen muchos de sus cronistas y familiares, se mantendrá —a pesar de la crisis y decepciones sufridas— vital, optimista, emprendedor y gentil, de buen ánimo. Creyente sin duda de las bondades de la “civilización” moderna y, sobre todo, convencido de poder llevar adelante a través de sus discípulos el programa de llenar todas las lagunas de una historia de la civilización, incluidas sus ramificaciones americanas. Llegó a suscribir en 1945: “Sólo a fuerza de tanteos y ensayos de modesta reflexión sobre la obra realizada y de experiencia técnica, se llegará algún día —debemos esperarlo— a componer una obra que se acerque a la perfección de ese género”.⁷⁰

También es cierto que el *Proceso histórico* es un libro autorreferencial, no sólo en el sentido de referir a la obra de sí mismo, sino también en el talante reflexivo. Pasado el tiempo el hombre mira a sus espaldas como en un espejo para ver qué ha sido de su vida. En mi opinión, este gesto en sí mismo delata la modernidad de Altamira en el sentido cartesiano del término. Para descubrir su identidad la modernidad requiere del espejo del pasado, incluso toda clase de pasados; y de esa manera puede recrearse a sí misma y proyectarse en sus múltiples formas y diversidad, aspirando al mismo tiempo (ésta sería la gran tentación modernista) a llegar a formular una obra de arte total que arrastra consigo también a la naturaleza. Esta experiencia histórica apareció en aquel *fin-de-siècle* al que pertenece Altamira.⁷¹ No obstante, a pesar de que los tiempos le puedan indicar otra cosa, se empeñará todavía, en medio de la tormenta, a diseñar una historiografía similar a las del arte total perseguido en el campo de la estética y de las artes. En ese sentido, este texto de 1948 transpira todavía un ímpetu moder-

⁷⁰ R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, p. 174. Se refiere al proyecto de entregar a la imprenta una “nueva historia” (un libro “todavía *non nato*”), no una historia general de España como fueron sus volúmenes de 1900-1911, sino “una historia de su *civilización*” (p.175). Algo “diferente”, a partir de la experiencia acumulada y salvadas las dificultades y objeciones hechas.

⁷¹ Véase G. Fahr-Becker, “Introducción: Acorde final y nuevo comienzo”, pp. 7-23. Sin dejar de lado la magnífica historia cultural de P. Gay, *Modernism. The Lure of Heresy. From Baudelaire to Beckett and Beyond*. Tal vez en un sentido diferente, se puede revisar la propuesta de José Luis Abellán, “Rafael Altamira y el americanismo”.

nista, tal como lo denunciara su cotransterrado, Wenceslao Roces, al referirse a la historiografía de la antigüedad clásica en 1956.

El *Proceso histórico de la historiografía humana* es un libro autorreferencial como la misma modernidad de donde procede. Está hecho de retazos y fragmentos, y cosido con telas producidas previamente que Altamira no nos oculta.⁷² Recibido el encargo poco después de llegar a México de introducir a los nuevos estudiantes en la trama de la historia, pero también en su “técnica” o arte de hacer, o método, Altamira recurrió a su larga experiencia como historiador, pero además se preocupó de actualizar lo más posible la información pertinente. De esa manera en su libro nos entrega un estado de la cuestión de la historiografía desde su óptica particular.

Dicha perspectiva está articulada a partir de dos o tres nociones básicas que Altamira da por sentadas, y que funcionan como presupuestos del dibujo que entregará; pero al mismo tiempo muestra que forman parte de un “proceso”, de una historia en marcha, ascendente, progresiva. Su sentido moderno de la historia se evidencia en ese aspecto, al tiempo que remite a nociones estables, a constantes conceptuales que permiten al lector no perderse en el cúmulo de erudición y referencias que se van dando cita. Las nociones que se muestran en el sintagma de una historia en proceso entendida como historia de la civilización española y proyectada desde 1898 como una historia futura de la civilización española, en construcción, está articulada a partir de tres conceptos obvios: civilización, historia y pueblo español. Sobre esta tríada conceptual se ha comenzado a erigir un edificio en construcción hecho de palabras y, sobre todo, de hechos, que se establecen metódicamente gracias a cierta manera de llenar de contenido histórico a una forma previamente diseñada, a un campo previamente trazado. Se trata de tres conceptos históricos construidos, elaborados, dentro del proceso de la misma modernidad; es decir, que nos remite a un periodo preciso y específico cuyo origen nos puede llevar en nuestra lengua a la segunda mitad del siglo XVIII y que conforma un vocabulario elaborado alrededor del movimiento intelectual conocido como Ilustración. Son conceptos históricos, pero que arriban a la segunda mitad del siglo XIX connotados, además, como si se tratara de esencias inherentes a la naturaleza humana. Son históricos por pertenecer en principio a una historia particular europea, pero

⁷² El mismo Altamira proporciona en sus líneas las claves para identificar el proceso de producción del *Proceso histórico*; un proceso que cubre el lapso de 1880 a junio de 1947. Desde ahí discrimina las obras históricas del pasado tomando como eje la noción de civilización.

que al mismo tiempo han sido investidos de un carácter universalista, casi una aporía. Dichos conceptos, incluido el de “humanidad”, distinto de lo humano del periodo renacentista, vendrían a funcionar dentro del entramado y orden discursivo desplegado por Altamira como una suerte de *a priori históricos*. El recuento ofrecido del “proceso histórico de la historiografía humana” remite a un lugar particular desde donde todo el pasado va siendo discriminado y normado. Este procedimiento sin duda contiene un carácter “revolucionario”, como lo señaló su discípulo Javier Malagón, y al mismo tiempo remite a un tipo de filosofía kantiana, no hegeliana, como se destaca en la aproximación de José Luis Villacañas.⁷³

Sólo a partir de esa filosofía de carácter prescriptivo, casi una filosofía moral cargada de riesgos intelectuales más o menos insalvables,⁷⁴ se explica su resistencia a incluir el principio de historicidad moderno (lo que define en buena parte al “historicismo”) en la misma técnica o “reglas”⁷⁵ sobre las que se organiza el trabajo histórico, y que permiten discriminar y enfrentar el problema de la verdad en la historia. En su libro, ciertamente ni O’Gorman ni Gaos (con quienes compartió mesa de discusión en junio de 1945), ni Heidegger ni Ernst Cassirer aparecen como interlocutores válidos.⁷⁶ Altamira dialoga más bien con Benedetto Croce y su teoría de la historia elaborada en los años treinta.⁷⁷

⁷³ J.L. Villacañas, “Rafael Altamira y su concepto de civilización española”.

⁷⁴ Como creo entrever en el análisis de Villacañas, “Rafael Altamira y su concepto de civilización española”, p. 76.

⁷⁵ Como “sistema” o “conjunto de reglas o principios sobre una teoría, enlazados entre sí” que “contribuyen a determinar un objeto” y que consiguen alcanzar un cierto grado de generalidad. R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, pp. 115 y 120.

⁷⁶ Ernst Cassirer, porque casi al mismo tiempo se puso en circulación en nuestra lengua su libro (de procedencia kantiana) *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, traducido del original, *Essay of Man*, por otro transterrado como Altamira, Eugenio Ímaz. En particular su párrafo sobre “la historia” tiene para nuestro caso una especial relevancia. Ahí puede leerse: “Definir la verdad histórica como concordancia con los hechos —*adaequatio res et intellectus*— no representa una solución satisfactoria al problema” (p. 256).

⁷⁷ Sin duda dialoga con un pequeño tratado de teoría e historia de la historiografía (similar al de Altamira) de la historia, cuyo título original es *La storia come pensiero e come azione*, de 1938, y que fue llevado al español por Enrique Díez-Canedo. Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*. La discusión de Altamira con Croce y otros críticos del “scientismo” se puede seguir en el “diálogo” entre Croce y Gentile orquestado por Patrick Romanell, *La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico*, en versión española de Edmundo O’Gorman.

En relación con el carácter científico de la historia, lo interesante en Altamira consiste en haber planteado su rechazo de uno de los postulados clásicos de la ciencia positiva surgida con Comte y Spencer, esto es, la posibilidad del establecimiento de las “leyes históricas”; al hacerlo, renuncia a las tesis causalistas explicativas de la historia y asume uno de los principios rectores de la experiencia de la modernidad: la contingencia.⁷⁸ Como consecuencia de asumir que las “leyes” constituyen una hipótesis insostenible⁷⁹ se aproxima a los “peligros” representados por pensadores como O’Gorman y Gaos, en el sentido de conceder que “los hechos históricos” son constituidos socialmente. Pero a diferencia de O’Gorman que en 1947 publicó su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (dedicado a Gaos), las limitaciones detectadas en Altamira no significan que la historia no sea científica.

Por eso es necesario rastrear las razones que tiene Altamira para pensar que, no obstante las dificultades de la historia para establecer enunciados generales y conformarse con ser más bien una “ciencia” de lo particular, de lo singular, la historia es una ciencia. De ahí que se adentre en una reflexión sobre lo que puede significar el “concepto de ciencia” y su relación con la historia.⁸⁰ Después Altamira dedica algunas reflexiones a la “doctrina aristotélica sobre la Historia”, asumiendo que, después de Boutroux, la lógica aristotélica se encuentra en crisis.⁸¹ Al final, sin negar la complejidad de la discusión y la dificultad para identificar un consenso pleno en relación con la resolución del problema de la verdad en la historia, o para establecer verdades ciertas y no meras opiniones, Altamira se remite a un mundo de esencias o verdades inmutables intrínsecas a la naturaleza humana. Desde ese lugar atemporal “el conocimiento histórico puede ser científico”.⁸² Los “historiadores modernos saben que los hechos históricos,

⁷⁸ R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, p. 118. Principio, por lo demás, asumido por las tesis de Berr esbozadas en 1911 en *La síntesis en historia. Su relación con la síntesis general*. En particular el capítulo sobre “la contingencia” relacionada con la reflexión sobre “los hechos históricos”, pp. 55-114. Se ubica en cierto modo próximo al “historicismo” de Croce: “Historicismo es creación de la acción propia, del propio pensamiento, de la propia poesía, a partir de la conciencia presente de lo pasado; cultura histórica es el hábito o virtud conquistada de pensar y obrar así; educación histórica, la formación de este hábito”. Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, p. 285.

⁷⁹ R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, p. 107.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 108-111.

⁸¹ *Ibid.*, p. 113.

⁸² *Ibid.*, p. 114.

aunque vayan en parte variando en el tiempo, poseen un fondo de necesidades e impulsos constantes que proceden de lo invariable en el espíritu humano”.

En consecuencia, y aunque sólo fuese en lo que abarca al fondo, la historia es una ciencia. Ahora bien, asumida la variabilidad de la experiencia humana a lo largo del tiempo, existe en el ser humano una tendencia natural al progreso, a la perfectibilidad en el sentido que el siglo XVIII adjudicó a la palabra *progreso* y que básicamente habría perdurado.⁸³

Aquellos conceptos surgidos durante la modernidad como *progreso*, *civilización*, *historia*, etc., funcionarían como esencias en la medida en que Altamira pensaría que son expresión de las necesidades más profundas del ser humano. Remite en su argumentación a una especie de *positividad* intrínseca a la acción humana.⁸⁴ Dudar de la posibilidad de la certeza en la historia, incluso, vendría a poner en riesgo a la civilización y a la misma paz social. Se trata, incluso al referirse al método de la historia, de un imperativo moral. No se oculta en la resolución del problema su pertenencia a una filosofía neokantiana, de la cual se estaba también bastante al tanto en los círculos intelectuales mexicanos de aquellos años.⁸⁵

REFLEXIONES FINALES

En esta investigación al principio pareció que habría en Rafael Altamira una línea de continuidad a lo largo de su trayectoria intelectual. Que el Altamira de su primera visita a suelo americano entre 1909 y 1910 podría ser el mismo que se encontraría durante su última estancia mexicana entre 1944 y 1951. Sin duda la edición y reedición de sus obras a lo largo del tiempo podrían sustentar esta impresión. Sin embargo, al hacer un esfuerzo por observar en esa misma obra su paso por el tiempo, se pudo divisar una trayectoria mucho más sinuosa e inconstante. Se podría llegar a distinguir algunas

⁸³ *Ibid.*, p. 114.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 122-125.

⁸⁵ Véase G. Hurtado, “El lugar del neokantismo en la filosofía mexicana”. Haría falta desde luego en nuestro medio profundizar más en esta apreciación, similar al estudio de E. Castelli Gattinara, *Les inquiétudes de la raison. Epistémologie et histoire en France dans l'entre-deux-guerres*.

dubitaciones y rupturas dentro de la progresión de su obra, en particular en la lectura del *Proceso*. Desde luego, estos cambios podrían deberse a dos factores sustantivos: 1] su condición de exiliado y, 2] los efectos de la crisis global en el concepto moderno de “civilización”; crisis manifiesta de muchas maneras, visible en el campo de la ciencia, de la cultura y de la estética, durante el lapso comprendido entre las dos grandes guerras del siglo xx. En nuestro caso se trataría solamente de observar sus indicios y efectos en una de sus obras historiográficas producidas durante su exilio mexicano.

Dicho juego de “efectos” ha sido doble, ya que la producción de su libro sobre la teoría de la historia y la historia de la historiografía puede verse como un indicio de dicha crisis de la modernidad, así como su inscripción en el circuito de las comunicaciones orales e impresas cae igualmente en un suelo mexicano e hispanoamericano también marcado por la crisis. Dichos “efectos” jugarán un rol decisivo en la creación, por ejemplo, de nuevas carreras universitarias entre 1920 y 1951, como la economía, la historia, la sociología, la filosofía, la literatura y el arte. Su surgimiento y adopción de un modelo de institucionalización/profesionalización se podría ver como una forma de responder a dicha crisis englobada en la noción de “civilización” o “proceso civilizatorio”. Y para visualizar este proceso y su crisis, la figura de Altamira constituye un caso ejemplar (de ninguna manera exclusivo); representa un buen síntoma de esa crisis y sus derivaciones futuras efectuadas al interior de la lengua, historia y cultura hispanoamericanas. Al revisar el texto de Altamira se ha intentado mostrar entonces que el debilitamiento aludido de su proyecto tiene que ver menos o nada con el carácter de Altamira, trabajador infatigable hasta el final de su vida y fiel creyente, como vimos, de su idea de la historia entendida como una forma de redimir a la humanidad.

El problema que nos hereda no pertenece sólo a Altamira, un modernista consistente y fiel a las fuentes de sus preocupaciones. Él y muchos de sus integrantes surgidos de la crisis de fin de siglo atisbaron el problema de la contingencia, elemento crucial para repensar el problema de la cientificidad de la historia. Lo que muchos de ellos ya no alcanzaron a ver fue el desarrollo de la creciente complejidad en el modo de enfrentar el problema de trazar una historia general, universal, de la humanidad, hecha de pedazos y retazos, de fragmentos, pero con la aspiración de encontrarle su unidad superior, el hilo capaz de explicar la totalidad. Ya no pudieron ver los problemas atisbados por Altamira de una historia posimperial de mayor magnitud que lo circunscrito exclusivamente por el fin de la dominación

española en suelo americano. Por otro lado se abre también la cuestión de la posibilidad de una historia posnacional truncada por la aparición y exacerbación (también detectada por Altamira) de los nacionalismos y totalitarismos de la entreguerra. Sin duda estas dos cuestiones han conducido a una mayor complejidad en la conceptualización de la contingencia y su relación con la historiografía; subyace a ésta la apertura radical a la alteridad: el sujeto que observa sabe ahora que también es observado.

Es verdad que la reforma de los estudios históricos promulgada por Altamira implicó la necesidad de ampliar las fronteras de la historia política y militar tradicionales para abrirse a las influencias que parecen determinar también el espíritu de los pueblos: los factores ambientales y geográficos, la economía y las ideas, la cultura y las condiciones materiales de vida, incluyendo las “vicisitudes de las masas”. Incluso su espíritu modernista se manifiesta en su interés por sustituir las viejas ilustraciones de los libros de historia, por otra clase de imágenes que proporcionen una idea más cercana a la realidad, como las fotografías. El proyecto que Altamira heredó a sus discípulos fue en ese sentido el de una historia integral de la civilización española. Como integrante de la generación del 98 (al lado de Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán), Altamira creyó participar en una reedición del Siglo de Oro español, como parte de una especie de segunda gran oleada de la cultura española.⁸⁶

En el momento actual de la historiografía, sin duda es la nueva historia cultural la que ha retomado los desafíos abiertos, por lo que en la época de Altamira y Braudel llegó a conocerse como “historia de la civilización”. Se trata de una simiente que no ha encontrado un suelo suficientemente fértil en nuestra tradición historiográfica. Quizás sea debido a su carácter entrecortado y a la dificultad para cruzar las vías paralelas establecidas entre disciplinas y entre subespecialidades dentro de una misma disciplina. En ese sentido, el legado de Altamira resulta un motivo excelente para reanudar la reflexión acerca de los problemas historiográficos que planteó, que no pudo resolver y cuyos discípulos no se preocuparon por llevar adelante hasta sus últimas consecuencias.

Por otro lado, el análisis de dicho legado civilizatorio, encuadrado dentro de la historiografía, está inscrito en el problema de la modernidad o nueva época que busca afanosamente reformarse autorreferencialmente,

⁸⁶ Al respecto véase de José Carlos Mainer, *La edad de Plata (1902-1939)*. Agradezco en especial a Javier Fernández Sebastián esta sugerencia.

como lo muestran los últimos pasos de Altamira. Una modernidad que por su misma naturaleza no puede evadir las dos cuestiones no finiquitadas en aquellos años dentro del diámetro de la oposición entre historicistas y relativistas, subjetivistas y objetivistas. Dualidades que examinadas desde el presente plantean la conveniencia de descubrir la unidad de esa diferencia. Es algo que O’Gorman también atisbó sin resolver del todo en aquel libro suyo de 1947 alrededor de la pregunta por el “ser de América”, paralelo y contemporáneo del libro de Altamira de 1948. O’Gorman trató de salir al paso del problema planteando que ambas disyuntivas —relativismo e historicismo— surgen a la par con la nueva conciencia de temporalidad o historicidad creada al unísono con la modernidad. Lo hizo en lenguaje orteguiano, pasando por una aproximación al Heidegger de *El ser y el tiempo* (1927) conseguida a través de las sesiones de lectura y discusión con José Gaos. Obviamente, al negarse O’Gorman por principio a entrar en el lenguaje de la filosofía, esa textura debió pasar desapercibida para Altamira, o éste simplemente ni se dio por aludido. Y lo mismo debió ser el caso de O’Gorman con respecto al escrito de Altamira, al quedar éste implícitamente englobado en la teoría de la historia o metodología que remitiría a la recepción crítica de Ranke de aquellos años.

Hemos revisado el legado del último libro “epistemológico” de Altamira, un texto inscrito en la problemática abierta por la aparición de nociones modernas relacionadas con las palabras historia, civilización, pueblo, progreso, etc., puntales de la manera en que se ha entendido la sociedad surgida en los últimos 200 años. Hecha esta revisión, vale la pena repensar la oposición relativismo/historicismo y todos sus sinónimos: objetivismo, positivismo, neopositivismo, etc., si hemos de descubrir la salida a sus aporías no resueltas. Sin duda no dejan de ser de interés tales desafíos intelectuales, cuyos huecos, puntos ciegos u oscuros, Altamira ya no tuvo tiempo de seguir hollando y esclareciendo.

REFERENCIAS

- Abellán, José Luis, “Rafael Altamira y el americanismo: un eslabón de la revolución modernista”, en Rubio Cremades y Valero, 2004, pp. 17-21.
- Altamira y Crevea, Rafael, *Psicología del pueblo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 (1902).
- , “Idea y estructura de una nueva historia de la civilización española”, *Filosofía y Letras*, 19, julio-septiembre de 1945.

- , *Proceso histórico de la historiografía humana*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 2011 (1948).
- , *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, 2ª ed., Buenos Aires, Editorial Losada, 1956.
- Altamira, Pilar, “Altamira en México”, en Rafael Altamira y Crevea, *Proceso histórico de la historiografía humana*, 2011, pp. 185-188.
- Arberola, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Universidad de Alicante, 1987.
- Arenal Fenochio, Jaime del, “La historiografía al servicio de la paz”, en Altamira y Crevea, 2011, pp. 189-196.
- , “De Altamira a Grossi: presencia de historiadores extranjeros del derecho en México”, *Historia Mexicana*, LV, 4, abril-junio de 2006.
- Asín Vergara, Rafael, *Rafael Altamira 1866-1951*, Alicante, Diputación Provincial de Alicante–Generalitat Valenciana, 1987.
- Berr, Henri, *La síntesis en historia. Su relación con la síntesis general*, traducción de José Almoína, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1961.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, traducción de Josefina Gómez Mendoza, Madrid, Alianza, 1974 (1968).
- Carreras Ares, Juan José, “Altamira y la historiografía europea”, en *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- Cassirer, Ernst, *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Castelli Gattinara, Enrico, *Les inquiétudes de la raison. Epistémologie et histoire en France dans l'entre-deux-guerres*, París, Vrin, Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1998.
- Chevalier, Francois, “Silvio Zavala, primer historiador de la América hispano-indígena. El caso del trabajo de la tierra”, *Historia Mexicana*, XXXIX, 153, julio-septiembre de 1989, pp. 21-31.
- Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Diego Fernández, Rafael, “La huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica”, en Rafael Altamira y Crevea, *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, 15, septiembre-diciembre de 1990, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, pp. 398-401.
- , “Rafael Altamira y Crevea y la historia del derecho en México”, en *Memoria de IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, pp. 245-262.
- Fahr-Becker, Gabriele, “Introducción. Acorde final y nuevo comienzo”, en *El modernismo*, Köln, Konemann, 1996, pp. 7-23.
- Fernández Sebastián, Javier, “The Concept of Civilization in Spain, 1754-2005: From Progress to Identity”, *Contributions to the History of Concepts* 4, 2008, pp. 81-105.

- Gay, Peter, *Modernism. The lure of heresy. From Baudelaire to Beckett and beyond*, Nueva York, W.W. Norton, 2008.
- Garrido, Luis, *El derecho al servicio de la paz*, México, Imprenta Universitaria, 1954.
- González y González, Luis, "Historia de la historia", *Historia Mexicana* (58-59), xv, 2-3, octubre de 1965-marzo de 1966.
- , "La pasión del nido", *Historia Mexicana* (100), xxv, 4, abril-junio de 1976.
- , "Sobre la invención de la historia", *Diálogos. Artes, Letras y Ciencias Humanas*, 52, julio-agosto de 1973, pp. 28-30.
- , *El Oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988.
- , "Silvio Zavala y el quehacer histórico en México", *Historia Mexicana* (153), xxxix, 1, julio septiembre de 1989.
- , "Luis González", en Meyer, 1993.
- Hanke, Lewis, "Experiencias con Silvio Zavala, 1933-1949: algunos recuerdos al azar", *Historia Mexicana*, xxxviii, 152, abril-junio de 1989, pp. 601-607.
- Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos*, México, El Colegio de México, 1953.
- Huizinga, Johan Huizinga, "Problemas de historia de la cultura" (1929), en *El concepto de la historia*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 7-83.
- Hurtado, Guillermo, "El lugar del neokantismo en la filosofía mexicana", *Diánoia. Anuario de Filosofía*, xlv, 44, 1998, pp. 151-179.
- Iglesia, Ramón, "Nota introductoria", a James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Jaldún, Ibn, *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*, traducción de Juan Feres, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Lida, Clara E. (con la colaboración de José Antonio Matensanz), *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México (Jornadas 113), 1988.
- Lida, Clara E., y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México (Jornadas 117), 1990.
- Lira, Andrés (edición y estudio introductorio), *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, México, El Colegio de México, 2012.
- Mainer, José Carlos, *La edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1983.
- Malagón, Javier, "Las clases de don Rafael Altamira", en Javier Malagón Barceló y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966.
- Matute, Álvaro, *Teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SepSetenta, 1974.
- , *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

- McGann, Thomas, *Revista de Historia de América*, 29, junio de 1950, pp. 140-141. <<http://www.jstor.org/stable/20137935>>.
- Meyer, Jean (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993.
- Moreno Luzón, Javier, "Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las independencias en 1910-1911", *Historia Mexicana*, LX, 237, julio-septiembre de 2010, pp. 561-640.
- O'Gorman, Edmundo, "Cinco años de historia en México", *Filosofía y Letras*, 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 167-183.
- , *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1947.
- Ortega y Medina, Juan A., "La idea de la historia en Rafael Altamira", en *Rafael Altamira y Crevea, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, 15, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre de 1990, pp. 455-456.
- Pasamar, Gonzalo, "La influencia de 'Annales' en la historiografía española durante el franquismo: un esbozo de explicación", *Historia Social*, 48, 2004, pp. 149-172.
- Peiró Martín, Ignacio, *Historiadores de España. Historia de la historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013.
- Pereda, Carlos, *Los aprendizajes del exilio*, México, El Colegio de Sinaloa—Siglo XXI, 2008.
- Pérez, Joseph, *La leyenda negra*, traducción de Carlos Manzano, Madrid, Gadir, 2009.
- Revista de Historia de América*, 19, junio de 1945.
- Revista Educación Nacional*, 5 de junio, 1944.
- Reyes, Alfonso, "Mi idea de la historia", en *Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos*, Monterrey, 4-9 septiembre de 1949, México, Editorial Cultura, 1950, pp. 284-295.
- Roces, Wenceslao, "Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua" (1957), en Matute, 1974.
- Romanell, Patrick, *La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico*, México, El Colegio de México (Jornadas 56), 1946.
- Rubio Cremades, Enrique, y Eva María Valero Juan (eds.), *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho*, Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Alicante 10-13 de diciembre de 2002, Murcia, Universidad de Alicante, 2004.
- Santullano, Luis A., *Arraigos y exilios. Antología*, edición de Antolín Sánchez Cervo, México, El Colegio de México, 2012.
- Serrano Migallón, Fernando, "Ayer y hoy: la idea de la narración histórica en Rafael Altamira. Historia del poder e historia humana", en *Altamira y Crevea*, 2011, pp. 197-208.

- Shotwell, James T., *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Toynbee, Arnold J., *La civilización puesta a prueba*, 6ª ed., Buenos Aires, Emecé Editores, 1967.
- Trabulse, Elías, “Crónica bibliográfica”, *Historia Mexicana*, 100, abril-junio de 1976, pp. 627-628.
- Valero, Eva María, *Rafael Altamira y la ‘reconquista espiritual’ de América*, Murcia, Cuadernos de América sin nombre, 2003.
- Valladares, Rafael, “No somos tan grandes como imaginábamos”. *Historia global y Monarquía Hispánica* (en prensa).
- Van Nostrand, J.J., *The Hispanic American Historical Review*, 29, 2, mayo de 1949, pp. 270-271. <<http://www.jstor.org/stable/2508281>>.
- Velázquez, María del Carmen, Ponencia inédita presentada en el colquio coordinado por Julia Palacios y Guillermo Zermeño, “Dimensiones teóricas de la historiografía en México”, Universidad Iberoamericana, 3 y 4 de diciembre de 1987.
- Villacañas Berlanga, José Luis, “Rafael Altamira y su concepto de civilización española”, en Rubio Cremades y Valero Juan, 2004.
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Secretaría de Educación Pública, 1987 (El Colegio de México 1950).
- Wulff, Fernando, “Una historia profesional para un tiempo regeneracionista: Rafael Altamira”, en *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Zavala, Silvio, “Conversación sobre la historia”, entrevista con el historiador Peter Bakewell, *Memoria de El Colegio Nacional*, x, 1, 1982, pp. 13-28.
- , “Apreciación sobre el historiador frente a la historia”, en *El historiador frente a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Zermeño Padilla, Guillermo, *La historia y su memoria. Entrevista(s) con el historiador Moisés González Navarro*, México, El Colegio de México (Colección Testimonios), 2011.

EPÍGONOS DE UNA MODERNIDAD EXILIADA:
GAOS, NICOL, XIRAU, ZAMBRANO

Antolín Sánchez Cuervo

Instituto de Filosofía-CCHS,

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

1. Una de las cuestiones en las que el exilio filosófico español de 1939 en México reparó de una manera significativa fue la singularidad de la filosofía en lengua española, en el contexto de la modernidad occidental. Su humanismo conflictivo, tan ligado a la experiencia de América; su presunta condición asistemática y su vinculación histórica con la educación; sus concomitancias con otras formas expresivas, como la poesía, la novela y la mística; sus carencias y limitaciones, sus lagunas historiográficas y, al mismo tiempo, su potencial hermenéutico-crítico y sus amplias expectativas futuras, fueron motivos inspiradores de una jugosa autorreflexión en filósofos como José Gaos (1900-1969), Joaquín Xirau (1895-1946), María Zambrano (1904-1991) —aun a pesar de su fugaz estancia en México, el primer año de su largo exilio— y Eduardo Nicol (1907-1990).¹

Más allá del obvio interés de todo pensador por conocer la tradición desde la que piensa, dicha autorreflexión bien pudo obedecer a razones diversas, aun cuando todas ellas guarden alguna relación entre sí. Razones, en primer lugar, ideológicas: no podemos obviar cierto nacionalismo cultural, mediante el que la inteligencia exiliada podía compensar e incluso sublimar su derrota y su aislamiento, así como subrayar interesadamente su legitimidad moral y su hegemonía cultural en tanto que interlocutora de la “auténtica España”, como ha apuntado Sebastiaan Faber.² En segundo lugar y relacionado con lo anterior, también había razones sociológicas: la memoria cultural de la propia tradición, sobre todo la más reciente, aquélla con la

¹ He adelantado algunos rasgos generales de esta autorreflexión en “El exilio del 39 y su contribución a la reflexión sobre la filosofía en lengua española”.

² Véase S. Faber, *Exile and Cultural Hegemony*.

que los propios exiliados entroncaban directamente, permitía a éstos reharcer y cohesionar sus identidades rotas y desarraigadas, si bien a costa, no pocas veces, de un cierto ensimismamiento y una difícil inserción en la sociedad de acogida.³ Y razones, también, de índole cultural: el contacto con las tradiciones de pensamiento en lengua española de la otra orilla y cuyo conocimiento en España no dejaba de ser limitado,⁴ pese a la labor americanista que unas décadas antes había emprendido Altamira, entre otros. Gaos, especialmente, dará buena cuenta de la autorreflexión que la filosofía iberoamericana en general, y mexicana en particular, había alcanzado gracias a las aportaciones de Antonio Caso, José Vasconcelos, Edmundo O’Gorman y, sobre todo, Samuel Ramos.⁵

Pero cabe mencionar también otras razones, de índole filosófica, que, si bien no pueden abstraerse de las anteriores, dibujan en mi opinión un radio de más largo alcance. Conforme a ellas, esta reflexión exiliada sobre el pasado, el presente y el porvenir del pensamiento de lengua española constituiría una respuesta al momento de crisis e indigencia profundas por el que atraviesa, no ya la cultura española tras la Guerra Civil y su desenlace, sino también —y sobre todo— la racionalidad moderna como tal, en plena destrucción de Europa. Es decir, más allá del conflicto entre las dos Españas, se responde a las derivas totalitarias, opresivas e instrumentales arraigadas en la ciencia y la política modernas, y en sus despliegues canónicos. En este sentido, pensar en español significará pensar a contrapelo de estos despliegues, rescatando las posibilidades de una presunta modernidad iberoamericana, desplazada, interrumpida y escasamente reconocida, cuyo potencial crítico-hermenéutico bien podría inspirar nuevas y liberadoras interpretaciones del logos.

³ Véase C. Lida, *Caleidoscopio del exilio*, pp. 67-95.

⁴ “La *Revista de Occidente*, por ejemplo, ¿no hubiera podido formar una colección de filosofía hispánica en la que figurasen, entre otras tantas obras, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* y *El peligro del hombre*, de Antonio Caso; la *Estética general* y la *Estética aplicada*, de Déustua; la *Libertad creadora* y *El concepto de la ciencia*, de Korn; las *Proyecciones de la intuición*, de Molina; *O mundo interior*, de Farias Brito; la *Lógica viva*, de Vaz Ferreira? Sí mas no. España hubiera podido ser desinformada por los viajeros, Ortega sobre todo, que tuvieron oportunidad de conocer algunos de estos contemporáneos suyos cuando estaban en su madurez”, apuntará en ese sentido Eduardo Nicol en *El problema de la filosofía hispánica* (1961), a propósito del “redescubrimiento de Europa” a costa de la “pérdida de América” llevado a cabo bajo “La etapa orteguiana”. Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, pp. 123 y 116.

⁵ Véase, sobre todo, J. Gaos, *Obras completas VIII*.

En el caso de los autores arriba mencionados, la reflexión sobre el pensamiento de lengua española y la crítica de la racionalidad canónica moderna guardarán así una complicidad que romperá las limitaciones de algunos planteamientos análogos anteriores. No se tratará de remozar o actualizar el “problema de España”, como se había desenvuelto en la transición del siglo XIX al XX, en el horizonte de las generaciones del 98 y del 14, ya fuera en clave “castiza” y esencialista, ya fuera en clave europeísta y neoilustrada, aun cuando guarden algunas conexiones con una y otra. Tampoco se trata de reavivar la vieja historia del “hispanismo”, entendido como una apología de supuestos valores morales y “espirituales” frente al progreso científico y material característico de la cultura anglosajona. Se trata más bien de plantear, por así decirlo, un humanismo a la altura de tiempos oscuros, capaz de inscribirse con voz propia en medio de un contexto particularmente crítico y convulso, como el que por entonces atraviesa la racionalidad occidental. Humanismo exiliado, entendido como una filosofía del ser humano construida a partir de su indigencia actual, mucho más que de planteamientos metafísicos o abstractos previos, bajo la presión de la guerra, el totalitarismo y la razón instrumental, más allá de un mero “humanitarismo”. Una reivindicación del hombre en estos términos latirá en el pensamiento raciopoético de María Zambrano, en la fenomenología de la conciencia amorosa planteada por Joaquín Xirau, en la reforma nicoliana del logos a partir de una rehabilitación de la expresión, la alteridad y la comunidad; o en la búsqueda gaosiana de una salida a la inmanencia radical que ahoga al hombre contemporáneo. Y también —en el caso de otros autores del mismo exilio— en el “homo amans” de Eugenio Ímaz —expresión de un humanismo utópico, de reminiscencias erasmistas que supo medirse con la barbarie contemporánea salvando posibles anacronismos— o en el marxismo ético de Sánchez Vázquez, inspirado, en buena medida, en el joven Marx, a contrapelo de lecturas cientistas del pensamiento de este último. Se trata sólo de algunos ejemplos, en los que la reflexión en torno al ser humano y su dignidad nunca dejaron de ligarse, de manera explícita en unos casos, matizada en otros, a un rescate de la tradición filosófica en lengua española y sus posibilidades actuales, de las que ellos mismos dieron buena cuenta con sus obras.

2. La dedicación de Gaos al pensamiento de lengua española —y de manera especial a la filosofía mexicana— es muy conocida y ha tenido una larga y fecunda proyección que, no sin razones, llega incluso hasta nuestros

días. A lo largo de una dilatada bibliografía,⁶ concentrada en las décadas de los cuarenta y cincuenta, planteó una sobria reivindicación del pensamiento propio frente a la negación del mismo resultante de mimetismos eurocentristas, estériles y precipitadas pretensiones de novedad, o meditaciones insuficientes sobre un pasado decadente pendiente aún de asumir hasta sus últimas consecuencias. De todo ello resultaría la distinción de un pensamiento caracterizado por un triple rasgo fundamental. En primer lugar, estético —más que metódico y sistemático—, pues sus autores gustan de la calidad literaria, optando por el ensayo como género expresivo fundamental —sin olvidar la literatura de ficción, la lírica y la poesía, la correspondencia epistolar y hasta la oratoria—; muestran predilección por temas estéticos, plasmada ya sea en la crítica literaria o de arte, en la elaboración teórica de dichos temas o en concepciones del mundo de inspiración estética; y porque, en definitiva, afrontan cualquier otra temática con un cierto talante “esteticista”. En segundo lugar, también se trata de un pensamiento eminentemente político en el amplio sentido del término; esto es, entendido como organización de una comunidad cultural y reformismo nacional, bajo el acicate, a menudo, de la nostalgia del desterrado, y en un doble y complementario horizonte: las independencias y subsiguientes procesos constituyentes de las naciones americanas, y la meditación, en el caso español, sobre la decadencia. De ahí el tercer rasgo, una vocación pedagógica que acentúa la dimensión específicamente formadora o educadora de todo pensamiento, palpable en episodios tan relevantes como el krausismo o el positivismo en sus comienzos, en la abundancia de “filósofos-maestros” y “educadores de pueblos”, o en el cultivo del ensayo en tanto que prosa didáctica. Entre todos estos temas y formas —apunta Gaos—

se hace patente una unidad, que viene a ser la característica radical del pensamiento hispano-americano, aquella sobre la que gravita su significación misma. Puede formularse así: una pedagogía política por la ética y más aún la estética; una empresa educativa, o más profunda y anchamente, formativa o reformadora, de independencia, constituyente o constitucional, de reconstrucción, generación, renovación.

O, dicho de otra manera, un pensamiento “inmanentista” o elevador de la propia circunstancia “a conciencia de sí”, cuyo objeto primordial es “este

⁶ Véase J. Gaos, *Obras completas* V, VI, VIII y IX.

mundo, esta vida, el más acá”, y en cuya palabra “está entrañada la acción misma”. Un pensamiento entendido, en definitiva, como “potencia histórico-cultural” o “potencia histórico-vital humana”.⁷

Ahora bien, quizá no se han advertido lo suficiente las conexiones de esta caracterización con la reflexión de Gaos sobre la filosofía como tal, sobre su imposibilidad actual, sobre sus expresiones irracionalistas contemporáneas, de las que el existencialismo sería buen ejemplo, y sobre las fuentes de su fracaso, radicadas, precisamente, en la vocación totalitaria de la razón moderna. En una serie de escritos de los años cuarenta, muchos de ellos aún inéditos, incluido un curso de metafísica impartido en 1944,⁸ Gaos planteará la tesis del totalitarismo entendido como la culminación de un proceso de pérdida creciente de la intimidad por parte del hombre moderno, y de progresiva instauración de regímenes de vida caracterizados por la publicidad y la tecnocracia. Esta proximidad entre ambas reflexiones no es casual y tampoco es solamente de orden cronológico. El interés de Gaos por el pensamiento de lengua española, que con tanta energía y éxito desarrolló sobre todo durante la primera etapa de su exilio, no sólo obedecerá a un ajuste de cuentas con el eurocentrismo de la razón moderna o con la historia de las ideas; a una prolongación crítica de la filosofía de la cultura que su maestro Ortega había programado en sus *Meditaciones del Quijote*, o a la coyuntura intelectual y académica de su nuevo destino mexicano. También obedecerá a la búsqueda de respuestas que exige la situación de fracaso y punto muerto a la que ha llegado esa misma razón moderna, y ante la que la tradición iberoamericana podría ofrecer un nuevo concepto de pensar, sin derivas totalitarias, u otras maneras de entender la racionalidad, hasta ahora veladas bajo la hegemonía de la razón científico-técnico-instrumental. Pensar en español no sólo significará entonces reivindicar o justificar un pensamiento más flexible y expresivo, mayormente ligado al ensayo y dotado de una prosa más rica, como tantas veces se ha repetido, sino también algo más y de mayor calado. En la última lección de su *Curso de metafísica de 1944*, tras dedicar amplios análisis a la cuestión del inmanentismo, la publicidad, la tecnocracia y el totalitarismo, Gaos escribía en este sentido lo siguiente:

⁷ J. Gaos, *Obras completas VI*, pp. 87 y ss.

⁸ J. Gaos, *Curso de metafísica de 1944*. Archivo del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, *José Gaos*, c. 1, exp. 12, ff. 1248-1599. Según Antonio Ziri3n, coordinador de la edici3n de las *Obras completas* de Jos3 Gaos, dicho curso formar3 parte del tomo XVIII, actualmente en proceso de edici3n. Hay una edici3n de este curso en Toluca, Universidad Aut3noma del Estado de M3xico, 1993, pero tiene numerosas erratas.

Pretender salirse de la tradición de la filosofía moderna sería ambición excesiva, al menos para mí: añadir a esta tradición pequeño enriquecimiento ya sería bastante, sobre todo si se debiese a la aportación de experiencias, y de los correspondientes conceptos de casta tan nueva en la filosofía moderna como sería la hispánica. Ahora bien, estoy convencido de que los hombres de la casta hispánica contamos con experiencias inéditas para la historia de la filosofía. Tal es la motivación *metafísica*, me atrevo a emplear el tremendo vocablo sin que me treme la voz, de mi interés creciente por el pensamiento de nuestra lengua, esto es, por las experiencias vitales, humanas, que históricamente lo originan (p. 184).

Asimismo, en un fragmento sin fecha aunque probablemente de esos mismos años, sostiene que “la posición española debe ser no la aceptación acrítica de la modernidad, sino la crítica de ella; no la aceptación acrítica de la filosofía como método de la modernidad, sino la crítica de tal método”.⁹

Obviamente, esto no significa que Gaos abogue por la restauración de ninguna servidumbre teológica o por el remozamiento de concepciones teocráticas del mundo, que se deslice hacia posturas antiilustradas, o que establezca una conexión esencial entre la secularización y el totalitarismo. Significa rastrear en el pensamiento de lengua española cómo se han elaborado conceptos como el de sujeto o el de intimidad, cuál ha sido la significación de sus impregnaciones religiosas más allá de sus expresiones reaccionarias, y cuáles han sido las causas o los motivos de su resistencia a la racionalidad tecnocientífica dominante —más allá, asimismo, del tópico autocomplaciente que explica dicha resistencia a partir de la precariedad de las ilustraciones en el mundo hispánico—. Significa, en definitiva, tantear en dicho pensamiento la hipótesis de un despliegue secular no condenado a la irracionalidad o a la mitificación de la razón.

El propio Gaos constituye un exponente actual de este pensamiento y no parece que le falte conciencia de ello. Su reflexión sobre el totalitarismo, sobre su vigencia actual, sus expresiones y sus fuentes modernas forma parte del “humus” en el que se irá madurando su propia filosofía, que no en vano es una “filosofía de la filosofía” o una tentativa de rehacer la experiencia racional del mundo sobre las ruinas de su arquitectura moderna y a partir

⁹ Fragmento manuscrito. Archivo del Instituto de Investigaciones de la UNAM, c. 1, exp. 42 B, f. 7556. Otros fragmentos de esta misma carpeta aparecen fechados en 1943-1944. Debo a Aurelia Valero Pie el conocimiento de este texto.

de un afán de saber no violento. Pero una tentativa en lengua española: “La filosofía de la filosofía como revisión crítica de la filosofía en mí” —escribía en sus notas de 1943— “resulta una revisión (Historia) crítica de la historia (esencial) del Occidente moderno desde un punto de vista español.”¹⁰

3. En 1943, en plena agonía de Europa, Joaquín Xirau aludía a la inminencia de una “hecatombe universal”¹¹ que, lejos de obedecer a razones coyunturales o accidentales, hundía sus raíces en los itinerarios deshumanizantes de la razón moderna.

Las primeras páginas de su ensayo “Culminación de una crisis” (1945), están en este sentido dedicadas a describir la “crisis social y política que atraviesa el mundo contemporáneo”, cuyo “trasfondo metafísico [...], apenas advertido o del todo ignorado por la enorme mayoría de los hombres” es muestra elocuente, por lo demás, de su calado.

De ahí la sorpresa ante los acontecimientos al parecer inauditos aunque, en realidad, previsibles y perfectamente naturales. El rayo se forma en lo alto. En la profundidad, el volcán. Uno y otro en regiones invisibles. De ahí su aparente subitanidad. Largo tiempo vivieron los hombres distraídos sin advertir las hecatombes que en su atmósfera se forjaban. Seguían hablando de progreso, de libertad, de civilización sin reparar en que el metal de la voz iba perdiendo toda capacidad de resonancia (p. 239).¹²

¿A qué hecatombes y a qué atmósfera se refiere Xirau? No parecen ser otras que la guerra, la violencia, la opresión técnica y en definitiva la barbarie “invisible” que lentamente se ha ido madurando en el seno mismo de la civilización europea, hasta eclosionar igual que un rayo o un volcán en erupción. Eso invisible y metafísico no es otra cosa para Xirau que el mismo derrotero de la modernidad emprendido a partir de Descartes. “La vida moderna” —afirma en este sentido— “carece de mundo. Y una vida sin mundo carece de centro, de sentido y de fin”. Es decir, pierde su vitalidad orgánica, misma que el mundo antiguo había sabido preservar, de manera que el todo y las partes se hallaban mutuamente entrelazados;

¹⁰ J. Gaos, “Mi filosofía”, p. 406.

¹¹ J. Xirau, “Sentido de la Universidad”, p. 468.

¹² Pocos años antes, en 1942, Xirau encabezaba asimismo su ensayo “Lo fugaz y lo eterno” con las siguientes palabras: “Nos hallamos en plena barbarie. El hombre actual posee medios poderosísimos. Carece de fines claros” (p. 265).

de manera que entre la “raíz telúrica” de lo material y “la corona luminosa de lo ideal, la vida se hallaba en el centro” y tanto un elemento como el otro “eran funciones del organismo central que les prestaba sentido y forma”. Sin embargo, con sus reduccionismos en sentido dualista,

Descartes extirpa la carne viviente del mundo. El organismo se escinde y desaparece. Nos quedamos sólo con la base y la cúspide, la materia y el espíritu, lo real y lo ideal. La plenitud y la pompa del mundo se reducen a lo uno o a lo otro. Convertido en una filigrana de ideas o en un abismo sin fin de causas y efectos, se enrarece, se desencarna. Y a través del idealismo o del materialismo —cálculo matemático o movimiento atómico— tiende a disolverse en la nada.¹³

El positivismo contemporáneo —había expuesto Xirau en *Amor y mundo* (1940), uno de sus libros fundamentales— culminará esta disolución, en tanto que realización del idealismo en el naturalismo, del paradigma metafísico en el de la ciencia física, del panteísmo en un “monismo opaco” que reduce el mundo a “una máquina gigante” (p. 173), a costa de sacrificar la riqueza de la experiencia vital, con sus múltiples perspectivas y concreciones subjetivas. “La ciencia positiva, considerada como una concepción de la vida y del mundo”, se reduce por ello “a un puro nihilismo” (p. 189), entendido no como el resultado de una transgresión creadora de valores sino más bien como todo lo contrario: como anegación, precisamente, de toda perspectiva axiológica del ser y pérdida consecuente de su sentido hasta quedar reducido “al puro no ser, a la realidad angustiada y omnipresente de la nada” (p. 182). Para Xirau, la ciencia moderna reduciría así el subjetivismo de la experiencia inmediata del mundo a una objetividad estable pero alienante, identificada con las leyes naturales que supuestamente subyacen a la realidad fugaz y aparente, la cual es declarada insignificante. Ésta sería la clave genealógica fundamental de las hecatombes actuales, a las que Xirau responderá con una fenomenología de la conciencia amorosa, llamada a articular una nueva racionalidad capaz de restituir la experiencia vital en toda su riqueza y plenitud orgánicas.

Por “amor” entenderá Xirau un afán vital radical que subyace a todo conocimiento o a toda actividad intencional sobre el mundo, por medio del que todas las cosas que forman parte de él —incluso las aparentemente insigni-

¹³ J. Xirau, “Culminación de una crisis”, p. 240.

ficantes— son iluminadas e interiorizadas, llevadas a la claridad de su presencia y reveladas en su intimidad; todo ello desde una perspectiva integradora que restituye la conexión entre ser y valor, inmanencia y trascendencia, sobre el trasfondo inagotable de la realidad misma. “La personalidad perfora, mediante el amor, la masa elástica de las cosas y abre caminos y paisajes, luminosos en su presencia, pero llenos de virtualidades y lejanías” (p. 233). “El amor destaca, en la presencia plenaria del ser, el valor que lleva necesariamente implícito por el hecho de ser individual insustituible. [...] El amor personifica las cosas, las destaca en su perfil y las estima y valora en la plenitud de su ser” (p. 244). “Sólo en la conciencia amorosa y en el valor que le es correlativo se ofrece originariamente el ser. [...] El fundamento de la ciencia se halla en el amor” (p. 245).

Pero Xirau no dejará de ligar sus propias respuestas a esta vicisitud crítica de la razón moderna con una reivindicación de lo que él mismo denominó “humanismo hispánico”, que distinguirá por su capacidad para interrumpir la violencia del presente e incluso contribuir decisivamente a la realización de un proyecto de racionalidad diferente, y cuya seña de identidad fundamental será el organicismo. Xirau había sido discípulo de Serra Hunter en el horizonte de la llamada “Escuela de Barcelona” y también de Ortega —si bien nunca fue orteguiano—, así como un buen conocedor de las corrientes fenomenológicas —tanto alemanas como francesas— de su época. Pero su maestro, “por encima de todos y en el sentido más pleno de la palabra”, como él mismo recordará en el exilio,¹⁴ había sido el sucesor de Francisco Giner de los Ríos al frente de la Institución Libre de Enseñanza, Manuel B. Cossío, a través de quien había recibido una honda impronta del organicismo krausista y a quien dedicará una voluminosa monografía.

Xirau hizo suyo este talante organicista, el cual impregna de alguna manera toda su concepción fenomenológica: lo dado en la conciencia significará trascendencia en la inmanencia, identidad en la alteridad, extroversión de una intimidad fecundada por la experiencia primaria del amor, o perspectiva entendida como presencia polimórfica de una realidad inagotable e interconectada. “Sólo mediante una perspectiva integral que trate de recoger todos los aspectos y todos los puntos de vista hallaremos una salvación para el mundo y para la ciencia que trata de iluminarlo.” Lo cual no obedece, por otra parte, a una pretensión intelectualista o a un afán de co-

¹⁴ J. Xirau, “Manuel B. Cossío”, p. 6.

nocimiento puro que se justifique por sí mismo, sino al “afán de la vida que nos lleva a pensar”¹⁵ —de ahí la preeminencia del amor sobre el intelecto—; y que, en plano de la acción, se identifica con la educación entendida como “vivificación” —término que Xirau toma de Cossío—¹⁶ o como un “hacer vivir” que elude tanto la pretensión correctiva como la afirmación espontánea de la vitalidad, sin estimación axiológica alguna.

Pero esa horma organicista se hacía más palpable aún en la ambiciosa —y quizá un tanto idealizadora, en algunos momentos— reconstrucción que Xirau esbozaba del humanismo hispánico a partir de sus mismos balbuceos medievales. Xirau no sólo quiso entroncar directamente con la tradición krauso-institucionista, sino que además enlazó ésta nada menos que con el humanismo del siglo XVI,¹⁷ el cual encontraba a su vez firmes antecedentes en una obra del siglo XIII como la de Ramón Lull. *Vida y obra de Ramón Lull. Filosofía y mística*, rastrea en este sentido los orígenes de una tradición añeja, germinal en medio del “crisol hispano” que configuran la herencia greco-latina, el legado judeo-cristiano y la presencia árabe. Los hábitos de convivencia política, tolerancia religiosa e igualdad social generados en este proceso de mestizaje cultural, en el que se entreabre la transición de lo medieval a lo moderno, alimentarían la obra precursora de Lull. Por medio de su “razón exaltada”, integradora de una concepción ordenada de la realidad y un arte para apropiarse activamente de ella, el Sacro Imperio Romano se transformaba en un organismo cristiano de pretensiones universales que, si bien descansaba en la asunción de un orden teocrático incuestionable, renunciaba a la cruzada militar o a la llamada “guerra justa”. Es por ello que en la obra ecuménica de Lull se prefiguraba ya el utopismo renacentista, la empresa misionera en América y hasta el talante quijotesco. Y sobre todo, la mentalidad erasmista, ejemplarmente expresada en la personalidad intelectual de Luis Vives.

Xirau reconocerá en dicha personalidad al integrador de la tradición medieval platónico-aristotélica y la incipiente modernidad del Renacimiento italiano por un lado, del protestantismo germánico por otro; al precursor de la pedagogía y la política modernas en la medida en que éstas se fundan en el análisis de la conciencia; al humanista que sitúa al hombre en el centro del universo independientemente de su condición y procedencia, inte-

¹⁵ J. Xirau, “Amor y mundo”, p. 191.

¹⁶ J. Xirau, “Manuel B. Cossío”, p. 259.

¹⁷ Véase J. Xirau, “Manuel B. Cossío”, pp. 20-38; “Humanismo español”.

grándolo en una sociedad natural universal, o una humanidad de la que tampoco los turcos ni los indios americanos deben quedar excluidos; al crítico del poder cuando éste carece de legitimidad popular; o al divulgador de un cristianismo ecuménico y moral, tolerante ante la herejía y pacificador ante el panorama de una Europa convulsa.

Sobre estas ideas —apuntará Xirau hacia el final de su ya citado ensayo sobre el humanismo español— elucidaría Vitoria sus esbozos del derecho internacional y su innovadora concepción de una sociedad natural de pueblos libres e iguales: anterior a toda relación contractual es la identidad misma del género humano, fundamento de una soberanía universal que, previamente legitimada mediante el sufragio, antepone un criterio de justicia a la voluntad particular del monarca. Sólo en este contexto es posible comprender la crítica de Las Casas al proceso colonizador o el utopismo de Vasco de Quiroga. Incluso durante los dos siglos de “evasión anómala” y de repliegue autoritario que transcurren desde la muerte alegórica del Quijote hasta la muerte real de Fernando VII, dicha tradición —la auténtica para Xirau, que no debe confundirse con el tópico de la “España católica”¹⁸— permanecerá latente en “la voz reconvertora, admonitoria o sarcástica” de autores como Quevedo, Feijoo, Jovellanos, Larra o el propio Simón Bolívar: las Independencias iberoamericanas, entendidas como un proceso común a España y América, serían precisamente el gran desahogo de esa tradición reprimida y la gran respuesta a la desintegración de la comunidad hispánica a que habría conducido dicho repliegue. Independencia significará entonces para Xirau catarsis regeneradora y restitución actualizada de una tradición auténtica de signo organicista, común a España y América, que poco o nada tendría que ver con el pasado imperial evocado e invocado por el tradicionalismo. El krausismo y su amplia realización práctica alrededor de la Institución Libre de Enseñanza constituirá finalmente, un momento particularmente reflexivo de esta tradición. Las fuentes alemanas del krausismo y su orientación europeísta no impedían, para Xirau, que éste canalizara un rescate de la propia tradición, pues ésta se caracterizaba, desde sus mismos orígenes pluriculturales, por la forma organicista. Bajo el prisma del krausismo, era posible identificar y reconstruir los bagajes del humanismo hispánico, integrar sus expresiones peninsulares y americanas, y erigirlo en respuesta a la crisis radical de la razón occidental.

¹⁸ J. Xirau, “Manuel B. Cossio”, p. 12.

4. En marzo de 1939 María Zambrano llegó a México, en donde apenas permaneció unos meses. En diciembre de ese mismo año partiría a Cuba, prosiguiendo después un periplo de más de cuarenta años por diversos lugares de América y Europa, antes de su regreso a España en 1984. Pero durante esos meses de residencia en México comenzaría su vivencia del exilio, entendido no sólo como una circunstancia, sino también como una forma de vida y gran metáfora de un pensamiento náufrago, heterodoxo y desplazado, que busca respuestas al desenlace violento y totalitario del humanismo occidental en los olvidos y marginalidades que éste ha ido generando a lo largo de su historia.¹⁹

La estancia de Zambrano en México fue fugaz pero fecunda. En “Violetas y volcanes”, escrito ya en 1989, evocaría, entre otras vivencias, la sensación de arropamiento que le transmitía el silencio del indio mexicano o el comienzo de sus clases de historia de la filosofía en Morelia, el 1 de abril del 39, explicando el concepto de libertad en Grecia “mientras en Madrid *desfilaban los gritos de bárbara victoria*”.²⁰ Pero sobre todo, culminó en dicha ciudad algunos trabajos que enlazaban su temprana trayectoria filosófica de los años treinta con la singular maduración que ésta experimentará en la década de los cuarenta durante su exilio en Cuba y Puerto Rico. Entre otros, dos libros “gemelos”: *Filosofía y poesía* (1939) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), en los que empieza a desplegarse la “razón poética” que Zambrano había formulado de manera explícita por primera vez poco tiempo antes, en plena guerra, a propósito de Antonio Machado.²¹ La relevancia filosófica de la experiencia poética, sus ricas expresiones en la tradición española y los reduccionismos que ha conllevado su olvido en el mismo seno de la razón filosófica occidental, serán algunas de esas claves.

En ambos libros aborda así Zambrano la frustración que supuso para el logos occidental la temprana escisión entre filosofía y poesía. A partir de la célebre condena platónica de la poesía, esas “dos mitades del hombre” caminarán por separado, encontrándose sólo de manera tortuosa. Ensoberbecida y desprendida de su condición admirativa originaria, la filosofía dis-

¹⁹ He trazado algunas aproximaciones a la experiencia zambrana del exilio en “Las metamorfosis del exilio” y “María Zambrano und der Weg zur poetischen Vernunft”.

²⁰ M. Zambrano, *La razón en la sombra*, pp. 689 y ss.

²¹ “El pensamiento científico, descualificador, desubjetivador, anula la heterogeneidad del ser, es decir, la realidad inmediata, sensible, que el poeta ama y de la que no puede ni quiere desprenderse. El pensar poético, dice Machado, se da *entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos*. [...] Razón poética, de honda raíz de amor.” Véase M. Zambrano, “La guerra de Antonio Machado”, p. 177.

currirá en solitaria autosuficiencia, dejando a la poesía “al margen de la ley”, errabunda “por estrechos senderos” y “en los arrabales, arisca y desgarrada, diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes; terriblemente indiscreta y en rebeldía”.²²

Filosofía significará así claridad y ceguera, justicia y violencia, esperanza y sacrificio. Entendida como pensamiento lógico, perseguirá la domesticación de la realidad, lo cual supondrá una reducción cosificadora de la misma: la filosofía se desprende de todo lo inmediato y aparente, fugaz y contingente, en busca de un núcleo esencial y unitario, eterno e invariable. Aspira a adueñarse del ser oculto tras las contradicciones mundanas, erigiéndolo en principio universal del conocimiento y la realidad. No puede ocultar, por eso mismo, una cierta vocación “totalitaria” en la medida en que aspira a una unidad abstracta y excluyente.

La poesía, por el contrario, seguirá el camino de la dispersión, dirigiendo su atención hacia lo fugitivo y olvidado. El poeta es el hombre concreto que no busca sino espera, pasmado ante una multiplicidad que le envuelve y desborda, le atormenta y enamora. Su paradoja es de otro orden. Lejos de violentar o escudriñar la realidad, se empapa de su flujo caótico y heterogéneo, expresándolo en toda su contradicción y melancolía. No renuncia a los instantes ni a la totalidad, ni a la variedad ni al anhelo amoroso que pide eternidad. Aspira a una totalidad en la que respiren “una, cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna. Quiere un todo desde el cual se posea cada cosa”, más no entendiendo por tal

la cosa conceptual del pensamiento, sino la cosa complejísima y real, la cosa fantasmagórica y soñada, la inventada, la que hubo y la que no habrá jamás. Quiere la realidad, pero la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y el no-ser en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás.

Verdadero exiliado de la realidad que han fabricado los filósofos, el poeta “saca de la humillación del no ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro”. No se afana, como el filósofo, “para que de las cosas que hay, unas sean, y otras no lleguen a este privilegio, sino que trabaja para que todo lo que hay y lo que no hay, llegue a ser”.²³

²² M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, pp. 13 y ss.

²³ *Ibid.*, p. 22.

Precisamente en el “realismo” y “materialismo” españoles —dirá Zambrano en su otro libro de 1939— un anhelo de reconciliación entre filosofía y poesía parece cumplirse; entendiendo, obviamente, esos dos términos, no en un sentido convencional o científico, sino como una actitud vehemente de apego e incluso adoración a materialidad concreta y palpitante de la vida, libre de abstracciones y reduccionismos conceptuales; a la realidad en tanto que experiencia inmediata y espontánea del mundo, tal y como se expresa por ejemplo en la novela castellana, desde Cervantes hasta Galdós. O en la sensualidad de la mística española y el hedonismo donjuanesco, en tanto que dos maneras aparentemente antagónicas de responder a la fugacidad y multiplicidad de esa realidad irreductible y fluyente; como afán de recogerla en su totalidad en un caso, como entrega gozosa a cada uno de sus momentos; sin olvidar la meditación sobre la muerte como término inexorable de esa fugacidad, tan presente en las letras españolas desde el senequismo de Jorge Manrique hasta el pensamiento trágico de Unamuno.

Para Zambrano, el pensamiento español no ha encontrado un lugar en la historia debido precisamente a este carácter reconciliador; o, dicho de otra manera, a su singularidad o su carencia de violencia. Si se acepta que la experiencia filosófica brotó en Occidente de la admiración ante la existencia del mundo o el apego extático e inmediato a la vida por una parte, y de la violencia o el despliegue de una voluntad objetivadora sobre la realidad hasta reducirla en un sistema por otro, dicho pensamiento se caracterizaría por la ausencia de esto último. Acaso por su enraizamiento originario en una singular religiosidad ibérica reacia al logos, daría lugar a modos de conocer diferentes de aquellos por los que transcurrirá el pensamiento greco-latino-cristiano-europeo. De ahí el tópico de su lejanía respecto de la ciencia y la filosofía modernas o su tendencia a petrificarse bajo el tradicionalismo, desembocando en definitiva en una voluntad nihilista y desasida, fracasada.

Ahora bien, que el pensamiento español no haya logrado codificarse en el devenir histórico de la filosofía moderna no significa, para Zambrano, que carezca de substancia filosófica, aunque sea de otra índole. Aun es más, precisamente en ello radicaría su luminosidad. Si la violencia del logos ha conducido a Europa a la destrucción, otros modos de conocer la realidad deben entonces imponerse. Y esos modos bien podrían ser aquellos que dicho pensamiento ha realizado en géneros como la novela. En realidad, esa voluntad pura, impotente para la especulación metódica y la reducción objetiva de la realidad, se habría canalizado narrativamente, alumbrando un conocimiento no violento, inspirado en el fracaso.

Novela y poesía —sin olvidar otros géneros que Zambrano tampoco dejó de reivindicar, como la confesión o el saber popular— van delimitando así una tradición de pensamiento desarraigado de la abstracción y de la violencia metódica propias de los sistemas filosóficos, que no es ni “idealismo” ni “practicismo” y que es más bien “lo otro que lo llamado teoría”;²⁴ aquello que se persigue para que “la razón se entienda a sí misma” y pueda así “entender la vida”²⁵ o, sencillamente, “vivir de modo que se pueda morir”,²⁶ como dirá después en *España, sueño y verdad* a propósito de la razón vital de Ortega. En definitiva, un “conocimiento poético”²⁷ o un modo de pensar que no sólo se aproxima a la expresión literaria, sino que también se funde con ella invirtiendo el tópico de la “pobretería” de la filosofía española. Ésta puede ser innegable “si por filosofía se entienden los grandes sistemas. Mas de nuestra pobretería saldrá nuestra riqueza”, pues el pensamiento español “puede ser el tesoro virginal dejado atrás en la crisis del racionalismo europeo”²⁸ y de su peculiar melancolía “puede surgir *la nueva ciencia* que corresponde a eso tan irrenunciable: la integridad del hombre”.²⁹ Todo el itinerario raciopoético posterior de María Zambrano será en algún sentido la elaboración inacabada de esta integridad irrenunciable.

5. El planteamiento de Nicol acerca de la filosofía española fue más adusto y desmitificador que los anteriores, e incluso despide un cierto antagonismo respecto del de Gaos³⁰ o de Zambrano, señalando carencias allí donde éstos advertirían virtudes. Por ejemplo, en la predilección por lo estético o por la expresión literaria, tan propensa, a su juicio, al personalismo contemplativo y tan alejada, en consecuencia, de las exigencias de lo que él entendía por un pensamiento responsable, comprometido con la vocación científica, universal y comunitaria del logos —algo que más bien le acercaría a la horma organicista de Xirau—. De ahí su crítica del “ensayismo” o del abuso del ensayo como género filosófico, de su carácter suplantador del género sistemático bajo el pretexto de que éste es rígido y reduccio-

²⁴ M. Zambrano, *Pensamiento y poesía*, pp. 129 y ss

²⁵ M. Zambrano, *España, sueño y verdad*, p. 109.

²⁶ *Ibid.*, p. 94.

²⁷ M. Zambrano, *Pensamiento y poesía*, p. 155.

²⁸ *Ibid.*, pp. 115 y ss.

²⁹ *Ibid.*, p. 161.

³⁰ Véase mi artículo “Eduardo Nicol ante el proyecto de un pensamiento en lengua española”.

nista, o de su presunta idoneidad para expresar un pensamiento como el de lengua española. Ello no obsta para que el propio Nicol cultivara el ensayo, pero atribuyéndole un estatuto epistemológico, por así decirlo, inferior, ya que filosofía, a su juicio, es ante todo “ciencia”, entendida, bien es cierto, en un sentido bien distante de reducciones tanto metafísico-idealistas como pragmático-instrumentales. Es decir, como un conocimiento capaz de restituir el valor de la experiencia en toda su plenitud y alcance expresivos, de manera que no quede anulada bajo construcciones trascendentales ni tampoco mutilada bajo metodologías de inspiración positivista. Para Nicol, la universalidad y la objetividad de la verdad son compatibles con su condición histórica, fenoménica e intersubjetiva. Conceptos medulares de su obra como el de expresión explicarían esta conciliación, a la que Nicol dedicó sus mayores esfuerzos bajo una singular orientación fenomenológica.³¹

Pero, si de lo que se trata es de restituir el valor de la expresión, ¿acaso no sería el ensayo un medio privilegiado para ello? Sólo aparentemente, ya que el ensayo, desde esta perspectiva nicoliana, pierde de vista el régimen de verdad inscrito en la experiencia filosófica. Si filosofía es ciencia o replanteamiento constante de los cimientos de la verdad, su medio más idóneo será el sistema, entendido asimismo no como una construcción cerrada y dogmática, sino como conexión dinámica de fragmentos con vistas a una completitud imposible pero irrenunciable. Aun es más, el riesgo de derivar hacia posturas dogmáticas —arguye Nicol— reside mayormente en el ensayo, precisamente por la arbitrariedad de sus licencias subjetivas. “La filosofía es, en efecto, expresión. Todo lo que el hombre hace es expresión. Pero la filosofía es algo más que la manifestación de los fondos existenciales del filósofo”.³² Ese “algo más”, que Nicol identifica con el constante replanteamiento en común de la verdad, se esfuma en el ensayo cuando éste se limita a espolvorear el discurso filosófico con “variedad de anécdotas e incidencias autobiográficas”,³³ pues una “obra de filosofía no es un *libro de miseria de hombre*” ni de “ostentación del yo”, sino “un intento de aproximación a la verdad”.³⁴ La filosofía “no se ocupa, no se ha ocupado nunca, ni se ocupará directamente de la persona del filósofo, sino de la adecuación o no

³¹ Este propósito recorre toda la obra de Nicol. Para su concepto de expresión, resulta indispensable su libro *Metafísica de la expresión*.

³² E. Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, p. 229.

³³ *Ibid.*, p. 237.

³⁴ *Ibid.*, p. 239.

adecuación entre lo que éste diga y la realidad”.³⁵ De ahí la dura crítica de Nicol a lo más emblemático de la filosofía española contemporánea, planteada en su escrito “Conciencia de España” (1947),³⁶ que posteriormente retomará y ampliará en *El problema de la filosofía hispánica* (1961). Tanto Unamuno y la generación del 98 como lo que Nicol denomina “la etapa orteguiana”, obviamente con Ortega a la cabeza, mostraron a su juicio una indudable preocupación por la reforma del *ethos* hispánico que no obstante acabó cediendo a la tentación personalista, el ensimismamiento esteticista y el afán de hablar de sí mismos o de ser los protagonistas de su pensamiento.

Ahora bien, no todos fueron contraejemplos. En tres jugosos artículos escritos en 1947-1948,³⁷ en el horizonte de la posguerra europea y bajo la impronta de la guerra española y sus consecuencias, Nicol buscó la actualidad de la filosofía moral y jurídica de Luis Vives y Francisco de Vitoria y, sobre todo, la filosofía política de Francisco Suárez. En esta última, en especial, encontraba una fundamentación ética de la política; o lo que es igual, una concepción moral del Estado, basada en la comunidad natural de los individuos, orientada hacia el bien común y responsable de garantizar la dignidad de la persona. El pensamiento político de Suárez contendría así para Nicol serios antecedentes de la Declaración de los derechos del hombre de 1789, si bien la interpretación de éstos últimos habría sido ganada por las fórmulas contractualistas y liberal-burguesas de Locke,³⁸ originando con ello la desarticulación de las relaciones entre individuo y comunidad, la escisión entre ética y política, y la concepción de Estado en términos de economía y poder, características de la sociedad contemporánea. El divorcio entre pensamiento político y acción estatal que acompañó a la conformación del Imperio español, quedando los filósofos, junto con el pueblo, excluidos de una pseudoconciencia nacional edificada sobre el absolutismo y la imagen de la guerra, habría motivado el olvido de filósofos como Suárez. Por contra, la repercusión del pensamiento de Locke en la ideología y en la acción del Imperio británico le habría aupado al tren de la

³⁵ *Ibid.*, p. 230.

³⁶ Véase E. Nicol, *La vocación humana*, pp. 227-245.

³⁷ “Libertad y comunidad”, “Propiedad y comunidad”, “La rebelión del individuo”, en Nicol, *La vocación humana*, pp. 246-292.

³⁸ Véase el cuadro comparativo entre dicha Declaración, el *Ensayo sobre el gobierno civil* (1690) de Locke y el *Tratado de las leyes* (1612) de Suárez, en E. Nicol, *La vocación humana*, pp. 253-263.

política moderna dominante, cuyos derroteros serán bien diferentes de los que Suárez había perfilado. A partir de Locke, ya no será la dignidad de la persona sino la propiedad, aquello que el Estado está llamado a garantizar, a la manera además de un contrato que sella la renuncia del individuo a su estado natural y su ingreso coercitivo en la sociedad. Desprovisto de cualquier finalidad moral, el Estado tenderá entonces a reducirse a una figura policial, susceptible de benevolencia tanto como de soborno. Para Nicol, tal será, *grosso modo*, la fórmula moderna del bien común, con la que se intenta acotar el absolutismo de príncipes y de reyes al hilo de la nueva y emergente conciencia burguesa. Devaluada en una sociedad de propietarios, la comunidad perderá entonces la dimensión ético-política que había adquirido en Suárez, en favor del principio del interés y la competencia, dominante tanto en el ámbito nacional como internacional.

El contractualismo, la gran fórmula moderna para regular colectivamente este principio individualista, expresará para Nicol la devaluación del vínculo comunitario en vínculo de especie o meramente biológico, regido por el instinto de subsistencia y abocado, finalmente, a una cultura de la guerra. En libros posteriores, como *El porvenir de la filosofía* (1971), Nicol analizará la actualidad de esta cultura, sus raíces modernas y su dimensión global, hasta el punto de que todo “se promueve y se juzga en relación con la guerra: la religión, la ciencia, el arte, el deporte, la filosofía y hasta la vida privada. En la nueva cultura, todo ha de contribuir a la victoria y está permanentemente movilizado”. El prójimo es entonces “el adversario por principio” y todos los adversarios “no son más que comparsas en este gran suceso que es la conversión de la guerra en protagonista de la historia³⁹ [...]. El campo de batalla parece ser el semblante de los hombres: la violencia es su rasgo más saliente.⁴⁰ [...] Todos los hombres son, propiamente, heridos de guerra⁴¹ y todos “estamos en guerra, cualesquiera que sean los regímenes”.⁴²

Pero, en medio de este horizonte crítico, que Nicol irá trazando con amplitud y detalle en algunos de sus libros,⁴³ la filosofía hispánica estaba llamada a desempeñar un cierto papel más allá de la reivindicación de clásicos como Suárez. En realidad, *El problema de la filosofía hispánica* no se li-

³⁹ E. Nicol, *El porvenir de la filosofía*, p. 52.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 49.

⁴¹ *Ibid.*, p. 132.

⁴² *Ibid.*, p. 124.

⁴³ Véase, sobre todo, E. Nicol, *El porvenir de la filosofía y La reforma de la filosofía*.

mitaba a cuestionar duramente el ensayismo en general y el de la etapa orteguiana en particular —del que, por cierto, eximía a cierta meditación responsable sobre el propio ser, propia de la filosofía latinoamericana contemporánea, capaz, a su juicio, de conciliar lo autóctono con lo universal—. También planteaba numerosas cuestiones relacionadas con la conquista y la colonización de América, el concepto de hispanidad y la significación y evolución de las independencias hasta el presente, y —lo que ahora nos interesa mayormente— llamaba la atención sobre el mencionado papel de la filosofía hispánica. En realidad, esa misma propensión a la soberanía del yo que tanto la habría lastrado, la habría mantenido al margen de las derivas deshumanizantes de la ciencia y la política modernas, de aquello que él mismo teorizó como “razones de fuerza mayor”, identificando con ellas una suerte de razón instrumental⁴⁴ en medio de todo un diagnóstico de la actual globalización tecnológica anglosajona y su poderío. De ahí su misión “de civilizar a los poderosos”⁴⁵ —algo cuyo único antecedente no sería otro que el de Grecia—, o de convertirse en “la conciencia del poder”,⁴⁶ rectificándolo con las armas del *logos* y del *ethos*. La filosofía hispánica estaría así llamada a mostrar la cara más luminosa de su genio humanista: aquella que piensa el mundo desde el respeto a la vocación reflexiva y comunitaria del hombre sin sacrificarla al esteticismo personalista, pero tampoco a la impersonalidad instrumental. “En efecto, si se logra educarlo, ese personalismo indómito, soberanamente arbitrario y anárquico que adopta a veces nuestro genio puede modelarse y convertirse en algo positivo: en una reivindicación de la persona humana frente al anonimato y la neutralización que imponen las formas de vida actuales.” En la educación de sí mismo encontraría así el genio hispánico toda una clave crítica del genio tecnocientífico que finalmente se ha impuesto en Occidente. Desde su condición exiliada de una modernidad finalmente infernal, la filosofía hispánica tenía ante sí el reto de “una rehumanización del hombre”.⁴⁷

6. Los cuatro planteamientos anteriores muestran notorias diferencias entre sí pero obedecen de alguna manera a una inquietud común: el rescate de las posibilidades críticas del pensamiento de lengua española en el momento presente, su arraigo en una tradición velada y en cierto sentido exiliada

⁴⁴ He abordado este punto en “Eduardo Nicol y la crítica de la razón instrumental”.

⁴⁵ E. Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, p. 161.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 162.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 163.

de la racionalidad canónica moderna, y la significación opresiva, instrumental e incluso totalitaria en que ha derivado esta última. Se trata, por tanto, de una inquietud que, más allá del interés hispanista —o de su desmitificación—, enlaza con problemas universales de máxima actualidad y relevancia. Por eso resulta inseparable de la reflexión sobre esa misma razón moderna y su quiebra actual, e incluso sobre la filosofía como tal, a la que sus autores dedicaron buena parte de sus obras. El denso y en ocasiones aporético diálogo entre el historicismo y la fenomenología, en base al cual Gaos articuló su personal desmitificación de la metafísica como fundamento preestablecido del logos y de la condición sistemática como requisito para su despliegue, supuso todo un acicate para el redescubrimiento de una tradición de pensamiento desplazada, como la de la lengua española. Zambrano fue más radical y planteó una mediación entre la filosofía y otros saberes supuestamente ajenos a la misma, como el poético y el religioso que, además de rebatir el imperativo racionalista dominante en Occidente con todas sus alienaciones, encontraba en el singular pensamiento español cauces expresivos privilegiados. Xirau, asimismo, conectó la necesidad de rescatar la vitalidad integradora que los dualismos modernos habían ido cercenando a partir de Descartes, hasta desembocar en un deterioro radical de la experiencia humana, con la horma organicista característica del humanismo hispánico. Nicol fue muy severo con el pensamiento español del último siglo por su difícil compatibilidad con la vocación científica que toda razón filosófica debía, a su juicio, satisfacer; pero no por ello dejó de advertir la actualidad de clásicos políticos como Vives o Suárez, o de advertir un sólido potencial crítico y educador en dicho pensamiento, a la vista de la deriva pragmático-instrumental hacia la que se habría escorado la racionalidad moderna, hasta el extremo de poner en cuestión la misma existencia de la actividad filosófica en cuanto tal. Durante sus exilios en México, cada uno de ellos discutió a su manera las posibilidades de una modernidad iberoamericana.

REFERENCIAS

- Faber, Sebastiaan, *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002.
- Gaos, José, *Curso de metafísica de 1944*, fondo documental del doctor José Gaos, fondo 1, caja 12, ff. 1248-1599. Versión electrónica, capturada y cotejada a partir del manuscrito, por Antonio Ziri6n.

- , *Obras completas VI. Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, prólogo de José Luis Abellán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- , *Obras completas IX. Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española*, prólogo de Octavio Castro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- , *Obras completas V. El pensamiento hispanoamericano. Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, prólogo de Elsa Cecilia Frost, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- , *Obras completas VIII. Filosofía mexicana de nuestros días. En torno a la filosofía mexicana. Sobre la filosofía y la cultura en México*, prólogo de Leopoldo Zea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- , “Mi filosofía (1943)”, en *Obras completas III. Ideas de la filosofía (1938-1950)*, prólogo de Abelardo Villegas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 395-412.
- Horneffer, Ricardo (coord.), *Eduardo Nicol (1907-2007). Homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Lida, Clara, *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, México, El Colegio de México, 2009.
- Nicol, Eduardo, *Metafísica de la expresión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- , *El porvenir de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- , *La reforma de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- , *La vocación humana*, presentación de Enrique Hülsz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- , *El problema de la filosofía hispánica*, prefacio de Alberto Constante y Ricardo Horneffer, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Sánchez Cuervo, Antolín, “María Zambrano und der Weg zur poetischen Vernunft”, *Concordia. Internationale Zeitschrift für Philosophie*, 52, 2007, pp. 3-16.
- , “Eduardo Nicol ante el proyecto de un pensamiento en lengua española”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 28, 2007, pp. 105-134.
- , “El exilio del 39 y su contribución a la reflexión sobre la filosofía en lengua española”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 14, 2009, pp. 129-139.
- , “Eduardo Nicol y la crítica de la razón instrumental”, en Horneffer, 2009, pp. 121-137.
- , “Las metamorfosis del exilio”, en Sánchez Cuervo, Sánchez Andrés y Sánchez Díaz, 2010, pp. 173-190.
- Sánchez Cuervo, Antolín, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz, *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.
- Xirau, Joaquín, *Obras completas I. Escritos fundamentales*, edición de Ramón Xirau, Madrid, Fundación Caja Madrid-Barcelona, Anthropos, 1998.

- , “Amor y mundo”, en Xirau, 1998, pp. 133-262.
- , “Lo fugaz y lo eterno”, en Xirau, 1998, pp. 263-307.
- , *Obras completas II. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*, edición de Ramón Xirau, Madrid, Fundación Caja Madrid-Barcelona, Anthropos, 1999.
- , “Manuel B. Cossío y la educación en España”, en Xirau, 1999, pp. 3-214.
- , “Sentido de la Universidad”, en Xirau, 1999, pp. 467-495.
- , “Humanismo español (ensayo de interpretación)”, en Xirau, 1999, pp. 534-551.
- , *Obras completas III*, vol. 2. *Artículos y ensayos*, edición de Ramón Xirau, Madrid-Fundación Caja Madrid-Barcelona, Anthropos, 2000.
- , “Culminación de una crisis”, en Xirau, 2000, pp. 239-251.
- Zambrano, María, “La guerra de Antonio Machado”, *Hora de España*, XII, 1937, pp. 68-74, reproducido en Zambrano, 1998, pp. 171-178.
- , *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994.
- , *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, presentación de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 1998.
- , *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- , *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- , *La razón en la sombra. Antología crítica*, edición de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Siruela, 2004.

DEL EXILIO A LA DIÁSPORA.
A PROPÓSITO DE MAX AUB Y MARÍA ZAMBRANO*

Manuel-Reyes Mate Rupérez
Instituto de Filosofía-CCHS,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El exilio es un destino impuesto a los perdedores que no renuncian al lugar de partida aunque tengan un punto de llegada. Nunca se sentirán del todo en la tierra de acogida y perderán, con el paso del tiempo, el lugar que les hubiera correspondido en el país de origen. El exilio, una constante en la vida de todos los pueblos y, sobre todo, en la construcción de los Estados, ha sido siempre tratado como un accidente. Sólo un pueblo, el judío, osó enfrentarse a ese accidente hasta convertirle en algo substancial. Entendió pronto lo que el exilio tiene de aporético. Connota, por un lado, provisionalidad pero acaba siendo, por otro, una constante. Si uno no quiere frustrar su existencia tiene que elaborar la falsa provisionalidad del exilio. Eso es lo que pretende la diáspora —la forma de exilio propia del pueblo judío— que pasó a ser su forma de existencia. Lo que habría que preguntarse —y eso me propongo siguiendo el rastro de Max Aub— es si la diáspora no es a fin de cuentas la forma de existencia más consecuente del exiliado, de todo exiliado.

Max Aub es un escritor español (1903-1972) nacido en París de padre alemán y de madre francesa judía. Es un exiliado que hizo del exilio tema de reflexión. Su condición de exiliado y de judío permite que nos preguntemos por la relación entre exilio y diáspora, es decir, preguntarnos si en la vivencia de exilio se funde, como en un plano cinematográfico, la experiencia judía de la diáspora.

1. Hablemos, pues, de la diáspora. Viene del término hebreo *Galut*, que significa alejamiento forzoso del pueblo judío de su tierra y establecimiento en

* Este texto desarrolla las ideas expuestas en M. Mate, “Max Aub, entre la diáspora y el exilio”, en Sánchez Cuervo y Hermida de Blas (coords.), *Pensamiento exiliado español*, pp. 230-243.

el extranjero. No es un término meramente descriptivo sino también normativo, ya que ese desplazamiento connota castigo divino. Lo cierto es que lo que empezó siendo un desplazamiento en castigo por sus pecados, acabará siendo asumido como la forma propia de existencia en el mundo del pueblo judío. Ese cambio no se produce por las buenas, sino que es el resultado de una profunda reflexión de los profetas.

Más que de exilio, en el caso de pueblo judío, habría que hablar de exilios. En su memoria están grabados estos tres. En primer lugar, el internamiento en Egipto donde las tribus de Israel son vendidas como esclavas. De este acontecimiento, que ocurrió en un tiempo inmemorial, habla la Torah. Es Moisés quien pone fin al cautiverio con el viaje a la Tierra Prometida, que es relatado en un libro curiosamente titulado *Éxodo*. La vuelta a casa es, paradójicamente, un éxodo, una salida. Moisés, el mejor de los hombres, que ha conducido a su pueblo a través del desierto, no podrá entrar, sin embargo, en la tierra de destino y morirá en el monte Nebo viendo de lejos el lugar de promisión.

El segundo exilio tiene lugar en un tiempo histórico, en el siglo VIII a.C., y su destino es Babilonia. No van a Babilonia huyendo del hambre sino como un pueblo vencido por Nabucodonosor, que sancionó su triunfo destruyendo el primer Templo y llevándose a los vencidos lejos de su tierra. Los judíos pudieron volver de ese exilio y prosperar en la tierra de sus antepasados. El rey Salomón levantó de nuevo el Templo, hasta que en el año 70 lo destruyen los romanos, dispersando a los judíos fuera de su tierra.

2. En la dura experiencia del exilio babilónico madura la figura de la diáspora como forma de existencia. Max Weber lo explica diciendo que con el exilio se produce un salto cualitativo en la comprensión del monoteísmo. Que el único templo del Dios único sea destruido, que el pueblo elegido sea llevado en cautividad, que tengan que vivir y hablar de acuerdo con la nueva situación, todo eso fue vivido como una gran catástrofe, como una *Shoah*, que atentaba no sólo a la autoestima del pueblo que se decía elegido, sino a la esencia misma del Dios en el que creían. ¿Cómo digerir todo eso?, ¿cómo fiarse de un Dios que se presenta como todopoderoso y que permite que su pueblo sea llevado en cautividad?, ¿cómo rendir culto a Dios si el único templo permitido ha sido destruido?

Los profetas se ven obligados a reinterpretar el significado de los contenidos religiosos cargándoles de significación escatológica: en vez de esperar una vuelta a la tierra de origen, orientan las expectativas hacia “el día de

Yahvé”. La expectativa de un regreso a la tierra de donde vinieron se transforma en esperanza, se espiritualiza. Ahí ya se anuncia una forma de relación simbólica con la tierra. La tierra de la que provienen es una tierra prometida. Otro tanto ocurre con el sufrimiento del exilio, que en lugar de ser leído como castigo divino por infidelidad del pueblo, es interpretado como el principio de redención. Ese trabajo reinterpretaivo alcanza cotas majestuosas con el relato de “el siervo de Yahvé”, del que habla el segundo Isaías. Israel pasa de ser el pueblo paria, esclavizado y despreciado, al “resto” de la humanidad redimida, el núcleo de humanidad a partir del cual los hombres pueden crear una comunidad redimida de toda forma de opresión. Otro momento clave de esta reflexión se refiere al concepto de culpa. Si hubo un tiempo en el que se asociaba exilio a culpa colectiva, Ezequiel individualizará la culpa. Los hijos no pagarán por los pecados de los padres porque la culpa es personal e intransferible. Se acabó aquello de que si alguien sufre es porque él o sus padres pecaron. Los inocentes también sufren y por eso el sufrimiento es un escándalo. Con esta reflexión, la humanidad cierra el tenebroso capítulo de la concepción mítica de la culpa y abre el de la moral.

Sin templo, ni altar de sacrificios, sólo les quedaban las tradiciones orales y los escritos sagrados. En torno a ellos se reorganiza su identidad. La *sinagoga*, o reunión de fieles, sustituye al templo en el que habitaba Dios y al que sólo podían acceder los sacerdotes. *El libro* sirve de referente para actualizar un origen, una historia originaria y, al mismo tiempo, adaptarse, mediante la tarea de interpretaciones constantes, a la situación en que se encuentran. Ése es también el origen de la memoria, el nacimiento del pueblo de la memoria: su identidad está en relatos recibidos que cada generación tiene que apropiarse, entenderlos, interpretarlos. Sin perder de vista que viven en medio de pueblos distintos al suyo, de los que tienen que aprender y con los que tienen que convivir.

El filósofo ilustrado Moses Mendelssohn hace una defensa decidida de la existencia diaspórica. Revisando la historia de su pueblo, se detiene en ese preciso momento en el que algunos quisieron romper con el destino diaspórico, traduciendo sus leyes reveladas en algo así como una constitución, la *Constitución Mosaica*, de suerte que el pueblo judío se organizara como todos los demás pueblos. Es lo que se cuenta en el libro del profeta Samuel. Fue un gran fracaso porque aquello degeneró en una teocracia que era la negación del judaísmo. “Esta Constitución —dice Mendelssohn— sólo ha existido una sola vez [...] Ha desaparecido y sólo el Omnisciente

sabe en qué pueblo y en qué siglo podrá darse de nuevo algo semejante”.¹ El experimento de tener un Estado como los demás pueblos tuvo lugar y fracasó. Lo propio del pueblo judío es vivir pacíficamente entre los demás pueblos, es decir, la diáspora.

El filósofo judío alemán traduce bien esta sabiduría diaspórica en los siguientes términos prácticos: “Adaptaos”, dice a sus compatriotas judíos del siglo XVIII, “a las costumbres y a la constitución del país al que os hayáis trasladado, pero manteneos también con perseverancia en la religión de vuestros padres. Soportad las dos cargas tan bien como podáis”.² Ése era el ideal: estar en medio de los demás pueblos pero manteniendo la distancia respecto a la historia en nombre de una “reserva escatológica” propia de quien se sabe al final del camino mientras los demás están de camino. La verdad es que no era un programa fácil de llevar.

Resulta sintomática la actitud de David Friedländer (1750-1834), su discípulo preferido, que llegó a ser el primer concejal judío de la ciudad de Berlín. Es el autor de un escrito en el que un judío plantea a un prelado cristiano ilustrado el deseo de convertirse al luteranismo para expresar su incorporación plena a los tiempos modernos. El autor quería saber qué precio ideológico había que pagar, un precio que fuera respetuoso con las exigencias del protestantismo, pero también con el racionalismo ilustrado en el que se insertaba ese judío. Las respuestas no fueron muy favorables, como si se denegara al judío la calidad de interlocutor ilustrado, no pudiendo apelar al beneficio de la ilustración. Si quería convertirse tenía que pasar por caja sin condiciones. Lo que no podía un judío era invocar las exigencias de la razón ilustrada para rebajar el número de dogmas que tenía que aceptar. Ilustración y dogma se llevan mal, pero el judío ilustrado no podía tener rebajas en asuntos de dogmas religiosos en nombre de la Ilustración.³ Este incidente, en el que intervinieron notables figuras, como el propio Friedrich Schleiermacher, es, más allá del debate teórico que planteaba, síntoma del movimiento que había desencadenado Moses Mendelssohn con su teoría de la doble militancia. Su matizada respuesta a la pregunta cómo ser judío y moderno no tuvo sucesores. Para ser moderno el judío tenía que renunciar a sus raíces.

¹ M. Mendelssohn, *Jerusalem*, p. 259.

² *Ibid.*, p. 263.

³ Como he intentado mostrar en otro lugar, la Ilustración es un fenómeno poscristiano en el que el cristiano se encontraba en casa, mientras el judío tenía que renegar de sus raíces. Véase mi “Introducción” a Marx-Bauer, *La cuestión judía*, pp. vii-liv.

Lo que en realidad se produjo quedó bien expresado en el destino de su propia familia. Abraham, hijo del fundador de la saga, se convirtió al protestantismo y educó a sus hijos en ese credo. Su esposa, Lea Salomon, mujer de excepcional cultura, tenía uno de esos salones visitados por la sociedad culta —*die Bildung*— en los que personalidades como Hegel, Humboldt, Paganini o Heine anunciaban el mundo que venía. Su hijo Félix pudo dedicarse al arte, sin tener que preocuparse de la economía, al igual que su hermana Fanny, otra gran música. Dorothea, hija también de Moses, casó con Simon, cuyo hijo fue Phillip Veit, el pintor. Su segundo esposo, el filósofo y novelista Friedrich Schlegel, es representante eximio del romanticismo alemán.

Quedan lejos los tiempos del abuelo que se había mantenido “al margen de los grandes y de su mundo. Siempre he vivido en la sombra, sin ganas ni capacidad para mezclarme en los asuntos públicos”. En su estirpe encontramos banqueros, científicos, músicos y profesores. Gente que no sólo visita los salones que evitaba el abuelo sino que los representa, encarnando ellos esos valores protestantes que van incluidos en el paquete de la asimilación. Debió ser observando esta deriva que Heiner Heine vio, impropia, en Moses Mendelssohn al “Lutero judío”, destruyendo éste, como también hiciera aquél, “el catolicismo” (lo que el cristianismo y el judaísmo tenían de asfixiante) de sus propias religiones.

A lo largo de esta historia que va del exilio babilónico a la asimilación moderna, se va conformando la idea de que el exilio es una forma consciente de existencia. Asistimos a una elaboración racional del exilio. Los judíos pierden con su exilio los referentes materiales que les daban una identidad como pueblo, a saber, el templo, la tierra y la lengua. Los profetas no se amedrentan por esas pérdidas sino que las reinterpretan, desmaterializando los referentes materiales: el lugar de culto será la reunión de judíos (la sinagoga) y no ya el templo; la lengua hebrea será lengua cultural y la tierra propia, una tierra prometida. Proponen una relación simbólica con la tierra, con la lengua y con la historia que quedará sometida a la memoria. Eso significa que el judío podrá vivir en otra tierra y hablar ordinariamente otra lengua, sin poder, eso sí, instalarse en ellas. Como dice George Steiner a la pregunta qué es ser judío: “es, de entrada, haber preparado el equipaje”.

3. La modernidad acaba con el equilibrio que quería Mendelssohn. La diáspora, que había renunciado a la idea de tener un Estado propio, empieza a plantearse si ser moderno no conlleva, también para el judío, ser como los

demás pueblos, es decir, aspirar a un Estado propio. La experiencia bíblica que parecía haber vacunado definitivamente al pueblo judío contra la tentación del nacionalismo, empieza a cuartearse. Resulta tentador el supuesto político defendido por la modernidad según el cual cualquier pueblo tiene el derecho a emanciparse y tener un Estado.

Al judío moderno se le abren tres posibilidades: asimilarse, si lo que a uno le interesa son sus derechos individuales. Es el camino para lograr la ciudadanía en los Estados laicos que se anuncian. No será fácil la empresa porque al don de la asimilación hay que responder con el tributo de la renuncia a las propias raíces (esto es lo que dará pie a la famosa *cuestión judía* entre Bauer y Marx) y, también, porque aunque uno se tome muy en serio el ser asimilado, siempre están ahí los demás, los no judíos, para decirte que eres judío. Ésa fue la obsesión de Freud y eso quedó magistralmente descrito por Kafka en *Un informe para una academia*.

La segunda posibilidad es el internacionalismo, es decir, traducir la relación simbólica con la patria en universalidad. La patria es el mundo. Eso explicaría la abrumadora presencia de judíos en el comunismo, por ejemplo, Marx o Rosa Luxemburgo serían buenos ejemplos de este camino.

Finalmente, el sionismo que se fija en los derechos colectivos del pueblo judío a tener un Estado propio. El sionismo es un producto de la modernidad y no sólo del antisemitismo (*affaire Dreyfus*).⁴ Su fundador Hertzl, identifica la tierra de Palestina como lugar de residencia de los judíos en contra de los ortodoxos que mantienen el principio de la relación simbólica con la tierra. Ben Gurion interpreta la existencia del Estado de Israel, reconocido por la ONU en 1948, como un triunfo de la normalización del pueblo judío y un despido de la interpretación diaspórica del mismo. Para los dirigentes sionistas del nuevo Estado no hay que buscar las causas de su creación ni en la mística de la diáspora ni en la experiencia de la *Shoah*, íntimamente vinculadas entre sí, según ellos

Como dice el historiador Georges Bensoussan, el Estado de Israel es un proyecto sionista concebido e incoado incluso antes de la llegada de Hitler al poder. Si analizamos los elementos que caracterizaban al *Yishouv*,⁵ observamos que poco hay en él favorable a la comprensión del significado de la *Shoah*. Para empezar, el sionismo es un movimiento político, no humanita-

⁴ Es la tesis que defiende G. Bensoussan en su documentado estudio *Une histoire intellectuelle du sionisme, 1860-1940*.

⁵ Nombre hebreo de la comunidad judía en Palestina y de sus instituciones, antes de la creación del Estado de Israel

rio, cuyo objetivo era la creación de un Estado propio y no la lucha contra el antisemitismo o el salvamento de los judíos.⁶ Los sionistas querían considerar a su pueblo como uno más, con los mismos problemas y mismos derechos, es decir, lejos de toda la constelación política, moral y religiosa vinculada al discurso del “pueblo que habita solo”. Eso les llevaba a rechazar la figura de la diáspora, como si el exilio tuviera que ser la forma de ser del pueblo judío. Como, por otro lado, el sionismo relacionaba la *Shoah* con la diáspora, se entenderá la frialdad con la que el *Yishouv* reaccionó ante la tragedia de los judíos europeos. Remitían a los malos hábitos de la diáspora para explicar la pasividad con la que esos judíos fueron asesinados, como corderos llevados ante el matadero. Recordemos el contraste, en la película *Exodus*, dirigida por Otto Preminger, entre el *sabra* (el nacido en Palestina), fuerte, guerrero, alto y rubio (representado por Paul Newman) y el superviviente de un *Lager*, pequeño, moreno, desconfiado y traidor. Ben Gourion envía, en septiembre de 1945, a David Shaltiel a Alemania para que inspeccione la zona y valore la situación. El informe confirma todos sus prejuicios: “han sobrevivido los egoístas, los que sólo pensaban en sí mismos. Lo podemos comprender pero difícilmente compartir el sentimiento [...] el hecho de estar en un campo no da a nadie el derecho a venir a Palestina. Habrá que reeducarles en el trabajo porque de lo contrario morirán de hambre o robarán o irán a la cárcel”.⁷

Esta frialdad no significa que se desentendieran de lo ocurrido. En la medida en que el nuevo Estado representaba a todo el pueblo judío, el problema de los judíos europeos era su problema. Ben Zion Dinur, ministro de educación y autor de una ley “Sobre la memoria de la *Shoah* y el heroísmo”, en 1953, declara tempranamente que la destrucción de los judíos de Europa justifica el sionismo al tiempo que invalida definitivamente la figura del exilio. Lo que hay que señalar es que esa recepción de la *Shoah* es muy especial: construyen una memoria colectiva pero sin sitio para las memorias individuales. Se recupera el pasado en tanto contribuye a forjar la nueva identidad nacional, por eso, por ejemplo, se pone el acento en el heroísmo del gueto de Varsovia, al tiempo que se silencia la voz de los supervivientes.

⁶ Georges Bensoussan cita estas duras palabras de Ben Gourion: “Si yo supiera con certeza que se podrían salvar todos los niños judíos, llevándolos a Inglaterra, y sólo la mitad, trayéndolos a Israel, yo elegiría la segunda opción. Y eso porque nosotros no nos tenemos que hacer cargo de esos niños, sino del destino histórico del pueblo de Israel”. Véase *Un nom impérissable*, p. 49.

⁷ G. Bensoussan, *Une histoire intellectuelle*, p. 82.

Es el tiempo de la represión de la memoria y, al mismo tiempo, de la omnipresencia de la tragedia.

Todo cambia con el juicio a Eichmann en Jerusalén en 1961. “Para el sionismo”, escribe Bensoussan, “se trataba de utilizar el proceso de Eichmann para insertar la *Shoah* en la reconstrucción nacional según este esquema: Israel antiguo-exilio-renacimiento nacional”. El exilio o diáspora era visto como un mero paréntesis, un tiempo desastroso que había desembocado en la catástrofe. Se deconstruía la diáspora en beneficio de la idea convencional de exilio. La lección que había que sacar era clara: “combate nacional por el nuevo Estado, lo que implicaba la aceptación del sacrificio y del riesgo supremo en vista a asegurar la independencia nacional”.⁸

Pero el desarrollo del proceso desborda los cauces establecidos. Aparecen los testigos y se oyen sus relatos. El país se inunda de sentimientos provocados por el descubrimiento de tragedias enormes, vividas por los vecinos, que hasta ahora no habían podido expresarse. Lo reprimido durante tantos años pasa a ser substancia de la comunidad. Aquello ya no se puede perder, ni olvidar. Gershom Scholem se opone a la pena de muerte contra Eichmann para que nadie caiga en la tentación de pensar que con el castigo de un culpable se ha hecho justicia y se puede pasar página. La centralidad de la *Shoah* para el Estado de Israel, iniciado ahora, encontrará nuevos argumentos en las guerras de Los Seis Días, de 1967, y del Yom Kippur, de 1973. El israelí ha recuperado la dualidad clásica del judío: miembro de un Estado y judío. Lo que es importante señalar, en relación con nuestro propósito, es que esta imprevista centralidad de la *Shoah* supone, según comenta Bensoussan, un cierto fracaso del proyecto sionista. Si los fundadores y pioneros del Estado de Israel estaban animados por la idea de que Israel sólo alcanzaría la normalidad cuando se entendiera a sí mismo como uno más —renunciando por tanto a todo atisbo de singularidad—, lo que la historia estaba demostrando era que sin la referencia al pasado singular el nuevo Estado no podía ser entendido, ni sostenido. La *Shoah* reconciliaba al Estado de Israel con sus raíces.

Hay pues una tensión evidente entre diáspora y sionismo que recorre no sólo la existencia del Estado de Israel, sino también la de todo el judaísmo moderno. Rosenzweig, por ejemplo, se manifiesta críticamente contra el sionismo porque eso cuestiona la identidad diaspórica del pueblo judío. No sólo rechaza el sionismo político que ha convertido parte de Palestina

⁸ *Ibid.*, p. 209.

en Estado judío, sino también el sionismo místico-religioso de Scholem que tampoco veía con buenos ojos al sionismo político y sólo defendía la tierra de Palestina como lugar de cultivo de las tradiciones judías. Como escribe Daniel Barreto en su tesis sobre Rosenzweig,

el exilio estaba en el principio mismo de la constitución del pueblo judío como tal. Es tan antiguo como el pueblo mismo. Abraham es un emigrante y, como subraya Rosenzweig en *La Estrella de la Redención*, su instalación en la tierra no equivale nunca a posesión de la tierra [...]. Rosenzweig reivindica las fuerzas de la diáspora como preservación del alma judía. Esa tendencia fundamental del alma judía es la que, en su opinión, ha hecho perdurar al pueblo judío durante siglos.

Esta posición le lleva a un duro enfrentamiento dialéctico con Scholem, partidario de un sionismo no tanto político como espiritual, convencido de que sólo en Palestina (y no en Alemania, por ejemplo) cabía esperar un renacimiento del judaísmo. Pues bien, para Rosenzweig el sionismo supone una “normalización” del pueblo judío y eso es tanto como anunciar su defunción.⁹

Ahora bien, esa posición, compartida por muchos intelectuales —Walter Benjamin sin ir más lejos—, es alcanzada en su línea de flotación por la experiencia de la *Shoah*. No parecía posible llevar una existencia pacífica en Estados ajenos. Como dice Ricardo Forster, “con la *Shoah* y con la creación del Estado de Israel la diáspora quedó girando en el vacío, profundamente vaciada su memoria y fragmentada su identidad”.¹⁰

4. El exilio republicano al que pertenece el judío Max Aub no es ajeno a esta historia. Hablemos pues de su exilio republicano. Es uno de los perdedores

⁹ A este episodio se refiere S. Mosès en *L'Ange de l'histoire*, pp. 239-259, señalando una rectificación posterior de Scholem que daba de alguna manera la razón a Rosenzweig. También Barreto señala en su excelente tesis doctoral, *Universalismo, religión y política. Actualidad de la filosofía de Rosenzweig*, un intento de Rosenzweig por comprender el sionismo, siempre a condición de que sepa distinguir entre el Estado que construya y el Estado judío por venir, pues de lo contrario Israel sería “un pueblo entre los otros sin que ninguna particularidad nos distinguiese”. Véase el capítulo v de dicha tesis, “Una conciencia que juzga la historia universal”. No parece que los hechos hayan confirmado esas expectativas.

¹⁰ R. Forster, *El exilio de la palabra*, p. 21.

de una Guerra Civil que tiene, sin embargo, una dimensión mundial porque los bandos que se enfrentan —República y fascismo— representan las mismas ideas que protagonizarán la segunda Guerra Mundial. Estos exiliados republicanos tienen en general una relación material y no simbólica con España: quieren volver. El término que se inventa José Gaos para definir al exiliado republicano —*transterrado*— expresa bien esa relación material con la tierra, aunque esa tierra sea ahora nueva, México. Otra cosa será cuando vuelvan a la tierra de la que partieron, España, y no se reconozcan en ella, ni ella les reconozca porque han cambiado ellos y sobre todo su tierra.

Max Aub es uno de esos exiliados. Corre por sus venas sangre alemana, por padre, y judía, por madre. Quiere ser escritor pero entendiendo la literatura como expresión de un intelectual, de alguien “para quien los problemas políticos son ante todo problema morales”.¹¹ Los acontecimientos que le atraviesan vitalmente van a conformar su identidad. Socialista desde 1929 se implica en la defensa de la República y queda marcado por la Guerra Civil. Se refugia en París, siendo internado en un campo de concentración del que partirá hacia México. Treinta años de exilio. Muere en 1972.

Dicen que su escritura está marcada por la experiencia de su tiempo, por eso la llaman “realismo testimonial”, como si fuera un testimonio de los padecimientos y esperanzas que le tocó vivir. Pero es la República el eje de su escritura. No la república que existió verdaderamente, sino lo que significó. No se limita a describir lo que ocurrió, sino que busca lo que encerraba como potencial, es decir, su escritura está marcada por la significación simbólica de la República y no tanto por su facticidad. Para Aub la Segunda República había intentado “una síntesis de libertad e igualdad, de cultura y justicia, de arte y trabajo y, por eso, la memoria de aquellos días iniciales de la República fue siempre para él la experiencia de un paraíso vislumbrado, entrevisto, cuya pérdida no podía quedar dulcificada por la resignación, ni por la sustitución”.¹² Al verla como un símbolo ideal de la política, relativiza el significado de la derrota: era un accidente que no podía afectar a lo esencial. Comparaba la derrota con la expulsión del paraíso. La expulsión no significa olvido ni renuncia. Al contrario, su memoria es un continuo peregrinar al punto de partida.

¹¹ Citado por Manuel Aznar Soler en la “Introducción” a M. Aub, *San Juan*, p. 21.

¹² Tomado del excelente trabajo de J.L. Villacañas, “Max Aub y la tragedia de la guerra fría”.

Su gran obra lleva el significativo nombre de *Campos*, un guiño a los campos de concentración en los que se estaba decidiendo el destino del pueblo judío: *Campo cerrado*, sobre el 18 de julio en Barcelona; *Camp de sangre*, centrado en la batalla de Teruel; *Campo abierto*, que recoge los sucesos de 1936; *Campo del Moro*, en torno a los últimos días de Madrid; *Campo francés*, que narra su experiencia concentracionaria, luego transformado en guión cinematográfico; y *Campo de los Almendros*, cuyo telón de fondo es la ciudad de Alicante, en los momentos finales de la República.

También es autor de una importante obra teatral, en la que sobresale el *San Juan*, publicado en México en 1942. En la dedicatoria de la tragedia remite el origen de la obra a una experiencia personal, cuando, “maniatado en la bodega de un barco francés, peor que este *San Juan* de mi tragedia”, era llevado desde el puerto francés de Port Vendrès al campo de concentración en Djelfa. Esto ocurrió en noviembre de 1941 y la pieza teatral fue escrita en diciembre de 1942. En España se publica en 1964 y su primera representación tiene lugar en 1998, en Valencia. Es verdad que no es una obra fácil de representar (más de cuarenta personajes, sin contar los acompañantes), pero no es ésa la razón de su invisibilidad.

¿De qué va la obra? Recordemos que en 1958 se publica un libro de gran éxito, *Exodus*, de Leon Uris, donde contaba los avatares sufridos por un grupo de refugiados judíos antes de la creación del Estado de Israel. Dos años después se estrenaba la versión cinematográfica, dirigida por Otto Preminger. Es un argumento parecido al del *San Juan*, escrito quince años antes.

Cuando Aub la escribe se desconocían los aspectos más tenebrosos del Holocausto, aunque el antisemitismo de la época era de por sí harto elocuente. La obra, el *San Juan*, es la historia de un grupo de refugiados judíos que han huido de Alemania. Logran fletar un barco, antes dedicado al transporte de animales, para arribar a algún puerto del Mediterráneo. Mientras esto ocurre, el barco se convierte en un universo cerrado en el que afloran todos los conflictos imaginables en un marco cerrado de convivencia. El barco se convierte en lugar de estudio de las pasiones y emociones humanas: esperanzas, desesperanzas, miedos, amor y odio, egoísmo y humor... “Llevamos tres meses a bordo del *San Juan*”, dice Efraim a su novia Raquel, “tres meses de angustia, suciedad y hasta de hambre... Sin embargo, temo desembarcar. Aquí me quieres, aquí te tengo, pero ¿y fuera?”. El hermano de Raquel, judío como ella, no aprueba ese noviazgo porque Efraim es también judío. Lo que desea para él y para su hermana es “olvidar la sangre que

Dios nos ha dado, ese Dios para todos que dicen que tus abuelos inventaron. Ese Dios no ha traído más que persecución y muerte, siempre huyendo, como nosotros”.

No dominan los afectos projudíos, ni entre ellos. En un momento determinado, alguien, Leva, se enfrenta a los padres judíos, Chene y Lía, que se oponen a la boda de su hija con un gentil. Y les dice a modo de reproche: “la misma intolerancia que os echó de Colonia... Por el mismo motivo, por las mismas razones... ‘No consentiremos que nuestra sangre se mezcle con otra impura’ ¿No les suena?”. En ese mundo de pasiones presentes y pasadas, de miedo y de egoísmo, sólo un joven está decidido a jugársela y a luchar. Es precisamente un joven comunista, aspecto éste que bien señaló Haro Tegen cuando el estreno de Valencia. Observa que es la célula comunista del *San Juan* la que lucha contra el pesimismo y se expone a muchos riesgos para buscar la salvación. Max Aub era socialista y estaba próximo al comunismo, como Bergamín, un católico de izquierdas que decía a los comunistas “estaré con vosotros hasta la muerte, pero ni un paso más allá”. Tegen aprovecha ese tardío momento de 1998 para recordar que “hubo un tiempo en el que el comunismo era no sólo honorable, sino abnegado, heroico. El ‘partido de los fusilados’ se llegó a llamar en Europa...”.¹³

El segundo acto está dominado por la negativa de las autoridades palestinas para desembarcar. Carlos, el hermano de Raquel, que ha intentado escapar solo, es devuelto al barco en un estado lamentable y allí lanza un duro alegato contra los de su raza:

¿Qué? ¡Ahí estáis todos, como borregos! ¡Os vais a dejar llevar de nuevo al matadero! Porque vamos a llevar ancla con el día. Si no lo sabéis os lo digo yo. Ningún país quiere nada con nosotros. El mundo es demasiado pequeño. No hay sitio: han puesto el cartel de *completo*. Y sois los más aquí a bordo, y harán con vosotros lo que les dé en gana. ¿No sentís vibrar vuestros puños? Estáis todos muertos, montón pestilente. Cadáveres hediondos, putrefactos... ¿Hasta cuándo? ¿No hay nada en vosotros de la semilla de los hombres? ¡Judíos habíais de ser, despreciables! ¿Qué esperáis para coger el timón? ¿Qué esperáis para haceros con el barco? Un solo verdugo basta para conducirnos a la muerte...

Lo que busca Carlos es provocar la rebelión. Sólo unos pocos deciden pasar a la acción (desembarcan para luchar en España) y se salvan. Pero ahí

¹³ E. Haro Tegen, “Max Aub, Wittgenstein”.

aparece la anciana Esther para abortar toda esperanza recordando la historia de sufrimientos de su pueblo.

El tercer acto confirma los peores presagios. El barco se ve envuelto en una fuerte tormenta que lo lleva a pique. El único consuelo que les queda en los últimos momentos es de nuevo la religión de sus padres, la misma que les ha convertido en perseguidos. Cuando todo se acalla, se oye la voz del rabino recitando el Libro de Job y los Salmos. Luego todo es muerte. El mismo barco que les había servido para huir, se convierte en su tumba.

5. Lo que Aub persigue con su obra es retratar el naufragio del ser humano en aquellos tiempos. No es una obra maniquea en la que los buenos fueran de un bando y, los malos, del otro. Son los aliados, los salvadores del nazismo, los que se niegan a dar asilo a las víctimas de los nazis. Ni siquiera en Palestina quieren recibirles. Una cosa es la causa de la guerra y otra, la del hombre abandonado.

La acción tiene lugar en 1938, año de la batalla del Ebro, año también de la Noche de los Cristales Rotos. Pero la obra es menos una crónica que un adelanto.

No es una obra sobre Auschwitz, que en ese momento no existía como campo de exterminio. Aub supo después de esta tragedia y, pese a ello, declaró que no hubiera cambiado gran cosa del planteamiento porque lo que él perseguía era exponer el naufragio de la virtud humana en su tiempo¹⁴ y la experiencia que le tocó vivir fue ya un buen banco de prueba.

Es una tragedia muy especial, pues en ella se puede burlar al destino. Late en su interior un humanismo socialista que confía en que siempre se puede hacer algo. No todos mueren, por ejemplo. La fatalidad antigua, como determinista de los males, es sustituida por causas de las que de alguna manera se puede escapar: el poder del mar y la ceguera de los gobiernos democráticos. Según Leva: “siempre se puede hacer algo, sea donde sea”, porque siempre se puede hacer más, y si no se hace aparece la crítica moral.

El fracaso del hombre se escenifica en el destino del pueblo judío, pero eso no significa que sea complaciente con los judíos. “Los pinta”, dice Octavio Paz, “como son y no hay piedad en su retrato”. Digamos, más bien, que ahí aparecen cargados con todos los tópicos del tiempo: avaros, calculado-

¹⁴ “*San Juan* representa todavía la idea que tengo de la literatura de mi tiempo; no pasa ni puede pasar de ser crónica y denuncia”, citado por Aznar Soler, “Introducción”, p. 21.

res y proféticos. El autor tiene en cuenta el antisemitismo ambiental al que no parece escapar el propio Paz.

Aub visita Israel de noviembre de 1966 a febrero de 1967. En su diario deja constancia de su amargura.

Releo el *San Juan* para la edición de Aguilar. Comprendo por qué no les gusta ni les puede gustar a los israelís, a los judíos de aquí —a los que sean sionistas y a los que no— pero no me importa: tengo razón, tengo la razón [...]. Los judíos no son lo que piensan ellos sino lo que los demás piensan que son [...]. Los judíos somos lo que piensan los demás que somos *fuera de Israel*. Pero ¿qué es Israel? Ni ellos mismos lo saben. Eran internacionalistas y se vuelven nacionalistas; eran inteligentes —hay pruebas— y se vuelven tontos. El día de mañana, si ya no es un hecho, habrá israelís y judíos. Y “se darán en la torre” (la de Jericó, claro está).

En estos comentarios recurre a la tradición diaspórica para atacar al israelí, llegando a proponer una distinción entre judío (ligado a la tradición diaspórica) y el israelí (que ha optado por el nacionalismo sionista). Definir al judío por el reconocimiento de los demás, por la idea que tienen los demás de los judíos fuera de Israel, remite a Sartre, al que él por cierto rechaza.

Para valorar esta dura crítica al israelí, téngase en cuenta el hecho de que no quisieron representar su *San Juan*:

¡Qué ingenuidad la mía! ¡Cómo iban a representar esa obra! ¡Qué ceguera la mía! Ahí se quedará sin montar, pero no me importa. No le tocaría una letra por nada del mundo, pero así veíamos —veía yo— el problema. Y no miento. Ahora bien: los del *San Juan* tal vez eran como los que hoy pueblan Tel Aviv. Pero ni importa. No sólo de judíos está hecho el mundo sino también de los que los están mirando. ¿Hubiera cambiado de idea si hubiera escrito unos meses más tarde, después de la Guerra de los Seis Días? Quizá, sí. Ahí se puso de manifiesto que los de Tel Aviv no eran como los del San Juan: ¡lucharon!

Ese barco lleno de judíos es una metáfora de la Segunda República. La acción se sitúa en 1938 y en ese momento el destino de la República española es el mismo que el de los judíos del barco, señala Muñoz Molina.¹⁵ Para

¹⁵ A. Muñoz Molina, “Max Aub”.

entonces Hitler no ha desencadenado aún la guerra, pero el instinto judío de su autor le permite adelantar que lo que va a ocurrir con ellos está ocurriendo de alguna manera con la República. Es hora, por tanto, de definir su lugar en el mundo, el del judío, el del republicano, el del ciudadano.

6. ¿Exilio o diáspora? Hay, desde luego, exilio, impuesto por la derrota. Como todo exiliado, Aub quiere volver en un primer momento a su tierra. Está aún lejos de la relación simbólica con la tierra y ni siquiera está dispuesto a aceptar una tierra de sustitución. Tiene conciencia de la transitoriedad de su existencia como exiliado. La vuelta es posible y deseable.

Pero reflexionando sobre la experiencia del exiliado que es, descubrirá su ser diaspórico. Es un español nacido de padres extranjeros y en París, siempre a cuerdas con un acento que le delata. No hay manera de que le reconozcan como de casa, castizo:

qué daño me ha hecho en nuestro mundo cerrado, el no ser de ninguna parte... En estas horas de nacionalismo cerrado, el haber nacido en París, y ser español, tener padre español nacido en Alemania, madre parisina, pero de origen también alemán, pero de apellido eslavo, y hablar con este acento francés que desgarrá mi castellano ¡qué daño no me ha hecho!¹⁶

Cuando vuelve a España constata que no le reconocen, ni él conoce España. Descubre entonces que siempre fue un extraño. En el currículum vitae que escribió deja constancia que siempre estuvo en el exilio, marginado. Lo que pasa es que ahora elabora esa memoria y encuentra un nuevo sentido a la marginalidad que ha padecido. El margen puede ser un lugar privilegiado para realizarse como ciudadano y hasta para salvarse, como ocurre con esos jóvenes que se echan al mar y se van a luchar a España porque, aunque no sean españoles, la causa sí es suya. Serán los únicos que se salven.

El paso del exilio a la diáspora consiste en la transformación del concepto de ciudadano. El ciudadano moderno lo es de un Estado-nación porque se define por la sangre y por la tierra. De entrada, eso connota exclusión de los que no son de la misma sangre y de la misma tierra, dando origen a la dialéctica amigo-enemigo que, según Carl Schmitt, es la quintaesencia de la política estatal.

¹⁶ M. Aub, *Diarios*, p. 128.

Esto es viejo. Lo nuevo es que el judío experimenta en el hitlerismo esa exclusión como negación total. Para el nazi el judío no es que no sea ciudadano alemán, es que no puede ser ciudadano.

La experiencia de Auschwitz permite preguntarse por qué no pensar la ciudadanía desde la exclusión, es decir, desde otro lugar que la sangre y la tierra. A esa pregunta responde la figura de la diáspora. Lo que la caracteriza es, según hemos visto, una relación simbólica con la tierra, la lengua y el templo. Mientras estuvo en Israel el judío cifraba su identidad en habitar la tierra de Israel, en hablar la lengua hebrea y en disponer de un único templo donde se rendía culto al Dios verdadero. En el exilio, los profetas no renuncian a esos elementos identitarios pero los entienden de otra manera: Israel no es la tierra en la que vivieron sino una tierra nueva; el hebreo no será su lengua de uso, sino una lengua ritual, santa; también se transforma el espacio cultural que no será físico sino tan espiritual como el que resulte del encuentro entre judíos.

La consecuencia inmediata de este planteamiento es que el judío vivirá en cualquier otro lugar sin identificarse del todo. Hablará otra lengua pero volverá a la suya en los ritos. Será de cualquier sitio y de ninguno. Como dice Rosenzweig: “esta distancia respecto a su tierra y a su lengua hace del pueblo judío el pueblo menos instalado en el mundo y el más enraizado en sí mismo”.¹⁷ Este enraizamiento no hay que entenderlo como ensimismamiento. Es más bien una forma de expresar la idea de que la identidad no nos la dan elementos tan materiales como la sangre y la tierra, sino que es creada desde la libertad que opera sobre esos elementos materiales, es decir, desde la tradición viva.¹⁸

La diáspora es un exilio que elabora ese modo provisional de existencia (la del exiliado) como una forma estable de ciudadanía. Es desde luego una forma cosmopolita pero no abstracta (como la que se camufla en el cosmopolitismo de quien dice “no soy de ningún lugar”). Uno es español o argen-

¹⁷ Véase S. Mosès, *Système et révélation*, p. 187.

¹⁸ Quizá apunte María Zambrano en la misma dirección cuando plantea el sueño como respuesta a la renuncia de todo proyecto de vida, como señala Francisco Martín en su “Introducción” a M. Zambrano, *España*, p. 37. En su ensayo “Los sueños en la creación literaria: la Celestina”, Zambrano entiende por sueño la decisión libre que, como en el caso de Melibea y Calixto, trasciende todas las convenciones racionales, morales o legales de su tiempo. La particularidad de esa decisión es que su consumación o ejecución coincide con la consumición o sacrificio. Una cita pues de eros y tánatos.

tino pero sólo parcialmente. Puede ser de varios lugares y eso, ser de varios lugares, es no ser de ninguno totalmente.

Esta reserva simbólica del ser diaspórico respecto a la ciudadanía convencional pone de manifiesto su gran diferencia. Al ciudadano que emerge del exilio no le llama la tierra. Y no es que carezca de tierra. Lo que pasa es que la suya es santa, es una tierra prometida. ¿En qué se traduce esa santidad? “La santidad de la tierra”, dice Rosenzweig, “le preserva de que él se apodere sin más de ella cuando podía haberlo hecho. Y aumenta su nostalgia por el país perdido hasta lo infinito, y hace que en adelante ya no se sienta plenamente en casa en ninguna otra tierra”.¹⁹ Nunca entregará su identidad a la del lugar en que se encuentre, por muy a gusto que ahí se encuentre. Ahora bien, si su tierra verdadera es santa, entonces la tierra que habita es profana. No merece morir por ella; al contrario, la tierra debe de estar al servicio de la vida. “El exilio como actitud significa el no estar dispuestos a colocar la tierra por encima de la vida”, dice Mauricio Pilatowsky.²⁰ Este juego entre tierra y vida lo expresa Franz Rosenzweig en unos términos que pueden llevar a error por el sentido específico que él da al término sangre. Dice Rosenzweig, en efecto, que “nosotros sólo confiamos en la sangre y dejamos la tierra; economizamos pues el precioso jugo de la vida, que nos ofrecía la garantía de la propia eternidad, y fuimos los únicos entre todos los pueblos de la tierra que separamos lo que estaba vivo en nosotros de toda comunidad con lo muerto”.²¹ La sangre no está ahí por la raza sino por la vida que se opone a lo muerto, es decir, a la tierra y a la raza.

Este nuevo ciudadano, forjado en el exilio, que no puede programar su vida como los demás porque carece de la necesaria complicidad social para llevarlo a cabo, está remitido a sus raíces. La raíz es más que el yo. Es la tradición viva, el substrato patrimonial que le sustenta. El yo tiene que hacerse cargo de esas raíces. Su autonomía o libertad no tiene sentido al margen de esa responsabilidad. El yo tiene que cargar con la promesa que le precede y de la que él será memoria. Esta remisión a algo más grande y previo a uno mismo, contraviene el supuesto más definitivo del sujeto ilustrado y del sujeto político democrático, a saber, su autonomía, que es incondicionada y soberana. Nada hay que pueda condicionar la libertad de los individuos en la toma de decisión. Pues bien, las raíces del ciudadano diaspórico obli-

¹⁹ F. Rosenzweig, *La estrella de la redención*, p. 358.

²⁰ M. Pilatowsky, *La autoridad del exilio*, p. 170.

²¹ F. Rosenzweig, *La estrella de la redención*, p. 357.

gan a revisar esa autonomía o soberanía porque ese sujeto nace con una responsabilidad. Es memoria y eso significa que tiene que casar el concepto moderno de autonomía con el de duelo por los sufrimientos causados por el presente, que es el nuestro, y con el de deuda respecto a las víctimas marginadas sobre las que se ha construido la historia.

No es habitual que un exiliado español dirija su mirada al destino judío. Para el español, como para cualquier europeo demócrata de la época, el problema era el fascismo y no el destino del judío. Aub es una excepción porque une a su sensibilidad republicana la percepción de la gravedad del crimen contra los judíos. El *San Juan* simboliza ambas tragedias: el relato sirve para expresar la soledad y abandono de la República por parte de las potencias occidentales, las mismas que no quieren saber de los judíos del barco. Su autor era un exiliado que daba una interpretación materialista a la relación simbólica con la tierra (experimentar el abandono de propios y extraños) y un judío de la diáspora que hizo de la República algo más que un campo de batalla por la libertad aquí y ahora. En Max Aub se funde la interpretación materialista de la diáspora con la visión simbólica del exilio.

La pieza teatral *San Juan* pasó desapercibida. Max Aub fue perseguido por los vencedores y se sintió ignorado por los propios amigos. Bergamín se negó, por ejemplo, a publicarle su *San Juan*; y él añadía con desencanto que “ni Losada, ni Calpe, ni Porrúa, ni nadie jamás ha querido publicar un libro mío”. Como dice Muñoz Molina: “fue un novelista sin lectores, dramaturgo sin teatro y sin público, colaborador de revistas que nadie leía, escritor de diarios en los que simultáneamente se revela y se esconde, se confiesa y guarda silencio”. Quizá tenga que ver este fracaso con la singularidad de su punto de vista. Encarna la figura del “forastero”, elaborada por Georg Simmel. Se refiere a ese tipo de hombres que vienen de fuera o de lejos y que se instalan en algún lugar. Nunca serán del todo del nuevo lugar como tampoco del que provienen. Al carecer de esos prejuicios y convenciones que tienen los del lugar en que se encuentra, es capaz de percibir lo que escapa a los demás. Su mirada desinteresada capta lo que las convenciones ocultan. Como están libres de prejuicios, su compromiso es con la realidad, de ahí que sean capaces de darle una forma nueva. Como ven más que los demás, no serán bien recibidos.

7. María Zambrano, que no es judía, ofrece una visión del exilio que coincide en sus grandes rasgos con lo que el judaísmo entiende por diáspora. Para empezar, llama a su exilio, diáspora: “la derrota que dio origen al exilio mío

y de millones de gentes [...] fue diáspora”, dejó dicho.²² Y es que la experiencia de exiliada que le tocó vivir no tenía que ver con la del refugiado que nunca se va de su patria,²³ ni tampoco con la del desterrado, que siempre piensa en volver. Ella fue obligada al exilio, descubriendo en ese exilio forzado, su verdadera patria, a saber, ser exiliada. Inició el exilio pensando que llevaba consigo la auténtica historia de su país, esa que le es hurtada por los vencedores a los que se quedaban dentro. Pero lo realmente valioso no fue lo que se llevaba sino lo que encontró en el exilio.

Zambrano reflexiona toda su vida sobre esta singular experiencia, dejando apuntes de hondura y originalidad innegables. Un hito importante de esta reflexión es la “Carta sobre el exilio”, escrita en 1961 y dirigida a amigos, a jóvenes inconformistas, que dentro de España se enfrentaban a la dictadura. Esos jóvenes antifranquistas han caído en lo que ella llama el “positivismo abhistórico” que no deja sitio a lo ausente. Estamos hablando de la autoridad propia de lo que ha llegado a ser (y del desprecio ontológico a lo que se ha quedado en el camino). El pasado, todo el pasado derrotado, debe ser “echado al olvido” porque resulta una hipoteca tan pesada que la convivencia no es posible con ella. Opinan que son los hijos de la guerra y no los padres los que tienen cartas que jugar. Mucho más importante que lo que los protagonistas de los dos bandos enfrentados tengan que decirnos o haya que decirles, es lo que se digan en la misma España los hijos de los vencidos y de los vencedores. Otro aspecto de ese “positivismo abhistórico” es que el único suelo sobre el que puede construirse la historia, incluida una historia nueva que supere el pasado, es la España que existe, que es la España de los vencedores.

Ante semejantes tesis Zambrano se siente obligada a intervenir para evitar que los jóvenes repitan errores del pasado.²⁴ Lo que tiene que decirles es que el exilio no es un accidente en nuestra historia sino la forma hispana

²² Quiero agradecer a Juan Fernando Ortega Muñoz y a la editorial Anthropos que me hayan permitido conocer el manuscrito de Zambrano, *El exilio como patria*, en fase de impresión, del que he tomado esta cita. Es una impagable clarificación del pensamiento de María Zambrano sobre el exilio que debería ser definitiva en el debate español sobre la memoria histórica.

²³ “El refugiado se siente más fiel a su tierra que nunca, que nadie”. Véase M. Zambrano, *El exilio como patria*, p. 104.

²⁴ En la medida en que muchos de esos jóvenes a los que iba dirigida la carta protagonizaron luego la transición política bajo el signo del olvido o del “echar al olvido”, que tanto da, hay que reconocer la perspicacia de Zambrano.

de construirla. Eso es lo que ha aprendido el exiliado y quiere comunicarles. “Somos memoria”, les dice, del exilio, de los exilios que han jalonado la historia española. La memoria del exiliado es, en efecto, conciencia de la violencia sobre la que se ha construido España. Lo que sabe el exiliado y no puede olvidar es que “la historia de España está desde siglos como encantada ante un umbral, el de la guerra civil [...]. Sobre la figura del exiliado se han acumulado todas las guerras civiles de la historia de España. Por todas ha tenido que ir pasando: todas las ha tenido que ir desgranando, hasta descubrir algunas no declaradas”.

Lo grave de esta historia es que pensábamos superar esta historia de violencia, olvidando. Vana empresa, pues “la verdad es todo lo contrario [...]. Lo pasado, condenado a no pasar, se convierte en un fantasma. Y los fantasmas, vuelven”.²⁵ Para desactivar la historia hay que hacerle frente y entrar a fondo en el significado de los enfrentamientos. Ése es el rescate de la memoria. Lo que Zambrano propone es mirar de frente ese pasado doloroso y así rescatar la parte pendiente de la misma, a saber, el sufrimiento olvidado. Para explicar el alcance político de esa mirada al pasado oscuro, Zambrano evoca el verso de León Felipe: “toda la sangre de España por una gota de luz”. Esa luz es la que proyecta la experiencia del exiliado. Si conseguimos que esa luz ilumine nuestra historia, “no será ya necesario que vuelva a correr la sangre”. Ése es su primer mensaje: “somos memoria que rescata”.²⁶

La segunda palabra que quiere dirigirles se refiere a la ubicación de la verdadera patria. Ella empezó el exilio pensando que llevaba consigo la auténtica historia de su país, ésa que les era hurtada a los vencidos que se quedaban dentro. Pero pronto descubriría que el exilio es un proceso radical de desprendimiento. Para empezar, la irreversibilidad de la salida. El exiliado deja atrás un mundo que nunca más volverá a tener. Es la irreversibilidad del paso de la frontera.²⁷ Aunque vuelva, nunca más recuperará lo perdido. Sin tierra y sin mundo con el que identificarse,²⁸ el exiliado está

²⁵ M. Zambrano, “Carta sobre el exilio”, p. 70.

²⁶ *Ibid.*, p. 69.

²⁷ “Ya nunca más se repasaría esa frontera o todo lo más se repasaría sin volver nunca a recuperar la situación que se perdía en ese momento”. Véase M. Zambrano, *El exilio como patria*, pp. 19-20.

²⁸ “Falta ante todo al exiliado el mundo, de tal manera es así que no sólo se es exiliado por haber perdido la patria primera, sino [por] no hallarla en parte alguna. Sólo tiene, pues, horizonte”. *Ibid.*, p. 90.

obligado a repensar su lugar en el mundo, es decir, a repensar el concepto de patria. El exilio es, dice ella, “el lugar privilegiado para que la Patria se descubra”. Contra lo que pudiera parecer, la patria, la “patria verdadera”, se descubre al perder la patria de toda la vida. Quien quiera adentrarse en esa nueva forma de patriotismo tiene que entender que “la patria verdadera tiene por virtud crear exilio”.²⁹ No es pues el exilio una circunstancia que ha llevado al exiliado a profundizar en el concepto de patria, sino que la patria verdadera convierte a su habitante en un exiliado. ¿No dijo Bloch que la patria de uno es haber ido?

Esa nueva patria sólo aparece al final de un proceso de desprendimiento radical. Ese abandono es externo e interno. Francisco José Martín ha señalado oportunamente³⁰ cómo el republicanismo español en el exilio había acariciado largamente la idea de una restauración del orden democrático en España tras la victoria de los Aliados, pero “pronto descubrieron que fue una ilusión y que ellos, los republicanos españoles en el exilio, fueron, en verdad, los únicos derrotados en las dos guerras”.³¹ Si muchos habían vivido el exilio como una circunstancia provisional, pronto descubren que aquello era irreversible: “habían quedado al margen de la historia: en España se les negaba y en Europa se les olvidaba”.³² Eran los únicos que habían perdido en el frente de los enemigos fascistas y en el de los amigos antifascistas.

Abandono también interno. Sin circunstancias que se lo permitan, el exiliado interioriza que carece de un proyecto de vida propio y, por tanto, que carece del futuro que proporciona el proyecto de vida. Cuando el exiliado ha perdido todo, la guerra, la tierra, su lugar en el mundo; cuando ya se sabe sin patria, más aún, cuando “ha dejado de buscarla” porque en el abandono en que se encuentra no hay lugar para la búsqueda, entonces se le revela la verdadera que no está conformada por tierra, lengua, relaciones o tradiciones, sino por haberse ido de todas esos lugares y establecer una nueva relación, esta vez simbólica, con la tierra, la lengua y las tradiciones.

²⁹ El exilio “es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla [...] cuando ya se sabe sin ella, sin padecer alguno, cuando ya no recibe nada, nada de la Patria, entonces se le aparece [...] Tiene la patria verdadera por virtud crear exilio [...] de aquellos que, por haberla servido aun mínimamente, han de irse de ella [...] Es ante todo ser creyente el exiliado”. *Ibid.*, p. 115.

³⁰ En su enjundiosa “Introducción” a M. Zambrano, *España*.

³¹ *Ibid.*, p. 34.

³² *Ibid.*, p. 36.

El exiliado queda enraizado en sí mismo y eso le permite irse de cualquier lugar o estar en cualquier lugar pudiéndose ir. Zambrano entiende el exilio como Franz Rosenzweig la diáspora.

La elaboración del pasado fratricida que Zambrano propone con su invocación de la memoria, es la resignificación del concepto de patria. Pero ¿podemos, los que no hemos hecho la experiencia del exilio, tomar en consideración ese concepto de patria? Y, más aún, ¿puede un pueblo tomarse en serio una idea de patria que acaba con todas las patrias? María Zambrano está convencida de que su concepto de patria es universalizable, porque “todo hombre es un exiliado”. Evoca el mito de la expulsión del paraíso para señalar que “fuimos arrojados de esa primera patria para realizarnos como hombres”.³³ Como dice Jacob Taubes, la historia del hombre comienza el octavo día de la creación, el día que el hombre hace uso de su libertad, y lo que ahí tiene lugar es una expulsión que no ha acabado. En el fondo de nuestra condición humana hay un desconocido, que somos cada uno de nosotros, cuyo ser es “no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni político, ni ontológico. No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada”. El exiliado “anda fuera de sí al andar sin patria ni casa. Al salir de ellas quedó para siempre fuera”.³⁴

Antolín Sánchez Cuervo se ha aproximado a esta intuición zambrania-na de que el exilio es un momento de verdad de la existencia humana, señalando cómo el exilio de 1939 enriquece la mirada del filósofo. Unos, como Eduardo Nicol, redescubren críticamente el descubrimiento de 1492, lamentando “el retraso en el hallazgo”; otros, como Joaquín Xirau, detectan la gravedad de la derrota española y por eso avisan de la tragedia universal que se prepara; alguien tan chapado a la alemana como José Gaos descubre la riqueza del ensayo, inaugurando una pista que lleva al pensar en español.³⁵ A diferencia de otros muchos intelectuales europeos que siguieron filosofando sin dejarse interpelar por las graves circunstancias históricas, estos exiliados sí se sintieron sacudidos por la barbarie totalitaria.³⁶ A pesar de todo hay que reconocer que la idea de que “el exilio es una dimensión esencial de la vida humana”, va a contracorriente de la tradición política occidental que ha hecho del ciudadano estatal —contrafigura del exiliado— su gran invento. Para esta tradición el exilio es el gran fracaso del ser

³³ M. Zambrano, *El exilio como patria*, p. 226.

³⁴ *Ibid.*, pp. 31 y ss.

³⁵ A. Sánchez Cuervo, “¿Pensamiento crítico en español?”

³⁶ Véase A. Sánchez Cuervo, “Prólogo”, p. 12.

humano que se queda sin Estado propio. Recordemos lo que decía Aristóteles del *apolis*: o menos o más que hombre, pero no ser humano. Pero entonces, ¿cómo presentar como logro espiritual (liberarse de la patria carnal) lo que es un fracaso histórico (ser expulsado de tu tierra)? Zambrano es consciente de lo absurdo que puede ser la idea de que “el exilio es una dimensión esencial de la vida humana”, dado el sufrimiento que ha provocado, de ahí que se contenga —“el decirlo me quema los labios, porque no quería que volviese a haber exiliados”— pero lo mantiene porque ahora estamos hablando de un nuevo modo de ser en la historia, libremente asumido.³⁷

Zambrano arriesga mucho cuando afirma que el exilio es la forma de existencia más propia del ciudadano. No se pretende desde luego abogar en favor de que todo el mundo pase por las penas del exilio, sino más bien que el exilio “nos ha pasado”. Detrás de nuestra existencia están muchos exilios. Sobre ellos hemos constituido una forma amnésica de ciudadanía. Cuando reflexionamos críticamente sobre este hecho, tendemos a pensar que la superación del exilio consiste en universalizar la figura del ciudadano ya existente. Que todo el mundo disfrute de los derechos y beneficios que tienen los ciudadanos de los Estados que reconocen la ciudadanía.

Y ése es el problema o, mejor, ése es el error. Si hay exilio no puede haber universalidad ciudadana por expansión de la ciudadanía de los ya ciudadanos, sino que la ciudadanía universal debe ser pensada desde la negación de esa ciudadanía, como propone la exiliada Zambrano. ¿Por qué?, ¿qué fuerza oculta tiene el exiliado que no tenga el ciudadano? O ¿qué debilidad congénita tiene el ciudadano que le impide colonizar el mundo con la benemérita ciudadanía? Su debilidad congénita es que este ciudadano ha convivido y convive sin problemas con la negación de la ciudadanía de otros en su propio país o allende del mismo. Una ciudadanía así tiene que ser de baja calidad. El destino de Matès Jablonka puede ilustrar bien esta sospecha. Se trata de un judío polaco que a primeros de los años treinta se hace comunista. Para un joven judío, habitante de uno de esos *shettel* dominados por la ortodoxia, esa militancia conllevaba una (auto)exclusión de su comunidad de origen y, también, un desafío a las autoridades nacionalistas polacas que se pagaba con la cárcel. Matès fue condenado a cinco años de prisión. Cuando sale, en 1937, decide salir de Polonia. Obtiene un pasapor-

³⁷ “Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero el decirlo me quema los labios, porque no quería que volviese a haber exiliados, sino que todos fuesen seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio”. Véase M. Zambrano, *El exilio como patria*, p. 122.

te “válido para una única salida al extranjero”, es decir, sin retorno, y unos visados para Alemania, Checoslovaquia y Bélgica que le permiten el tránsito pero no la permanencia. Sale, pues, de Polonia sin regreso posible pero condenado a la ilegalidad de por vida, pues sus visados son de tránsito. Sale legalmente de Bélgica y entra clandestinamente en Francia donde es tratado como un delincuente. Acosado por la policía sobrevive gracias a la solidaridad de otros marginados, hasta que en la redada del Vél d’Hiv, en febrero de 1943, es capturado por la policía francesa, junto a otros 12 883, entregados a los nazis que ocupan Francia y deportados por éstos a Auschwitz donde poco después son asesinados. La memoria de este Jablonka y de su esposa, Idesa, ha sido reconstruida por un nieto, hoy historiador francés, que abre graves interrogantes a lo largo de su conmovedora búsqueda sobre el tema que nos ocupa.³⁸ En esos escasos cinco años que pasan en Francia, esta joven pareja que ha desafiado la ortodoxa judía y los primeros brotes fascistas, pagándolo con una severa cárcel, y que huyen al país de los derechos humanos, resulta que hacen la experiencia de un Partido Comunista Francés que persigue a los ilegales y de un gobierno francés que colabora con los nazis en la expulsión de los judíos. Sobreviven ese tiempo gracias, fundamentalmente, a la solidaridad de otros ilegales a los que hoy se les venera como héroes. Hoy, héroes, pero ayer se les negó la ciudadanía. ¿Cómo valorar esa ciudadanía, asentada en bases legales comunes a las que siguen rigiendo, que pudo disfrutar sus derechos mientras los supuestos legales de la misma mandaban a la cámara de gas a aquellos que, como Jablonka, no reunían las condiciones que esa legalidad había impuesto?

Hay que buscar otra forma de entender la ciudadanía y ésta nos lleva camino del exilio. Eso ¿qué significa realmente? En primer lugar, reconocer que el exiliado se sabe sujeto de todos los derechos cívicos negados por el Estado. Esa conciencia, que es irrenunciable e innegociable, le lleva a cuestionar la naturaleza del Estado que se erige en propietario de la pertenencia al mismo. Quien ha visto el alcance perverso de esa pretensión del Estado ha sido Hannah Arendt. Me refiero a la última página de su polémico libro *Eichmann en Jerusalén*. Aunque fue muy crítica con las formas de ese proceso, no se privó al final de formular su acusación: Eichmann y los suyos fueron reos de lesa humanidad porque llegaron a pensar que podían escoger con quién cohabitar la tierra. Nadie tiene el poder de hacer tal elección porque aquellos con quienes cohabitamos la tierra nos vienen dados antes

³⁸ I. Jablonka, *Histoire des grands-parents que je n’ai pas eus*.

de toda opción. Si lo hacemos, destruimos la condición de posibilidad de la vida política.³⁹ Entiéndase bien: uno puede ir a vivir donde le plazca; lo que no puede es decidir que el vecino se vaya. La solemnidad y severidad de su juicio se entiende si tenemos en cuenta sus consecuencias: si esgrimimos el derecho a decidir quién sea nuestro vecino, podemos volverle la espalda o quitarle de en medio si no nos gusta. Y eso fue lo que ocurrió en la Alemania nazi y antes en la España de los Reyes Católicos.

Este apunte nos interesa hoy porque Arendt y las más lúcidas mentes de la posguerra entendían que esta lección había que recordarla después. Los nuestros son ya tiempos posnacionales, es decir, no podemos plantearnos el tema del Estado —y por tanto de los nacionalismos o de la ciudadanía— sin tener en cuenta sus brutales resultados en el siglo xx. Las generaciones siguientes, nosotros, no podíamos plantearnos el tema de la cuestión nacional sin tener en cuenta la experiencia de la barbarie. A eso se refiere el deber de memoria que no consiste en acordarnos de lo que pasó sino en repensar asuntos como el del nacionalismo, teniendo en cuenta lo que pasó. Helmut Dubiel, sucesor de Habermas en la dirección del Institut für Sozialforschung, de Frankfurt, sacaba las consecuencias del planteamiento arendtiano: “estamos pasando de una forma de legitimación colectiva basada en la tradición a otra que integra la memoria de las injusticias sobre las que está construido nuestro presente”.⁴⁰ Lo que quiere decir es que la identidad colectiva no estaría basada en los elementos de los que el nacionalismo hoy dispone —lengua, cultura, sentimientos—, ni siquiera en la memoria de los propios sufrimientos, sino en la responsabilidad común por los sufrimientos causados a otros, a esos que hemos quitado de en medio para estar los que estamos y donde estamos.

Es un planteamiento sorprendente que sólo es aceptable en la medida en que tomemos en serio o no el deber de memoria, referido ahora a cómo se han construido los Estados. Los Estados se han hecho paso negando las diferencias y aprovechándose de los débiles, esclavos incluidos. Por eso no hay que perder de vista la sólida reflexión de Arendt sobre la maldad del hitlerismo. Esto nos lleva a entender que el camino de las identidades nacionales insatisfechas, como la catalana, por ejemplo, no puede ser el del viejo nacionalismo que podía recurrir a la cultura de la Ilustración que em-

³⁹ H. Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, pp. 405 y ss. Agradezco a Tomás Valladolid las muchas sugerencias que me ha proporcionado sobre este particular.

⁴⁰ H. Dubiel, “La culpa política”.

pujaba a los pueblos a conformarse como Estados. Hemos visto lo que ese planteamiento puede dar de sí y eso ya no nos lo podemos permitir. El camino es otro. Lo primero es garantizar la convivencia entre diferentes, pero no desde la indiferencia o el cálculo de beneficios, sino desde el supuesto que sólo podemos ser tratados como diferentes si nos hacemos cargo de la diferencia de los otros. Y como ya tenemos una historia de negación de los diferentes, esa responsabilidad por los otros pasa por cuestionar las pretensiones de las propias identidades.

Judith Butler, comentado estas reflexiones arendtianas,⁴¹ llega a plantearse la ciudadanía, en tiempos posnacionales, “como una forma de exilios convergentes”: los que ya poseen la ciudadanía deben tener en cuenta los exilios sobre los que está construida su ciudadanía, y los privados de ella no pueden apostar por una forma de Estado que pueda excluir a otros, aunque les incluya a ellos. La pertenencia del nuevo ciudadano conlleva de alguna manera desposesión de la pertenencia. Eso es tanto como entender la pertenencia como exilio, como desposesión ética de la pertenencia.

Esta afirmación de su singularidad irrenunciable y de su pretensión de universalidad (la exiliada que es María Zambrano plantea, como hemos visto, el exilio como la forma humana de existencia), emparenta al exiliado de Zambrano con la figura bíblica del “resto”. El resto es, en un primer momento, lo marginado por la lógica del poder, pero que se entiende a sí mismo como lo que se sustrae al poder de esa lógica de la historia. Es un ejercicio que sistemáticamente practica el pueblo de Israel, mezclado con los demás pueblos, para cribar lo propio y separarlo así de lo común. Ese resto, que es exterior a la historia de la que es expulsado, tiene el poder de juzgarla en el sentido de que se arroga el poder de reivindicar exigencias de justicia que son impensables para una mentalidad construida de acuerdo con la racionalidad del Estado. Ese resto, marginado de la historia, se erige en sujeto de unos derechos o exigencias que nacen de su singularidad irrenunciable; por eso son universales: porque trascienden lo que el poder de la historia piense o pueda respecto al susodicho resto y porque en él están incluidos todos los marginados por la historia.

Dice Zambrano que “sobre la figura del exiliado se han acumulado todas las guerras civiles de la historia de España”, es decir, en el exiliado de hoy se dan cita todos los exilios sobre los que se ha construido la historia. Esa memoria es una cicatriz imborrable. La ciudadanía que encarna el exi-

⁴¹ J. Butler, “¿El judaísmo es sionismo?”, p. 77.

lio no puede ser ingenua, ni ingenuamente feliz, porque es consciente de una pérdida irreparable, por eso no puede haber una ciudadanía universal plenamente satisfecha, como la que pretende una ciudadanía universal por agregación. La ciudadanía del exiliado es un estado de vigía o vigilancia y de relativización de la ciudadanía existente.

Llegados a ese punto, se entiende que Zambrano no conciba su “vida sin el exilio”, una experiencia que una vez asumida es irrenunciable, que nada ni nadie puede arrebatársela, ni siquiera el hecho de volver a España. Vuelve a un lugar que era suyo y del que fue violenta e injustamente expulsada, pero viene sin rencor, sin deseo de revancha o reparación.⁴² Gracias a la derrota encontró, en efecto, una forma nueva y superior de existencia. ¿No se apunta ahí un tipo de ciudadano cosmopolita pero encarnado? Uno que, como decía Rosenzweig a propósito de Nathan el Sabio, “tiene casa, pero es más que su casa”. Entre el peso del tener y del ser, está el juego.

REFERENCIAS

- Arendt, Hannah, *Eichmann en Jerusalén*, Debolsillo, Barcelona, 2011.
- Aub, Max, *Diarios*, edición de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba Editorial, 1998.
- Aznar Soler, Manuel, “Introducción” a Max Aub, *San Juan (tragedia)*, Sevilla, Renacimiento, 2006.
- Bensoussan, Georges, *Une histoire intellectuelle du sionisme, 1860-1940*, La Flèche, Editions Fayard, 2002.
- , *Un nom impérissable. Israël, le sionisme et la destruction des Juifs d’Europe*, París, Seuil, 2008.
- Butler, Judith, “¿El judaísmo es sionismo?”, en Eduardo Mendieta y Jonathan Van Antwerpen, *El poder de la religión en la esfera pública*, Madrid, Trotta, 2011.
- Dubiel, Helmut, “La culpa política”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, 14, diciembre de 1999.
- Forster, Ricardo, *El exilio de la palabra*, Santiago de Chile, Arcis-Lon, 1997.
- Haro Teglen, Eduardo, “Max Aub, Wittgenstein”, en <www.eduardoteglen.net/blog/archives/1931/max_aub_wittgen.html>.
- Jablonka, Ivan, *Histoire des grands-parents que je n’ai pas eus*, París, Seuil, 2012.
- Martín, Francisco J., “Introducción” a María Zambrano, *España. Pensamiento, poesía y una ciudad*, edición de Francisco J. Martín, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

⁴² “Los cuarenta años de exilio no me los puede devolver nadie, lo cual hace más hermosa la ausencia de rencor”. Véase M. Zambrano, *El exilio como patria*, p. 124.

- Mate, Manuel-Reyes, “Introducción” a Marx-Bauer, *La Cuestión judía*, Barcelona, Anthropos, 2009.
- Mendelssohn, Moses, *Jerusalem*, Barcelona, Anthropos, 1991.
- Mosès, Stéphane, *L’Ange de l’histoire*, París, Seuil, 1992.
- , *Système et Révélation*, París, Seuil, 1998.
- Muñoz Molina, Antonio, “Max Aub”, *Letras Libres*, 20, 2003, pp. 42-45.
- Pilatowsky, Mauricio, *La autoridad del exilio*, Madrid-México, Plaza y Valdés-UNAM, 2008.
- Rosenzweig, Franz, *La estrella de la redención*, Salamanca, Sígueme, 1997.
- Sánchez Cuervo, Antolín, “¿Pensamiento crítico en español?. De la dominación al exilio”, *Arbor*, 734, noviembre-diciembre, 2008, pp. 1015-1022.
- , “Prólogo” a Sánchez Cuervo y Hermida de Blas, 2010, pp. 11-14.
- Sánchez Cuervo, Antolín, y Fernando Hermida De Blas (coords.), *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, CSIC-Biblioteca Nueva, 2010.
- Villacañas, José Luis, “Max Aub y la tragedia de la guerra fría”, texto manuscrito, 2010.
- Zambrano, María, “Carta sobre el exilio”, *Cuadernos por la libertad de la cultura*, 49, 1961, pp. 65-70.
- , *El exilio como patria*, edición, introducción y notas por Juan Fernando Ortega Muñoz, Barcelona, Anthropos, 2012.

El exilio español del 39 en México.
Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes
se terminó de imprimir en noviembre de 2014
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.,
Av. Coyoacán 1450, Col. del Valle, 03220 México, D.F.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidaron la edición los compiladores.

En el año en el que se conmemoran 75 años del exilio español en México, la aparición de una obra como esta plantea, una vez más, la diversidad de perspectivas desde las que puede analizarse este hecho histórico.

De la pluma de nueve investigadores —cuatro de ellos adscritos a El Colegio de México y cinco más pertenecientes al Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid— transcurren nueve trabajos que, desde disciplinas diversas como la historiografía, la historia literaria, la ciencia, la antropología y la filosofía, muestran el cruce de dos mundos y la interlocución entre ellos, en un momento en el que las ideas, truncadas por el conflicto bélico en España —y en Europa—, debieron replantearse, en tierra desconocida, para encontrar un nuevo sentido crítico que las rescatara de su “ruina”.

“El exilio es el relato de un fracaso que quiere ser fecundo”, fecundo en el análisis de la propia e intempestiva nueva realidad, del papel del exiliado, desde esa su condición, frente a aquel que lo ha recibido.

